





Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO X.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA

Por el Conde de Segur,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA:

traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.

TOMO X.

MADRID: Marzo, 1831.
Oficina de D. J. Palacios,
calle del Factor.

HISTORIA DE ORIENTE.

CAPITULO XIII.

Nicéforo. Miguel primero. Leon quinto el armenio. Miguel segundo el tartamudo. Teófilo. Miguel tercero el ebrio.

Nicéforo, emperador. Muerte del califa Harun al Raschild. Miguel I, emperador. Invasion de los búlgaros y batalla de Mesembria. Nueva victoria de Leon y fin de la guerra de Bulgaria. Persecucion de los católicos. Conspiracion de Miguel. Miguel II el tartamudo, emperador. Tratado entre Miguel y Ludovico Pio. Conquista de Creta por los árabes. Conjuracion de Eufemio. Conquista de Sicilia por los árabes. Teófilo, emperador. Victoria de los árabes contra los griegos. Derrota de Teófilo por los sarracenos. Victoria de Teófilo contra los árabes. Hazañas de Manuel. Vatheg, califa. Miguel III el ebrio, emperador. Guerra con los sarracenos y su victoria en Creta. Batalla

del monte Tauro. Invasion de los esclavones en Grecia. Principios del reinado de Miguel III. Batalla de Damasco. Primera invasion de los rusos. Basilio asociado al imperio.

Nicéforo, *emperador.* (803.) Los contínuos peligros á que estaban espuestos los príncipes de la familia imperial, escitaban en su alma á un tiempo el terror y la ambicion, y los hacian á casi todos pérfidos, bajos, artificiosos, vengativos y crueles. Nicéforo tenia talento y valor; mas era injusto, avaro é hipócrita: vendia gracias, empleos y sentencias. Un tribunal que formó con el fin aparente de castigar á los concusionarios, y obligarlos á restituir lo que habian robado, no persiguió mas delito que la riqueza, y despojó de sus bienes á la mayor parte de los propietarios. Constantino, hijo de Irene, vivia aun, y se decia que conservaba tesoros escondidos: el emperador engañó á este príncipe desgraciado, le hizo venir á su palacio, prometió hacerle partícipe del trono, y cuando con fingidas caricias le hubo obligado á entregarle sus riquezas, le desterró y le dejó morir en la miseria. Un monarca tan pérfido inspiraba el deseo y la esperanza de destronarle. Bardánes, por sobrenombre el Turco, gobernaba entonces cinco provincias de oriente: su ejército le proclamó emperador. Este general supers-

ticioso consultó su suerte á un monge que era tenido por mágico, y que no le pronosticó mas que desgracias; y si se cree á los historiadores de aquel tiempo, añadió que Leon el armenio y Miguel el tartamudo, escuderos de Bardánes, conseguirian la corona. La ambicion de Bardánes triunfó de su temor: ciñó la diadema, pasó á Nicomedia y perdió en Crisópolis un tiempo precioso. La rebelion, propagada con lentitud, se apagó: las tropas de Capadocia y Armenia, conmovidas al principio, renovaron el juramento de fidelidad á Nicéforo. Leon y Miguel, mirando la incertidumbre de su señor, como presagio seguro de su ruina, le abandonaron y se pasaron al emperador que dió al primero el mando del ejército, y al segundo un destino principal en su palacio. Bardánes habia fundado su esperanza no en la suerte de los combates, sino en la defeccion general. Cuando vió al emperador en campaña y en estado de resistirle, se amedrentó, huyó hasta el pie del monte Olimpo, y envió á decir á Nicéforo que consentia en abdicar y hacerse monge si se aseguraban con una perfecta amnistia la vida y bienes suyos y de sus amigos. Los juramentos no costaban nada á Nicéforo: envió el acto de amnistia, firmado por él, por el patriarca y por todos los patricios, añadiendo, en señal de amistad, una crucecita de madera que siempre llevaba al cuello. Bardánes entró en religion y tomó el nombre de Sábas.

Apenas se licenció su ejército, se confiscaron sus bienes, y una tropa de licaonios entró en su convento y le sacó los ojos. El hipócrita Nicéforo mostró grande pesar de este suceso, y juró llorando en presencia de los senadores, que los autores del crimen serian castigados. En efecto, fueron presos, y el emperador hizo que se les diese oportunidad para escaparse.

Carlo-magno envió embajadores á la corte de Constantinopla: Nicéforo, incapaz de disputar la Italia á este héroe, le reconoció por emperador de occidente, y arregló con él el repartimiento del imperio: Carlos añadió á la Italia, Francia y Alemania, que ya poseia, la Istria, Liburnia, Pannonia, Croacia, Bosnia y casi toda la Dalmacia. De este último pais conservó el emperador de oriente solo las islas y ciudades marítimas, como Zara y Spalatro. La república de Venecia quedó bajo la proteccion del imperio griego. Carlo-magno y Harun al Raschild, héroes de la novela y de la historia, ilustraban entonces con su reinado glorioso sus hazañas, humanidad y justicia, el uno la Europa y el otro el Asia. El cobarde Nicéforo, colocado y oprimido entre dos hombres tan ilustres, estaba siempre pronto á hacer la paz con ellos cuando temia sus armas, y á violarla, cuando los veia ocupados en espediciones lejanas. Irritado de la aficion que mostraban los venecianos á los franceses, envió tropas que atacaron á Comaquio; pero fueron ven-

cidas por las de Carlos, y Venecia pagó tributo al rey de Italia. El emperador, presuntuoso en razon de su incapacidad, escribió al califa en estos términos: «Nicéforo, emperador de los romanos, á Harun, rey de los árabes. Irene te ha pagado un tributo que debia exigir de tí; pero á una muger se le puede perdonar esa debilidad. Restitúyeme lo que has recibido, ó mi espada te obligará á hacerlo.» Harun respondió: «Me pongo en camino para llevarte yo mismo la respuesta.» El efecto se siguió á la amenaza. El califa se puso en marcha enmedio del invierno al frente de un ejército: Nicéforo amedrentado fingió someterse y prometió pagar el tributo, con el designio de ganar tiempo para reunir sus fuerzas. Cuando las tuvo juntas entró en campaña con 130.000 hombres, y dió batalla á los árabes. La victoria, disputada por muchas horas, fue del califa: los griegos perdieron 40.000 soldados: Nicéforo recibió tres heridas, fué vencido segunda vez, perdió á Heracléa y otras muchas ciudades, pidió la paz y continuó pagando el tributo. Cuando volvió á su capital, asoció al imperio á Estoracio su hijo, arregló los negocios eclesiásticos, quebrantó la paz hecha con Harun, fue vencido segunda vez, y 30.000 sarracenos se acercaron á las murallas de Ancira. Tan humilde despues de la derrota como orgulloso antes de la pelea, representó al califa, que «los príncipes no debian prodigar la sangre de sus va-

sallos, y que eran culpables ante Dios de tantos homicidios como soldados perecian en una guerra injusta.» Apoyó con grandes regalos sus hipócritas observaciones. Harun, concediéndole la paz, lo sometió á un tributo anual de 30.000 monedas de oro; y para probarle cuanto lo despreciaba, exigió tres monedas por la capitulacion del emperador, y tres por la de su hijo.

Muerte del califa Harun al Raschild. (809.) Nicéforo volvió á quebrantar el tratado, y el califa lo castigó, asolando las islas de Chipre y de Rodas. Habria tomado probablemente á Constantinopla, á no habérselo impedido la muerte. Sus hijos disputaron la corona y dejaron respirar á Nicéforo. Harun, tan justo como hábil, tan humano como valiente, inspiraba amor á sus vasallos y miedo á sus enemigos. Ganó ocho grandes batallas: su devocion le hacia respetable á los ojos de los musulmanes: hizo nueve veces la peregrinacion de la Meca, y todos los años enviaba á su costa á aquella ciudad 300 peregrinos. Fue bendecido de los pobres por su beneficencia, y celebrado de los poetas por su amor á la literatura. Habia grabado sobre su yelmo estas palabras: «El peregrino de la Meca no puede carecer de valor.» Reinó 47 años; y aunque era mahometano celoso, protegió siempre á los cristianos con generosidad.

El imperio griego, libre de los árabes por algunos años, fue amenazado por otro enemigo no menos temible. Crum, rey de los búl-

garos, era á un mismo tiempo valiente, generoso, hábil guerrero y sábio legislador. Atacado por los ávaros, conquistó en pocos dias su pais; y admirado de su poca resistencia, convocó á los principales gefes de la nacion vencida, y les preguntó la causa de dejarse subyugar tan fácilmente. «El motivo, le respondieron, de nuestra pronta caida es el mismo que ha hecho perecer sucesivamente los mas poderosos imperios. La intriga y la delacion han alejado del poder á los hombres hábiles y honrados: la injusticia y la corrupcion han penetrado en los tribunales: los empleos, dignidades y favores son venales: la deshonestidad, el vino y los deleites han debilitado nuestros cuerpos y embrutecido nuestras almas; en fin, nos habiamos dejado vencer por nuestros vicios antes de serlo por vuestras armas.» Crum, movido de esta respuesta, reune su pueblo, promulga una ley contra los delatores, manda á sus vasallos que arranquen sus viñas, amenaza con los mas severos castigos á todo juez prevaricador, y castiga la ociosidad con penas rigorosas. Estas leyes eran duras; pero su austeridad infundió en los búlgaros por muchos años un vigor funesto á sus enemigos. Nicéforo hizo la primer prueba: Crum le venció y le quitó la caja militar, cuya pérdida afligió mas á aquel príncipe avaro que la de su gloria. El emperador, habituado á mentir, escribió al senado que habia vencido á los búlgaros, y que hubiera recobrado á Sárdica, á haberse igualado con el suyo el va-

lor de sus tropas indisciplinadas. El ejército, al saber esta impostura, se rebeló: Nicéforo lo sosegó con viles súplicas y promesas engañadoras. Apenas llegó á la capital, mandó prender á sus gefes, y los envió al suplicio. Gran multitud de ciudadanos, arrancados por su órden de las casas en todas las provincias, se vió obligada á vender sus bienes, transferir sus familias á las fronteras de Esclavonia, y establecerse alli para defenderlas. La opresion fue tal, que todos deseaban la dominacion de los bárbaros y de los sarracenos. Tambien atormentó las conciencias y se declaró protector de la heregía de los atinganos, mezclada de judaismo y maniqueismo: se cree que las tribus errantes de los actuales gitanos y boemios tienen su origen de esta secta, muy propagada entonces en Pisidia. El jóven Estauracio, hijo del emperador, era tan disforme de cuerpo como su padre en el ánimo. Nicéforo dió por muger á este mónstruo la mas bella de las atenienses, llamada Teófano, despues de robarla á su marido. Hecha esta violencia, el emperador y su hijo, tan detestado como él, marcharon contra los búlgaros, y doblaron todas las contribuciones. Teodosio Saliba, uno de sus ministros, le representó en vano, que semejante medida aumentaria el descontento del pueblo, que ya hacia á las claras votos por su ruina: el tirano, insensato y feroz, respondió: «No esperes mudar mis resoluciones con tus advertencias.

Dios ha endurecido mi corazon como el de Faraon.» Su ejército, aunque sin disciplina y mal organizado, era tan numeroso, que logró al principio algunos triunfos. El prudente Crum le ofreció la paz: Nicéforo no quiso oirle: todos sus generales le aconsejaban que no penetrase sin precauciones en el pais montuoso de los búlgaros: el ostinado príncipe continuó su marcha diciendo: «No sé si me arrastra Dios ó el diablo: lo que sé es que me dejo llevar de un poder al cual no me es dado resistir.» Marcha con rapidez, incendia ciudades y aldeas y uno de los palacios de Crum, desecha segunda vez sus proposiciones, y en fin, entra locamente con su ejército en un valle angosto, rodeado por todas partes de altísimas montañas. Crum, aprovechándose de este yerro como hábil general, hizo trabajar sus soldados con tanto ardor, que en dos dias cerraron con cortes impenetrables de árboles las gargantas y pasos de la sierra. Los griegos, detenidos en aquel desfiladero como en una prision, esclamaban: «No podemos salir de aqui, si Dios no nos envia alas.» Crum los dejó algun tiempo que se debilitasen con la escasez y agotasen sus fuerzas con gemidos inútiles; y luego, enmedio de una noche sombría prendieron fuego los búlgaros á los árboles cortados, y cayeron por todas partes sobre las legiones con gran vocería: casi todo el ejército romano fue destruido, y lo que escapó del hierro pereció entre las lla-

mas. Aquel campo funesto sepultó la flor de las legiones; y si algo pudo consolar al imperio de tan gran desastre, fue que Nicéforo murió en él. Crum mandó poner su cabeza en una lanza, y la dió en espectáculo á los búlgaros. La alegria que causó la muerte de este tirano fué la sola que dió al pueblo en los 8 años que reinó. Estauracio su hijo, aunque herido de gravedad, logró escaparse seguido de algunos ginetes, y entrar en Andrinópoli. Los grandes, que le despreciaban, ofrecieron la corona á Miguel Rangabé, gran maestre de palacio y yerno de Nicéforo. Como era digno de ella la rehusó: el ejército murmuraba: Estévan, su comandante, lo redujo por un momento á la obediencia; pero Estauracio no tardó en aumentar el desprecio de los soldados á su persona, procurando infamemente agradarlos con invectivas cáusticas é indecentes contra su padre. Procopia, hija de Nicéforo, que mancillaba las virtudes que tenia con su demasiada ambicion, instaba á su marido que consintiese en reinar. Miguel resistia á sus importunidades y seducciones. La emperatriz Teófano, que no podia creer la virtud de Miguel, por ser incapaz de ella, y digna de su esposo por sus vicios y maldades, persuadió á Estauracio que diese muerte á su cuñado á pesar de su fidelidad. Dióse la órden para matarle; pero el mismo Estévan lo impidió. Miguel, indignado de tanta ingratitud y perfidia convoca por la noche al patriarca, á los senado-

res y á los oficiales del ejército: reunidos en el Hipodromo, le proclaman emperador. Estauracio, abandonado de sus cortesanos y de su guardia, se escapa á un convento, toma el hábito de monge y tiembla de que lo maten. Miguel y Procopia fueron á hablarle, disiparon su miedo, y le prometieron que no esperimentaria ningun mal tratamiento. Procopia, en el colmo de sus deseos, fue coronada como su esposo, recibió el título de augusta, y se mostró digna de llevarlo, colmando de beneficios á Teófano su enemiga, á la cual permitió fundar y dirigir un monasterio.

Miguel I, emperador. (811.) Cuando Miguel entró en el palacio de los emperadores, sucedió la beneficencia á la avaricia, la mansedumbre á la crueldad, la seguridad á los temores, la justicia á la tiranía. Pero sus vasallos no eran dignos de este príncipe, y sus virtudes no eran para su siglo. Tenia sobre todo una propension á la confianza, que fue la causa de su ruina. Su generosidad ni sabia sospechar ni prever la traicion. Llamó del destierro á Leon el armenio, general hábil y valiente, pero artificioso, cuyos talentos é intrepidez estimaba. Le hizo patricio y comandante del ejército de oriente, depositó toda su confianza en aquel hombre astuto, y le dió armas que el ingrato no tardó en volver contra él. Leon aspiraba al trono: un monge iconoclasta, de órden suya, preparaba la rebelion entre los griegos,

siempre supersticiosos: habia ganado á una muger que se fingia endemoniada, y que se ponia con frecuencia por donde pasaba el emperador, para decirle en voz alta: «Miguel, obedece al cielo y deja el trono á tu sucesor.» Algunos sirvientes fieles persuadieron al príncipe que examinase el origen de aquella farsa; pero Leon se lo disuadió. El emperador se declaró con firmeza, pero sin intolerancia, protector de la doctrina católica, y su prudencia restituyó la paz á la Iglesia. Hizo paces con Carlo-magno; y libre asi de una guerra que entretenia sin utilidad una parte de sus ejércitos, marchó contra los búlgaros. Por desgracia la ambiciosa Procopia su muger tuvo permiso para seguirle: su llegada á los reales indignó á los soldados y empezaron á murmurar. «No sufrirémos, decian, que una muger nos ponga en órden de batalla, ni que nuestras águilas se humillen á los pies de esta Semíramis.» El emperador no cedió á sus clamores; pero su firmeza aumentó el número de sus enemigos: los iconoclastas fomentaban en secreto la sedicion, y el espíritu de indisciplina hizo imposibles las operaciones. Al mismo tiempo, Leon, favorecido en Asia por la fortuna, veia crecer su fama y el afecto de sus tropas: ganó una batalla contra los sarracenos, les mató 2.000 hombres, y volvió á la capital cargado de gloria y de botin. El emperador, á pesar de los ostáculos que le oponian los facciosos, inspiró bastante miedo á Crum para

obligarle á pedir la paz bajo condiciones honoríficas al imperio: el rey de los búlgaros solo exigia que se le entregase un gran número de desertores. El emperador creia útil comprar á este precio una paz ventajosa; pero el consejo y el senado se opusieron, porque habiéndose convertido los tránsfugas al cristianismo, no era justo entregarlos á la venganza de los paganos. Crum irritado se apoderó de Mesembria. El emperador, reunidas todas las fuerzas del imperio, marchó contra él. Su ejército estaba lleno de ardor, escepto los capadocios y armenios que tenian á Leon por comandante. Su ademan triste y su silencio parecian la calma espantosa que anuncia y precede á las tempestades. La orgullosa Procopia se presenta de nuevo en los reales: arenga al ejército y le irrita mas por esta osadía. Crum se acerca y presenta la batalla: Miguel queria evitarla, porque sabia que al enemigo le faltaban los víveres; pero el artificioso Leon llamó timidez á la prudencia.

Escitado por él, Aplaces, general de fama que mandaba las tropas de Macedonia, les comunicó su ardor belicoso, y lo demas del ejército, arrebatado por su ejemplo, pide á gritos la pelea. El emperador, no pudiendo ya resistir, da la señal. El intrépido Aplaces, justificando su atrevimiento con sus hazañas, desbarata á los búlgaros: en vano Crum se esfuerza para reunirlos: enagenados de temor huyen: la victoria parece segura, cuando repentinamente se ponen en

huida Leon y su cuerpo de ejército. Esta cobardía aparente restituye la esperanza á los búlgaros y desalienta á los griegos: la fortuna se trueca: los vencidos se reaniman y restablecen el combate: los imperiales cejan, se retiran, se desmandan y son en fin completamente derrotados. La batalla se dió cerca de Andrinópoli. Miguel se retiró á esta ciudad con las reliquias de su ejército: llenó de injurias y reprensiones á los soldados, y los dejó bajo el mando de Leon, cuya perfidia ignoraba todavia: un oficial se atrevió, aunque en vano, á descubrir el autor del desastre. El mismo emperador justificó al traidor, le colmó de elogios, atribuyó la derrota solamente á la cobardía de los soldados, y partió para Constantinopla sin sospechar siquiera el golpe que iban á darle. Apenas salió de Andrinópoli, las legiones amotinadas y enfurecidas proclaman emperador á Leon: el pérfido se opone algun tiempo á sus deseos; pero despues de una corta y fingida resistencia, se deja vencer y marcha con ellas á Constantinopla. Los grandes, el senado y el pueblo querian defender á Miguel, movidos de la justicia de su causa y del amor que se le tenia. Procopia postrada á sus pies le pedia que mirase por su trono y su gloria. Pero Miguel, fatigado con el peso del cetro, cansado de la corrupcion del siglo y de la ingratitud de los hombres, fue insensible á sus súplicas. «No quiero, les dijo, que se derrame una gota de sangre para conservar un

trono que desdeño, y al que subí á mi pesar.» Dichas estas palabras, se desciñe la diadema, deja el manto de púrpura y el calzado de escarlata, y envia estas prendas á Leon, declarándole que podia venir á palacio y ascender sin oposicion al solio. Leon entró en la capital al dia siguiente, y se coronó en santa Sofia. Se observó en esta ceremonia que al dejar la casaca encarnada, que era el trage militar, para ponerse los ornamentos imperiales, la entregó á Miguel el tartamudo, que fue despues emperador. Una funesta costumbre destinaba los príncipes destronados á una muerte violenta. Sin embargo, la virtud respetada de Miguel Rangabé enfrenó la audacia criminal de Leon; y no atreviéndose ni á matarle, ni á privarle de la vista, ni á mutilarle, le desterró á un monasterio de la Propóntide, y le asignó una pension que se pagó muy mal. Miguel, tomando el nombre de Atanasio, espió 32 años en aquel claustro su ciega y confiada credulidad. Sus tres hijos fueron hechos eunucos por órden de Leon; y se les permitió vivir con su padre. Procopia entró en religion, y cubierta del velo lamentó mucho tiempo la perdida diadema.

Leon V el armenio, emperador. (813.) Leon se habia elevado al trono por una alevosía: los griegos le llamaron camaleon, á causa de sus artificios. Supo mostrarse generoso cuando su interés lo exigia: recompensó magnificamente á los que le habian servi-

do con celo: dió el mando de su guardia á Miguel el tartamudo, escudero en otro tiempo de Bardánes, lo mismo que él, y confió un ejército al general Tomas que habia sido su compañero en la infancia. Manuel, uno de los guerreros mas distinguidos del imperio por su valor y sus virtudes, se habia opuesto constantemente á sus proyectos: fiel al emperador destronado hasta el último instante, debia temer á su sucesor, y en una corte donde habitualmente se miraban como delitos el talento, el mérito y la probidad. Leon le mandó llamar y le dijo: «Has peleado contra mí y preferido al mio el servicio de Procopia.» Manuel respondió: «Defendí á mi príncipe: ahora que reinas tú, ¿mirarás la fidelidad como un delito, ó como un deber?» «Ya verás, replicó Leon, como sé vengarme de un enemigo como tú. Te doy el mando en gefe del ejército de Armenia.»

Invasion de los búlgaros y batalla de Mesembria. (814.) El emperador estuvo muy pronto á pique de perder el imperio que acababa de usurpar. El rey de los búlgaros, corriendo la Tracia sin ningun ostáculo, la entregó al saqueo: encargó á su hermano el sitio de Andrinópoli, derrotó un corto número de tropas que se le opuso, y se presentó con un ejército numeroso junto á las murallas de Constantinopla. La consternacion reinaba en la capital: abriéronse negociaciones. Crum prometió la paz, mediante un tributo anual, la entrega de muchas

telas ricas, y de un cierto número de jóvenes griegas, elegidas por él. Los ánimos estaban tan abatidos que habrian aceptado estas condiciones vergonzosas, á no añadir otra, y fue, clavar su lanza en la puerta Dorada, como signo de que estaba en su mano entrar en Constantinopla y destruir el imperio. Leon indignado desechó esta proposicion, y para librarse con la perfidia de un enemigo que no esperaba rechazar con la fuerza, pidió al rey de los búlgaros una conferencia en las playas del golfo. Crum la concedió, y se acordó que concurririan á ella los dos príncipes, sin tener cada uno mas comitiva que seis personas desarmadas. El astuto Leon habia colocado detras de un edificio tres flecheros diestros encargados de matar al búlgaro apenas les diese una señal. El coloquio empieza: Crum bajó del caballo y se sentó en el suelo confiadamente; pero movido de las miradas feroces del emperador, descubre una señal que le da recelo, monta con prontitud en el caballo, huye con rapidez, y recibió muchas heridas, aunque ninguna mortal. Teófanes, un historiador de aquel tiempo, disculpa y aun alaba esta traicion: lo que prueba la inmoralidad espantosa que reinaba en el imperio griego, si es cierto que la literatura es imágen de las costumbres. Si el crimen era atroz, la venganza fue terrible. Crum entregó á las llamas toda la Tracia, las playas del Bósforo y un gran número de ciudades, tomó á Andri-

nópoli que era muy opulenta, redujo sus habitantes á esclavitud, y se llevó 50.000 cautivos al otro lado del Danubio. Leon, oprimido de tantas calamidades, imploró el socorro de Carlo-magno, el cual concluyó un tratado con él, y le envió de embajadores á Norberto, obispo de Regio, y á Ricoin, conde de Poitiers. Entretanto Crum, insaciable de venganza, juntando un poderoso ejército, tomó á Arcadiópolis, se llevó cautivos á todos los habitantes, y marchó rápidamente á Constantinopla con el designio de saquearla y destruirla; pero la suerte no le permitió consumarlo: un vómito de sangre terminó sus dias y libertó al imperio de tan formidable enemigo.

Deucom, su sucesor, mostró el mismo odio, pero no el mismo talento. Leon le salió al encuentro con todas sus fuerzas, y le dió batalla cerca de Mesembria. En el primer choque nada se resistió al furor de los búlgaros: desbarataron á los griegos y los hicieron huir por todas partes; pero Leon, cuya fuerza consistió siempre en la astucia, habiendo previsto este revés, se habia apostado con su reserva en una altura. Desde que ve al enemigo desordenado persiguiendo con ardor á los fugitivos, grita á los suyos: «Compañeros, este es el momento de la victoria: es vuestra, si me imitais.» Al punto acometió á los búlgaros por el flanco, los derrota, hace en ellos espantosa carnicería, derriba con su misma lanza á Deucom, á quien

sus oficiales salvaron de la muerte con dificultad, y cargado de despojos vuelve triunfante á su capital.

Nueva victoria de Leon y fin de la guerra de Bulgaria. (815.) Al año siguiente se presentó un ejército mas numeroso de búlgaros. Apenas se acercaron, Leon se atrincheró, fingió miedo y desapareció con su guardia. El terror se apodera de su campamento: los búlgaros creyéndose ciertos de tomarlo al dia siguiente sin pelear, se entregan á la alegría, la crápula y la embriaguez, y se quedan dormidos en su funesta seguridad.

Leon estaba oculto en un bosque con un cuerpo escogido de tropas. Enmedio de la noche cae sobre el campo enemigo, y penetra en él: los búlgaros pasan del sueño á la muerte: el emperador llamó á gritos su ejército, que solo halló vencidos que perseguir y fugitivos que degollar. Deucom pereció en esta matanza, de la cual no escapó ni un búlgaro. Leon, despues de la victoria, sin dejar tiempo al enemigo para rehacerse, entró en Bulgaria, pasó á cuchillo á todos los hombres capaces de llevar armas, é hizo cautivas á las mugeres. Nada es comparable á la atrocidad de esta venganza. Los soldados griegos, furiosos por los ultrages que habian recibido, ni oian la religion ni la humanidad, no respetaban ni á sexo ni á edad: arrancaban los hijos de los brazos de sus madres y los estrujaban con sus pies. Cuando se

cansaron de esterminar, los pocos búlgaros que quedaban, pidieron y obtuvieron una tregua de 30 años. El terror hizo que la observasen 64 años: sus descendientes temblaban todavia al ver la altura detras de la cual se habia retirado el emperador, de donde salió para destruirlos, y le dieron el nombre de la *colina de Leon*.

Persecucion de los católicos. (816.) Este príncipe, embriagado con su gloria, se imaginó que nada podria resistirle. Algunos monges fanáticos le predijeron un largo reinado si destruia el culto de las imágenes. Creyendo que podria vencer á la Iglesia como á los búlgaros, persiguió á los católicos. El patriarca Nicéforo los defendió, y convocó un concilio. Leon, irritado de esta resistencia, arrojó á los obispos del sínodo, desterró á Nicéforo, é hizo nombrar en lugar de él á un soldado, llamado Teodoto, célebre por su disolucion. Un concilio de iconoclastas legalizó las persecuciones: los católicos compararon la tiranía de Leon á la de Diocleciano.

Es fuerza sin embargo confesar que en los demas ramos gobernó con justicia y vigor. Abolió la venalidad de los empleos: alejó la intriga de su corte: honró el mérito: restableció la disciplina: reparó las fortificaciones: mitigó los impuestos: reformó los abusos é hizo florecer las leyes. Un senador habia robado la muger de un ciudadano: lo entregó á los tribunales, y declaró incapaz de empleos al prefecto que dejó semejante crí-

men sin castigo. Se puede reprender en él con razon haber continuado la atrocidad de las mutilaciones y de los suplicios á que eran condenados los delincuentes; pero la corrupcion del siglo era tanta que obligaba á la justicia á espantar con crueldades á los que la insultaban.

Conspiracion de Miguel. (820.) Miguel el tartamudo, elevado á las primeras dignidades del imperio por el favor de Leon, trabajaba para derribarle, formaba partido contra él y murmuraba de su gobierno sin miramiento. El emperador, que siempre le tuvo cariño, creyó que bastaria separarle de su corte, y le envió á inspeccionar las tropas de oriente. Miguel buscó medios entre los soldados para sublevar el ejército, y no disimuló su designio de apoderarse del trono. Manuel, tan leal á su segundo juramento como habia sido al primero, descubrió al príncipe esta conjuracion: Miguel fue preso, juzgado, convencido y condenado á ser quemado vivo en el palacio. Era la víspera de Navidad, y al dia siguiente debia hacerse la justicia. La emperatriz Teodosia, mas virtuosa que política, mas generosa que prudente, se echó á los pies de su marido, y le dijo: «Piensa que mañana has de comulgar. ¿Cómo puede salir la órden para una muerte cruel de una boca que va á recibir al Dios de paz? No profanes tan santo dia con un suplicio espantoso: sé clemente como nuestro Salvador; y si no puedes perdonar, difiere el castigo y no

mezcles los gritos de un moribundo con los cánticos religiosos.» «Tú lo quieres, respondió Leon, y cedo á tus súplicas; pero esta dilacion será quizá funesta á tí y á tus hijos. Quieres salvar mi alma, y destruyes mi cuerpo.» El emperador, que temia los numerosos partidarios de su enemigo, fue agitado durante la noche de una violenta inquietud. Se levanta enmedio de las tinieblas, y entrando en la prision de palacio, halla á Miguel libre de sus cadenas y acostado en la cama de su alcaide: otro hombre estaba sentado en una silla cerca de ellos al parecer dormido. Leon se retira con ademan amenazador. Desde que se alejó se levanta Teoctisto, que asi se llamaba el desconocido encerrado con Miguel, y que habia fingido dormir: despierta al alcaide, le cuenta la aparicion del emperador, y le amenaza denunciarle si no le ayuda á salir del peligro. El carcelero corre á advertir y á llamar á los conjurados. Era costumbre que los sacerdotes de la capilla que no tenian cuarto en palacio, viniesen á él á las cuatro de la mañana á cantar maitines. Era una obligacion de los emperadores, aun en los mas indevotos, asistir á ellos, y Leon que tenia vanidad por su bella voz, no faltaba nunca. Los amigos de Miguel, reunidos por el carcelero, se disfrazan de clérigos con puñales bajo las sobrepellices, y se ocultan en la capilla. Empiezan los maitines: el emperador llega y entona un himno: los conjurados le acometen; pero se equivocan y hieren al

dean del clero. Conocido el yerro, persiguen á Leon que se habia refugiado al pie del altar. Este príncipe, valeroso y de muchas fuerzas, coge la cruz, derriba con esta arma á muchos de sus enemigos, pero al fin cae oprimido por el número, y viendo la cimitarra de un oficial levantada sobre su cabeza, le pide la vida en nombre de la cruz.

«Este no es dia de favores, sino de venganzas» respondió el feroz conjurado, y del primer golpe le derriba la mano en que tenia la cruz todavía, y del segundo le corta la cabeza. Llenaron de ultrages la víctima ensangrentada que recibia inciensos el dia anterior, arrastraron su cuerpo al circo, y lo entregaron á los insultos del populacho. Miguel sale del calabozo, se presenta como dueño en palacio, su cabeza recibe la corona en lugar del cuchillo, su mano aun cargada de esposas empuña el cetro, y todos admiran en silencio las repentinas vicisitudes de la suerte, y el contraste de miseria y prosperidad que servia de emblema á los príncipes en aquella época de horrores. Toda la ciudad supo al momento, embargada del pasmo, que el juez y soberano habia perecido, y que reinaba el delincuente condenado. Miguel sentado en el trono y rodeado de los asesinos que componian su guardia, hizo romper á martillazos los hierros que encadenaban sus manos todavía. Apenas estuvieron libres, tomó la corona que le presentó el patriarca, mandó mutilar á los cuatros hijos de Leon, y

embarcarlos en una lancha con su madre y un saco que contenia el cadáver de Leon hecho trizas. Estos infelices fueron desterrados á la isla de Proto. Cuando el antiguo patriarca Nicéforo supo en su destierro la muerte de Leon, esclamó pronunciando anticipadamente la sentencia de la posteridad: «La Iglesia se ha libertado de un grande enemigo, y el imperio pierde un gran príncipe.»

Miguel II el tartamudo, emperador. (821.) Un emperador como Miguel parecia destinado á abatir á los griegos hasta la clase de bárbaros, y hacerles caer de la civilizacion en la selvatiquez. Este guerrero, nacido de una familia oscura entre los atinganes, pueblo ignorante y grosero, solo conocia los reales, los caballos y las armas: despreciaba las letras, se burlaba de la religion, y ninguna virtud redimia sus vicios. Miraba toda deshonestidad como permitida, negaba la resurreccion de Jesucristo, queria que se observase el sábado como hacen los judíos, contaba á Judas entre los santos, y no creyendo sólida la autoridad si no se apoya en la ignorancia, prohibia que se enseñase á leer á los niños de la plebe.

Todos los hombres que conservaban algunas ideas de honor y libertad, gemian de verse sometidos á este usurpador. Tomás, el antiguo amigo de Leon, mandaba el ejército de oriente: furioso por el asesinato de su bienhechor, y ardiendo en el deseo de vengarle, levanta el estandarte de la rebelion, y

toda la juventud belicosa del imperio corre á alistarse bajo sus banderas. Sus canas, su aspecto venerable, su generosidad y su mansedumbre inspiraban respeto y amor: hábil, valeroso y elocuente merecia entonces el trono; pero dejó de ser digno de él al punto que le solicitó. La fortuna le corrompió favoreciéndole. Los sarracenos atacaron en aquella época el Asia menor. Tomás invadió la Siria, y los asustó con esta diversion: hubo negociaciones; pero en vez de contentarse con exigir la paz, estraviado por la ambicion, se unió con ellos, y les prometió un tributo y la cesion de muchas ciudades si le ayudaban á destronar á Miguel. Los árabes aceptaron sus proposiciones, le recibieron en Antioquía, hicieron que le coronase Job, patriarca de aquella ciudad, y aumentaron su ejército con una nube de bárbaros y musulmanes. Tomás, sacrificando sus deberes al interes, entregó su patria á los estrangeros: esta falta primera y capital, que indicaba la ruina de su virtud, mudó y degradó su carácter: se hizo deshonesto, cruel, avaro, y entregó al saqueo todas las ciudades que se negaban á abrirle las puertas. Con estas violencias, y sobre todo por su alianza con los enemigos, grangeó muchos partidarios á Miguel. Sin embargo, continúa su marcha y sus proyectos, consigue algunos triunfos, se acerca á la capital y la sitia. Los habitantes de Constantinopla, al ver la media luna que brillaba al lado de las águilas, toman todos las armas y

se defienden con intrepidez. Tomás dió inútilmente muchos asaltos: se rechazó con furor al aliado de los estrangeros: su escuadra fue vencida por la imperial. A pesar de estos reveses continuaba el sitio con ostinacion, cuando Martagon, rey de los búlgaros, se presentó con un ejército en defensa de la ciudad.

El emperador rehusó en vano este socorro estrangero, este peligroso auxiliar. Martagon cuyo objeto verdadero era enriquecerse con el pillage, dió batalla á Tomás, le derrotó y volvió á su pais con ricos despojos y un gran número de cautivos. Tomás vencido levantó el sitio: perseguido y alcanzado por Miguel, quiso imitar las astucias de Leon, su antiguo príncipe, aparentó temer al enemigo, y mandó á su ejército que se retirase con desórden fingido, esperando aprovecharse de este ardid. Pero sus tropas estaban amedrentadas y lo abandonaron: la fuga, en lugar de ser simulada, fue harto verdadera. Tomás se refugió á Andrinópoli y se defendió en aquella plaza cinco meses; pero al fin los habitantes, estenuados por el hambre y por las fatigas del sitio, le entregaron á Miguel. El emperador le pisoteó, y no le concedió la muerte sino despues de haberlo hecho pasear en un asno y mutilarle. Las venganzas del vencedor fueron espantosas, pues no perdonó á ningun partidario de su rival.

Tratado entre Miguel y Ludovico Pio. (823.) Los emperadores griegos, en lugar de desavenirse con los emperadores de occiden-

te, les mostraban entonces mucho respeto y deferencia. Miguel informó á Ludovico Pio de la victoria que habia logrado, le pidió la renovacion de la alianza entre los dos imperios, y defendió con ardor ante él la causa de los iconoclastas.

Luis no hizo caso de la apología de los hereges, pero firmó el tratado que le proponia.

Conquista de Creta por los árabes. (824.) En el reinado de Miguel se establecieron los árabes en Creta: despues de vencer á dos ejércitos imperiales, concluyeron la conquista de esta isla, y edificaron en ella la ciudad de Candia.

El imperio gemia, no tanto por la pérdida de esta rica provincia, como por el yugo ignominioso del tirano. Nada era sagrado para este príncipe: nada contenia sus pasiones. Despues de muerta Tecla su muger, enamorado de Eufrosina, hija de Constantino Porfirogeneto, que era religiosa, obligó al senado á instarle para que hiciese este matrimonio sacrílego, y al patriarca á bendecirlo.

Conjuracion de Eufemio. (827.) Eufemio, gobernador de Sicilia, quiso imitar su ejemplo, y robó una monja. El emperador, que sin duda consideraba semejante crimen como un privilegio imperial, condenó á Eufemio á la mutilacion; pero se escapó del suplicio y se pasó á los sarracenos.

El califa envió á Eufemio á Sicilia con un cuerpo de 10.000 hombres, venció á los

griegos y proclamó emperador al refugiado. No gozó largo tiempo de su criminal felicidad: el mismo dia en que se coronaba, se acercaron á él dos oficiales, el uno le tomó la mano con respeto y el otro le cortó la cabeza.

Conquista de Sicilia por los árabes. (828.) Los sarracenos, que recibian contínuos refuerzos, despues de una corta guerra se apoderaron de Siracusa, conquistaron á Sicilia y la conservaron dos siglos. Dueños de esta isla, talaban la Calabria, hacian incursiones hasta las puertas de Roma, y se aprovechaban de la discordia entre los príncipes cristianos para hacer conquistas en Italia. El papa Gregorio IV, amenazado continuamente por ellos, puso freno á sus irrupciones, fortificando el puerto de Ostia.

Cuando se supo en Constantinopla la pérdida de Sicilia, Miguel que hacia tan poco caso de la gloria como de la virtud y de la religion, dijo á Irenéo, uno de los principales ministros: «Te doy la enhorabuena, porque ya estás libre del gravámen de gobernar una isla tan lejana.» «Con dos ó tres alivios como este, respondió Irenéo, quedarás tú tambien desembarazado del peso del imperio.» Miguel murió en 829 de un cólico nefrítico. Habia oprimido á los griegos nueve años. El imperio perdió en su reinado las islas de Creta y Sicilia, y la Dalmacia. Sucedióle Teófilo, su hijo.

Teófilo, emperador. (829.) Cada págin

de la historia prueba la verdad de esta máxima, que sin leyes nada hay fijo en los estados; y la suerte y la ventura de los ciudadanos quedan sometidos ó á los caprichos de un ministro, ó á los furores de un faccioso. Cuando Teófilo subió al trono, dió al imperio una nueva faz. Este príncipe observando el menosprecio que habian inspirado á los pueblos los vicios de su padre, llevó hasta el esceso las virtudes contrarias: su justicia fue dureza, y su valor temeridad. Miguel habia adquirido el trono por el asesinato de Leon: los homicidas esperaban premios, y Teófilo los envió al suplicio. Avergonzado del matrimonio sacrílego de su padre, obligó á Eufrosina á volver á su monasterio. El senado, siempre servil, aprobó el castigo de aquella princesa, como habia aprobado su elevacion. Algunos historiadores cuentan, que el emperador, deseando casarse, reunió en su palacio un gran número de doncellas griegas, eligió á la mas bella, llamada Teodora, y declaró su preferencia dándole una manzana de oro. Otros creen fabulosa esta narracion; pero no hay duda de que esta costumbre, practicada antiguamente en algunas cortes de Asia, se ha renovado en tiempos mas modernos por muchos soberanos de Rusia.

Teófilo, activo y rígido, era accesible á las quejas de todos sus vasallos, visitaba con frecuencia los mercados y lugares públicos, y mantenia con vigor la justicia. Un oficial le habló una vez con osadía, reclamando el

caballo que montaba el emperador: Hecha una informacion exacta, constó que el gobernador del Helesponto lo habia cogido y regalado al emperador con la esperanza de cubrir sus concusiones. El caballo fue devuelto á su dueño, y el gobernador recibió el castigo que merecia. El emperador obligó á algunos generales de mucho influjo á restituir las tierras que habian usurpado á algunos conventos. Petrónas, capitan de su guardia, habia insultado y maltratado á una pobre muger. Teófilo le mandó herir con varas; y lo que prueba el envilecimiento de los grandes en aquella época es, que no por este castigo afrentoso perdió Petrónas su destino. Un hombre habituado á la corrupcion de la corte, con la esperanza de obtener algunos favores, empleos ó exenciones de impuestos, quiso comprar la proteccion de la emperatriz, y le envió una nave cargada de ricos géneros de Fenicia: el emperador mandó que se los entregasen, y los vendió él mismo, diciendo: «Mi muger quiere convertir al emperador en mercader.» Su rigor inspiró tanto miedo, que el órden se restableció en todos los ramos, y cesaron de darle quejas. Los alistamientos se hicieron sin ostáculos, y el ejército se sometió á la disciplina sin murmurar. Sus numerosas tropas y su valor le dieron algunas veces la victoria: sin embargo, otras ó su temeridad ó la inconstancia de la fortuna le hizo sufrir algunas derrotas que le grangearon por al-

gun tiempo el renombre de *desgraciado*.

Su reinado fue ilustre por muchos capitanes hábiles: el mas célebre fue Manuel por su valor, y aun mas por su incorruptible fidelidad. Teofobo, descendiente de los reyes de Persia, se hizo igualmente famoso por sus grandes acciones y sus infortunios. El padre de este valiente guerrero, habiéndose librado del alfange árabe, vivió mucho tiempo desconocido y pobre en Constantinopla, donde se habia casado con el ama de una posada. Despues de su muerte su hijo Teofobo fue descubierto y reconocido por unos nobles persas que habian venido á buscar en la corte de oriente un asilo contra el odio de los sarracenos. El emperador Leon, sabiendo por ellos el paradero del jóven príncipe de Persia, le dió en su palacio una educacion correspondiente á su nobleza. Despues asistió á los mismos estudios y juegos que Teófilo. Este, al subir al trono, condecoró con el título de patricio al compañero de su infancia, y le dió en casamiento á su hermana Elena.

Victoria de los árabes contra los griegos. (833.) Algun tiempo despues 30.000 persas se rebelaron contra los sarracenos: Balbec, su gefe, murió en un combate: llamaron para sucederle á Teofobo, que justificó la eleccion con numerosas hazañas. En breve fue el terror de los árabes, y concibió la esperanza de restaurar el trono de Artajérjes. Este príncipe era un modelo completo de ta-

lento, gracia y virtud. Teófilo le envió en socorro de los abages contra los sarracenos. La victoria coronó al principio sus armas; pero el emperador, ó débil, ó envidioso, habiéndole dado por colega á Bardas, hermano de la emperatriz, este general ambicioso, ignorante y mal intencionado, inutilizó todas las disposiciones de Teofobo: el enemigo se aprovechó de su impericia, y los griegos fueron vencidos. Los árabes perdieron entonces al califa Almamun, célebre por su amor á las ciencias y á las letras. La corte de Bagdad parecia en esta época menos bárbara que la de Constantinopla. Leon, matemático y astrónomo hábil, vivia ignorado en una cabaña poco distante de la capital de oriente. El califa escribió al filósofo: «El mérito es oscuro entre vosotros. Ven á ilustrarnos: los árabes te harán mas rico que los favoritos de tu príncipe. Leon no creyó que debia acceder á la invitacion de un enemigo de su patria, sin estar autorizado para ello, y pidió al emperador su permiso, al mismo tiempo que el califa le ofrecia la paz y 2.000 libras de oro, si le cedia aquel sabio. El emperador, deseoso de conservar un filósofo, cuya fama y valor le descubrian los estrangeros, rehusó las proposiciones del califa, encargó á Leon la educacion de la nobleza, y le dió el arzobispado de Tesalónica. Este mismo Leon, conocido por el sobrenombre de *filósofo*, no hizo mas en sus nuevas é importantes funciones, que proteger la heregía de

los iconoclastas, y entregarse á la astrología. Despues fue arrojado de su silla, echando menos sin duda una gloria que la pobreza le habia dado, y la elevacion le quitó. Se puede juzgar de las tinieblas que cubrian el oriente en este siglo, cuando un hombre tan mediano como Leon era tenido por una antorcha de saber.

En la decadencia de los pueblos, el último arte que perece es el militar. Alexis Muselo, enviado por el emperador á Sicilia con un ejército, ganó muchas batallas, tomó muchas plazas, y cobró tanta fama, que Teófilo le creó patricio, procónsul y maestre de los oficios, le casó con su hija Maria, y le dió el título de césar. El emperador era tan inconstante como violento en su cariño y su odio. La desgracia sucedió muy pronto al favor de Muselo, por las calumnias de algunos sicilianos. Teófilo, disfrazando su ira con protestaciones de amistad, le mandó llamar á su presencia, le hizo herir con varas, confiscó sus bienes, y le envió á un calabozo. Poco despues, reconocido su yerro, lo sacó de la prision, le restituyó sus riquezas, y quiso devolverle sus dignidades; pero Alexis, disgustado de la fortuna, cuyas vicisitudes habia esperimentado tan rápidamente, se retiró á Crisópolis, y fundó un monasterio en esta ciudad. La fuerza y opulencia de los grandes crecia siempre en proporcion del abatimiento del pueblo, y así la corte era muy suntuosa, y nada igualaba al lujo de los

griegos, despues que la vanidad se sustituyó á la independencia. Un embajador de Teófilo asombró con su magnificencia fastuosa al califa Mutazem. Un dia, comiendo en casa de este príncipe, mandó á un esclavo suyo que dejase como olvidada en palacio una soberbia fuente de oro, enriquecida de pedrerías. Era fácil de creer que la tomarian, y en efecto desapareció. El califa queria indagar quién la habia robado: el embajador dijo que aquel hurto era una bagatela. Convidado otra vez á la mesa del califa, llevó una fuente de mas valor que la primera. El califa le ofreció magníficos regalos; y se negó á admitirlos. Entonces le dijo el árabe: «pues yo te haré un presente que te verás obligado á aceptarlo.» Y le entregó 100 cautivos griegos, ricamente vestidos. El embajador los recibió; pero á condicion que el califa recibiese otros 100 cautivos sarracenos, á quienes dió libertad. El esplendor de la corte de Teófilo no tenia comparacion. Hizo construir en Constantinopla un palacio semejante al de los califas de Bagdad, y que le sobrepujaba en magnificencia. El inmenso número de columnas de mármol con relieves de oro, los grandes vasos, revestidos de láminas de plata y llenos de los frutos que se repartian al pueblo, las estátuas y las bóvedas doradas que adornaban este edificio, deslumbraban la vista. El emperador satisfacia la vanidad de los griegos y su pasion á las diversiones públicas, y nada perdonaba para hacerlas

mas numerosas y brillantes. Esta nacion, frívola y corrompida, se consolaba de tantas provincias y ciudades como le habian quitado, admirando los ricos palacios que se levantaban contínuamente en sus principales poblaciones.

Derrota de Teófilo por los sarracenos. (836.) Si Teófilo imitó el lujo de los antiguos persas, no tuvo ni su molicie ni sus desórdenes; y por un contraste notable, gustaba de fiestas, y no de placeres. Su carácter era naturalmente propenso á la generosidad, y aun á la mansedumbre; sin embargo, los iconoclastas le hicieron cruel. Ofendido su orgullo por la firmeza de los católicos, aumentó el número de los mártires, y aun maltrató á la emperatriz, porque favorecia el culto de las imágenes.

Salió á campaña por una invasion formidable de los sarracenos, y despreció el dictámen de sus generales, que le aconsejaban atacar de noche para ocultar al enemigo el corto número de sus tropas. En vano hizo prodigios de osadía y valor: fue vencido, y casi cercado: su pérdida parecia inevitable, cuando en medio de la noche manda Teófilo prorumpir á sus soldados en gritos de alegría, y tocar un gran número de trompetas. Los sarracenos, sorprendidos y asustados, creen que los griegos han recibido socorro. Retiranse, y el emperador, reuniendo todas sus tropas, vuelve libremente á su corte.

Victoria de Teófilo contra los árabes.

(837.) La campaña siguiente fue mas dichosa para Teófilo: dió batalla en Capadocia á los sarracenos, ganó la victoria, y seguido de 25.000 prisioneros, entró triunfante en Constantinopla.

Hazaña de Manuel. (838.) Al año siguiente se presentó mayor número de sarracenos en la misma provincia. El emperador salió contra ellos, y siempre arrebatado por su ardor impetuoso, se arrojó casi solo en medio de los enemigos. Manuel, que le ve en peligro, se abre paso con algunos compañeros valientes, y le dice al llegar: «Este sable te abrirá camino: no dejemos á los infieles la gloria de hacer prisionero á un emperador.» «Mas vergonzoso seria, respondió Teófilo, que viesen á un emperador huir de ellos.» Á estas palabras vuelve á arrojarse al enemigo: Manuel se le reune, y poniéndole la punta del sable al pecho, le dice: «Sígueme; ó si buscas la muerte, recíbela de un griego, y no de un sarraceno.» Teófilo cede á tanta osadía, sigue á su libertador, y se pone al frente de su ejército, intimidando tanto á los árabes, que no se atrevieron á renovar el combate.

Para Teófilo no era la gratitud un placer sino un gravamen. Dando oidos á la envidia y á la delacion, creyó á Manuel, que le habia salvado dos veces la vida, capaz de aspirar al trono, y determinó hacerle sacar los ojos. El general, advertido á tiempo por amigos fieles, huye, toma caballos en todas las

postas, y los desjarreta, se salva en la corte del califa, y le ofrece servirle como no sea contra su patria. Entonces se habia sublevado el Corazan contra los árabes. Manuel no pide mas fuerzas para reprimir aquella rebelion, que una tropa de prisioneros griegos, de cuya obediencia sale por fiador. El califa les da libertad y armas, y se los confia: Manuel somete con ellos á los rebeldes, subyuga los habitantes de las playas del Oxo, y estermina un gran número de leones y tigres, que habian convertido aquellos paises en vastos desiertos. La gloria de este grande hombre hizo nacer en el alma del emperador pesares y remordimientos, y lo convidó á volver á su corte. Manuel no sabia resistir ni á la voz de su príncipe, ni al amor de su patria; mas para volver á ella era forzoso engañar al califa, que no queria perderlo. Disimulando por la primera vez sus verdaderos sentimientos, finge indignacion contra los griegos, aconseja al musulman que envie á Capadocia con un ejército á su hijo Vatheg, y pide ser lugarteniente suyo. Adoptado su parecer, sale con el ejército: el gobernador de Capadocia, secretamente informado de su designio, ocultó un escuadron griego en un bosque. Cuando los árabes llegaron, se acamparon cerca de aquel sitio: Manuel sale del campamento con pretesto de cazar, y el hijo del califa le acompaña: habiendo llegado á los lindes del bosque, acuden los griegos al llamamiento de Manuel. Enton-

ces, abrazando al príncipe árabe, le dice: «No temas: vuelve á tu padre, no es mi intento haceros traicion. Si os dejo, es para servir á mi soberano.» El califa quiso vengarse de esta desercion; mas sus esfuerzos fueron vanos. Durante esta campaña, que no tuvo resultados, los 30.000 persas que servian en el ejército griego, descontentos porque se les pagaba mal, se rebelaron, y quisieron proclamar emperador á Teofobo. Este jóven príncipe, tan leal como valeroso, informó á Teófilo de la conjuracion, y su conducta generosa fue pagada con gratitud aparente y odio secreto. Sin embargo, habiéndose reunido todas las fuerzas del imperio, Teófilo invadió la Siria, derrotó á los sarracenos, llevó sus armas hasta el Eufrates, tomó muchas ciudades, y á pesar de las súplicas del califa, saqueó á Sozopetra, donde habia nacido este príncipe. El califa enfurecido convoca á las armas á todos los mahometanos, hasta á los de Africa, sitia á Amorio, patria de Teófilo, la reduce á cenizas, y da batalla á los griegos cerca de Azimeno, ciudad de Frigia. El emperador disputó con valor y por mucho tiempo la victoria; pero al fin se retiró vencido á sus reales. Los persas, rebelados de nuevo, querian entregarle á los sarracenos. Manuel descubrió la conspiracion y salvó por la tercera vez á su monarca.

Vatheg, califa. (841.) La guerra se hacia con furor entre cristianos y musulmanes

La muerte del califa Mutazem dió á los griegos un corto reposo: sucedióle Vatheg. El emperador gozó poco tiempo de esta tregua: la debilidad de sus fuerzas anunciaba su próxima muerte. Temiendo que la ambicion del príncipe persa quitase el trono á su hijo, antes de morir, dió órden de matarle, é hizo que le trajesen su cabeza. Poco despues espiró: dícese que agitado por los remordimientos: consecuencias de una venganza criminal. Habia reinado 12 años. Grande en sus defectos como en sus buenas prendas, dió algun esplendor al imperio, y alguna solidez al trono.

Miguel III el ebrio, emperador. (842.) La muerte de Teófilo no dejaba mas gefe al imperio que un niño. El emperador Miguel tenia tres años; pero Teófilo confió al morir la regencia y la tutela de su hijo á la emperatriz Teodora, asociándole su hermano Bárdas, el patricio Teoctisto, y Manuel, cuyo noble carácter no se desmintió en ningun tiempo ni en ninguna circunstancia.

Este hombre intrépido, hábil, virtuoso y fiel, que defendia sus príncipes en la desgracia, y los salvaba en el peligro, era como la sombra de uno de los antiguos héroes de Esparta ó Atenas, que aparecia enmedio de la Grecia corrompida. Apenas murió Teófilo, Manuel convocó al pueblo al circo, y le invitó á prestar el juramento de costumbre. Todos, juzgándole digno del trono, creyeron que iba á subir á él, y que á él debia ha-

cerse el juramento, y prorumpieron en esta aclamacion unánime: «Viva Manuel: gloria y larga vida al emperador Manuel.» «Deteneos, esclamó el valiente y modesto general: teneis otro emperador: vuestra obligacion y la mia es obedecerle. Mi ambicion se limita á defender su infancia, y aspiro solamente al honor de derramar mi sangre para conservarle el cetro que le han trasmitido los deseos de su padre, la autoridad del senado y vuestros sufragios. Vivan Miguel y Teodora.» Estas últimas palabras se repitieron con poco vigor; pero al fin, el pueblo, cediendo á sus instancias, prestó el juramento, y se retiró lleno de respeto y admiracion á aquel hombre generoso que rehusaba el poder, cuando habia tantos que en aquel siglo de desórden lo usurpaban por medio de conjuraciones, y lo compraban con crímenes.

El emperador Teófilo, apasionado hasta su último suspiro por la causa de los iconoclastas, hizo jurar á Teodora que proscribiria el culto de las imágenes: esta princesa no se detuvo por un juramento contrario á su creencia, ni por la oposicion de la mayor parte del senado y del pueblo, y desterró de palacio al patriarca Juan, cuya violencia habia sido causa de la anterior persecucion. Libre de este ostáculo, hizo que los dos partidos discutiesen en su presencia aquella cuestion que dividia la Iglesia, las ciudades, los campos y familias, y ensangrentaba la tierra. Los iconoclastas fueron vencidos en

esta conferencia, y se restableció por un decreto el culto católico y la libertad de venerar las imágenes. La emperatriz mandó al patriarca que pusiese el decreto en ejecucion, amenazándole con el destierro si persistia en su error. El ostinado obispo era tan astuto como fanático; pide tiempo para meditar su respuesta, se abre una vena, clama por socorro, y dice que Teodora le ha enviado asesinos para matarle. El pueblo, siempre crédulo y turbulento, se subleva: acude á su casa, quiere ver la herida, y la impostura se descubre: sus mismos sirvientes cogen y muestran la lanceta de que se habia servido: la indignacion sucede á la lástima, y el patriarca sale de la ciudad cargado de la maldicion pública. Su partida fue la señal de la libertad: los suplicios cesaron, las víctimas respiraron, los calabozos se abrieron, y los desterrados volvieron á sus hogares. Sucedióle Metodio, á quien habia perseguido muchos años. Un concilio restableció solemnemente el culto de las imágenes, y puso fin á la heregía de los iconoclastas, que fue causa, durante 120 años, de tantas querellas, combates, persecuciones y suplicios.

Guerra con los sarracenos, y su victoria en Creta. (844.) Los sarracenos creyeron que podian aprovecharse de la debilidad del gobierno de una muger para consumar la ruina del imperio; pero una armada de 400 buques que enviaron contra la capital, fue destruida por una tempestad sobre las costas de

Licia; sin que escapasen mas de siete navíos. Las armas griegas hubieran sido probablemente siempre victoriosas, á haberla mandado Manuel; pero Teodora, apreciando mas el favor que el mérito, aunque colocado en lugar eminente, prefirió á Teoctisto, creyéndole mas fiel porque era mas sumiso y complaciente. Teoctisto, mejor cortesano que guerrero, fue vencido por los abages. Al año siguiente desembarcó en Creta con un ejército, y se dejó engañar por la falsa noticia de una rebelion en Constantinopla. Abandonó á sus soldados; y los sarracenos, que habian esparcido diestramente aquella voz, se aprovecharon del desórden causado por la ausencia del general, y destruyeron casi enteramente el ejército griego.

Batalla del monte Tauro. (845.) Teodora volvió á confiar otro ejército al inhábil Teoctisto. Dió batalla á los árabes cerca del monte Tauro, fue vencido, perdió 40.000 hombres, echó la culpa de esta derrota á su colega Bárdas, y sin embargo conservó el favor de la emperatriz hasta tal punto, que para libertarle del odio público, le concedió una guardia.

Invasion de los esclavones en Grecia. (846.) Hubo treguas y canges de prisioneros con los árabes; pero los esclavones se apoderaron de Grecia. El primer escudero de Teodora, llamado tambien Teoctisto, fue mas dichoso, y arrojó á los bárbaros de aquel pais. Habiendo muerto el patriarca Metodio,

Nicétas, uno de los hijos del emperador Miguel Ringabé, le sucedió, y tomó el nombre de Ignacio. En esta época los cosares, que habitaban la Táuride, se convirtieron al cristianismo por la predicacion de Cirilo, el cual fue tambien apóstol de los esclavones, y segun los historiadores, inventor de su alfabeto.

La Providencia, queriendo retardar la caida del imperio de oriente, suscitó entonces un hombre de genio que debia elevarse desde la servidumbre al trono. Basilio, á quien la adulacion atribuyó despues que descendia por su padre de los Arsácidas y por su madre de Constantino el grande, habia nacido en una aldea cercana á Andrinópoli, en el seno de una familia de pobres artesanos. En su niñez fue uno de los cautivos que Crum llevó á Bulgaria. Estos esclavos cristianos, maltratados por los sucesores de aquel rey, rompieron sus cadenas, se escaparon, vencieron á los búlgaros que los perseguian, y derrotaron tambien otro pueblo de bárbaros, llamados entonces onoguros, y ahora húngaros. Debidos estos triunfos al valor que inspira la desesperacion, se restituyeron á su patria. Tenia entonces 25 años, y se admiraba en él su intrepidez, estatura, belleza y fuerzas prodigiosas. Obligado á trabajar para vivir, entró de sirviente en casa del gobernador de Macedonia: mas como su sueldo no bastase para la subsistencia suya, de su madre y de su familia, resolvió buscar fortu-

na en la capital; y el hombre que habia de reinar en Constantinopla, fue á pie hasta ella; entró de noche sin dinero, protector ni asilo, y durmió en las gradas de una iglesia. El portero del monasterio lo vió, le dió hospitalidad y lo recomendó á un pariente del emperador, que lo recibió por escudero. Basilio siguió á su nuevo amo al Peloponeso, donde se distinguió por su valor. Habiendo caido enfermo en Patrás, inspiró mucho afecto á una viuda llamada Danielide, la cual, movida de sus grandes cualidades, le colmó de regalos, y le dió tierras en Macedonia, sin mas condicion que la de adoptar un hijo, cuya educacion le confió. Basilio volvió á Constantinopla á casa de su amo, y asistió un dia á un banquete, donde se hallaba el embajador de los búlgaros. Este se jactaba de tener un criado de tantas fuerzas que ningun hombre habia podido derribarle: Basilio, incitado por su amo á luchar con el búlgaro, le arrojó al suelo: corre por la ciudad la noticia de este triunfo, que lisonjea la vanidad griega: se inflama el entusiasmo del pueblo, y no se habla en todas partes sino de la osadía y fuerza del jóven y hermoso macedonio. Al mismo tiempo el emperador acababa de comprar un caballo de gran valor, pero tan fogoso, que ninguno de sus escuderos logró domarle. Basilio prometió que él lo domaria, y cumplió su palabra: el empleo de primer escudero fue el premio de su habilidad. Bien pronto se distinguió en la corte por su talento y en los campos

por su valor. Las guerras contínuas le dieron frecuentes ocasiones de justificar con sus hazañas los favores de la fortuna. La regencia de Teodora fue señalada por victorias. Cansada de las correrías frecuentes de los sarracenos, envió una armada contra Egipto. Los griegos saquearon aquel pais, tomaron á Damieta, y volvieron á oriente con un rico botin. Bógoris, rey de los búlgaros, creia que venceria con facilidad á un imperio gobernado por una muger. Declaró pues la guerra, y acompañó su declaracion con una carta altiva y amenazadora. Teodora le respondió: «Te saldré al encuentro, y espero vencerte; pero si soy vencida, será tambien vergonzoso para tí haber triunfado solo de una muger.» Su firmeza sorprendió y agradó al bárbaro: se abrieron negociaciones y se concluyó un tratado. La emperatriz le pidió la libertad de un monge llamado Teodoro, célebre entonces por su virtud, y dió libertad á una hermana de Bógoris, cautiva 38 años antes por Leon el armenio. Esta princesa, que durante su cautiverio abrazó el cristianismo, convirtió despues á su hermano.

Los búlgaros irritados se rebelan y quieren matar á su rey para vengar sus dioses. Acometen el palacio. Bógoris, llevando una cruz en su pecho, sale con 50 hombres leales, cae sobre los rebeldes, los admira, espanta y dispersa. Entonces fue cuando la emperatriz, informada de este suceso, envió á Cirilo al pais de los búlgaros, y el fervor del

sacerdote acabó de lograr las conversion[e]
que el denuedo del rey habia comenzad[o]
Luis de Germania, príncipe frances de la fa
milia de Carlo-magno, émulo de esta con
quista religiosa, envió tambien algunos sa
cerdotes á la misma nacion; y desde enton
ces la iglesia griega y la latina se disputaban
la gloria de haberla convertido.

Principios del reinado de Miguel III
(854.) El jóven emperador Miguel anuncia
ba ya en su adolescencia el reinado de los vi
cios y de la tiranía. Su madre dispuso casar
le con Eudoxia, hija de un patricio: el prin
cipe no quiso aceptar su mano sino á condi
cion de conservar á su dama, que era Inge
rina, hija del gran tesorero. Teodora debia
prever, que perdida la autoridad materna
no podia ya mandar como emperatriz. El ar
tificio, la ambicion y la lisonja rodeaban al
emperador, le incitaban al vicio, acariciaban
su amor propio é irritaban su orgullo: Bar
das y el camarero mayor Damiano llenaron
el palacio de sus eunucos y de los cómplices
de su disolucion. Teoctisto, acusado de trai
dor, fue muerto á puñaladas en presencia
del emperador que protegió á los homicidas.
La virtud desapareció de la corte. Manuel
indignado se alejó de ella, resuelto á acabar
en el retiro y la devocion su vida heróica.
Teodora descendió del trono; pero antes de
dejar el cetro, reprendió justamente á Bar
das su hermano, convocó á los senadores, di
cuenta de su administracion, y dijo: «Ya de

jo el gobierno, y para que no os engañen con falsas relaciones á cerca del caudal público, he hecho venir aquí á los tesoreros: ellos os demostrarán que dejo en el erario 190.000 libras de oro y 300.000 de plata.» Estas riquezas no tardaron en disiparse: Miguel se entregó desenfrenadamente á los gastos mas locos y á la disolucion mas vergonzosa. Burlándose de las leyes, de la religion y de la naturaleza, blasfemaba de Dios, perseguia la Iglesia, y cuando estaba embriagado entregándose al furor de sus caprichos, daba órden de degollar y mutilar á los hombres que murmuraban ó se lamentaban de su gobierno. Echó de su iglesia al patriarca Ignacio, y aun quiso sacarle los ojos; pero el papa acogió esta víctima bajo su proteccion. El arzobispo de Tesalónica se atrevió á hacerle observaciones: el tirano insensato mandó que le rompiesen los dientes. El papa Nicolás, justamente irritado, escribió una carta amenazadora al emperador, comparándole con Goliath, y á sí mismo con David. En fin, para seguir completamente las pisadas de los tiranos mas odiosos, Miguel, añadiendo la ingratitud á sus demas vicios, insultó á su madre y la mandó poner en prision.

Batalla de Damasco. (862.) No obstante, los generales que se habian instruido en los reinados precedentes, mantenian aun la gloria de las armas griegas. Leon, al frente de un ejército imperial, venció en Asia á los sarracenos: Miguel, envidioso de una gloria

que no le era dado adquirir, sale de su pa
cio acompañado de Bárdas, se presenta
los campamentos, toma el mando de las tr
pas, sitia á Samosata, da batalla á los árab
y es completamente derrotado. El resto
la campaña no fue mas que una serie de r
veses. Miguel, perseguido y hostigado por
das partes, perdió sus tiendas y equipag
En tanto peligro se acordó que Manuel vi
aun, y le suplicó que viniese á su socor
Este ilustre viejo olvida su edad, sus inj
rias, los vicios de la corte y la ingratitud d
príncipe. Deja su retiro, se presenta en l
campamentos, y restituye el valor á los so
dados, mostrándoles su victoriosa espada
su frente cubierta de nobles cicatrices. L
griegos toman la ofensiva; pero con la esp
ranza entró la presuncion en el corazon
Miguel, y despreciando los prudentes co
sejos de su general, ataca imprudentemen
á los enemigos que le engañan con una fu
fingida. No tardó en verse acometido por t
das partes, envuelto y cercano á perder
vida ó la libertad. Manuel entonces halla
su corazon todas las fuerzas de la juventu
habituado á vencer y á fijar la fortuna,
arroja á los sarracenos al frente de 500 hom
bres escogidos, desbarata á los árabes, libe
ta al emperador y protege su retirada. E
batalla destruyó gran parte del ejército gri
go. Omar, aprovechándose de la flaqueza d
imperio, asoló la Capadocia, el Ponto y
Cilicia. El esceso de los males produjo su r

medio: la desesperacion reanimó el valor de los cristianos, no habiéndoles dejado sus enemigos mas bienes que las armas.

Reuniéronse en gran número: mandados por Petrónas, hermano de Bárdas, marcharon contra los sarracenos, les dieron batalla cerca de Damasco, y consiguieron una completa victoria. Omar pereció en el combate: Petrónas llevó á Constantinopla la cabeza de este emir, y recibió en el circo los honores del triunfo.

Primera invasion de los rusos. (863.) En este tiempo se presentó por la primera vez en el oriente un nuevo pueblo, destinado á dividir algun dia con las naciones occidentales el imperio del mundo.

Los rusos, habiendo salido de las playas heladas del Báltico, conquistaron los vastos paises comprendidos entre el Volga, el Borístenes y el mar del norte, se presentaron repentinamente en las playas del mar negro, y atravesándole temerariamente en ligeras barcas, entraron en el Bósforo. Su nombre desconocido, su trage selvático y su valor feroz aterraron la Tracia: la recorrieron como un torrente, destruyeron las cercanías de la capital, se volvieron á embarcar con el fruto de sus depredaciones, y se llevaron entre los cautivos á un obispo griego, el cual introdujo en Rusia las luces del cristianismo y el germen de la civilizacion. Esta invasion fue como las tempestades, terrible y de corta duracion.

Basilio, asociado al imperio. (866.) La corte de oriente no tardó en sufrir otras tormentas. El ambicioso Basilio, cuyo favor se aumentaba todos los dias, caminaba para llegar al poder por el sendero tortuoso de la intriga: cometia bajezas para elevarse y comenzaba con oprobio una carrera que despues terminó con gloria. No reparando en los medios de conseguir su objeto, repudió á su muger María, y casó con Ingerina, dama del emperador, fastidiado ya de sus amores; por un trueque escandaloso le dió por concubina á su hermana Tecla: estos lazos infames consolidaron y aumentaron su influjo. Bardas, celoso de él, resolvió su perdicion; pero Basilio, mas hábil, se le anticipa, y persuade al emperador que Bardas quiere destronarlo. Miguel, desconfiado é inhumano porque era débil, resuelve dar muerte á su tio, y le invita á venir á su campamento que estaba en Asia. Advirtieron á Bardas el lazo que se le tendia; pero aquel hombre orgulloso, despreciando un príncipe inepto y disoluto, creyó intimidarle con el número de sus amigos y con el influjo que tenia en el ejército. Preséntase, pues, acompañado de personas muy afectas, en la tienda del emperador. Todos los cortesanos tiemblan: Miguel asustado dice á Basilio: «¿Me dejarás en poder de este traidor?» Basilio grita: «Salvemos al emperador;» y al mismo tiempo saca su espada y la sepulta en el pecho de Bardas. Un partido numeroso quiso vengar su

muerte. El patriarca Focio, al frente de él, insultando á un tiempo al papa y al emperador, escomulgó al primero acusándole de heregía, y emprendió destronar al segundo. La firmeza de Basilio reprimió á los facciosos, y Miguel lo asoció al imperio. Basilio, habiendo llegado á la elevacion adquirida por crímenes, arrojó la máscara del vicio, y volvió á las virtudes, de que la ambicion le alejaba; pero apenas mereció la estimacion pública, perdió la gracia de Miguel. Este príncipe inconstante llevó hasta el delirio los caprichos de su despotismo. Entregando su confianza á un despreciable marinero, cómplice de sus liviandades, le nombró emperador, y á pesar de las advertencias de la emperatriz que se oponia á semejante estravagancia, presentó aquel ridículo augusto al senado. Los senadores consternados guardaron silencio; y en un siglo tan corrompido pareció valor. Ya Miguel habia procurado matar á Basilio en la caza; y este, cierto de que se habia jurado su ruina, determinó acabar con el emperador.

Su madre habia convidado á un banquete á su hijo, á Ingerina, á Basilicino, el nuevo augusto, y á toda la corte. Miguel, segun su costumbre, se embriaga. Retiráronse los convidados, y el príncipe fue conducido en su lecho á un cuarto remoto. Basilio penetra en él enmedio de la noche, seguido de algunos conjurados: da de puñaladas á Miguel, vuela á apoderarse del palacio impe-

rial, manda venir á él á Ingerina, da órd
de matar á Basilicino, envia la emperatr
Eudoxia á su familia, y hace enterrar s
pompa á Miguel en la iglesia de Crisópoli
Este príncipe fue asesinado á los 29 años d
edad y 25 de reinado.



CAPITULO XIV.

Basilio el macedonio. Leon sesto el filósofo. Constantino séptimo porfirogeneto.

Basilio el macedonio, emperador. Victorias de Basilio contra los musulmanes. Batalla de Malatia. Reconquista de la Capadocia. Victorias en Cilicia y Bitinia contra los árabes. Derrota de los árabes en Cilicia. Guerra en Sicilia é Italia. Los sarracenos arrojados de Italia. Leon VI el filósofo, emperador. Conquistas de los húngaros. Pérdidas del imperio. Toma de Tesalónica por los árabes. Muerte de Andrónico Ducas. Regencia de Alejandro. Constantino VII porfirogeneto, emperador. Elevacion y muerte de Constantino Ducas. Regencia de Zoe. Batalla de Aqueloo. Conspiraciones de Leon y Romano. Romano Lecapeno, emperador. Paz con los búlgaros. Invasion y derrota de los rusos. Constantino VII porfirogeneto, restituido al trono. Muerte de Romano. Embajada de Luitprando. Guerras con los árabes. Muerte de Constantino VII.

BASILIO *el macedonio, emperador*. (867
El imperio, cuando iba á perecer en una la
ga agonía, era aliviado de tiempo en tiemp
por algunos guerreros de gran carácter. Bas
lio fue uno de ellos. Sacado de la miseria y os
curidad para subir al primer trono de orient
supo hacer olvidar por sus grandes prenda
las maldades que le condujeron al solio, y lo
crímenes que le dieron la corona. Ejempl
raro entre los ambiciosos, gozó noblement
de una grandeza mal adquirida, y el pode
que á tantos corrompe, le purificó: si se no
taron todavia en él algunas culpas, fueron
de su siglo, y no de su carácter. En su reina
do pareció que el imperio recobraba la an
tigua juventud y valor: Basilio cerró por al
gun tiempo sus numerosas llagas. El desor
den de la hacienda fue la primera que exami
nó y curó. Abrióse el tesoro en presencia de
senado, y solo se hallaron 300 libras de oro
Los documentos mostraron que el caudal pu
blico se habia disipado con profusiones estra
vagantes: el senado queria que se mandasen
restituir completamente unos dones tan es
candalosos; pero el emperador se opuso á u
na reaccion tan violenta, y obligó á los que
se habian enriquecido con los bienes del im
perio á restituir solamente la mitad de lo re
cibido: esta restitucion parcial ascendió to
davia á grandes sumas. Tomó despues otra
providencia mas sábia y productiva para el
tesoro, que fue disminuir los impuestos y los

gastos inútiles. Parece que la suerte quiso favorecer sus designios, porque en varios sitios se descubrieron muchos tesoros que la tiranía y el terror habian hecho sepultar; y como no tenian dueño conocido, el erario público se apoderó de ellos. La justicia que habia sido venal por mucho tiempo, dejó de serlo en su reinado, y el aprecio general dictó el nombramiento de los jueces. El emperador les asignó, igualmente que á los abogados, sueldos decentes para que pudiesen defender, sin llevar honorarios, al débil contra el poderoso y al pobre contra el rico. Asignó tambien fondos para la subsistencia del pleiteante pobre hasta que se concluyese el litigio. Accesible á todas las quejas, no empleaba su autoridad, sino en preservar al pueblo de la opresion de los poderosos. Obligó á los recibidores á usar de un estilo claro en los edictos, porque con su pérfida oscuridad tendian lazos á los contribuyentes. Este príncipe justo y vigilante llevó la luz al caos de las leyes, las abrevió y reformó, quitó las antilogias, las clasificó en un órden sistemático, y las hizo traducir en griego. Esta traduccion tomó el nombre de las *Basilicas*.

Su administracion activa, firme y previsora hizo renacer, por medio de la seguridad, la abundancia y la circulacion de las riquezas. No tardó en gozar del fruto de sus trabajos. Habiendo ido un dia, segun su costumbre, á la sala de audiencia, nadie se presentó á dar quejas. Pareciole poco verosimil que

los abusos se hubiesen estirpado tan pronto sospechó que algunos hombres poderosos tenian formado el proyecto de hacerle ignorar la verdad, y para conocerla envió á las provincias comisarios fieles; pero sus informes le probaron que el temor de su justicia habia hecho cesar en todas partes los motivos de queja. Rindió por ello á Dios solemnes acciones de gracias: festividad religiosa, acaso la mas conveniente que los monarcas pueden ofrecer á la divinidad.

El patriarca Focio fue depuesto, é Ignacio restituido á su silla. Un concilio general condenó á los iconoclastas, anuló los decretos del concilio de Focio, y restableció la paz en la Iglesia, gobernada entonces por el papa Adriano II. El emperador, habiendo dado por este medio bases mas sólidas al trono, se creyó bastante afirmado para atender á los negocios esteriores y rechazar los numerosos enemigos que amenazaban al imperio. El ejército no era mas que una milicia numerosa; pero envilecida, mal pagada, peor armada, sin instruccion y sin valor. Las liberalidades del príncipe hicieron que los antiguos soldados volviesen á las banderas: restableció la disciplina, arregló el sueldo, y renovó el uso de los ejercicios antiguos. Algun tiempo antes los maniqueos, aumentando escesivamente su número, habian formado un cuerpo de nacion, con el nombre de paulicianos. Unidos á los árabes, hacian en oriente grandes estragos; entretanto los sarracenos devas-

taban las ciudades de Italia, y aprovechándose de la rebelion de los croatos y esclavones, salieron del puerto de Cartago con una armada, infestaron las playas de Dalmacia, y sitiaron á Ragusa. Basilio envió una escuadra de 100 bajeles á las órdenes del patricio Orifas, el cual venció á los graves, libertó á Ragusa, obligó á los musulmanes á volverse al Africa, é infundió tanto miedo á los esclavones, que los obligó á reconocerse por amigos del imperio. Esta rápida conquista hizo esperar á los ambiciosos empleos, gobiernos y ganancias ilícitas. Basilio poseia el arte poco conocido de conservar con la justicia lo que adquiria con la fuerza de las armas; y asi permitió á sus nuevos vasallos escoger por sí mismos sus prefectos y magistrados, y ganó el afecto de aquellos pueblos belicosos de tal manera, que estos enemigos antiguos del imperio fueron sus ardientes defensores. Bógoris, rey de los búlgaros, nuevamente convertido á la fe cristiana, envió obispos al concilio de Constantinopla. Esta sumision á la iglesia griega, sin hacer caso de la latina, produjo una disputa entre las dos. El concilio habia decidido que la Bulgaria, como provincia del imperio griego, dependeria tambien de él en materia de religion; pero el papa defendia sus derechos como gefe de toda la Iglesia, y amenazó al patriarca con la escomunion. Los emperadores franceses sostenian la causa de Roma: Basilio, empleando ya la moderacion, ya el vi-

gor, impidió los efectos de esta desavenencia. Los pequeños príncipes de Italia, discordes entre sí, tenian la necedad de hacer que los sarracenos interviniesen en sus pretensiones; y asi venian de Sicilia y Africa enjambres de mahometanos, que se apoderaron de una parte de Calabria, de Tarento y Bari.

Victoria de Basilio contra los musulmanes. (871.) Cesario, duque de Nápoles y lugarteniente de Basilio, peleó con ellos y los derrotó, mas no pudo impedir que sitiasen á Gaeta; y la hubieran tomado, á no ser por una tempestad que destruyó su armada. Luis, emperador de occidente, echó á los árabes de Benevento; mas ellos invadieron la Toscana y saquearon la playa del mediterráneo: obligaron á Luis á levantar el sitio de Bari, y asolaron el territorio de Nápoles y el Samnio. El emperador frances, que temia perder toda la Italia, olvidadas las emulaciones en el peligro comun, hizo alianza con Basilio, el cual envió en su socorro una escuadra mandada por Orifas. Los dos ejércitos aliados tomaron á Bari: los árabes fueron echados de la ciudad: el botin fue para los griegos; pero la guarnicion musulmana y su comandante quedaron prisioneros del emperador de occidente. Esta victoria, que entonces fue muy célebre, dió origen á la emulacion y á las disputas entre los dos emperadores, porque ambos se atribuyeron el triunfo. Basilio preguntó á Luis, por qué tomaba el título de emperador romano, cuando sol

pertenecia á los sucesores de Augusto y Constantino. Luis respondió con justicia y altivez que su título era mas legítimo cuanto lo debia á la eleccion libre de los romanos: exhortaba al emperador de oriente á renunciar á tan inútiles contestaciones, y á arrojar al enemigo comun del mar Adriático, asi como él se encargaba de recobrar á Calabria y Sicilia. Desde entonces temiendo Basilio en el occidente la ambicion de los franceses mas que la de los árabes, favoreció en secreto los esfuerzos de los príncipes de Italia, que deseaban sustraerse al yugo de Luis; y se indemnizó en oriente con grandes victorias del poco fruto que habia sacado de su espedicion á Italia.

Hizo con los rusos un tratado de paz, y suavizó las costumbres de estos hijos belicosos del norte, propagando el Evangelio en su pais. Tambien entabló negociaciones con los paulicianos; pero la ostinacion de estos sectarios inutilizó sus disposiciones para la paz. Aliados con los sarracenos, llegaron en sus incursiones hasta las murallas de Efeso y Nicomedia. Casbéas y Crisoquiro, sus príncipes, manifestaban brio y habilidad. Cuando Basilio les ofreció la paz para ahorrar el oro y la sangre de sus pueblos, le respondieron insolentemente, que si no se contentaba con reinar en las provincias que estan al occidente del Bósforo, sus armas lo obligarian á ello. El emperador, irritado de este insulto, y de una nueva inva-

sion que hicieron en el Ponto, marchó contra ellos. Al principio no fue dichoso y sufrió algunos reveses, y aun en uno de los combates, impelido de su valor demasiado ardiente, habiéndose arrojado entre las filas de los árabes, estuvo rodeado, oprimido, espuesto ya á ser muerto ó prisionero. Pero de improviso un soldado desconocido, atravesando la multitud de los combatientes, admira al enemigo con prodigios de fuerza y de valor, lo ahuyenta y da al emperador la vida y la libertad. Basilio, como todos los grandes hombres, se instruyó en las desgracias, luchó contra la suerte, la domó, reunió sus fuerzas, venció á los enemigos, les quitó las conquistas que habian hecho, y volvió á su capital con un gran número de trofeos y prisioneros. La gratitud de Basilio era activa como su valor: hizo buscar en todas partes al soldado, que habia desaparecido modestamente despues de haberle libertado con tanta intrepidez. En fin, á fuerza de indagaciones se le descubrió: era un armenio llamado Teofilacto. El emperador le prometió brillantes recompensas. «Señor, le dijo el héroe, naci pobre: la suerte no me ha destinado á las dignidades con que me quieres honrar. No tengo ambicion, y prefiero á todos los favores de la fortuna el honor de haberte servido: en esponer mi vida por salvar la tuya, no he hecho mas que cumplir mi juramento y mi obligacion. Si á pesar de esto, eres tan generoso que quieres dar pre-

mio á una accion tan natural, solo te pido algunas aranzadas de tierra para la subsistencia de mi familia.» El emperador le dió una de sus posesiones; y despues la suerte como queriendo premiar, á pesar suyo, su valor desinteresado, elevó al trono á su hijo Romano Lecapeno.

Batalla de Malatia. (872.) Las hazañas de Basilio estendian su fama por el oriente. Muchos príncipes y ciudades sacudieron el yugo del califa y se sometieron al emperador. Cristóval, pariente de Basilio, que mandaba un cuerpo de ejército, probó que debia su grado mas á su mérito que á su favor. Derrotó á los musulmanes, tomó por asalto á Sozopetra y se apoderó de Samosata. Seguido de una multitud de griegos, á quienes libertó y dió armas, se reunió con el emperador que estaba acampado en las orillas del Eufrates. Basilio, resuelto á llevar al otro lado de este rio las águilas imperiales que por tantos años no se habian atrevido á acercarse á él, no se retrajo de su propósito ni por la rapidez de la corriente, ni por el gran número de enemigos que defendian el paso. Emulo de Trajano, de Probo y de Juliano, animaba á los soldados con su ejemplo, llevaba como ellos pesos muy grandes, y arrostraba las fatigas de la marcha y el calor del dia. Nadie se atrevia á quejarse de los trabajos que sufria tambien el príncipe, ni medir los peligros á los cuales se esponia el primero de todos. Inflamando el ejército con su ejemplo

y valor, atravesó el rio, venció á los enem
gos, tomó por asalto á Tampsaco, se hi
dueño de otras muchas plazas, asoló vast
territorios, y renovó en Mesopotamia aqu
antiguo respeto al nombre romano, con q
se ensoberbecian ridículamente sus predec
sores, y que él solo mereció imponer. A
noticia de los estragos que hacia este torre
te, los sarracenos irritados reunen todas s
fuerzas cerca de Malatia, le salen al encue
tro, le presentan la batalla, y con la violen
cia de sus gritos anuncian el furor del com
bate. La impetuosidad de los árabes sorpre
de á los griegos, y cejan: Basilio se pone
frente de algunos escuadrones y los hosti
en vano á que tomen la ofensiva. Creyen
que seria mas imperioso el ejemplo que
mando, se arroja en medio de los enemigo
los valientes que le seguian, sucumben
número de los sarracenos. El emperador, as
tado por todas partes, despues de hacer pr
digios de valor, va á perecer en medio de l
numerosas víctimas que su sable ha inmolad
pero los griegos, al ver su peligro, avergo
zados del miedo anterior, vuelan á libertarl
El terror desaparece, el valor se despierta: t
do el ejército cae furioso sobre los árabes, l
desbarata, los dispersa, los persigue, y ma
á todos los que no rinden las armas. Despu
de esta completa victoria, tanto mas glorio
cuanto mas disputada, el emperador volv
triunfante á su capital, donde recibió de
mano del patriarca una corona de laurel.

Crisoquiro estaba vencido, mas no subyugado. Este gefe temible de los paulicianos reunia al ardor de un soldado la ostinacion de un sectario. Levantó nuevas tropas, y se volvió á presentar en Capadocia. El emperador le aborrecia y despreciaba, y no veia en él mas que un bandido. En el esceso de su enojo prorumpió en palabras feroces indignas de la nobleza de su carácter y del espíritu de la religion: pidió solemnemente á Dios, á san Miguel y al profeta Elias que le concediesen vida hasta ver la muerte de Crisoquiro, é hincarle tres flechas en la cabeza. Cristóval, encargado de dirigir la guerra contra los paulicianos, dejó al enemigo que consumiese sus víveres y fuerzas en acciones de puestos, evitando toda batalla decisiva. Esta prudente contemporizacion produjo grandes efectos: Crisoquiro, ya sin subsistencias y siempre costeado, se vió obligado á retirarse. Entonces el general griego le persiguió, atacó incesantemente su retaguardia, y despues de haber enviado á sus espaldas un destacamento numeroso, acometió de noche sus reales. Los paulicianos, sorprendidos y derrotados, buscan vanamente su salvacion en la fuga: en todas partes hallan el enemigo y la muerte. Solo Crisoquiro, por la ligereza de su caballo, se abre paso y cree escapar del furor de los griegos; pero una rambla muy profunda le detiene: alcánzale uno de los guerreros que le perseguian, le derriba de una lanzada, le corta la cabeza y la lleva

al emperador : el cual viendo cumplido su
to, se apresura á consumarlo, y atraviesa c
tres flechas la cabeza sangrienta de un en
migo, cuya muerte debió desarmar su ve
ganza. Basilio empleó la fuerza, la seducci
y el atractivo de los honores y premios pa
convertir los judíos al cristianismo. Much
se bautizaron; mas como la conviccion no h
bia penetrado en sus almas, la mayor par
de estas conversiones, debidas á intereses te
renos, no duraron mas que el reinado d
emperador.

Reconquista de la Capadocia. (875.) E
te príncipe, libertado como por milagro
los mayores peligros de la guerra, se vi
en el seno de la paz, próximo á perecer p
el accidente mas estraño. Estaba en una ig
sia que se construia de órden suya y á don
se trasportaban muchas estátuas. Una de ell
era la de un obispo, cuyo báculo estaba c
ñido de una serpiente de bronce. El emp
rador puso por casualidad el dedo en la c
beza de aquella sierpe, y fue mordido p
una verdadera que se habia ocultado allí.
arte de los médicos peleó inútilmente mu
chos dias contra el veneno de la mordedur
y la curacion fue larga y difícil.

Apenas se restableció volvió á tomar l
armas, marchó á Capadocia contra los sar
cenos acompañado de su hijo Constantin
los derrotó en todos los combates, puso
fuga al emir. Apasdel que hasta entonces h
bia sido el terror del Asia, penetró en

desfiladeros del monte Tauro, y obligó á otro emir llamado Escemas á rendirse. Los sarracenos, afeminados por la opulencia, no mostraban la misma habilidad ni el mismo vigor que sus mayores: combatian sin regla como los turcos del dia. Su ejército era solamente una milicia desordenada. Despreciando el arte militar y abandonándolo todo al destino, atrevidos en la victoria, abatidos en la derrota, se desanimaban cuando eran vencidos, porque lo atribuian al enojo del cielo. Semejantes enemigos oponian una resistencia impotente á un príncipe hábil que los atacaba segun los principios de la táctica y con toda la fuerza de la antigua disciplina.

Victorias en Cilicia y Bitinia contra los árabes. (876.) La aspereza de los lugares hizo mas larga su resistencia en Cilicia; pero estos ostáculos no pudieron detener al infatigable Basilio. Subió por las rocas, pasó los torrentes, atravesó los precipicios, dando, por decirlo así, alas á su ejército: se apoderó de todas las fortalezas, asoló el pais, sometió al emir que lo gobernaba y volvió á Constantinopla cargado de ricos despojos. Andres el escita, su lugarteniente, venció tambien á los sarracenos en Bitinia: otro cuerpo de ejército derrotó á los curdos, pueblo bárbaro que infestaba las orillas del Eufrates. Un solo reves, consecuencia de una mala eleccion, interrumpió la carrera de sus triunfos. Dejóse engañar por la jactancia de un cortesano lla-

mado Estipioto, el cual dijo que se atrevi
tomar á Tarso: dióle tropas para ello, y
necio general fue derrotado en el primer
cuentro, dando él mismo el vergonzoso eje
plo de la fuga. El occidente ardia enton
mas que nunca en guerras estrangeras y
viles. Los griegos de Nápoles y Salerno
unieron con los musulmanes para robar
territorio de Roma, y se vió al mismo obi
de Nápoles aliado de los sarracenos. El pa
aunque á pesar suyo, hubo de oponer á es
peligros las armas de los franceses, cuya a
bicion temia, y pasó á Francia á implorar
proteccion de Luis el tartamudo contra
árabes y los griegos.

Entonces hubo una estraña revolucion
la iglesia de Constantinopla. El patriarca
nacio acababa de morir. Focio, herege c
denado y depuesto, no perdia la espera
ni la osadía: devorado de ambicion, n
arredraba por ningun ostáculo. Su carác
á un tiempo atrevido y flexible, sabia arr
trar todas las resistencias y tomar todas
máscaras. Aplacó al papa fingiendo gra
arrepentimiento de sus errores: afectando
celo ardiente por el príncipe que habia
su enemigo, engañó al emperador, y entr
bos le dieron la dignidad de patriarca. A
mado con este buen suceso, se atrevió á p
sentarse en un concilio donde debia esp
una acogida humillante; pero la habilidad
sus discursos y su elocucion persuasiva g
ron de tal modo los ánimos, que en lugar

las reprensiones merecidas solo recibió honores y alabanzas.

Derrota de los árabes en Cilicia. (880.) Mientras que sus intrigas robaban á Basilio un tiempo precioso, los sarracenos, creyendo favorable la ocasion, atacaron de nuevo el imperio. Abdalá, lugarteniente del califa, entró en Capadocia y en Cilicia; pero en vez de sorprender á los griegos como esperaba, halló ocupadas todas las posiciones fuertes, y todas las ciudades en estado de defensa. Obligado á retirarse, fue atacado, envuelto y hecho prisionero. Todas sus tropas perecieron en el combate, á escepcion de 500 soldados valerosos que se abrieron paso espada en mano.

Guerra en Sicilia é Italia. (884.) Los árabes, mas felices en Sicilia, se hicieron dueños de Siracusa, por negligencia del almirante Adriano, que fue destituido y desterrado. Los musulmanes, orgullosos por este triunfo, dominaron el Archipiélago con una escuadra numerosa, y amenazaron á Constantinopla. Nicétas, comandante de la escuadra imperial, los alcanzó cerca de Candía, los derrotó y les quemó 20 buques: otra escuadra musulmana fue derrotada y destruida cerca de las costas de Calabria. En fin, Procopio desembarcó en Italia y echó á los árabes de casi todas las plazas que poseian. Los sarracenos, para reparar estos reveses, juntaron todas sus fuerzas, y presentan batalla á los griegos. Leon, lugarteniente de Procopio, era

hábil y valiente, pero lleno de envidia y a bicion. Mandaba un ala del ejército com puesta de tracios y macedonios; y en el m mento en que las disposiciones hábiles y valor de Procopio iban á decidir la victori el pérfido Leon se retira, dejando desgua necido su flanco: los sarracenos se anima toman superioridad y desbaratan á los gri gos. Procopio es vencido y muerto: los ára bes persiguen á los fugitivos; pero Leon r vuelve en este momento contra ellos, l ataca, derrota y destruye, toma á Tare por asalto, y vuelve glorioso á Constanti pla con la esperanza de magníficas recom pensas. Basilio, informado de su traicion, recibe con menosprecio y le destierra. Leo furioso de ver inutilizada su alevosía, se ar igualmente que á sus hijos, asesina á los of ciales que le habian denunciado, y huye p ra buscar un asilo en la corte del califa: pe síguenle, es alcanzado, se defiende con osti nacion, sus hijos mueren en el combate, c de al fin al número y vuelve preso á Con tantinopla. El emperador le perdonó la vi da y le hizo pagar sus perfidias con la pé dida de un ojo y de la mano derecha.

Los sarracenos arrojados de Italia (885.) Una nueva espedicion, dirigida p el general Nicéforo, libertó á Italia y arro enteramente de ella á los sarracenos.

El emperador, victorioso, regenerad del imperio, temido de los enemigos, y re petado de su pueblo, hubiera gozado de un

gloria igual á la de sus mas ilustres predecesores, si la fortuna no hubiese envenenado su felicidad con pesares domésticos, tanto mas amargos, cuanto venian mezclados con remordimientos; porque le recordaban cruelmente los sacrificios que la ambicion habia exigido contra la virtud. Su hermana Tecla, que él mismo habia entregado á su predecesor Miguel, escandalizaba la corte con sus liviandades. La emperatriz Ingerina, antigua dama de Miguel, no mostró mas decencia en el trono que en la vida privada. El emperador descubrió sus conexiones criminales con un oficial subalterno de palacio: mas no quiso castigarla atribuyéndose á sí mismo las desgracias que se seguian de un matrimonio tan vergonzoso. La muerte le robó á Constantino, su hijo mayor, á quien habia enseñado con sus lecciones y ejemplo la ciencia del gobierno y de la guerra: se admiraban en él las virtudes y el genio de su padre, sin los yerros que habian mancillado la juventud de Basilio. El hijo segundo Leon á la edad de 19 años merecia ya el afecto público. Un sacerdote intrigante y astuto, llamado Santabareno, vil agente del patriarca Focio, aborrecia al príncipe porque este despreciaba á su protector. El malvado habia ganado con sus artificios la voluntad del emperador; y previendo su desgracia cierta si Leon reinaba, formó el proyecto de arruinarlo. Puso á su odio la pérfida máscara de la amistad: sus complacencias, su sumision aparente ven-

cierón poco á poco las repugnancias del prí cipe. Afectando un celo ardiente por su bie le dijo que el emperador enmedio de u corte corrompida donde el puñal habia he cho tantas revoluciones, traia en riesgo s vida entre los lazos de los ambiciosos y e hierro de los asesinos. «Los bosques, añadi estan llenos de ladrones, tristes reliquias d las guerras civiles. Por un uso antiguo y ab surdo no se permite llevar armas á los qu acompañan al emperador en las monterías, aun los mismos príncipes estan sometidos esta ley. Tiemblo por la vida de tu padr es obligacion tuya defenderle contra enem gos secretos y contra su propia imprudenci debes velar por él sin darle recelos, sigue le, no le pierdas de vista y lleva siemp contigo algun arma oculta.»

Leon siguió su consejo, y la primera ve que acompañó á su padre á la caza, llevó u puñal oculto en una bota. Desde que el trai dor le vió entrar en el bosque, fue al empe rador y le dijo, afectando un gran terror «Huye: tu hijo, deseoso de reinar, se ha ar mado contra tí.» Basilio, con la impetuo sidad que es el defecto ordinario de lo grandes ánimos, manda prender á Leon, s le registra, se encuentra el puñal; y sin que rer oirle, le despoja de los ornamentos impe riales y le arroja en una prision. Santabare no queria que se le saltasen los ojos; pero la instancias y lágrimas de muchos senadore lograron que se defiriese el suplicio. Los tor

mentos no arrancaron ni á los sirvientes del príncipe ni á su amigo Nicétas sino testimonios de la inocencia de Leon y de su amor á su padre. La gloria y probidad de Andres el escita no lo libertaron del disfavor en que cayó por la amistad que le tenia el príncipe. El desgraciado Leon escribia á su padre las cartas mas afectuosas; pero Basilio se negaba á leerlas. Todo el palacio lamentaba su rigor: Santabareno le sitiaba, como una muralla puesta entre el monarca y la verdad. Un dia, queriendo el emperador distraerse de su melancolía, dió un banquete á los grandes de su corte: cuando de repente un papagayo, que estaba enfrente de él, repitiendo lo que habia oido decir durante tres meses, gritó: ¡ay! ¡ay inocente y desgraciado! Estos acentos conmueven á todos los convidados: se quedan inmóviles y silenciosos con los ojos clavados en tierra, y no salen de sus labios mas que suspiros. El emperador admirado los mira con enternecimiento; hasta que uno de ellos, no pudiendo ya sufrir el peso que le oprimia, prorumpe en estas palabras: «La voz de este pájaro nos condena: ¿debemos entregarnos á la alegría de los banquetes, cuando el heredero del trono gime en una prision? Si es delincuente, castíguesele: si inocente, nuestro silencio es un crímen. Escucha á tu hijo y júzgale: no permitas que muera á cada momento, víctima quizá de una horrenda calumnia.» Esta voz animosa despierta en el alma del emperador

el grito de la naturaleza: su hijo, traido á s
presencia, le habla con la firmeza de la vir
tud. Basilio, mejor informado, reconoce l
impostura, abraza á Leon, le restituye á s
gracia y á sus honores, y restablece á Andre
en sus dignidades. El infame Santabareno s
escapa con una pronta fuga al enojo del em
perador; y lo que parece increible, las intri
gas de Focio lograron que se le perdonas
poco despues, y no se le impusiese mas pen
que el destierro. El emperador sobrevivi
poco á la reconciliacion con su hijo. Un cier
vo de muchos años, perseguido con ardo
un dia de caza, se arrojó sobre él, le cogi
el cinturon con un asta y le sacó de la silla
un montero cortó el cinto de un sablazo y li
bertó al emperador; pero la violencia de
golpe que dió al caer, le causó una fiebre
Enmedio de su delirio dió órden de matar al
montero, porque, segun decia, levantó el sa
ble contra él: órden bárbara que se ejecutó
por los aduladores, que obedecen hasta los
delirios de su amo. Dícese que el empera-
dor, ya cercano á la muerte, agitado por la
calentura y atormentado por la memoria del
crímen á que debió el trono, le parecia ver
siempre al emperador Miguel cubierto de
sangre, y que le descubria sus heridas gri-
tando en voz terrible: «¿Qué te he hecho,
Basilio, para degollarme con tanta crueldad?»
Al tiempo de morir recobró su razon, y dijo
á los príncipes: «Guardaos de Focio y de
Santabareno: sus artificios y calumnias han

bierto un abismo espantoso debajo del trono.» Dicho esto, espiró. Habia reinado 18 años. Avaro de la sangre y dinero de sus pueblos, fue enemigo del lujo y de la corte, que se paga siempre con la miseria de los vasallos. «Un tesoro, decia, adquirido por medio de tributos gravosos, es la paja en la cual prende el fuego fácilmente, y que abrasa todo el edificio donde está.» No quiso deber su riqueza sino á su economía, asi como su grandeza á sus acciones y su gloria á su carácter. Si no estuvo exento de la superstición propia de su siglo, por lo menos fue tolerante. En lugar de ceder á la embriaguez orgullosa que produce en las almas vulgares una grande fortuna y una elevacion imprevista, se complació en perpetuar la memoria de su primera oscuridad. Enmedio de la sala mas soberbia de su palacio se veia un cuadro en que habia hecho pintar su triunfo: en él estaba el emperador de rodillas con toda su familia, dando gracias á Dios de haberle sacado de la pobreza, como á David, para colocarle en el trono. Se ha conservado una de sus obras, cuyo título es el siguiente: *Consejo del emperador Basilio á Leon, su querido hijo y su colega*. Este escrito se estimaba tanto como la obra de Epitecto, por la pureza del estilo, y le era superior en la alteza de los pensamientos. Se descubre en ella sin embargo el mal gusto de los griegos de aquella época, por la frivolidad de las formas que contrasta singularmente con la

gravedad del asunto. Cada uno de los 66 ar
tículos que contiene, comienza por una let
de las palabras del título. Entre las grand
cualidades de este príncipe se debe contar
gratitud, que las almas vulgares toleran co
mo un peso, y las sublimes miran como
goce mas suave. Basilio, colocado en el pr
mer trono del mundo, no olvidó al humil
portero que le habia recogido, cuando e
pobre, de las gradas de la iglesia: le dió
administracion de santa Sofia y enriqueció
su familia. La viuda Danielide, que le hab
protegido, recibió en Constantinopla gra
des honores: la trató como á madre, y co
cedió á su hijo una grande dignidad. La hi
toria muchas veces severa, porque es rect
debe merecidas alabanzas á un príncipe q
en un siglo de cobardía, decadencia, igno
rancia, corrupcion y crímenes se mostró v
liente, hábil, económico, generoso, mode
to y agradecido.

Leon VI el filósofo, emperador. (886
Basilio, dejando el trono al mayor de s
hijos, le dió por colega á su hermano Ale
jandro. No obstante, Leon reinó solo, Ale
jandro se contentó con que se escribiese
nombre en las leyes y monedas, y con pod
entregarse desenfrenadamente á las disol
ciones mas vergonzosas. El patriarca Foc
fue depuesto, y le reemplazó Estévan, hi
tercero de Basilio. El emperador encargó
Andres el escita, y á muchos patricios, q
interrogasen á Focio y á Santabareno, de

cuales queria vengarse: mas no se pudo hallar prueba alguna contra el patriarca. Santabareno, que le habia denunciado como instigador de la trama hecha contra la vida del príncipe, se retractó. Leon, sin formas judiciales, mandó prender á Focio: Santabareno fue azotado con varas, y se le sacaron los ojos: entrambos eran delincuentes; pero se censuró que su condenacion ilegal diese á la justicia los colores de la venganza. Los cortesanos dieron á Leon el nombre de *Filósofo*. Ganó este título por su aficion mediana á las letras, y sus costumbres le hacian indigno de llevarle.

Despreció á la emperatriz Teófano, á pesar de sus virtudes suaves; y tuvo á presencia de ella un gran número de concubinas: entre las cuales una, llamada Zoe, tan famosa por sus vicios, como por su hermosura, le enamoró perdidamente. Estaba casada con el patricio Teodoro, y le envenenó para entregarse sin ostáculos á los deseos del príncipe. El padre de esta infame muger ejercia en palacio el empleo de ugier, que los griegos llamaban *zautra*, de donde los turcos han tomado el nombre de *chiaux*. Leon vivia sometido á Zoe, y esta á su padre Estanislao, el cual favoreciendo el criminal comercio de su hija, gobernó el imperio.

Conquistas de los húngaros. (889.) El gefe del estado no dirigia ya los ejércitos. No obstante, algunos generales, instruidos en la escuela de Basilio, sostuvieron, aunque

con vario suceso, la gloria militar. Nicéf
en Asia rechazó á los árabes; pero por su
sencia de Italia hubo turbulencias en e
provincia, y la escuadra griega fue venc
por la musulmana. El ejército de Macedo
sufrió un gran desastre : fue vencido por
búlgaros, y su general muerto : volviero
la capital un gran número de prisione
griegos, á los cuales los búlgaros daban
bertad por desprecio, despues de cortar
las narices.

Mesia y Pannonia cayeron en poder
los húngaros : estos hombres medio selva
cos, descendientes de los antiguos hun
eran los mas feroces de los bárbaros. Divi
dos en 108 tribus de á 2.000 hombres cada u
peleaban siempre á caballo: vivian sin religi
ni leyes. Sus madres les rallaban la c
cuando niños, para acostumbrarlos á no h
cer caso del dolor. Andaban casi desnud
y no se alimentaban sino de carne humana
de la de los animales cruda. Asperos, sedic
sos, astutos, mas á propósito para herir q
para hablar, atroces despues de la victor
ostinados en los reveses, infieles á los trat
dos, estimadores solo de sus compatriotas
despreciadores de los demas pueblos, fuer
durante un siglo el terror del imperio y d
norte de Italia. Parecia que con ellos vol
la sombra de Atila para destruir la tierra.

Pérdidas del imperio. (892.) Leon,
atreviéndose á pelear con ellos, entabló n
gociaciones, y dándoles cuantiosos subsidi

logró que invadiesen el pais de los búlgaros al mismo tiempo que entretenia á estos con demostraciones pacíficas; pero sacó poco fruto de sus artificios. Simeon, rey de los búlgaros, sorprendido y derrotado al principio, volvió á tomar la ofensiva, devastó á Hungria, y obligó despues al emperador á firmar una paz vergonzosa. Leon no fue mas dichoso en sus astucias interiores que en las políticas: con la esperanza de encubrir su concubinage, solicitó con promesas seductoras al general Nicéforo para que casase con Zoe. El general, digno de los tiempos antiguos, rehusó tan infames honores, perdió todos sus empleos, y conservó su honra. Bien pronto los peligros del estado obligaron á llamarle, y repelió en Siria á los sarracenos. El imperio, defendido por este valeroso guerrero durante tantos años, le honró en vida, y lamentó su muerte. Otro general, llamado Simbático, reconquistó casi toda la Italia meridional. Pero queriendo gobernar los pueblos con la misma arbitrariedad que las tropas, su tiranía causó sublevaciones, y volvió á perder lo que su valor habia conquistado. Hubo otra guerra con los búlgaros, en la cual sufrió el imperio grandes reveses. El general Teodosio fue vencido y muerto, y su ejército destruido. Apenas el trono careció de gloria, como inspiraba miedo y no afecto, tuvo ambiciosos que aspiraron á él: Estiliano y su hijo, valiéndose del descontento, escitado en el pueblo por la última

rador, y este le mandó desterrar. Leon, conociendo, aunque tarde, la injusticia, escribió que volviese. Un árabe interceptó la carta; y el califa, prevenido por el delator Samónas, envió un destacamento al lugar donde residia Andrónico, y le tuvo prisionero hasta que murió de miseria. Su hijo Constantino Ducas, mas dichoso, logró escaparse, tomó el mando de las tropas de Asia, y vengó á su padre ganando muchas victorias.

Regencia de Alejandro. (909.) Leon, enflaquecido por los escesos de su disolucion, contrajo una disenteria, triste fruto de su intemperancia. El último suceso de su reinado fue la derrota de su escuadra por los árabes. En el momento de morir suplicó á los senadores y á los grandes no se olvidasen de un príncipe que los habia gobernado con mansedumbre. Encargó la tutela de su hijo á su hermano Alejandro.

Leon murió á los cuarenta y seis años de su edad y veinte y cinco de su reinado. Ni sus vicios ni sus virtudes fueron grandes: debió sus victorias á sus generales, y sus yerros á sus mancebas. El tiempo ha conservado una obra que escribió acerca de la táctica. Este escrito, poco útil á los progresos de las ciencias, sirve solamente para conocer con alguna particularidad los usos y costumbres de aquel siglo.

Constantino VII Porfirogeneto, emperador. (911.) Constantino, nacido en el

moso aposento de pórfido del palácio imperial, no tenia mas que seis años cuando subió al trono. Su tio Alejandro, que debia gobernar como regente, era tan incapaz como él, y cargado de un cetro que le pesaba mucho, le dejó caer en el lodo, mudando la administracion en anarquía, y el palacio en burdel.

Este príncipe, ignorante y liviano, confió las principales funciones del estado á sacerdotes libertinos y á eunucos, cómplices de sus viles placeres: llenó su consejo de charlatanes y astrólogos, desterró al patriarca Eutimio, y llamó otra vez á Nicolas á la silla de Constantinopla. Simeon, rey de los búlgaros, le pidió su amistad. Alejandro manifestó en su respuesta el orgullo de la ignorancia y la insolencia de la cobardía. La guerra se encendió: el regente no hubiera podido sostenerla: una hemorragia terminó al fin de un año este reinado vergonzoso, que á durar mas, sería el último del imperio de oriente. Antes de morir señaló por tutores de su sobrino siete hombres incapaces. Esta eleccion y los preparativos hostiles del rey de los búlgaros derramaron recelos y turbulencias en Constantinopla.

Elevacion y muerte de Constantino Ducas. (912.) El patriarca Nicolas, uno de los tutores del jóven príncipe, tenia mas miedo de la ambicion de Constantino Ducas, gobernador del Asia, que de la invasion de los búlgaros: sus colegas, poseidos del mismo terror, escribieron á Ducas para engañarle,

llamarle á la corte y perderle, proponién-
le que salvase el imperio, tomase la púr-
ra, y viniese á la capital á dividir el tro
con el hijo de Leon. Ducas, desconfiando
su sinceridad, respondió al principio c
modestia afectada, y rehusó las proposici
nes de los tutores: estos insisten y disip
sus dudas con un juramento. Ducas, aseg
rado, llega con un cuerpo de caballería, e
tra de noche en la capital, y espera en c
de su suegro á los tutores, á quienes invit
reunirse en ella; mas no parecen, y Duc
cierto de su perfidia, va al circo. Prohibe
le entrar en él. Sin embargo, á pesar de t
dos los ostáculos, el senado y el pueblo
proclaman emperador. Entonces marcha
palacio; pero por una moderacion impol
ca, buena despues de la victoria y no ant
al mandar romper las puertas prohibe ma
á los que las defienden. Esta incertidum
da ánimo á los sitiados: Juan Eladas, al fre
te de una multitud de soldados y mariner
le ataca y rechaza: su caballo cae enme
de la refriega: Ducas es herido: un sold
le corta la cabeza: 3.000 de sus partidari
otros muchos patricios fueron decapitad
algunos mutilados. Nicétas, cómplice de
rebelion, se salvó. Las playas del mar y
calles que iban á parar en el palacio, es
ban llenas de horcas, en que perecieron
valiente patricio Egidas y muchos senado
y oficiales: galería espantosa, y emblema
nuevo reinado.

Estas discordias intestinas dan poco lugar al cuidado de la guerra estrangera: Simeon cercó á Constantinopla; pero no esperando tomar por asalto una ciudad tan fuerte, entró en negociacion, y el patriarca persuadió con regalos á los bárbaros que se volviesen á Bulgaria. Al mismo tiempo Participacio III, dogo de Venecia, llegó á la capital para que su eleccion fuese confirmada. Volviéndose á su pais, le cautivaron los búlgaros, y el imperio pagó su rescate.

Regencia de Zoe. (914.) El niño Constantino pedia siempre que volviese su madre Zoe, á quien Alejandro habia desterrado: los tutores cedieron imprudentemente á los deseos del príncipe, y la llegada de esta muger ambiciosa causó una revolucion. Apenas entra en el palacio, se apodera del mando, da órden al patriarca de no entender sino en los asuntos religiosos; echa á los tutores, y solo conserva á Juan Eladas, su cómplice. Mas no tardó en destruir este miserable instrumento. Eladas no pudo consolarse de su desgracia y murió de pesar. La emperatriz distribuyó los grandes destinos del imperio á su hermano Anastasio y á otros cuatro validos.

La guerra con los búlgaros continuaba. Andrinópoli, demasiado populosa para ser tomada á viva fuerza, se entregó por traicion. Zoe se valió del mismo medio para recobrarla. Habia mucho tiempo que el imperio debilitado se defendia mas bien dividiendo á

los bárbaros que venciéndolos. Los patzinaces, pueblo belicoso, ocupaban los paises situados entre el Jaik, el Don y el Borístenes. Pasaron este último rio, y Zoe se valió de ellos contra los húngaros, búlgaros y rusos; mas pagó caro su socorro, porque estos nuevos aliados pedian con atrevimiento lo que no podian negar los griegos tímidos. La emperatriz, rodeada de enemigos, se libertó de los mas temibles firmando un tratado vergonzoso con los árabes de Africa, por el cual se obligó á pagarles un tributo anual de 22.000 monedas de oro. La paz con el califa de Bagdad fue mas honrosa: se cangearon los prisioneros, y como el número de los musulmanes era mayor, costó su rescate al califa 120.000 monedas de oro.

Batalla de Aqueloo. (917.) Las tropas griegas, libres de todo temor por la parte de oriente, marcharon contra los búlgaros. Sus generales eran Leon Fócas, hijo del valiente Niceforo, y Constantino el africano, que ambos se escaparon de la matanza en que perecieron los cómplices de Ducas.

La varonil Zoe pasó revista á las legiones, y les hizo jurar sobre la verdadera cruz vencer ó morir. Seis dias despues llegaron á presencia del enemigo junto al fuerte de Aqueloo, situado en las orillas del Danubio. Los griegos desbarataron al principio á los búlgaros, y se creian vencedores, cuando un accidente imprevisto les robó el triunfo. El general Leon, acosado de la sed, desmon-

tó junto á una fuentecilla: el caballo huyó á escape, y los griegos, viéndole sin ginete, creyeron muerto á su caudillo. Esparcióse la falsa noticia, y con ella la consternacion y el desórden. Simeon, que ya se retiraba, advirtiendo la turbacion, volvió al combate, halló á los griegos desalentados, los derrotó, é hizo en ellos horrible carnicería. Los mas valientes oficiales, entre ellos Constantino el africano, perecieron en la refriega. Leon se salvó.

Algunos historiadores atribuyen á otra causa el desastre. Dicen que enmedio de la batalla supo Leon que Romano Lecapeno, comandante de los navíos, habia salido del Danubio para ir al Bósforo con el objeto de usurpar el imperio, y que turbado con esta falsa voz dió la señal de la retirada. Lo cierto es que Romano, reñido con Juan Bógas, que traia los patzinaces en su socorro, desamparó descontento las orillas del Danubio. El senado juzgó á Romano, y le condenó por traidor á perder la vista. Su falta comprometia el imperio; mas Zoe le vió, admiró su hermosura, y le salvó. Simeon se aproximó á la capital: Zoe hizo salir contra él un ejército que le ahuyentó, y Romano rehabilitó su buen nombre, haciendo prodigios de valor.

Conspiraciones de Leon y Romano. (919.) El imperio, gobernado por una muger y un niño, parecia presa fácil á los ambiciosos. Leon y Romano aspiraban al poder supremo:

uno mandaba la armada, otro el ejército. Leon tenia á favor suyo su nacimiento y grande influjo en el senado y en las tropas: Romano, célebre por sus fuerzas que habia mostrado derribando á un leon, reunia mucha intrepidez y un carácter flexible y astuto: era dueño por el gefe de los eunucos del palacio, y por el amor de la emperatriz. Teodoro, ayo del príncipe, le aconsejó para librarse de la ambicion de Leon, que se pusiese bajo la proteccion de Romano: este, jurándole una lealtad sin límites, le prometió oponerse á las empresas de su rival. El camarero mayor que hasta entonces habia ejercido las funciones de primer ministro, presumiendo sobradamente de su autoridad, fue á la armada con el designio de desterrar á Romano; pero el almirante le hizo poner en prision. Zoe, admirada de este atrevimiento, reclamó en vano su ministro: sus enviados fueron recibidos á pedradas: túrbase la corte: el emperador declara que quiere gobernar por sí mismo, y llama al patriarca Nicolás y á Estévan su tutor, los cuales mandan á Zoe salir de palacio. La emperatriz, en lugar de obedecer, se presenta á su hijo, le asusta con su osadía, le enternece con sus ruegos y lágrimas: el jóven la permite quedarse, despoja á Leon de todos sus empleos, y reune así contra su autoridad los dos enemigos mas formidables. Leon vuela á ver á Romano que le recibe con fingida cordialidad, y que ocultando su ambicion con el ve-

lo de la humildad, pide que se le permita justificarse, y al mismo tiempo echa el ancla con su escuadra al pie de los muros de palacio. El emperador medroso se vió obligado á tratar á Romano con honor: recibe su juramento y le confia el mando de la guardia estrangera. El ambicioso general continúa ganando terreno, hace que el emperador se enamore de su hija Elena, case con ella y le confiera públicamente el título de padre suyo.

Leon Fócas, envidioso de su elevacion, reune sus tropas, amenaza y cubre de soldados la playa del Bósforo. Mientras que procura animarlas contra la usurpacion de su rival, un secretario de la corte esparce disfrazado en el campamento una proclama imperial, cuyo tenor era que se engañaba á los guerreros, que se les movia á atacar el trono que creen defender, que deben mirar á Romano, no como enemigo, sino como á padre del emperador; y en fin, que Leon es el único traidor que habia que castigar. El éxito de este artificio fue completo: las tropas se sublevaron, prendieron á Leon y le sacaron los ojos. Tres oficiales de su ejército que habian ido á palacio para asesinar á Romano, fueron descubiertos y castigados. El ingrato Romano habia tiempo que sacrificaba el amor á la ambicion: Zoe enfurecida quiso darle veneno; mas fue vendida, se le cortó el cabello y se la encerró en un claustro: Romano destruia todos sus apoyos cuando ya le

eran inútiles. Desterró al ayo Teodoro, que habia comenzado á elevarle. Dueño absoluto del ánimo de un emperador de 15 años, solo le faltaba el cetro: su jóven y flaco señor se lo dió, y fue coronado por el patriarca. Desde entonces gobernó solo y dejó á Constantino entregarse al estudio en un retiro pacífico, del cual no salió sino para asistir, como un simulacro de emperador, á la coronacion de Teodora muger de Romano, y á la de Estévan su hijo.

Romano Lecapeno, emperador. (920.) Romano hizo los mayores esfuerzos para restablecer la concordia entre la iglesia griega y el papa Juan X. La elevacion de este ambicioso guerrero habia sido harto rápida para no escitar grande descontento, del cual se originaron muchas conjuraciones que fueron descubiertas y castigados sus autores.

La fortuna no favoreció las armas del nuevo augusto. Los búlgaros vencieron á los griegos en dos batallas. Una sublevacion separó la Calabria del imperio por algun tiempo: otra turbó el sosiego de Asia; pero el patricio Bárdas Bógas, su gefe, fue vêncido y desarmado. El emperador habia dejado de ser feliz desde que ciñó la corona. Su muger Teodora murió: Simeon sitió y tomó á Andrinópoli. Una victoria naval contra los sarracenos de Africa, conseguida cerca de Lemnos, fue compensacion débil de tantos reveses.

Paz con los búlgaros. (926.) El deseo de

terminar una guerra tan desgraciada, movió á Romano á pedir una conferencia al rey de los búlgaros. Los griegos mostraron en ella un lujo orgulloso, y los búlgaros una altivez selvática. Como Simeon se habia convertido al cristianismo, el emperador le suplicó en nombre del Salvador, que no derramase la sangre de los cristianos. Simeon, movido de sus ruegos, prometió firmar la paz, y se retiró.

Romano, para consolidar su trono, tomó por colegas á sus dos hijos Estévan y Constantino. Porfirogeneto despojado se resignó á su infortunio, y parecia por la sencillez de sus costumbres nacido mas bien para la vida particular que para ceñir la diadema. Romano, abusando de su mansedumbre, le daba solamente una pension tan mezquina, que el príncipe se veia obligado á subsistir de su habilidad en la pintura, y á vender sus cuadros para tener las cosas necesarias á la vida. En esta época salió de su larga oscuridad un pueblo famoso, y brilló con algun esplendor. Los descendientes de los espartanos, unidos con los esclavones que se habian establecido en Laconia, se rebelaron. Vencidos algunas veces y nunca sometidos, resistieron á las fuerzas del imperio. Estos pueblos, acantonados en los desfiladeros del Taigeto, con el nombre de mainotas, pagaron un tributo al emperador y conservaron su independencia. Viven hasta hoy separados de las demas naciones. Parece que el ai-

re de sus montañas les infunde el espíritu altivo y libre de sus mayores: la potencia otomana, que cerca por todas partes á estos ásperos republicanos, los comprime y no los subyuga.

Romano, despues de pelear con ellos, volvió sus armas contra los búlgaros que le disputaban la Servia: Simeon perdió una batalla en Croacia, y murió de pesar. Su hijo Pedro casó con María, nieta de Romano, que fue la prenda de la paz entre las dos naciones. Los soberanos de oriente respetaban tan mal las leyes religiosas como las civiles. Habiendo vacado la dignidad de patriarca, Romano nombró para ella á uno de sus hijos, llamado Teofilacto, aunque á la sazon era niño. Cuando llegó á jóven, introdujo en los divinos oficios coros, bailes é himnos profanos: uso que durante dos siglos degradó la iglesia griega. Dícese que el lujo de este patriarca era escesivo: tenia en sus establos 2.000 caballos, y muchas veces interrumpia el sacrificio de la misa por ir á verlos.

Invasion y derrota de los rusos. (941.) En este reinado tan poco glorioso solo un general, llamado Cúrcuas, defendió el imperio contra los sarracenos. Una tempestad formidable, venida de los yelos del norte, amenazó de nuevo á Constantinopla. Los rusos, mandados por los príncipes de Novogorod y de Kiew, bajaron por el Borístenes, pasaron las cataratas de este rio, y arrostrando en sus frágiles barcas las tormentas del Ponto

Euxino, se presentaron en la entrada del Bósforo. Una parte de sus fuerzas castigó á los patzinaces que habian robado á sus mercaderes. Inger, czar de los rusos, desembarcó en Tracia con otro ejército, y renovó las horribles atrocidades de los hunnos. Teófanes, comandante de la escuadra griega, la arma con diligencia, cae de improviso enmedio de las barcas rusas, lanza en ellas el fuego griego, y las destruye enteramente. Al mismo tiempo Cúrcuas llega con las tropas asiáticas, acomete á los rusos que habian desembarcado, y hace en ellos grande carnicería, de modo que muy pocos pudieron llevar á Rusia la noticia de esta ruina. Cuatro años despues, Elga, viuda de Inger, vino de paz á Constantinopla, recibió el bautismo, y tomó el nombre de Helena. Cúrcuas, vencedor de los sarracenos y de los rusos, continuó sus brillantes hazañas, se apoderó de mas de 1.000 fortalezas, estendió las fronteras de los griegos hasta el Tigris, y recibió de sus soldados el título de segundo Belisario. Su hermano Teófilo imitó su brillante valor, participó de su gloria, y mereció el renombre de Salomon del Asia. Fue abuelo de Juan Zimisces, que reinó despues. Los reales eran el vestíbulo del palacio imperial; y así la gloria de Cúrcuas infundió envidia y sospechas en Romano. Privóle de sus empleos, y le dió por sucesor á Panterio, hombre sin mas mérito que su cuna. Los sarracenos hacian guerra á Hugo, rey

de Italia, con buen suceso: el emperador le envió socorros, y queriendo envilecer á su antiguo señor, á quien habia despojado, obligó al hijo de Porfirogeneto á casar con una hija natural de Hugo.

Entretanto Romano perdia sus fuerzas, y en su vejez comenzaba á sentir el estímulo de la religion y de los remordimientos. Al mismo tiempo Constantino Porfirogeneto, fastidiado de su humillacion, quiso salir de su retiro y recobrar el cetro. Logró por sus artificios que Estévan, hijo de Romano, conspirase contra su padre. Un monge, llamado Basilio, que era el alma de la conspiracion, hizo entrar en ella á muchos magnates. Guardóse el mayor secreto: en medio de la noche entra Estévan con sus cómplices en el aposento de su padre, le amenaza con la muerte si grita, le envuelve en su capa, le lleva á la isla de Proto, y le obliga á tomar el hábito de monge. Constantino, hermano de Estévan, no habia querido entrar en la conjuracion; pero apenas supo que se habia logrado, acudió á aprovecharse de ella. Entrambos solicitaban el cetro; mas el pueblo, habiendo corrido la falsa noticia del asesinato de Porfirogeneto, se sublevó, se armó para vengarle, y no se aquietó hasta que le vió presentarse en público. El emperador, restablecido en su poder por el voto unánime del imperio, dejó á los hijos de Romano el título de césar, recobrando los suyos sobre ellos la dignidad que el usurpador les habia

quitado. Dícese que Romano, resignado, gozó en su retiro del sosiego y felicidad que en vano buscó en el trono durante 25 años.

Constantino VII porfirogeneto restituido al trono. (944.) El gobierno de un príncipe, condecorado 33 años con el título de emperador, sin ejercer la autoridad, ofreció al mundo un espectáculo nuevo. Habian ocupado el trono oradores y magistrados, rara vez filósofos, algunas mugeres ambiciosas, y casi siempre guerreros atrevidos. Constantino fue un emperador artista. Pintor, poeta, compilador y músico, preferia la lira, la pluma y el pincel á la espada, el estudio á la ambicion, y los libros al gobierno. Fue amado, porque era humano y justo, y merecieron aprobacion pública todas las providencias que dimanaban de su propia voluntad; pero no fueron muchas las que dictó por sí mismo: su espíritu minucioso se abismaba en las cosas pequeñas, y por debilidad de carácter dejó las elecciones de importancia y los negocios considerables á merced de su muger Helena, que era altiva é imperiosa, y de algunos validos poderosos.

Los partidarios de Romano fueron alejados de la corte, y se dió el mando de los ejércitos á Bárdas Fócas, cuyo hijo Nicéforo ascendió despues al trono. Estévan y Constantino, hijos de Romano y césares, aspiraban secretamente al imperio. Helena lo

amaba como hermana, pero los temió como emperatriz, previendo que derribarian á su esposo con menos escrúpulo que á su padre. Infundió sus recelos á Porfirogeneto, el cual, dócil á sus consejos, los convidó á un banquete, hizo que los prendiesen y les cortasen el pelo, y los obligó á tomar el hábito de monge. Estos dos hijos ingratos y casi parricidas fueron enviados al mismo convento en que por su ambicion criminal yacia encerrado su padre.

Muerte de Romano. (948.) Este emperador destronado, mas estimable bajo el cilicio que con la púrpura, vivia tranquilo en su retiro, recibió con bondad á sus hijos delincuentes y afligidos, les llamó sonriendo cofrades suyos, y los convidó á dividir con él su agua fresca y sus legumbres, como en otro tiempo el imperio. Despues, hablando con seriedad, les dijo: «En este humilde estado, sirviendo á Dios y á los pobres, soy mas rey que cuando me sentaba en el solio. Entonces me subyugaban mis pasiones, y ahora las domino yo. Entonces era esclavo de los cortesanos, siervos y corrompidos, á quienes creia mandar: ahora soy libre y no obedezco sino á Dios.»

La mudanza que hicieron en él las vicisitudes del mundo, fue sincera y completa. Pasó súbitamente de un orgullo estremo á una estrema humildad; y se asegura que habiendo llamado y reunido 300 monges de diferentes monasterios del imperio, confesó en

presencia de ellos todos sus crímenes para espiarlos, y que hecha esta confesion pública, se sometió á la penitencia mas severa. Murió cuatro años despues de haber caido del trono. Sus hijos, menos resignados que él, tramaron una conspiracion para recobrar el cetro: descubierta á tiempo, fueron azotados y desterrados. Solamente el patriarca Teofilacto halló indulgencia en el emperador. Constantino se entregaba á las letras, estudios y artes: si no hizo guerras gloriosas á los bárbaros, peleó con honor contra el fanatismo y la ignorancia, restituyó su esplendor á las ciencias, exhortó á la juventud á instruirse, premió á los sabios, los admitió á su mesa, nombró á muchos de ellos senadores, y con su ejemplo y sus decretos devolvió alguna fuerza á la justicia. Su mansedumbre y generosidad compensaban en él la falta de vigor: su caridad atravesaba el espacio que separa al pobre del trono: inspeccionaba los tribunales, oia las quejas y visitaba los hospicios y las cárceles. Sus beneficios, repartidos con discernimiento, repararon los males causados por largas guerras y frecuentes incendios. Si la historia le ha dado un lugar poco distinguido en sus fastos, lo mereció muy honroso en los corazones de sus súbditos.

La debilidad de este príncipe era su único defecto. Su muger le hizo preferir muchas veces para los grandes destinos la medianía al mérito; pero no se distinguieron sus ar-

mas por ninguna espedicion notable, aunque contuvieron á los sarracenos en Asia y á los búlgaros en Europa.

Embajada de Luitprando. (950.) Berenger II, rey de Italia, le envió por embajador á Luitprando, el cual en la historia de su embajada, que se ha conservado, descubre el lujo de la corte de oriente, donde habia sucedido al poder la etiqueta, y la vanidad griega á la grandeza de los romanos. Todo brillaba en el palacio con un esplendor ridículo. En vastos salones, revestidos de mármol, adornados de pórfido, y enriquecidos de oro, los príncipes, generales, patricios y senadores, recostados en lechos magníficos, consumian los dias y las noches en banquetes opíparos. Un gran número de vasos preciosos, colgados del techo con cadenas de oro, bajaban suavemente para colocarse con simetría delante de los convidados, sumidos en todo género de embriagüez. Una música armoniosa, danzarinas elegantes y pantomimas lascivas variaban y prolongaban los placeres. La pompa de las audiencias era igualmente magnífica, pero no mas séria. En frente del emperador habia un árbol grande de cobre dorado, y en él pájaros de metal que imitaban por medio de un artificio ingenioso el canto natural de las aves; y con el mismo arte dos leones de bronce, obedeciendo á las órdenes del maestro de ceremonias, rugieron cuando se presentó el embajador. Este, colocado sobre las espal-

das de dos eunucos, se prosternaba al pie del trono, y al alzar la cabeza veia al mismo trono elevarse hasta el techo; y durante su ascenso caian los vestidos del emperador, y aparecia con otros mas rozagantes como por mágica. La historia despreciaria estas particularidades pueriles si no pintasen las costumbres, cuya decadencia está inseparablemente ligada á la de los imperios. La union del orgullo y la bajeza, aunque natural, admiró mucho en Romano, hijo del emperador, que habiendo enviudado de Berta, hija de Hugo, casó con la hija de un tabernero, de la cual estaba perdidamente enamorado. Esta muger llamada Teófano conservó en el trono las costumbres y vicios de la juventud.

Guerras con los árabes. (952.) En esta misma época, un cura de una aldea de Asia, mas animoso que devoto, dió un ejemplo singular, primero de valor y despues de inconstancia y ferocidad. Un destacamento de sarracenos entra en su aldea para saquearla: el cura, que decia entonces misa, deja el altar, coge un martillo pesado que servia de campana, y revestido como estaba de los ornamentos sacerdotales, se arroja á los mahometanos, los sorprende con tan estraña aparicion, hiere y mata á muchos y ahuyenta á los demas. Su obispo, creyendo que aquel celo era mas conveniente á un militar que á un sacerdote, le suspendió. El fogoso cura abjura el evangelio, se ciñe el turbante, se alista en-

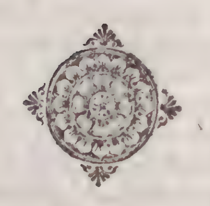
tre los árabes, llega á ser comandante, y con el nombre de Temel tala á Capadocia, y llena el Asia menor de estragos y ruinas. Bardas Focas marchó contra él, y mancilló su antigua fama con una derrota. Vencido y cubierto de heridas, fue destituido por el emperador; pero Nicéforo y otros dos hijos suyos heredaron sus empleos, su capacidad y su fortuna. Sin embargo, Nicéforo comenzó su carrera por un revés. Perdió cerca de Alepo una sangrienta batalla contra Cabdan, gefe de los árabes: despues reparó esta derrota con muchas victorias que logró contra los sarracenos en el oriente. Tambien fueron vencidos en Italia y Sicilia; y Basilio, almirante de Constantino, quemó y echó á pique cerca de la costa de Licia la armada del califa. Con este motivo renovó el emperador en Constantinopla la antigua solemnidad del triunfo, y se presentó trayendo detras de su carro muchos árabes encadenados. Despues emprendió una espedicion contra la isla de Creta, que se malogró. Nicéforo, mas feliz, se apoderó de Samosata. Los califas de Africa y Asia, quebrantados con tantas derrotas, hicieron la paz.

Muerte de Constantino VII. (959.) Constantino gozó poco de ella: Teófano, impaciente de reinar, persuadió á su esposo Romano á que terminase la vida de su padre. Un malvado ejecutó el proyecto de estos esposos impios, y presentó al emperador una copa envenenada, la cual se cayó de las ma-

nos á Constantino, pero ya tarde, y despues de haber bebido lo bastante para ser acometido de una tisis, que le llevó al sepulcro dentro de un año. Antes de morir recibió en el monte Olimpo de Bitinia, á donde sus médicos le habian trasladado, la noticia de una victoria contra el ejército húngaro, que atravesando la Tracia se habia presentado en las puertas de la capital. Argiro, comandante de la guardia, acometió á estos bárbaros, los desbarató, tomó sus reales, y los esterminó casi enteramente,

En esta misma época abrazó aquella nacion el cristianismo. La idolatría fue vencida en casi todos los pueblos bárbaros por los cautivos que caian en sus manos; y las derrotas del imperio estendian la iglesia de Jesucristo. Constantino murió á la edad de 5 años: reinó con su tio Alejandro 13 meses, años bajo el yugo de su madre Zoe, 25 baj el de Romano, y solo, 15 años. Dejó mucha obras apreciables, como la descripcion geográfica del imperio, una historia de su tiempo, máximas para instruir á su hijo en el arte del gobierno, y completó las *basilicas* Se hizo justicia á sus virtudes, y si no se l tributó la admiracion debida á los grande monarcas, gozó del amor que inspiran l buenos príncipes. Cuando se celebraron s exequias, el clero, los grandes, los patrici y el senado vinieron segun la costumbre abrazar sus despojos mortales. Cuando maestro de ceremonias esclamó: «Sal, em

perador: el rey de los reyes y señor de los señores te llama,» todos los asistentes prorumpieron en sollozos, y los gemidos sinceros del pueblo fueron la oracion fúnebre mas digna de un príncipe modesto, piadoso y querido.



CAPÍTULO XV.

Romano segundo el menor: Basilio segundo. Constantino octavo. Romano tercero Argiro. Miguel cuarto el paflagonio. Miguel Calafate.

Romano II el jóven, emperador. Basilio II y Constantino VIII, emperadores. Victorias contra los sarracenos. Conquista de Italia por Oton. Juan Zimisces, emperador. Victorias contra los árabes y rusos. El cristianismo establecido en Rusia. Alianza con Oton. Muerte de Zimisces. Principios del reinado de Basilio II y Constantino VIII. Invasion de los búlgaros en Dalmacia y Macedonia. Campaña desgraciada contra los búlgaros. Guerras en Italia. Conspiracion de Bardas Fócas. Conquista de Damasco y Tiro. Rebelion de Crescencio en Roma. Espulsion de los sarracenos de Italia. Conquista y devastacion de Bulgaria. Conquista de Crimea y adquisicion de Media. Muerte de Basilio II. Romano III Argiro, emperador. Guerra con los sarracenos. Miguel IV el paflagonio, emperador. Establecimiento

de los normandos en Italia. Miguel Calafate, emperador.

ROMANO II *el jóven, emperador.* (960.) El reinado de Romano fue vergonzoso, y no tuvo para el pueblo mas mérito sino ser corto. Este príncipe, nacido con buenas cualidades é instruido con sábias lecciones, se pervirtió con las intrigas de sus cortesanos y los vicios de su muger. En su palacio fue la virtud un motivo de disfavor, y la deshonestidad un derecho para las dignidades. Los hombres de peor fama repartieron entre sí los empleos. Un monge eunuco, á quien Constantino habia mandado poner en prision á causa de sus maldades, y Bringas, camarero mayor, gobernaron el imperio. Romano estaba siempre rodeado de bufones y prostituidas; y se jactaba tanto de la variedad de sus diversiones y de su actividad en los placeres, como César y Trajano del número de sus conquistas y de la rapidez de sus victorias. Un historiador cuenta el pormenor de sus dias perdidos, que él creia bien empleados. Por la mañana, dice, presidió los juegos del circo: despues dió un banquete á los senadores, distribuyó regalos al pueblo, jugó á la pelota, atravesó el Bósforo, cazó, mató cuatro jabalíes grandes, y volvió por la tarde á su palacio á gozar los placeres del baile y de la música. Dócil á los consejos de Teófano su muger, mandó á su madre y á

sus cinco hermanas que se retirasen á un monasterio. Estas obedecieron; mas no la imperiosa Helena, que con sus reprehensiones y amenazas aterró á su hijo, tan tímido como ingrato.

Esta época de ignominia para el emperador fue gloriosa al imperio. Nicéforo Focas, y Leon, su hermano, la ilustraron con sus victorias. Habia 35 años que los sarracenos eran dueños de Creta. Nicéforo se propuso recobrar esta isla: unió al ejército griego cuerpos mercenarios de rusos y esclavones, desembarcó, atacó y venció á los musulmanes, y cercó á Candia. Este sitio fue memorable; porque era preciso vencer la aspereza de los lugares, el fanatismo de los cercados, el frio de un invierno riguroso y la falta de víveres. Despues de 10 meses de combates sangrientos y repetidos, cuando el hambre y el cansancio hubieron debilitado los árabes, Nicéforo tomó la ciudad por asalto, sacó de ella un botin inmenso y un gran número de cautivos, y triunfó en el circo, llevando tras su carro á los emires, curupas y anémas. Estos guerreros vencidos mostraban en el infortunio una altivez indomable que realzaba la gloria del vencedor. Leon, digno émulo de su hermano, consiguió en Galacia una gran victoria, ahuyentó á Cabdas y envió á la capital muchos cautivos. El emperador hizo coronar á sus dos hijos Basilio y Constantino: con el objeto de hacer el trono hereditario, los príncipes trasmitian siempre el

cetro; pero rara vez la autoridad. La razon queria que se fijase el trono: la costumbre multiplicaba las revoluciones. El año siguiente marchó Nicéforo al Asia con un ejército poderoso, destruyó el de Cabdas, tomó muchas ciudades, se apoderó de Alepo, y arrolló á los mahometanos hasta el Eufrates. Un hecho consignado en la historia de esta campaña prueba hasta qué punto estaban olvidadas las antiguas costumbres militares. En otro tiempo llevaban los romanos en sus largas marchas una armadura pesada y completa, víveres para muchos dias, y los paquetes de las tiendas y herramientas para fortificar los reales. En este siglo de decadencia refieren los historiadores como cosa digna de elogio, que de 200.000 hombres mandados por Nicéforo habia 30.000 que llevaban peto. Bringas, humillado como buen cortesano de la gloria militar de Nicéforo, inspiró á Romano sospechas contra él. El general, para evitar la proscripcion que le amenazaba, licenció su ejército y vivió retirado en Asia. El emperador murió al fin del tercer año de su reinado: unos atribuyen su muerte á la intemperancia, otros al veneno que Teófano le dió con la esperanza de mandar el imperio en nombre de sus hijos. Romano murió á la edad de 24 años: en sus últimos instantes se acordó por la primera vez del bien público, y devolvió á Nicéforo el mando de los ejércitos.

Basilio II y Constantino VIII, empera-

dores. (963.) Dos niños, uno de 5 años y otro de 2, entrambos coronados, ocupaban el trono bajo la tutela de Teófano. Nicéforo, creyendo el poder de Bringas estinguido con la muerte de su amo, volvió á Constantinopla y recibió los honores del triunfo; pero Bringas que era siempre ministro, quiso condenar al triunfador á perder la vista. Nicéforo, advertido de su designio, engaña al cortesano, gana tiempo, finge fastidio de las grandezas y del mundo, afecta una ardiente devocion, y se hace amable al patriarca Polieucte de tal manera, que este prelado le eligió públicamente en el senado, y persuadió á Teófano que le confiase el ejército de Asia con plenos poderes, so condicion de jurar fidelidad inviolable á los dos príncipes.

Nicéforo, sin perder tiempo, se reune con sus tropas. Bringas, engañado en sus proyectos, mas no desalentado, escribe á los generales Juan Zimisces y Cúrcuas, mandándoles que asesinasen á Nicéforo. Aquellos héroes desprecian semejante órden, muestran la carta del ministro á su gefe, le dan el cetro en vez de herirle con el puñal, y hacen que el ejército le proclame emperador. Nicéforo vuelve á Constantinopla seguido de sus legiones: como Bringas se habia hecho odioso por sus violencias, la opinion pública se declaró á favor de su enemigo: el pueblo le proclama, el patriarca le corona, y Nicéforo que tenia sin duda tan poco temor al veneno como á las batallas,

casa con Teófano, nombra europalato á su hermano Leon, y da á Zimisces el mando del ejército de oriente. Bringas esperaba el suplicio, pero solo fue condenado al destierro. Sin embargo, el patriarca se oponia al casamiento de Nicéforo, como contrario á las leyes de la Iglesia, porque este general habia sido padrino de un hijo de la emperatriz. Para quitar los escrúpulos, entrambos esposos negaron bajo juramento la existencia de aquel lazo, que constaba públicamente; y el perjurio eludió la ley. Una gran victoria, seguida de un reves mucho mayor, señaló el principio de este reinado. Manuel, general griego, desembarcó en Sicilia, venció á los musulmanes, tomó á Himera y otras muchas plazas; y en fin, á Siracusa; pero persiguiendo con demasiado ardor á los árabes, fue cercado en un desfiladero por los enemigos, muerto, y destruido su ejército y armada.

Victorias contra los sarracenos. (964.) Zimisces, mas dichoso, consiguió en Cilicia una señalada victoria contra las mejores tropas del imperio árabe. Nicéforo, envidiando la gloria de su lugarteniente, y no queriendo permitir que se olvidase la suya, volvió á presentarse al frente del ejército, pasó el monte Amano, taló á Siria, y se apoderó de Tarso, persiguió á los sarracenos desde las costas de Fenicia hasta las orillas del Eufrates, conquistó á Alepo y á Laodocea, hizo cange de prisioneros, y volvió á su capital

Habia dejado el ejército junto á los muros de Antioquía para bloquearla, prohibiendo espresamente comprar la conquista de la plaza á costa de mucha sangre. Pero apenas se separó del ejército, Zimisces, en desprecio de sus órdenes, tomó la ciudad por asalto.

En vez de premiar á los generales vencedores, Nicéforo los castigó, y destituyó á muchos de ellos. Este acto de severidad, que se habia alabado en la antigua Roma, escitó en el ejército griego un descontento general. Nicéforo, por un esceso contrario, acabó de hacerse odioso al pueblo, permitiendo á las tropas la licencia y el robo. Se indispuso tambien con el clero, tomando una parte de sus bienes para pagar los gastos de la guerra. A su atrevimiento temerario sucedió un terror supersticioso y pueril. Un astrólogo le habia predicho que seria asesinado en su palacio: por eso lo convirtió en una fortaleza, y mandó derribar los edificios cercanos. Enmedio de una noche oscura oyó una voz que decia: «Nicéforo, cíñete de murallas, y levántalas hasta el cielo: tu destino se encierra contigo dentro de ellas, y no podrás evitarlo.» Su hermano Leon, imitando su codicia, oprimia el pueblo con impuestos: las murmuraciones del imperio oprimido eran presagios mas seguros de revolucion que los pronósticos de un astrólogo, ni los prestigios de una aparicion.

Conquista de Italia por Oton. (966.) Desde el reinado precedente era grande la

irritacion entre los dos imperios. Nicéforo, temiendo la ambicion de Oton, emperador de occidente, envió un ejército contra él, é hizo alianza con Swiastoslaw, czar de los rusos, el cual entró en Bulgaría, la devastó, y defendió el imperio contra los húngaros. Roma era entonces teatro de grandes turbulencias. Juan XIII, elevado á la santa sede por el emperador de occidente, no era bien visto de los romanos, y fue preso y desterrado por ellos. Oton marchó á Italia, restableció al papa en su trono, y castigó los sediciosos con el último suplicio. Antes de llegar á Roma habia vencido y hecho prisionero á Berenger II, rey de Italia, que murió cautivo. Adalberto, su hijo, buscó un asilo en la corte de Nicéforo, y le prometió formar en Italia un partido poderoso en favor de los griegos.

Oton, receloso de estos proyectos, envió por embajador á Constantinopla al historiador Luitprando, obispo de Cremona, con órden de pedir en casamiento la hija de Teófano, y por dote la Pulla y la Calabria. Nicéforo echó en cara á Oton la usurpacion de Italia y Roma. El emperador de occidente respondió, que habiendo dejado los griegos, á causa de su debilidad, á aquellos paises sin defensa ni gobierno, Roma le habia elegido libremente: que libertando á Italia de tiranos crueles y disolutos, y restableciendo en ella las leyes y la religion, no habia hecho mas que seguir los ejemplos laudables de

Teodosio, Valentiniano y Justiniano. La relacion que hizo Luitprando de su embajada, fue dictada por el enojo, y mas satírica que histórica. Los dos emperadores se insultaron recíprocamente: como el uno queria una dote opulenta, y el otro una restitucion, no era fácil avenirlos. El embajador fue tratado sin cortesía: en una ceremonia se le dió un lugar inferior al de los diputados búlgaros; pero apenas se supo que Oton se disponia á entrar en Pulla, la corte de Constantinopla abatió su orgullo, entró en negociacion, y se convino que cesasen las hostilidades por ambas partes. En este tiempo Nicéforo, siempre victorioso, recorrió la Siria y la Armenia, taló la Mesopotamia, y destruyó á Edesa. Enmedio de sus conquistas supo con enojo que el papa en sus actos tomaba el título de *universal*, y daba á Oton el de emperador de los romanos. Luitprando, para justificar al pontífice, se valió de un argumento mas propio para irritar al griego que para aplacarle. «El papa ha creido, le dijo, que habiais renunciado al nombre de romanos, como á su trage é idioma.» El embajador fue despedido, y se hallaron escritos en las paredes de su cuarto muchos epigramas que habia compuesto contra los griegos. Sin embargo, al momento de partir le dijo Nicéforo que aprobaria el matrimonio proyectado. Pero cuando los grandes alemanes, á quienes encargó Oton ir á recibir la princesa, llegaron á Calabria, fueron presos ó ase-

sinados por los griegos. Oton indignado entró en Pulla, derrotó en batalla campal un ejército griego, aunque este habia llamado á los sarracenos en su socorro, taló los campos de Nápoles, se apoderó de Bovino, y volvió á Ravena con un rico botin.

Juan Zimisces, emperador. (969.) En esta época los rusos, fieles aliados de Nicéforo, consiguieron una nueva victoria del rey de los búlgaros, que murió del pesar de su derrota. El emperador gozó poco de este triunfo; su vida y su poder tenian en el interior de palacio enemigos mas temibles que los bárbaros. Un desconocido, disfrazado de ermitaño, le entregó una carta en que se le avisaba que en el mes de diciembre terminarian sus dias y su reinado: mientras la leia desapareció el misterioso mensagero.

Habia mucho tiempo que Nicéforo despreciaba á Teófano. Esta muger, que nunca tuvo constancia sino para la disolucion y el crimen, estaba perdidamente enamorada de Zimisces, que gemia á la sazon en un destierro. La emperatriz logró el permiso de que viniese á vivir en Calcedonia: desde allí atravesaba todas las noches el Bósforo para venir á verla. La nueva Mesalina, cansada de amoríos tan misteriosos y contrariados, persuadió á su amante que se apoderase del trono. En tanto avisaron á Nicéforo que á la noche siguiente se le iba á asesinar, y que los homicidas estaban ocultos en el palacio de la emperatriz. Mandó pues á la guardia que re-

gistrase dicho palacio; y fuese descuido, acaso ó complicidad, todo se examinó, escepto el aposento donde se encubrian los conjurados. Enmedio de la noche Zimisces y algunos oficiales, destituidos por la toma de Antioquía, desembarcaron cerca del palacio: las sirvientas de la emperatriz los introducen por los balcones en canastas tiradas con cuerdas. Se juntan con los conjurados, y penetran en la fortaleza imperial, cuya entrada les habian facilitado los artificios de Teófano. Hallan á Nicéforo acostado en el suelo sobre una piel de oso. Leon, por sobrenombre *valiente*, le hiere la cabeza con un sable, le llevan á la presencia de Zimisces, que le llena de injurias, le rompen los huesos con los puños de las espadas, y en fin, cuando el desgraciado príncipe imploraba el nombre de Dios, un conjurado le atravesó el cuerpo con una lanza. Entretanto el pueblo que acudió al ruido para defender al emperador, vió á la luz de las antorchas cuando se abrieron las puertas, la cabeza de Nicéforo. A este espectáculo horroroso huye y se dispersa, y Zimisces, dueño del palacio, lo es del imperio. Por la muerte de Nicéforo perdió el ejército un gran general, y el imperio un mal príncipe. Teófano, autora de su oprobio y de su grandeza, mancilló su gloria coronándole, le escitó á la maldad y lo castigó. Este príncipe infeliz habia escrito pocas horas antes á su hermano Leon que trajese á palacio un cuerpo escogido de

tropas. Leon, entretenido en el juego, se tardó en abrir la carta, y cuando la leyó, era ya tarde. Queriendo obedecer, se llegó al circo con sus soldados, y allí supo el éxito de la conspiracion, la muerte de su hermano y el triunfo de Zimisces: sus tropas le abandonaron, y buscó un asilo al pie de los altares de santa Sofia.

Los conjurados, trayendo consigo á los dos augustos Basilio y Constantino, reunieron el pueblo y le hicieron proclamar á Juan Zimisces. Este guerrero era pequeño de cuerpo, tenia mucho valor y fuerza estraordinaria. Su mérito le hacia digno del trono, si no hubiese ascendido á él por un delito. Quitó los empleos á los partidarios de Nicéforo: solamente el eunuco Basilio conservó el suyo, y aun llegó á ser primer ministro. La causa de su elevacion fue haber abandonado antes que todos á su dueño. Cuando Zimisces se presentó al patriarca para ser coronado, Polieucto le declaró que no podia permitir la entrada en la iglesia á un príncipe manchado con la sangre de un emperador y pariente, antes de espiar el homicidio castigando á los cómplices y echando de palacio á una emperatriz parricida. Zimisces obedeció, sacrificó por conservar la corona á los traidores que se la habian dado, juró que no habia vertido la sangre de Nicéforo, y declaró que los asesinos eran Leon valiente y Teodoro el negro. Teófano, que esperaba reinar, no cogió otro fruto de su último delito sino el opro-

bio de haberle cometido, y el odio universal que merecia. Fue encerrada en un monasterio de Armenia. Antes de partir echó en cara al nuevo príncipe su amor, sus crímenes, su elevacion y su ingratitud; y viendo á su lado al jóven Basilio su propio hijo, se arrojó á ahogarle, llamándole escita y bárbaro, y le hubiera muerto á no quitársele la guardia de entre las manos. El patriarca coronó á Zimisces, el cual anuló los decretos de su predecesor contrarios á la disciplina y á los intereses de la Iglesia: se mostró generoso, caritativo, popular, y mitigó con la justicia de su administracion el horror que habian inspirado sus crímenes. Polieucto murió, y fue su sucesor Basilio, monge célebre por sus virtudes. Vacó la silla de Antioquía, y el emperador nombró para ella á un ermitaño llamado Teodoro, que le habia pronosticado su elevacion; pero aconsejándole que la esperase del voto general, y no la acelerase por un delito; y aun se dice que añadió, que si daba oidos á una ambicion culpable, serian abreviados sus dias. Zimisces despreció sus consejos, pero le conservó su aprecio.

Victorias contra los árabes y rusos, (970.) Los mahometanos, consternados por la pérdida de Antioquía, se habian reunido para recobrar esta plaza. Su ejército, compuesto de 100.000 combatientes, mandados por el africano Zocar, valiente capitan, vino á cercarla. Por otra parte los rusos, vencedores de los búlgaros, amenazaban á los griegos.

Zimisces reunió contra sus enemigos todas las tropas del oriente. Nicolás, general hábil aunque eunuco, marchó contra los árabes, les dió batalla, la ganó, y con sola esta victoria disipó su formidable liga.

El emperador escribió al príncipe ruso, que habiendo recibido la recompensa de sus servicios, debia volverse á su pais. Swiastoslaw replicó que llevaria su respuesta á la capital del imperio. Bárdas Esclero, cuñado de Zimisces, recibió órden de defender á Tracia con 10.000 soldados; pero se le anticiparon 30.000 rusos, talaron la provincia, y se acamparon junto á Andrinópoli, donde Esclero se habia encerrado. Este general, para tenderles una asechanza, finge temor de su número y osadía: ni hace salidas ni responde á sus insultos y amenazas. Los bárbaros confiados descuidan las guardias, corren desordenadamente por el campo, y se entregan de dia al saqueo, y de noche á la intemperancia. Esclero, habiendo puesto una parte de sus tropas en emboscadas, rodea al enemigo con otro cuerpo, y manda á algunas tropas ligeras que le fatiguen y le traigan al lazo. Este ardid se logró perfectamente: los bárbaros caen en la celada: los griegos se arrojan sobre ellos: los caballos espantados desordenan la infantería. Sin embargo, un guerrero ruso, notable por su estatura colosal y su denuedo, restablece el combate, se arroja sobre Esclero y le da en la cabeza un golpe terrible; pero el griego le partió el cráneo

de un reves. Su hermano Constantino corta de un sablazo la cabeza del caballo de un general. Estos ejemplos de fuerza y de valor inflaman á los imperiales, que desbaratan y dispersan al enemigo matándole mas de 20.000 hombres. Despues de esta victoria marchó Esclero contra Bárdas Fócas, un desterrado que se sublevó y tomó á Cesarea. Fócas se defendió valerosamente; pero sus tropas le abandonaron. Perseguido y alcanzado, mató con su clava á un capitan que queria prenderle, se escapó á una fortaleza y capituló. El emperador le perdonó la vida y le obligó á hacerse monge.

El cristianismo establecido en Rusia. (971.) Zimisces, viudo de la hermana de Esclero, casó con Teodora, hija de Constantino Porfirogeneto. Marchó despues á Bulgaria y derrotó completamente á los rusos en una batalla. El jóven emperador Basilio vino á los reales á gozar de la victoria, y asistió á la toma de la capital de Bulgaria, donde se halló al antiguo rey Borices, cautivo de los rusos con su muger é hijos.

Despues persiguieron los imperiales el ejército ruso, y lo alcanzaron cerca de Dristra. Constaba de 70.000 hombres: dióse la batalla, y la victoria quedó por los griegos. Despues de otras muchas acciones y salidas de la guarnicion de Dristra, el czar de Rusia se vió precisado á capitular, rendir aquella plaza, hacer la paz y retirarse con solo 20.000 rusos que le quedaron. Swiastoslaw murió en

el camino. Su sucesor Vladimiro casó con la princesa Ana, hermana de Basilio, la cual acabó de establecer el cristianismo en Rusia.

Alianza con Oton. (972.) Zimisces triunfó en el circo. Todos sus deseos se cumplian. Oton, emperador de occidente, solicitó su amistad, y celebró en Roma el casamiento proyectado con la princesa Teófano. Al año siguiente un general del imperio, encargado de continuar la guerra contra los sarracenos, se adelantó con demasiada imprudencia, fue vencido y perdió sus conquistas. El emperador se puso al frente del ejército, y reparó aquella desgracia con brillantes triunfos. Habiendo sido acusado el patriarca de Constantinopla, no quiso reconocer por juez suyo al príncipe. Zimisces le desterró á la Troade, y nombró por sucesor suyo al ermitaño Antonio.

Muerte de Zimisces. (975.) Zimisces corrió el Asia como un conquistador; y á su vuelta, admirado de un gran número de palacios magníficos, tierras fértiles y rebaños copiosos que habia en el camino, supo con asombro que todos pertenecian á su camarero Basilio. «¿Qué, esclamó, para enriquecer tan escesivamente á un vil eunuco pagan los pueblos tanto oro, prodigan tanta sangre, y esponen los emperadores su vida á los peligros de la guerra?» Los cortesanos se sonrieron oyendo esta reflexion: el eunuco, que se hallaba entre ellos, aparentó una falsa risa; pero el enojo bramaba en su corazon, y aquella

misma noche presentó á Zimisces, sirviéndole en la cena, una copa envenenada. Apenas el príncipe pudo llegar á Constantinopla: el arte de los médicos hizo esfuerzos inútiles. Este príncipe murió á los 51 años de edad y 6 de reinado. Retardó la caida del imperio, y mereció ser contado entre los usurpadores felices, los monarcas hábiles y los grandes capitanes.

Principios del reinado de Basilio II, y Constantino VIII. (976.) Habia mucho tiempo que el cetro era solo una decoracion, y la espada daba la autoridad. Basilio y Constantino habian pasado su primera juventud con el título de emperadores; pero verdaderos súbditos de su belicoso colega, no fueron libres hasta la muerte de Zimisces. Solo Bárdas Esclero podia escitar sus temores. Era famoso por sus victorias, y se le acusaba de aspirar al trono: terrible rival para dos emperadores, de los cuales el mayor no tenia 20 años. Teófano tuvo permiso de volver á palacio; mas no pudo ó no quiso recobrar su antigua influencia. Se apartó á Esclero de la corte, enviándole contra los sarracenos. El título de duque de Mesopotamia encubrió el desaire, y se dió el mando del ejército de Asia á Pedro Fócas, sobrino de Nicéforo. Esclero prorumpe en quejas, y son despreciadas. Sale descontento, se pone al frente de sus tropas, se reviste de la púrpura, es proclamado emperador, sacrifica su patria á su ambicion, hace alianza con los árabes, toma

á sueldo 3.000 soldados de esta nacion, y cierra el oido á todas las proposiciones de paz. Pedro Fócas marchó contra él; pero estraviado por un guia infiel, fue sorprendido y vencido en la frontera de Capadocia: las tropas imperiales huyeron. Esclero se apoderó de Antioquia, y dió el gobierno de esta plaza al sarraceno Abdalá. Despues ganó otra batalla contra los generales Leon y Juan el patricio, y los hizo prisioneros. Sus victorias aumentaron su partido; sin embargo, menos feliz en la guerra naval, su armada fue vencida por la de los emperadores.

En este tiempo habla la historia por la primera vez de los Comnenos, ilustre familia que reinó despues con tanto esplendor. Manuel Comneno, prefecto de oriente, detuvo los progresos del rebelde, y le ofreció si se sometia, todo lo que pudiera desear, escepto la diadema. Esclero rehusó sus proposiciones y le sitió en Nicéa. Despues de una larga resistencia se hallaba Manuel en el mayor apuro por falta de víveres: el valor era inútil, y la astucia le salvó. Habiendo venido un enviado de Esclero á exhortarle á la rendicion, le enseñó inmensos almacenes llenos de arena, pero cubiertos con una capa de trigo. Asi logró una capitulacion honrosa para los habitantes, y salió libre con la guarnicion. El emperador Basilio viendo que el peligro crecia sin cesar, juzgó no poder defenderse contra un ambicioso tan temible, sino armando contra él á un rebelde antiguo,

no menos famoso; y asi sacó del claustro á Bárdas Fócas y le dió el mando del ejército de Asia. Fócas da batalla, la pierde, se retira en buen órden, prueba otra vez la suerte de las armas y vuelve á ser vencido; pero levantándose siempre despues de sus caidas, arriesga en fin en las orillas del Halis un combate decisivo. El mismo furor anima ambos partidos. Enmedio de la batalla Fócas acometió á Esclero; y al estruendo del choque se separan los dos ejércitos, confiando su suerte al éxito de aquella lid. Fócas, habiendo evitado diestramente la terrible cimitarra de Esclero, le derriba con una maza de armas. Los soldados corren á vengar á su gefe, y rodean á Fócas con sus armas amenazadoras; pero el vencedor se abre paso y se vuelve á sus legiones. En este momento el caballo de Esclero, cubierto de sangre, corre por la llanura. El ejército, viéndole sin ginete, se llena de consternacion: Fócas, aprovechándose de este desorden, derrota al enemigo, y obliga á Esclero á buscar un asilo en la corte del califa de Bagdad. El emperador logró de este califa á fuerza de oro que le tuviese en prision.

Invasion de los búlgaros en Dalmacia y Macedonia. (977.) En este tiempo los sarracenos continuaban sus correrías en Italia; y por otra parte un general llamado Samuel, al cual nombraron por rey los búlgaros, se aprovechó de las turbulencias que dividian el imperio, y devastó sin ostáculo las pro-

vincias de Tracia, Macedonia, Tesalia y Dalmacia.

Estos bárbaros consumaron la ruina de la patria de Diocleciano, y demolieron su célebre palacio, del cual apenas quedan algunos vestigios. Estas desgracias despertaron á Basilio y le obligaron á salir de su larga infancia. En vano sus ministros y Fócas, que querian gobernar en su nombre, se opusieron á su generoso designio. Cansado de vegetar en el trono, quiso mandar los ejércitos y reinar.

Campaña desgraciada contra los búlgaros. (981.) A su voz se reunen nuevas tropas: se pone á su frente, marcha contra los búlgaros, atraviesa el monte Ródope, deja en la retaguardia á Leon Mileseno con el encargo de defender los desfiladeros, y se acerca á la ciudad de Sárdica, donde estaba acampado Samuel. Los pueblos veian con esperanza y los grandes con temor á un príncipe ganoso de manejar el cetro y la espada. Uno de estos cortesanos envidiosos se presenta á Basilio, le infunde sospechas y le hace creer que Leon, abandonada la custodia de los desfiladeros, marchaba á Constantinopla con el designio de coronarse.

El emperador, demasiado crédulo, se retira precipitadamente: los búlgaros le persiguen, y pierde su campamento y equipages. Llegando por entre mil peligros cerca de Filipópolis, encuentra á Leon fiel y sosegado en su puesto. Enfurecido por el engaño, coge al delator por la barba, le llena de im-

properios y le pisotea. Sin embargo, le perdonó la vida, y se volvió á su palacio despues de una campaña tan poco gloriosa.

Guerras en Italia. (983.) Los lazos de la sangre no valieron contra los intereses políticos, y Teófano, hermana de Basilio y esposa de Oton II, en lugar de afianzar la union de los dos imperios, instó á su marido que estendiese sus posesiones á costa de los griegos. El emperador de occidente pasó á Ravena, se apoderó de Salerno y proyectó conquistar el resto de Italia. Basilio, despues de vanas negociaciones, recurrió á los árabes. Su gefe, el célebre Abulcasen, juntó sus tropas á las de los griegos, salió vencedor en tres batallas, y pereció en la cuarta.

Oton tomó á Tarento, y ganó despues otra accion; pero los aliados, divididos en dos cuerpos, colocaron uno en las montañas, y el otro fingiendo temor, atrajo al enemigo hácia la ribera: alli fueron envueltos los alemanes; y su ejército, acometido por todas partes, quedó destruido despues de una larga resistencia. La muerte consumió en aquel campo funesto, no solo gran parte de la nobleza germánica é italiana, sino tambien muchos obispos y abades, que en aquellos siglos caballerescos sabian llevar el yelmo y la mitra, la cruz y la espada. Oton huyó casi solo: perseguido con ardor por los sarracenos, y queriendo evitar el cautiverio, se arrojó en el caballo al mar, y llegó nadando á una galera griega, donde se le hizo prisio-

nero. Ya escribia á su muger Teófano para que pagase su rescate, cuando Tierres, obispo de Metz, se acerca á la galera socolor de entrar en negociacion con los griegos, seguido de muchas barcas llenas de soldados alemanes, que venian disfrazados de marineros. Oton, que los ve y reconoce, se arroja al mar: mata á un griego que se habia lanzado para cogerle y que ya le iba á los alcances, y protegido por las barcas llega nadando á la ribera. Retirado á Roma, este príncipe aventurero se proponia conquistar á Sicilia en la primavera siguiente. La muerte puso fin á sus designios, y los griegos por fruto de la victoria recobraron á Pulla, Calabria y los demas paises que habian perdido durante un siglo. Los mismos príncipes lombardos reconocieron la soberanía del emperador de oriente, el cual sometió la Italia á la autoridad absoluta de un magistrado llamado *Catapan*, es decir, revestido de poderes ilimitados. Entonces la fortuna se declaraba en todas partes favorable á Basilio. Bárdas Fócas, su lugarteniente, ensalzó en Asia la gloria de las armas griegas, venció á los sarracenos, obligó al emir de Alepo á pagar el tributo acostumbrado, y al califa á concluir la paz. Hasta entonces un ministro llamado Basilio habia gobernado el imperio: el emperador, informado de sus malversaciones, le quitó su gracia, y el ambicioso cortesano murió de pesar. El príncipe, despues de sacudido el yugo, pareció otro hombre:

se mostró activo, laborio, templado; pero tambien orgulloso, melancólico, suspicaz é inflexible. Solo dejaba á su hermano Constino los honores y los placeres del trono; y este jóven príncipe, en lugar de quejarse, tenia lástima de Basilio, porque le miraba, decia, oprimido con el peso del imperio.

Conspiracion de Bárdas Fócas. (989.) Bárdas Fócas, vencedor de los rebeldes, lo fue tambien, é hizo que su ejército, que estaba en Capadocia, le coronase. Leon Meliseno le auxilió en su rebelion. Al mismo tiempo Inargo, noble persa, cansado del yugo árabe, sublevó á sus compatriotas, tomó á su sueldo 20.000 turcos y venció á los sarracenos en muchos reencuentros. El califa amedrentado se acordó del talento de Esclero, le hizo salir de la prision, y le propuso pelear en su defensa. Esclero consintió en ello, con tal que solo se le diesen soldados griegos. Juntáronse 3.000 cautivos de esta nacion, los armó, y seguido de ellos derrotó á los persas en batalla campal, y mató á su gefe Inargo; pero en lugar de volver á Bagdad, entra en las tierras del imperio con su ejército victorioso, derrotados los sarracenos que le perseguian. Vuelto á su patria y temiendo igualmente al emperador y á Fócas, procura engañarlos á entrambos, resuelto en su corazon á declararse por quien venciese. Escribió, pues, á Fócas, ofreciéndose á favorecerle, y envió al emperador su hijo Romano, como rehen y prenda de su sumision.

Basilio recibió benignamente á Romano, y aun le hizo su primer ministro. Fócas, prometiendo á Esclero una parte del imperio, le llama á una conferencia, lo manda arrestar, le puso en prision, y marchó á Constantinopla. Calociro, que mandaba la mitad del ejército de Fócas, fue sorprendido, derrotado, hecho prisionero y ahorcado. Fócas sitiaba entonces á Abido: Basilio le sale al encuentro; y en momentos tan decisivos, hasta el indolente Constantino deja las diversiones, y se presenta en la armada. Puestos los ejércitos uno enfrente de otro, esperaban la señal, cuando de improviso Fócas, viendo á Basilio exhortando á sus soldados, le acomete con la lanza baja; pero enmedio de la carrera se detiene, vuelve la brida, sube á una alturilla, desmonta, se echa en el suelo, y muere. Unos dijeron que de apoplegía; segun otros, de veneno. Constantino se jactó de haberle disparado una flecha; mas no se halló en el cadáver señal de semejante herida. Esta jornada que iba á ser tan sangrienta, solo costó la vida á Fócas: su ejército se desmandó, y un gran número de prisioneros fueron paseados sobre asnos en el circo. Los antiguos servicios de Leon le salvaron de esta ignominia. La viuda de Fócas, con la esperanza de vengar á su esposo, dió libertad á Esclero, que no tardó en reunir las reliquias de la rebelion: pero habiéndole ofrecido Basilio la dignidad de curopalato, aceptó y se sometió. Oprimi-

do por la vejez, los trabajos, los pesares y las muchas heridas, estaba casi ciego, y se presentó al emperador apoyado sobre los hombros de dos escuderos. «¿Este es, pues, dijo Basilio, el objeto de tantos temores? ¡Qué cosas tan vanas son la ambicion y la gloria! Ayer creia este hombre gobernar el imperio, y hoy no puede andar sin guia ni sostenerse sin apoyo.» Esclero, al despojarse del manto y diadema imperial, se habia olvidado de quitarse los borceguíes de púrpura. El emperador se lo advirtió sin enojo, le hizo sentar á su mesa, y perdonó generosamente á todos sus cómplices.

Conquista de Damasco y Tiro. (995.) Restablecida la paz en el oriente, se dedicó Basilio á defender el norte contra los bárbaros. En esta época adquirió sin pelear nuevos dominios: David, rey de Iberia, le dejó su reino en el testamento. Pedro Orseolo, dogo de Venecia, obtuvo un decreto que concedia en el imperio á los venecianos exenciones y privilegios verdaderos en cambio de una sumision aparente.

Los musulmanes de Asia y Egipto tuvieron guerra entre sí. Basilio, aprovechándose de sus disensiones para castigarlos por el auxilio que habian dado á los rebeldes, se apoderó de Emesa, Damasco y Tiro.

Rebelion de Crescencio en Roma. (998.) La república hizo en Roma el último esfuerzo para resucitar sus antiguas reliquias. Crescencio echó de la ciudad al papa Gregorio

V, hizo que el pueblo le nombrase cónsul, y restableció el gobierno republicano; al principio fue magistrado, y luego déspota popular. Fue acometido de muchos contrarios, vencido y degollado. A un antipapa, que puso en la silla de Roma, se castigó con la mutilacion.

La fortuna de Basilio le grangeó los homenages de muchos soberanos. El nuevo emperador Oton III pidió en casamiento una princesa griega: cuéntase que Hugo Capeto, que acababa de subir al trono de Francia, hizo una proposicion de la misma especie para su hijo Roberto; pero estas negociaciones no produjeron resultado alguno.

Espulsion de los sarracenos de Italia. (1003.) Basilio continuaba victoriosamente la guerra contra los búlgaros. Les quitó muchas plazas: Dirraquio se le entregó por traicion. Todas estas guerras, aunque felices, empobrecian al pueblo, y solo enriquecian á los generales. Obligado el emperador á agravar los impuestos, fue odioso á sus vasallos, porque aumentó el erario secando las fuentes de la riqueza pública. Cuando murió, estaba agotado el imperio y habia en el erario 900 millones de pesetas. La conquista de Bulgaria le costó doce años de combates. Su catapan Gregorio, favorecido por los venecianos, venció á los sarracenos y los echó de Italia.

Este reinado fue la época de una gran mudanza: los mahometanos, que eran en

otro tiempo el terror de los príncipes europeos, no inspiraban ya tanto miedo, pero sí el mismo aborrecimiento; y el deseo de vengar las antiguas invasiones, sucedió á la necesidad de defenderse. El espíritu religioso y el de caballería formaron en todas partes coligaciones contra la media luna. El califa de Bagdad, informado de estos proyectos, persiguió cruelmente á los cristianos sometidos á su autoridad, destruyó sus iglesias, envió al suplicio un patriarca, aunque tenia por sobrina la muger del califa de Egipto: llamó á sus estados los judíos para que ultrajasen á los discípulos del Evangelio; y en fin, destruyó en Jerusalen el templo del santo sepulcro. Los gritos y gemidos de los cristianos perseguidos resonaron en occidente y produjeron las cruzadas.

Conquista y devastacion de Bulgaria. (1014.) Basilio, tan belicoso en su edad madura como indolente habia sido en su juventud, logró una victoria señalada contra Samuel, rey de Bulgaria; pero la mancilló con su crueldad. No sabiendo qué hacer de 15.000 prisioneros, les hizo sacar los ojos, dejando á algunos tuertos para que les sirviesen de guias, y los envió así al rey de los búlgaros; el cual, segun se cuenta, murió de la pena que le causó tan horrible espectáculo, quizá mas atroz que si se hubieran terminado con la muerte los tormentos de aquellos infelices.

A esta maldad sucedió una derrota. Teo-

filacto, general griego, fue sorprendido y muerto en un combate, y destruido el ejército que mandaba. Basilio se vengó incendiando las ciudades, aldeas y palacios de Bulgaria.

Conquista de Crimea y adquisicion de Media. (1017.) Ducas, uno de sus lugartenientes, conquistó la Crimea, llamada entonces Cazaria. El rey de Media, cansado de las contínuas invasiones de los sarracenos, entregó sus estados al emperador, prefiriendo á un trono vacilante la dignidad pacífica de patricio y gobernador de Capadocia. Ladislao, sucesor de Samuel, pereció en una batalla despues de haber combatido valerosamente. Los búlgaros, fatigados de una guerra de 20 años, se sometieron, y entregaron al emperador sus fortalezas.

Basilio triunfó en el circo, y se le dió el sobrenombre de *Bulgaróctono*. Despues fue á visitar los campos de batalla de los antiguos griegos; y llegando junto al templo de Minerva en Atenas, ya diruido, dió gracias á Dios por sus victorias en la iglesia de la Vírgen santísima, á la cual hizo muchas ofrendas. Volvió á la capital, la enriqueció con monumentos, y reparó el acueducto de Valentiniano. Dos rebeldes turbaron todavía su sosiego; pero sembró la division entre ellos: el uno, llamado Fócas, pereció asesinado, y el otro fue preso, y acabó sus dias en un monasterio. La paz que habia entre rusos y griegos cesó entonces por la

muerte de la czarina Ana. Un ejército ruso fue vencido y capituló, y á pesar del convenio se le pasó á cuchillo.

Muerte de Basilio II. (1025.) El emperador, no satisfecho con sus triunfos militares, quiso sustraerse á la autoridad de Roma, y persuadió al papa Juan XIX que concediese al patriarca griego el título de *patriarca ecuménico de todo el oriente*; pero la bula fue revocada. Basilio pensaba en conquistar á Sicilia, y ya sus tropas se embarcaban para la espedicion, cuando le sorprendió la muerte á los 68 años de edad. Habia reinado 12 años bajo Nicéforo Focas y Zimisces, y 50 con su hermano Constantino. Indolente en la infancia, disoluto en la juventud, belicoso en la edad madura, avariento y duro en la vejez, estendió las fronteras del imperio, afirmó el trono, sometió á sus enemigos, oprimió á sus pueblos; y sin embargo dió fuerzas para algun tiempo al estado.

El hermano de Basilio, que habia ocupado 50 años el trono sin reinar, no conocia mas negocios ni obligaciones que sus placeres; y asi escogió para generales, gobernadores de provincia y ministros los compañeros de sus liviandades. Estos hombres codiciosos fundaron rápidamente su fortuna en la ruina del tesoro, é hicieron cruel á su dueño para perseguir á los que los miraban con desprecio; es decir, á los personages mas ilustres del imperio. Renacieron los tiempos de las delaciones y suplicios: la maldad do-

minaba y proscribia á la virtud: la injusticia produjo sediciones, y un reinado tan vergonzoso restituyó á los bárbaros la esperanza que les quitára el vigor de Basilio. Los patzinaces pasaron el Danubio: los sarracenos insultaron las Cicladas. El peligro hizo que se nombrasen algunos generales, discípulos de Nicéforo, Basilio y Zimisces, y estos rechazaron á los bárbaros. Constantino, debilitado por sus disoluciones, cayó enfermo. Los médicos anunciaron que su muerte era inevitable y próxima. Como este príncipe no tenia hijos varones, formó el designio de dar su hija y su corona á Constantino Dalaseno; pero sus ministros y favoritos, que temian perder su poder si un príncipe hábil y vigoroso subia al trono, se opusieron á la eleccion, y en lugar de Dalaseno, fue llamado á palacio Romano Argiro. El emperador moribundo le propuso la mano de su hija y el título de césar: Romano era casado, y dudaba aceptar: Constantino, siempre cruel, aun en el trance de la muerte, le dijo: «Elige, ó el cetro con mi hija, ó perder los ojos: te doy por término este dia.» Romano amaba su muger, y hubiera sacrificado su vida á su afecto. Elena, que asi se llamaba la virtuosa consorte, sabiendo su resistencia, acude, se arroja á sus pies, le suplica que obedezca, se hace cortar el cabello en su presencia, toma el velo de religiosa, y esclama: «Mas feliz soy salvando la vista y quizá la vida de mi esposo, que si dividiese el imperio

con él.» La princesa Teodora no quiso robar su marido á una muger tan digna; pero su hermana Zoe, mas ambiciosa, aceptó su mano y el título de augusta. Diez lustros no habian estinguido en el corazon de esta muger atrevida, ni su amor á la dominacion, ni su delirio por los placeres. El patriarca, á pesar de algunos ostáculos de parentesco, los coronó y casó. Tres dias despues murió Constantino, habiendo añadido á 50 años de indolencia 3 de tiranía.

Romano III Argiro, emperador. (1028.) El nuevo emperador atraia las miradas é inspiraba respeto por su alta estatura, ademan magestuoso y elocuentes discursos; pero mas altivo que bueno, mas vano que hábil, no correspondió á las esperanzas públicas. Sin embargo, al principio alivió á sus vasallos del peso enorme de los impuestos: nombró para los obispados vacantes prelados virtuosos, y dió la dignidad de europalato al anciano Esclero, á quien el cobarde y cruel Constantino habia privado de la vista.

En aquel siglo corrompido la bondad parecia flaqueza: la humanidad del príncipe escitó la audacia de muchos ambiciosos, y conspiraron. La primer trama fue descubierta. Romano castigó con severidad á sus autores. Otra conspiracion mas peligrosa estaba á punto de estallar: dirigíala Constantino Diógenes, marido de Pulqueria, hermana del emperador: se le encerró en un convento, y sus cómplices fueron azotados y des-

terrados. El odio de Zoe á su hermana implicó á Teodora en la causa, y se echó de palacio á esta virtuosa princesa.

Guerra con los sarracenos. (1030.) El patricio Orestes, á quien el emperador Basilio habia enviado á Sicilia, volvia á la capital con sus tropas, cuando supo la muerte de aquel príncipe. Tuvo por sucesor á Andrónico, que se encargó de la espedicion proyectada contra los sarracenos. Este general tomó por asalto la ciudad de Regio; pero habiendo desembarcado en Sicilia, dejó que se relajase la disciplina: el ejército se entregó á la disolucion, y la disenteria castigó la intemperancia. Los sarracenos atacaron sus tropas debilitadas, hicieron gran destrozo en ellas, y Andrónico solo pudo salvar algunas reliquias del ejército. En oriente no eran mas felices las armas griegas. Esposidilo, gobernador de Asia, engañado por un árabe, cayó en una emboscada, fue vencido, y perdió una fortaleza que abria á los musulmanes las puertas de Siria. Las prendas esteriores de que la naturaleza habia dotado á Romano y las adulaciones de los cortesanos le hacian creer que era ó que debia ser un héroe. Envidioso de la gloria adquirida por Nicéforo y Zimisces, quiso imitarlos, se presentó en el ejército, despreció los prudentes consejos de Leon y de Dalaseno, escogió una mala posicion, fue sorprendido, y perdió sus reales: atacado de nuevo en su fuga y envuelto, hubiera perecido á no ser por la in-

trepidez de su guardia que le salvó y llevó á Antioquía.

Cuando el emperador volvió á Capadocia, recompensó con una grande dignidad la presencia de ánimo y la habilidad de Jorge Maniaces, guerrero hasta entonces desconocido, y que despues fue célebre. Este oficial, conservando su valor enmedio de los reveses que consternaban el ejército, habiéndosele intimado la rendicion de una plaza que defendia, fingió capitular, envió víveres y vino á los sitiadores, y apenas supo que estaban embriagados, se arrojó sobre ellos y los degolló. Romano, escarmentado en sus yerros, confió un grande ejército á Teoctisto, comandante de la guardia estrangera. Este general hábil dividió al enemigo con sabios movimientos, lo venció separadamente, y ahuyentó al general de los árabes, que pereció en la retirada. Este brillante triunfo de Teoctisto aumentó el pesar y la humillacion de Argiro, pareciéndole que la gloria de su general doblaba su oprobio. Disgustado de las vanidades terrenas, se entregó á la piedad y á la fundacion de iglesias. Sus derrotas habian estinguido la energía de su carácter; y la ambiciosa Zoe, dueña del poder, acusó de conspiracion á Constantino Diógenes, aunque estaba encerrado en una prision, y á su hermana Teodora. Diógenes, por evitar el tormento, se mató á sí mismo; y Zoe completó su venganza, obligando á su hermana á tomar el

velo de religiosa. En el norte y en el mediodia, los griegos abandonados por su emperador, y no bien dirigidos por los favoritos de la emperatriz, fueron vencidos por los bárbaros. La derrota de una escuadra sarracena fue la sola y mezquina compensacion de tantos desastres, á los cuales se añadió el azote de una terrible escasez producida por la langosta. Argiro, ya de edad de 60 años y sin heredero, empleaba para tener hijos los recursos pueriles y funestos del charlatanismo y la supersticion. Engañado en sus esperanzas, se separó de la emperatriz. Zoe, delirante por los placeres enmedio del yelo de la edad, se enamoró del hermano de un eunuco que era camarero mayor. Este jóven, llamado Miguel Paflagonio, nacido en una clase oscura, habia entrado con un hermano suyo en una compañía de monederos falsos. El influjo del camarero mayor los sacó de la cárcel, los libertó del cadalso, y les grangeó empleos en la corte. La hermosura de Miguel enamoró á la emperatriz, y el príncipe era la única persona que ignoraba en palacio tan escandalosos amoríos. Al fin, Pulquería, su hermana, se los descubrió. Romano llamó á Miguel, y creyó ó fingió creer que todo era calumnia. No tardó en castigar su indulgencia ó su credulidad un veneno lento; y como la muerte no viniese tan pronta como deseaba su malvada esposa, una noche que estaba en el baño, le metieron la cabeza en el agua dos esclavos de Zoe,

y le trajeron muerto á su cama. Antes de su elevacion vivia con Helena dichoso y estimado: su nuevo matrimonio y la corona destruyeron su felicidad y reputacion. Reinó cinco años. Zoe no esperó á que se supiese la muerte de su esposo: esta muger atrevida vistió á Miguel los ornamentos imperiales, le puso en el trono, é hizo que los esclavos de la corte le proclamasen emperador. Envian á decir al patriarca Alexis que el soberano le llama: acude, creyendo que era Romano: ve á Miguel en el trono: Zoe le manda reconocerlo y casar á entrambos. Alexis duda; pero sus escrúpulos ceden á 50 libras de oro que le presenta el camarero mayor (1); y antes de enterrar á Argiro, se celebra el matrimonio de Miguel. Cuando el sol siguiente iluminó el teatro de tantos crímenes, el senado y el pueblo vieron las exequias de Romano, y supieron á un mismo tiempo la muerte de este emperador, el casamiento de Zoe, y que los griegos pertenecian á un nuevo señor. Miguel recibió entonces las enhorabuenas de una multitud de grandes envilecidos, de cortesanos impudentes, de lisonjeros sin vergüenza, que le prodigaban demostraciones de afecto, aunque ni conocian al nuevo ídolo, ni sabian el orígen de su elevacion. Romano murió sin

(1) *Estas eran las costumbres del clero griego: su corrupcion fue causa del cisma.* (N. del T.)

hijos; pero las demas ramas de su familia sostuvieron su nombre con esplendor hasta la caida del imperio.

Miguel IV el Paflagonio, emperador. (1034.) Zoe habia coronado á su vil amante con la esperanza de reinar sobre un esclavo dócil y gobernar el imperio; pero el eunuco Juan hizo temer á su hermano el emperador, que esta muger sin pudor ni freno le trataria un dia como á su primer esposo: el ingrato Miguel, rompiendo el instrumento pérfido de que se valió para elevarse, quitó á Zoe todo el poder, y convirtió el palacio en prision de la emperatriz.

Todos se sometieron en el imperio al usurpador: solamente Constantino Dalaseno sufria con indignacion y enojo un yugo tan odioso. Enviósele órden de venir á la corte: el emperador juró sobre el evangelio y las santas reliquias respetar su vida y libertad; y apenas, fiado en este juramento, llegó á palacio, fue puesto en la prision.

Nicétas, hermano del emperador y nombrado duque de Antioquía, no fue recibido en esta plaza sino despues de haber prometido una amnistía general: apenas llegó, hizo decapitar á ciento de los principales habitantes. Una tiranía tan cobarde y cruel era odiosa en el imperio, y despreciada en las naciones estrangeras. Los sarracenos y los bárbaros del norte devastaron sin dificultad las fronteras del oriente y del Danubio.

Mientras que la bajeza y el crimen rei-

naban en Constantinopla, algunos aventureros, saliendo de las orillas del Sena, llevaron consigo á Italia la gloria de las armas. Cuarenta caballeros normandos, tan religiosos como valientes, partieron de Francia para ir en peregrinacion al monte Gárgano. La bella y opulenta Italia escitó siempre la ambicion y codicia de los hijos del norte; pero los normandos, mas generosos que los galos, lombardos y godos, buscaron la fama antes que la fortuna; y aun no pensaban en fundar estados en aquellos hermosos paises, cuando se armaron para libertarlos del yugo de los griegos y de la opresion de los sarracenos. Guiados por el honor, nueva divinidad de los siglos modernos, protectores del flaco, de la viuda y del huérfano, pelearon como héroes contra todos los enemigos de la religion y de la libertad. Un italiano elocuente, que buscaba en todas partes guerreros para salvar su patria de la ferocidad de los árabes y de la perfidia griega, electrizó el valor de aquellos peregrinos. El papa Benedicto VIII, pontífice belicoso, que acababa de pelear con los sarracenos en Toscana, les dió armas y soldados. El intrépido Mel les sirve de guia: acometen al catapan Andrónico, y á pesar de la superioridad del número, le vencen en dos batallas; mas perdieron la tercera que se dió junto á Cannas: la fortuna les abandonó en aquel campo infausto, donde habia abandonado en otro tiempo á los antiguos héroes de Roma. Esta derrota hizo conocer á los

normandos que á pesar de su osadía, no les era posible luchar solos contra tantos enemigos. Ofrecieron pues sus brazos y espadas á los príncipes de Capua y Benevento. Enrique, emperador de occidente, los empleó tambien en sus ejércitos contra los griegos. Los célebres hijos de Tancredo de Hauteville aumentaron el número y la gloria de los caballeros franceses. Despues de hazañas prodigiosas, cuya narracion da á la historia el colorido de la novela, estos famosos normandos, unas veces peleando contra los griegos, otras unidos con ellos contra los árabes, llegaron en fin á hacerse dueños de Sicilia, y el imperio de Constantinopla perdió para siempre aquella isla. Con el auxilio de los hijos de Tancredo y 300 normandos tomaron por asalto los generales del emperador Miguel las ciudades de Mecina y Siracusa. Guillermo, uno de los príncipes franceses, se hizo tan célebre en estos combates por la fuerza de sus golpes, que asi sus enemigos como sus camaradas le dieron el sobrenombre de *Fierabras*. Los sarracenos enfurecidos al verse arrojados de la mas rica de sus conquistas, volvieron á Sicilia en número de 50.000 hombres para restaurar sus pérdidas, y dieron una batalla sangrienta á los cristianos. El valor heróico de los normandos triunfó completamente en esta jornada: el ejército musulman fue vencido y aniquilado, y 13 plazas fuertes abrieron sus puertas al vencedor. Los griegos, siempre pérfidos, en lugar de premiar debi-

damente á los valerosos caballeros que les habian dado la victoria, les rehusaron con bajeza lo que les debian. Estos guerreros ofendidos volvieron á Italia y se vengaron de esta injuria derrotando á los griegos en varios reencuentros, y tomando muchas ciudades de que se hicieron soberanos.

Establecimiento de los normandos en Italia. (1040.) Los normandos se apoderaron de casi todo lo que el imperio griego poseia en Italia; y solo conservó por algun tiempo las ciudades de Brindis, Bari, Tarento y Otranto. Al mismo tiempo un soldado bárbaro llamado Aluciano sublevó á los búlgaros; y la noticia de una nueva invasion de este pueblo selvático llenó de consternacion al imperio. Miguel, enfermo entonces de hidropesía, quiso marchar contra los búlgaros: en vano los senadores, afectando interesarse por su vida, pero temiendo realmente su incapacidad, quisieron apartarle de esta resolucion. «Yo no he aumentado el imperio, les dijo, no quiero que pierda nada por mi causa.» Despues de estas palabras, dignas de un gran príncipe, salió á tomar el mando del ejército. La fortuna le favoreció: forzó los pasos de las montañas, penetró en Bulgaria, la sometió y volvió á la capital con un gran número de prisioneros. Esta primera y única accion vigorosa de su vida fue su último esfuerzo.

Al acercarse la muerte sintió el remordimiento de sus maldades, y empleó el aliento que le quedaba en espiarlas con limosnas y

fundaciones de iglesias y hospitales. Dócil á los consejos de su hermano el eunuco Juan, que temia la venganza de Zoe si reinaba sola, obligó á esta princesa á adoptar á su sobrino Miguel, llamado por el pueblo el *calafate*. Recibió la púrpura y el título de césar. Instalado el nuevo príncipe, el emperador se hizo cortar el cabello, se encerró en un monasterio, no quiso despedirse de Zoe, y murió el 10 de noviembre de 1041 al salir de los oficios divinos. Falso monedero en su juventud, elevado por el adulterio y el asesinato á un trono que manchó siete años con sus vicios y su tiranía, la historia se avergüenza de contarle en el número de los monarcas.

Miguel calafate, emperador. (1041.) Miguel calafate, despreciado por sus tios, odioso á Zoe, no estaba sostenido por el príncipe que le habia dado la púrpura: temblando en su trono solitario, se arrojó á los pies de la emperatriz, le prometió ser un esclavo decorado con el cetro, y á esta condicion obtuvo de aquella princesa entregada á los placeres el permiso de coronarse. El nuevo monarca agotó el tesoro para hacer regalos al senado y al pueblo, como si hubiese querido comprar la corona. Su elevacion no sirvió mas que para manifestar sus vicios· la ingratitud, el mas bajo de todos, fue el que primero mostró: despues de haber engañado con caricias y hecho sentar á su lado en el trono á su tio Juan, autor de su fortuna, le alejó de

la corte; y luego envidioso de verle rodeado en la desgracia de homenages y amigos, le hizo encerrar en un monasterio de Asia. No conservando ya mas validos ni ministros que á Constantino, el mas perverso de sus tios, desterró á los demas y los hizo eunucos. Aunque carecia de todo talento y mérito, las aclamaciones vulgares del pueblo le persuadieron que era amado, creyéndose motivo de la alegría que todos manifestaban en las ceremonias públicas, no siendo mas que la ocasion. Desvanecido por este afecto aparente, é importunado por el nombre, la clase y la autoridad de Zoe, resolvió cortarle el cabello, desterrarla á la isla de Prota y encerrar al patriarca Alexis en un monasterio.

Cuando Anastasio, prefecto de la ciudad, leyó estos decretos al pueblo, un hombre gritó: «No queremos á Calafate: solo obedeceremos á Zoe, nuestra madre: el imperio es su patrimonio.» La muchedumbre aplaudió estas palabras; se anima, forma corrillos y se enardece. Por todas partes resuenan estas voces terribles: muera Calafate. Los hombres se arman con picas, piedras, bastones y pedazos de bancos, y las mugeres con sus husos. Anastasio busca su salvacion en la fuga: todos le persiguen: unos se arrojaron al palacio, otros sacaron de los monasterios á Teodora y Zoe, y las proclamaron emperatrices. Tambien se

puso en libertad al patriarca. El emperador, sitiado por la plebe furiosa, hace entrar en palacio á Zoe, la reviste de la púrpura, la muestra al pueblo desde un balcon, y le arenga para mitigarlo. Se le responde con injurias y amenazas: se le arrojan piedras y flechas. Ya el cobarde prometia descender del trono; pero su tio Constantino reanimó su valor; da órdenes, y la guardia imperial sale, pelea con el pueblo, le rechaza, y da muerte á 3000 habitantes. Una multitud inmensa, animada por el deseo de la venganza, vuelve á acometer, se arroja sobre los soldados, los oprime con su mismo peso, fuerza las puertas de palacio y busca en vano á Calafate, que se entró en una barca con Constantino, para refugiarse al monasterio de Estudio, donde uno y otro tomaron el hábito. Miguel fue depuesto: Zoe, á pesar de su odio á Teodora, se vió obligada, por las instancias del senado y las aclamaciones del pueblo, á admitirla por colega. Deliberóse despues acerca de la suerte de Miguel y su tio. Zoe queria que se les perdonase: Teodora se inclinaba á la venganza: la muchedumbre pedia que muriese. Resolvióse pues que se les saltasen los ojos: suplicio que Constantino sufrió con ánimo, y Miguel con infame cobardía. Entrambos murieron en el claustro. Miguel reinó 14 meses, y entró para siempre en la oscuridad, de la cual no habia salido sino para adquirir una fama ignominiosa.

CAPITULO XVI.

Zoe y Teodora. Miguel sesto Estratiótico. Isaac Comneno. Constantino décimo Ducas. Romano Diógenes. Miguel séptimo Parapinacio.

Teodora y Zoe, emperatrices. Cisma de la iglesia griega. Togrul, primer sultan de los selgiucides. Teodora, segunda vez emperatriz. Miguel VI Estratiótico, emperador. Isaac Comneno, emperador. Constantino X Ducas, emperador. Romano Diógenes, emperador. Sublevacion de los varengas. Espedicion de Diógenes contra los turcos. Paz con los turcos. Miguel VII Parapinacio, emperador. Elevacion y caida de Nicéforo Brienne.

Teodora *y Zoe, emperatrices.* (1042.) Dos mugeres, discordes por una antigua enemistad, de las cuales la una era célebre solamente por sus vicios y maldades, llenaban

el solio de Constantino, Teodosio, Justiniano y Heraclio. La necesidad las hizo amigas por algun tiempo. Era un espectáculo singular para los griegos ver á dos princesas ambiciosas presidir juntas los tribunales, recibir juntas los embajadores, y dictar juntas al senado sus voluntades soberanas.

Su corta administracion fue prudente: mostraron vigor sin crueldad, y mansedumbre sin flaqueza. El órden volvió á aparecer en la hacienda: se desterró la venalidad de los destinos: los impuestos disminuyeron, y el pueblo gozó bajo su autoridad de un sosiego por largo tiempo desconocido. El eunuco Nicolás, siempre fiel á la familia de las emperatrices, mantuvo la disciplina en el ejército de oriente, y el patricio Constantino Cabasilas en el del occidente. Maniaces, general, fue á Italia con plenos poderes. Lo que acaso se esperaba menos fue que estas dos princesas orgullosas comprendieron, antes que el infortunio las obligase á ello, que no podian llevar solas un cetro tan pesado, y que aun las victorias de sus generales eran peligrosas para ellas, si no elegian un emperador. Resolvióse, pues, que una de ellas se casaria: Zoe, para conservar la corona, afectó renunciar á la libertad y someterse á un esposo. El talento de Constantino Dalaseno le inspiró al principio la idea de elevarle al trono. Disimulando su designio, le sacó de la prision y le envió á llamar con el pretesto de consultarle sobre los asuntos de Italia; y

habiendo conocido por la conversacion que si le tomaba por marido se daria un dueño, renunció á él, y se fijó en uno de los muchos amantes, cuyo carácter dócil satisfacia sus inclinaciones y su ambicion, y ofreció el cetro al camarero Constantino Artoclines. Era casado; pero la esperanza de reinar hizo que se divorciase: su muger, enfurecida y celosa, le envenenó, queriendo mejor su muerte que cederle á una competidora. Zoe, que conservaba á los 62 años todos los vicios de su juventud, revistió de la púrpura á otro cómplice de sus estravios, que se llamaba Constantino Monómaco. Apasionado como ella á los placeres, se habian perdonado mútuamente sus numerosas infidelidades. Monómaco habitaba, siete años habia, en Mitilene; donde se le habia desterrado. Hijo de padres ilustres, desarreglado en sus costumbres, y exento hasta entonces de ambicion, parecia á propósito para llenar las intenciones de Zoe. Un sacerdote de palacio solemnizó su casamiento, porque el patriarca oponia á él las leyes de la Iglesia, que prohibian entonces las terceras nupcias.

Teodora, la única de las dos hermanas que no era indigna de reinar, renunció al poder, y vivió en el retiro, conservando no obstante el título de augusta. Zoe se abandonó sin freno á la disolucion, disponiendo á su capricho de las dignidades del estado y de la hacienda pública. Constantino, insultando como ella la religion, las le-

que dió á sus soldados el general Estévan el ejemplo de la fuga. El imperio iba á mudar de señor; pero por una casualidad Maniaces, persiguiendo á los fugitivos, fue herido mortalmente de una flecha. Este accidente muda la fortuna del combate: los vencidos vuelven á las armas, los vencedores rinden las suyas: Estévan entra en Constantinopla con la cabeza del rebelde, y el emperador preside la ceremonia de su triunfo, sentado vergonzosamente entre Esclerena y Zoe. Argiro, traidor al imperio, recibió en premio de su alevosía el principado de Bari. Los normandos se indisponen con él. Guiscard es nombrado príncipe de Salerno y Capua, y duque de Calabria: sus compañeros reparten las ciudades conquistadas de los griegos, y forman una asociacion feudal, cuyo gefe era Guillermo Fierabras, conde de Pulla. Segun la práctica de aquel tiempo, el soberano de todos estos guerreros, tan indisciplinados como valientes, no era mas que el primero entre sus iguales. Esta anarquía feudal se estableció tambien en Alemania, y solo la habilidad de los reyes de Francia, Inglaterra y España (1) impidió á sus grandes

(1) *Nunca llegó en España el gobierno feudal á adquirir el vigor que en los demas paises, porque para pelear continuamente contra los mahometanos, era necesario un pueblo libre, y un monarca independiente. Los mismos señores daban*

completar y consolidar está organizacion monstruosa; mas sin embargo, adquirió bastante fuerza para prolongar por mucho tiempo la servidumbre de los pueblos, y la dependencia de los monarcas. Eustasio, nuevo catapan de Italia, fue completamente derrotado por los normandos. Guillermo Fierabras sobrevivió poco á este triunfo, y su hermano Drogon heredó sus posesiones y su gloria.

Cisma de la iglesia griega. (1043.) La pérdida total de occidente preparó el cisma de los griegos. Miguel Cerulario, que lo proclamó, acababa de suceder al patriarca Alexis. Desde algunos siglos antes se creia entre los cortesanos que la capital del imperio debia serlo de la religion; pero esta disputa no produjo grandes disensiones mientras Roma y Bizancio estuvieron sometidas á un mismo príncipe. Conforme se fue debilitando la autoridad de los sucesores de Constantino en Italia, los patriarcas de Constantinopla aumentaron sus pretensiones, y quisieron transferir á su silla la primacía de que gozaba el sumo pontífice. Este deseo fue mayor cuando Roma reconoció á Carlo-magno por emperador de occidente. Desde entonces los patriarcas reclamaron en vano el título de *gefes ecuménicos de la iglesia de oriente*. Miguel Cerulario, mas atrevido, prefiriendo por

---

privilegios á sus vasallos para que defendiesen sus estados contra los moros. (N. del T.)

su interés el principio político de la situacion de la capital del imperio, al religioso de la sucesion del príncipe de los apóstoles, determinó separarse de Roma. Para esto acusó al papa y á la iglesia latina de innovacion y heregía, porque prohibian comer de carne el sabado, se oponian al matrimonio de los sacerdotes, y sostenian la procesion del Espíritu Santo del Padre y del Hijo. En vano se le respondió victoriosamente, porque él deseaba pelear y no argüir. Asi que, escomulgó al papa y á la iglesia de occidente, y fue escomulgado por ella. El cisma se consumió en 1054.

Cuanto mas indignos del trono eran Zoe y Monómaco, tanto mas favorecidos fueron de la fortuna. Habian descontentado con insultos y confiscaciones injustas á los mercaderes rusos. El czar Jaroslaw, vencedor de los lituanios y patzinaces, dió órden á su hijo Uladimiro que marchase á Constantinopla con 100.000 hombres. Monómaco se pone al frente de su ejército; pero cuando llegó á la vista del enemigo, no atreviéndose á arriesgar la batalla, entró cobardemente en negociaciones, y encargó á Basilio, uno de sus oficiales, que reconociese la escuadra rusa. Este, traspasando sus instrucciones con dichosa temeridad, empeña el combate, se arroja enmedio de los buques enemigos, incendia los unos, desordena los otros, y esparce en todas partes el terror y el espanto. Entonces el emperador, aprovechándose de este

primer triunfo, se adelanta, acomete al ejército ruso, le desbarata y hace gran carnicería en los fugitivos. Uladimiro huyó á su pais con las reliquias del estrago. El triunfo de Monómaco no impidió que el pueblo murmurase; porque los impuestos le vejaban demasiado para deslumbrarse con el brillo de la victoria; y asi en presencia del emperador llenó de insultos á Esclerena, á la cual atribuia todos sus males. La guerra continuaba con los sarracenos. Nicolas, general de Monómaco, fue sorprendido y derrotado por ellos; pero Catacalon y Constantino, gefes mas hábiles, repararon este revés.

Al mismo tiempo el emperador envió á un monasterio por una simple sospecha á Tornicio, pariente suyo y gobernador de Iberia. Los macedonios, que amaban á este gobernador por su rectitud y benignidad, le esperan en el camino, le libertan, se sublevan, y unidos á las tropas de Andrinópoli, le proclaman emperador. Tornicio se acerca con ellas á los muros de la capital, y despues de un sangriento asalto penetra por sus puertas. Era dueño del trono, si no se hubiese detenido; pero temiendo que sus tropas se entregasen por la noche al saqueo y á la disolucion, dejó para el dia siguiente su entrada triunfante en la ciudad. Este yerro lo arruinó. Disipóse el terror de los sitiados: recobraron valor, corrieron á las murallas y las guarnecieron con máquinas que al rayar el dia hicieron mucho estrago en los sitiadores.

Tornicio, al retirarse, fue acometido por las legiones asiáticas: abandonado de los suyos, cayó en poder del emperador, y se le sacaron los ojos.

Togrul, primer sultan de los selgiucides. (1048.) Los turcos selgiucides, descendientes de los hunnos, adquirian entonces mucha gloria, bajo las órdenes de Togrul su príncipe, cuyo predecesor Arslan habia pasado ya el Tigris y asolado la Mesopotamia. Togrul, despues de sangrientas disensiones civiles, habiendo adquirido un poder absoluto sobre su pueblo belicoso, tomó el título de sultan. El califa de Bagdad, atacado siempre por emires rebeldes, solicitó imprudentemente contra ellos el socorro de Togrul, el cual pasó de auxiliar á dueño; y desde entonces los sultanes gobernaron como soberanos las provincias árabes, despojaron á los califas del poder temporal, y solo les dejaron la supremacía religiosa. Estévan, general del emperador, habia retardado el engrandecimiento de los turcos, rehusándoles el paso por el territorio del imperio. Mas no tardaron en vengarse: su ejército, inundando las provincias imperiales, venció á los griegos, y Estévan fue hecho prisionero y vendido por esclavo. Catacalon, gobernador de Iberia, con el auxilio de Acron, príncipe búlgaro, reunió tropas contra ellos, hizo movimientos hábiles y mató un gran número de turcos. El sultan furioso volvió con mayores fuerzas á atacar la ciudad de Arce, hoy Er-

zerun. Liparito, rey de una parte de la Iberia, que habia quedado dependiente, reunió sus banderas á las de Catacalon. Los dos ejércitos se dieron batalla cerca de Capetra. Los griegos desbarataron al principio las dos alas de los turcos; pero Liparito, demasiado ardiente en perseguirlos, cayó prisionero, sus tropas huyeron, y los dos ejércitos, heridos de un mismo terror, se retiraron. Monómaco ofreció á Togrul pagar el rescate de Liparito. El sultan respondió: «Yo soy rey de reyes y no mercader. El emperador quiere rescatar este cautivo: yo lo doy y no lo vendo. Acuérdese de esto y consulte en su prudencia si quiere ser mi amigo ó mi enemigo.» Togrul al dar la libertad á Liparito, envió un gerife á Constantinopla para tratar de paz; pero exigia un tributo, y el emperador lo rehusó.

Al mismo tiempo un ejército de patzinaces, que la exageracion griega dijo que era de 800.000 hombres, pasó el Danubio. Cegénes, comandante de las tropas búlgaras y macedonias, usando de una prudente contemporizacion, dejó pasar y debilitarse aquel raudal. Cuando vió á los bárbaros enflaquecidos por el hambre y muy disminuidos por el contagio, marchó contra ellos. Consternados al verle y vencidos sin resistencia, rindieron las armas. Cegénes queria que se les diese ó libertad ó muerte; pero prevaleció el dictámen de desarmarlos, distribuirlos en los territorios de Sárdica y Neisa, y obligar-

los á trabajar como esclavos. Al año siguiente sucedió lo que habia previsto Cegénes: se rebelaron, talaron la Tracia y derrotaron á los griegos, no mandados ya por aquel general, porque una calumnia habia triunfado de su mérito. Nicéforo, su sucesor, despreciando los consejos de su lugarteniente Catacalon, peleó temerariamente contra fuerzas superiores, huyó con ignominia, y dejó en el peligro á Catacalon, que cayó atravesado de heridas. Un patzinace, admirando el denuedo de este valeroso enemigo, le llevó á su casa, le curó y le dió libertad. Los bárbaros consiguieron otra victoria cerca de Andrinópoli, mataron á Cegénes, á pesar del salvo conducto con que le hallaron, y se retiraron despues á Macedonia, donde los generales del emperador consiguieron al fin sujetarlos y reprimir sus incursiones. Monómaco esperando, aunque en vano, reparar sus yerros y sus reveses en Italia, envió á Argiro á aquel pais; y este general mancillando con una perfidia su gloria pasada, hizo asesinar á Drogon. Humfredo, su hermano, le vengó derrotando completamente á Argiro, y el partido griego no volvió á levantarse en Italia. Henrique, emperador de occidente, protegió á los normandos y los reconoció por vasallos y feudatarios suyos. Los papas, aspirando siempre á la independencia de Italia, y siempre engañados en su esperanza, habian sido oprimidos sucesivamente por los godos, lombardos, sarracenos y griegos: li-

bres de estos pueblos, fueron los normandos el objeto de su terror. El sumo pontífice peleó cerca de Civitella con Humfredo y Roberto Guiscard, y fue vencido y prisionero. Los guerreros normandos le pidieron de rodillas la absolucion de sus pecados, y al mismo tiempo le retuvieron en prision como general enemigo. Al año siguiente terminaron estos debates con un tratado no menos estraordinario: el papa recobró su libertad, reconoció á los príncipes normandos como vasallos de la santa Sede, y les concedió en feudo, no solo lo que poseian en la Pulla, sino lo que pudiesen adquirir en Calabria y Sicilia contra los griegos y sarracenos. Los últimos años del reinado de Monómaco solo fueron notables por la declaracion del cisma entre las dos iglesias y por una tregua de treinta años concluida con los patzinaces. La guerra contra los turcos continuaba con vario suceso.

Zoe y Esclerena murieron llevando consigo el odio y el desprecio de los pueblos. El emperador, para quien el escándalo era un hábito y una necesidad, trajo á palacio una nueva dama, hija de un príncipe alano, le dió el nombre de augusta; pero no se atrevió á coronarla. Un ataque de gota terminó el reinado y la vida de este príncipe, del cual solo tendria la historia que contar vicios, si Constantino Licúdes, su prudente ministro, sirviendo de dique á su tiranía, sosteniendo su incapacidad y reparando sus in-

justicias, no hubiera opuesto muchas veces su razon firme y animosa á los infames consejos de la muger, de las mancebas y de los validos del emperador. Cuando vió á Monómaco cercano á su fin, le aconsejó que designase su sucesor; y aun ya se habia dado órden para buscar á Nicéforo, gobernador de Bulgaria, cuando Teodora, informada de este designio, siente de improviso renacer su ambicion, sale de su retiro, vuelve á tomar la púrpura, se rodea de la guardia, convoca los senadores y se hace proclamar emperatriz. Esta noticia imprevista hizo caer á Monómaco en delirio y apresuró su muerte. Reinó 12 años. Su liberalidad con los sabios y literatos le grangeó sus elogios. Comprólos, no pudiendo merecerlos.

Teodora, segunda vez emperatriz. (1054.) En la historia del imperio griego los pueblos y naciones no llaman la atencion, sino solo algunos capitanes, ministros y príncipes, generalmente malos; pero tal vez descansa la vista en algunos reinados justos y moderados: el de Teodora fue uno de ellos. A los 70 años de edad se mantuvo dignamente en un trono que habia renunciado por modestia 26 años antes. Su carácter no se habia debilitado, y aunque tenia por ministros cuatro eunucos célebres por su perversidad, los contuvo el temor de la emperatriz, ocultaron sus vicios y no mostraron mas que sus talentos.

Su carácter firme evitó las turbulencias

con que la amenazaba la ambicion de Nicéforo, designado emperador por Monómaco. Otro Nicéforo, por sobrenombre Brienne, se atrevió á acercarse á la capital con el ejército de Macedonia sin haber recibido orden para ello. La emperatriz hizo volver estas tropas á sus reales, y confiscó los bienes del general. Su rectitud hizo dominar en el imperio la concordia y seguridad. Preparada siempre á defenderse contra sus vecinos, y no atacándolos jamas, inspiró justo respeto á los estrangeros. Enrique, emperador de occidente, solicitó su amistad: solo los normandos continuaron haciéndole ventajosamente la guerra, y se apoderaron de Otranto. No se puede reprender en el reinado de Teodora sino su corta duracion: esta princesa murió en 1056. En sus últimos momentos le persuadieron sus ministros que eligiese por sucesor á Miguel Estratiótico, estimado universalmente como hombre honrado y valiente general, pero que por su carácter débil les daba esperanzas de que se dejaría gobernar por ellos. La emperatriz le hizo coronar en su presencia, y este fue el último acto de su autoridad. Teodora reinó un año y 9 meses.

Miguel VI Estratiótico, emperador. (1056.) Miguel, criado en los campamentos, debia su nombre á la aficion que mostró siempre á las cosas de la milicia: sabia mandar á los soldados; mas era poco á propósito para gobernar un imperio. Sus ministros fueron

sus señores, y mientras dirigian los negocios y disponian de todos los empleos, el emperador, entretenido esclusivamente en delinear planes y redactar reglamentos minuciosos, disponia los ánimos á burlarse de él mas bien que á respetarle. Teodosio, pariente de Monómaco, despreció el nuevo soberano, reclamó el trono y marchó al palacio, seguido de muchos partidarios, la guardia imperial le rechazó, el pueblo le abandonó, y este fue su único castigo. Miguel distribuyendo sin eleccion los empleos y los grados, descontentó á los generales, ofendidos ya por la altanería de sus ministros. Hervey y otros aventureros franceses, que habian entrado al servicio del imperio, se pasaron á las banderas de los turcos; pero estos desconfiando de los desertores, los degollaron y pusieron á su gefe en prision.

La mano flaca de Miguel sostenia flojamente las riendas del gobierno. El espíritu de rebelion se manifestó en el ejército. Muchos generales, indignados de obedecer á cuatro eunucos, se reunieron, sublevaron las tropas y ofrecieron el cetro á Catacalon. «Yo lo rehuso, dijo este guerrero modesto y valeroso: si la nobleza sin mérito es indigna del trono, no por eso deja de ser necesario que la virtud para ceñirse la corona esté realzada por un nacimiento ilustre. Rara vez los pueblos veneran al príncipe que no presenta á su memoria una larga serie de abuelos. Isaac Comneno es tan noble como hábil y

valiente: yo le doy mi voto.» Este dictamen ganó todos los sufragios. Brienne, empeñado en la conjuracion, fue al ejército de Macedonia, y para atraerle á su partido le dió un sueldo mayor que el fijado por las ordenanzas: por este indicio descubrieron los ministros su designio. Prendiéronle y sacáronle los ojos. Tanta severidad, en vez de sofocar la conspiracion, aceleró el rompimiento. El ejército de oriente proclamó emperador á Comneno; pero Catacalon y sus tropas no parecian: los conjurados, inquietos por su ausencia, no tardaron en saber el motivo de ella. Catacalon no se fiaba de dos cuerpos de rusos y franceses auxiliares que tenia á sus órdenes: disimulándoles su proyecto, llamó á sus comandantes, los hizo rodear de soldados, y les dijo que eligiesen entre la muerte y la rebelion. Intimidados á la vista de las cuchillas levantadas sobre sus cabezas, prestan el juramento: Catacalon se declara, se reune á Comneno y se apoderan de Nicéa. Sabedor Miguel de este suceso, marchó al frente de sus tropas para pelear con los rebeldes, y los encontró cerca de Ades. Teodoro mandaba bajo sus órdenes: al principio procuraron corromperse y engañarse unos á otros. Despues de inútiles tentativas se vino á las manos. Harun, general del emperador, atacó el ala derecha de los rebeldes y la desbarató: Comneno rodeado empezaba ya á retirarse, cuando supo que Catacalon, derribando todo lo que se le oponia, habia en-

trado en el campamento imperial. Comneno, animado por este suceso, reune sus tropas, restablece el combate y derrota completamente al enemigo. El fruto de esta victoria fue la toma de Nicomedia. Miguel ofreció á su rival adoptarle por hijo y darle el título de césar.

Isaac, propenso á este convenio que terminaba la guerra, queria aceptarlo, á condicion que se le asegurase una parte del poder soberano, que no se nombrasen otros césares, que no se privase de sus empleos á ninguno de sus partidarios, y que se desterrase de la corte al primero y mas insolente de los ministros de Miguel. El emperador suscribió á todo; pero Catacalon no estaba contento. «La flaqueza, dijo, es casi siempre anuncio de la traicion. Es forzoso que ese fantasma de emperador, que solo inspira menosprecio, se despoje de la diadema, pues no merece llevarla.» La prudencia de Catacalon fue justificada por avisos secretos y seguros. Súpose que Miguel, prodigando sus tesoros, habia convocado por la noche los senadores en su palacio, y les habia hecho jurar que jamas reconocerian á Comneno. Se rompieron, pues, las negociaciones: el ejército rebelde se aproxima á la capital: el atrevido patriarca Cerulario arenga al pueblo, lo subleva, absuelve á los senadores de su juramento, y envia dos obispos á Miguel, mandándole que deje la púrpura y salga de palacio. Este príncipe les preguntó, qué le dejaba el patriarca en

cambio del cetro; y ellos respondieron: «El reino del cielo.» Miguel, poco respetado en su fortuna, se vió abandonado en la desgracia por su guardia y cortesanos. Dejó la corona, se retiró á la casa que habitaba cuando era simple particular, y vivió oscurecido dos años. Tuvo tan poco esplendor en su retiro como reinando. Ocupó el trono 13 meses: al dia siguiente de su renuncia se apoderó Catacalon del palacio, y Comneno fue á santa Sofía á recibir la corona imperial.

Isaac Comneno, emperador. (1057.) La casa de Comneno daba á su ilustracion un origen antiguo: se creia descendiente de uno de los patricios que habian seguido á Constantino el grande cuando transfirió á Bizancio la silla del imperio. El nuevo emperador repartió entre sus hermanos las grandes dignidades, y dió el título de augusta á Catalina su esposa, hija de Samuel, rey de los búlgaros. Tomó por base de la fuerza pública y de la seguridad del estado y la suya una economía severa, y asi llenó de descontentos el palacio. No los produjo menos en las provincias, revocando las donaciones infundadas de sus predecesores. Al principio mostró un justo agradecimiento á los servicios del patriarca; pero el orgulloso prelado abusó hasta el estremo de usar calzado de púrpura; y como el emperador le reprendiese por ello, le dijo: «Yo te dí la corona, y sabré quitartela.» El emperador le depuso y envió á un destierro: el altanero sacerdote se resistió;

mas su muerte concluyó la disputa. Isaac nombró en su lugar á Constantino Licudes, el único de los ministros de Monómaco que supo merecer y conservar la estimacion pública en un reinado tan odioso.

Las turbaciones escitadas por la competencia de Miguel y Comneno no permitieron á los griegos enviar tropas á Italia. Los normandos se aprovecharon de la ocasion, y mandados por Roberto Guiscard estendieron sus conquistas y aumentaron su gloria. Al mismo tiempo el califa de Egipto, que dominaba en Siria desde que Bagdad habia caido en poder de los turcos, prohibió á los peregrinos la entrada en la iglesia del santo sepulcro de Jerusalen. Trescientos cristianos que escaparon de sus furores, llevaron á occidente sus quejas y resentimientos, y propagaron en toda la cristiandad el odio á los musulmanes. Isaac Comneno marchó contra los húngaros que habian acometido el imperio. Las avenidas de los rios le detuvieron, y le obligaron á volver á su capital, donde enfermó de pleuresía. Cuando se creyó cerca de espirar, ofreció el cetro á su hermano Juan, estimado por su actividad valerosa, por su sabia firmeza, y querido por su afabilidad y beneficencia; pero rehusó la suprema autoridad. Su siglo no le merecia. Comneno, mas cuidadoso del bien público que de la elevacion de su familia, prefirió sobre sus propios parientes á Constantino Ducas, á quien apreciaba, y le eligió por

su sucesor. Isaac en el corto reinado de dos años y tres meses se distinguió por su valor y habilidad: las otras virtudes se hallaban en él oscurecidas por cierta dosis de altanería y avaricia. Despues que hubo asistido á la coronacion de Ducas, hizo que le llevasen al monasterio de Estudio; tomó el hábito de monge, recobró la salud, y vivió todavía dos años sin echar menos el cetro. Constantino Ducas le visitaba con frecuencia. Su muger Catalina, que tambien se hizo religiosa, vino á verle un dia, é Isaac le dijo: «Te hice esclava dándote la corona, y quitándotela te restitui la libertad.»

Constantino X Ducas, emperador. (1059.) En un discurso que el emperador hizo al pueblo, demostró y esplicó largamente las máximas y reglas de conducta que debe seguir un buen príncipe. Asi aumentó las esperanzas que su carácter inspiraba; pero este engaño duró poco, y no pareció sino que al subir al trono habia perdido todas las virtudes que le habian grangeado, mientras fue particular, la estimacion pública. No porque dejase de tener el mismo celo por la justicia; pero nada veia desde un punto elevado: las minucias absorvian su atencion. Ocupábase solamente en juzgar causas: descuidaba los negocios públicos: dejaba consumirse el ejército: disminuia el número de las tropas para aumentar el tesoro, y para ser popular distribuia los destinos sin discernimiento.

Los griegos perdian sucesivamente todos sus dominios en Italia. Argiro, no recibiendo ya ni dinero ni soldados, vino á la capital á pedir socorro, y se castigaron en él los yerros del gobierno. Este general, que habia sido unas veces terror, otras esperanza de los sarracenos y normandos, y llenado el occidente con la gloria de su nombre, pasó en Constantinopla los diez últimos años de su vida oscurecido y miserable. Roberto Guiscard, vencedor de los griegos, eclipsaba con sus hazañas á los demas príncipes de Italia. El célebre cardenal Hildebrando, que meditaba desde entonces el designio de colocar la santa sede sobre todos los solios del mundo, demostró al papa Nicolas II, que pues no era posible echar á los normandos de Italia, la corte de Roma debia elegirlos por defensores. Nicolas siguió este consejo, y animó á Guiscard para que acabase de conquistar la Pulla, Calabria y Sicilia, que se erigieron en ducados feudatarios de Roma. En el reinado de Ducas, los turcos talaron el Asia, y vencieron fácilmente á generales sin capacidad. En Jerusalen continuaban los ultrages á los cristianos. El emperador, no pudiendo protegerlos con la fuerza, compró á los sarracenos un cuartel de aquella ciudad, para que los fieles estuviesen en él libres de todo insulto.

El imperio estaba acometido por todas partes: los húngaros vencieron un ejército griego y tomaron á Belgrado: los uros, tri-

bu compuesta de hunnos, turcos y tártaros, destrozaron las tropas imperiales, hicieron prisioneros á los generales Basilio y Nicéforo, atravesaron la Macedonia, llegaron cerca de Tesalónica, y causaron gran terror en Constantinopla. Enmedio de esta ciudad populosa todos temian, y nadie se armaba. En tan gran peligro el emperador tomó una resolucion mas estravagante que heróica. Sale con solos 150 caballeros para pelear con los bárbaros: llega cerca de su campamento, y no los encuentra, porque habiéndose dividido para saquear, los búlgaros y patzinaces cayeron sobre ellos, y los esterminaron enteramente. Nicéforo y Basilio, libres de cautiverio, noticiaron al emperador la destruccion de sus enemigos. Los griegos atribuyeron el triunfo á las oraciones de Ducas. Este príncipe cayó enfermo, y viendo su muerte cercana, designó por sucesor suyo al menor de sus hijos, prefiriéndole á los demas, porque habia nacido despues de su advenimiento á la corona, á cuya causa se llamó Porfirogeneto. Sin embargo, Miguel y Andrónico, hermanos del nuevo emperador, fueron asociados al trono, y Ducas confió la tutela de sus tres hijos á Eudoxia, su esposa. El mismo testamento asoció en la regencia al patriarca Xifilino, y prohibió espresamente á Eudoxia contraer segundas nupcias. Ella juró conformarse con esta disposicion, y todos los senadores firmaron el acta. El emperador murió despues de siete

meses de enfermedad: habia reinado sin gloria siete años. En la época de su muerte se apoderaron los normandos de Bari, despues de muchos y sangrientos combates. De allí á poco, dueños de Capua, Salerno, Nápoles, Calabria y Sicilia, formaron un estado poderoso, al cual dieron el nombre de reino de Nápoles que conserva en el dia.

Romano Diógenes, emperador. (1067.) Eudoxia tomó las riendas del gobierno. Los turcos, observando que el imperio no tenia mas gefes que una muger y tres niños, renovaron sus incursiones, vencieron el ejército imperial, y tomaron á Cesarea. Esta derrota no desacreditó al general griego Nicéforo Botoniates, porque se atribuyó á la debilidad y avaricia de la corte. El pueblo descontento pedia á gritos un emperador: Eudoxia, queriendo obedecer á un esposo mas bien que á un hijo, resolvió casarse. La voz pública le señalaba á Nicéforo: el amor hizo que eligiese á Romano Diógenes, hijo de un general, proscrito por Ducas. Diógenes, á pesar de la proscricion de su padre, pidió empleo al emperador, el cual le respondió lacónicamente: «Merécelo por tus acciones.» Diógenes marchó á Sardicá, acometió y derrotó á los patzinaces, y envió á Constantinopla un gran número de cabezas, pruebas sangrientas de su victoria. Ducas le dió el diploma del puesto que deseaba, añadiendo: «Debes tu elevacion, no á mi, sino á tu espada.» El jóven y temerario guerrero,

alentado con esta respuesta, y que se creia por su contesto dispensado de la gratitud, se persuadió cuando murió Ducas, que el mismo acero que le habia dado la victoria podria elevarle al imperio: conspiró, fue vencido y preso, juzgado, convencido y condenado. Eudoxia quiso verle antes de confirmar la sentencia. El crimen de Diógenes era evidente; pero su juventud, nacimiento y valor escitaron la piedad: la hermosura de su rostro produjo aun mas efecto que su mérito, y enamoró á Eudoxia. Templada su ira por el cariño, mandó hacer nueva informacion, y los jueces, adivinando el motivo de aquella escesiva indulgencia, declararon inocente al culpable. Diógenes, recobrada la libertad, salió para Capadocia, que era su patria; mas apenas habia atravesado el Bósforo, recibe órden de volver á la corte, donde admitido no como criminal sino como privado, obtuvo de la emperatriz el empleo de maestre de palacio.

Eudoxia, enagenada de su pasion, estaba decidida á ofrecerle su mano y el cetro; pero el patriarca tenia en su poder el acta que la condenaba á viudedad, y que todos los senadores habian firmado, como tambien ella. Era necesario ó destruir este documento, ó renunciar á su designio. El amor, que triunfa de casi todos los ostáculos con fuerza ó con astucia, inspiró á la princesa enviar un confidente al patriarca, el cual le habló así: «Ves el imperio próximo á su ruina: los turcos lo

meses de enfermedad: habia reinado sin gloria siete años. En la época de su muerte se apoderaron los normandos de Bari, despues de muchos y sangrientos combates. De allí á poco, dueños de Capua, Salerno, Nápoles, Calabria y Sicilia, formaron un estado poderoso, al cual dieron el nombre de reino de Nápoles que conserva en el dia.

Romano Diógenes, emperador. (1067.) Eudoxia tomó las riendas del gobierno. Los turcos, observando que el imperio no tenia mas gefes que una muger y tres niños, renovaron sus incursiones, vencieron el ejército imperial, y tomaron á Cesarea. Esta derrota no desacreditó al general griego Nicéforo Botoniates, porque se atribuyó á la debilidad y avaricia de la corte. El pueblo descontento pedia á gritos un emperador: Eudoxia, queriendo obedecer á un esposo mas bien que á un hijo, resolvió casarse. La voz pública le señalaba á Nicéforo: el amor hizo que eligiese á Romano Diógenes, hijo de un general, proscrito por Ducas. Diógenes, á pesar de la proscricion de su padre, pidió empleo al emperador, el cual le respondió lacónicamente: «Merécelo por tus acciones.» Diógenes marchó á Sardicá, acometió y derrotó á los patzinaces, y envió á Constantinopla un gran número de cabezas, pruebas sangrientas de su victoria. Ducas le dió el diploma del puesto que deseaba, añadiendo: «Debes tu elevacion, no á mi, sino á tu espada.» El jóven y temerario guerrero,

alentado con esta respuesta, y que se creia por su contesto dispensado de la gratitud, se persuadió cuando murió Ducas, que el mismo acero que le habia dado la victoria podria elevarle al imperio: conspiró, fue vencido y preso, juzgado, convencido y condenado. Eudoxia quiso verle antes de confirmar la sentencia. El crimen de Diógenes era evidente; pero su juventud, nacimiento y valor escitaron la piedad: la hermosura de su rostro produjo aun mas efecto que su mérito, y enamoró á Eudoxia. Templada su ira por el cariño, mandó hacer nueva informacion, y los jueces, adivinando el motivo de aquella escesiva indulgencia, declararon inocente al culpable. Diógenes, recobrada la libertad, salió para Capadocia, que era su patria; mas apenas habia atravesado el Bósforo, recibe órden de volver á la corte, donde admitido no como criminal sino como privado, obtuvo de la emperatriz el empleo de maestre de palacio.

Eudoxia, enagenada de su pasion, estaba decidida á ofrecerle su mano y el cetro; pero el patriarca tenia en su poder el acta que la condenaba á viudedad, y que todos los senadores habian firmado, como tambien ella. Era necesario ó destruir este documento, ó renunciar á su designio. El amor, que triunfa de casi todos los ostáculos con fuerza ó con astucia, inspiró á la princesa enviar un confidente al patriarca, el cual le habló así: «Ves el imperio próximo á su ruina: los turcos lo

invaden: los ejércitos estan sin gefe: el pueblo murmura: Eudoxia, tu soberana, reconoce la necesidad de coronar un hombre que salve al estado. Parece que ha puesto su atencion en tu hermano Bardas para darle parte en su lecho y su solio. ¿Mas cómo podrá celebrar este casamiento contra el acta solemne que lo prohibe, y del cual eres tú solo el depositario? Me encarga te consulte sobre el partido que ha de tomar, porque nada quiere hacer sin tu consejo.» El patriarca tenia mucha ambicion y poca virtud, y asi cayó fácilmente en el lazo. Se encargó de allanarlo todo, prodigó sus riquezas para ganar sucesivamente á los senadores, obtuvo su consentimiento individual, puso el acta fatal en las manos de la emperatriz que la entregó á las llamas, é hizo él mismo los preparativos de la augusta ceremonia que iba á dar tanto lustre á su familia. Mientras se entregaba á las ilusiones de una esperanza quimérica, la emperatriz llamó á palacio por la noche á Romano Diógenes, hizo que su limosnero bendijese sus bodas, y al dia siguiente por la mañana, con grande sorpresa de la corte, del senado y sobre todo del patriarca, declaró públicamente la eleccion que habia hecho de emperador y de esposo.

Sublevacion de los varangas. (1068.) Los hijos de Ducas, consternados de un suceso que los privaba de la corona, prorumpen en murmuraciones. Un cuerpo de la guardia, que se llamaba los varangas, se su-

bleva y toma las armas. La astuta Eudoxia corre á sus hijos, los estrecha en sus brazos, y mezclando las caricias á los consejos y los llantos á las súplicas, les asegura que su intencion solo ha sido dar un protector á su juventud: que Diógenes con el nombre de emperador no será mas que regente: que ha jurado volverles la corona apenas tengan edad para llevarla, y que una madre sabrá obligarle á cumplir su juramento. Los príncipes, jóvenes, sensibles y confiados, creen á la autora de sus dias, prometen obedecerle, y desarman ellos mismos á los varangas: la corte adula al sol naciente, el senado cede y enmudece, y todo el imperio obedece á Diógenes con aquella indiferencia que manifiestan los esclavos en la mudanza de su dueño. Los príncipes y grandes, no tan dóciles como el pueblo, conservaban y disimulaban su descontento: ademas de Constantino, Miguel y Andrónico, hijos de Ducas, el nuevo emperador temia á Juan Ducas, tio de ellos, que habia sido condecorado con el título de césar. La familia de los Comnenos, poderosa en el imperio y el ejército, se manifestaba dispuesta á hacer una oposicion peligrosa. Acababa de morir el gefe de esta casa, que no habia querido reemplazar á su hermano Isaac en el trono; pero dejaba su nombre é influencia á sus cinco hijos Manuel, Isaac, Alexis, Adrian y Nicéforo, herederos de su valor y de sus riquezas. No obstante, Diógenes fue tan feliz, que estos cinco príncipes, en

vez de formar pretensiones contra él, fueron los defensores voluntarios de su autoridad.

Es verdad que el nuevo emperador se mostró digno del puesto que ocupaba. El imperio era un edificio ruinoso: él lo levantó. Agradecido á las bondades de Eudoxia, pero sin ser débil para con ella, no le permitió mandar sino en palacio. Justo, firme y activo, se dedicó sin intermision á las reformas que exigia el pésimo estado de la administracion civil y militar. Amenazado de una invasion por el sultan Alp Arslan, sucesor de Togrul, resolvió anticiparse: hizo alistamientos en las provincias, aumentó la paga de las tropas, escogió hábiles capitanes, restableció la disciplina y aumentó sus fuerzas con cuerpos pagados de franceses, uros y varangas. Su ejército reunido era al principio una masa no concorde y mal ejercitada: felizmente los turcos le dieron tiempo para organizar sus legiones é instruirlas en los movimientos. Púsose en marcha, espantó á los mahometanos con la rapidez de su ataque, mató un gran número de ellos, y en este primer choque aterró á los turcos, que estaban acostumbrados á que los griegos huyesen siempre. Poco despues consiguió otra victoria, remontó su caballería á costa del enemigo, marchó al Eufrates, dió una gran batalla junto al castillo de Hierapolis situado en las orillas del rio, la ganó completamente, se apoderó del campamento turco, lo quemó,

y volvió cubierto de gloria á la capital. Entonces le dedicó su esposa Eudoxia una obra, compuesta por ella, cuyo título era *Jonia*, y que ha llegado hasta nosotros: contiene la historia de los dioses y héroes, sus transformaciones, y varias alegorías. Se han perdido otros escritos de esta sábia princesa: su poema sobre el cabello de Ariadna, una instruccion para las mugeres, el elogio de la vida monástica, y el tratado de las obligaciones de las princesas. Resucitó por el ejemplo y aficion de Eudoxia el gusto de la literatura en oriente, aunque no por mucho tiempo. El lujo de la corte, el carácter belicoso de Diógenes y el deseo de pelear con los musulmanes hicieron venir á Constantinopla muchos guerreros normandos: entre ellos se distinguian Hervey, Radulfo, Goselin, Bailleul, y particularmente Roberto Crespin, de la familia de los Grimaldi, que descendia de uno de los principales compañeros de Rolon. Roberto sirvió en Asia, y hallándose mal pagado echó contribucion sobre las provincias que debia defender. Tratósele como á rebelde, y fue atacado por los griegos y los ahuyentó. Los turcos, creyendo tenerlo por aliado, se acercaron confiadamente á su ejército. Roberto guió contra ellos sus intrépidos franceses y los hizo pedazos. Diógenes, movido de esta accion heróica, le llamó á su corte y le dió un mando. Algunos delatores, envidiosos del favor que gozaba Roberto, le desacreditaron con el emperador, y consi-

guieron que le desterrase. Los franceses enfurecidos le vengaron talando la Mesopotamia, y para aplacarlos fue preciso restituirles su capitan.

Espedicion de Diógenes contra los turcos. (1070.) Todo el reinado de Diógenes se empleó en la guerra: habitaba este príncipe en los campamentos mas que en su palacio. Los turcos, derrotados muchas veces, vencieron á su vez á Filareto, que se dejó sorprender por ellos. El emperador le dió por sucesor á Manuel Comneno, que valiente y hábil contuvo á los turcos, y les impidió hacer progresos. Diógenes amaba la gloria con demasiada pasion para no envidiar á los que la adquirian, y por eso quitó fuerzas al ejército de Manuel. Los turcos, aprovechándose de la ocasion, le acometen, penetran en los reales del mismo Manuel que acababa de vencerlos, le hacen prisionero, atraviesan la Capadocia, entran en Frigia, y saquean á Colósas. El emperador irritado reune sus tropas, y quiere atacar al enemigo; pero el césar Juan Ducas le apartó de esta resolucion, mostrándole el peligro á que se espondria, acometiendo con un ejército vencido á contrarios tan numerosos. Este consejo era dictado por el odio: Ducas esperaba que el emperador, dejando á los turcos aproximarse á la capital, se haria aborrecible al pueblo. Entretanto Manuel, que estaba cautivo, advirtió que su vencedor Crisósculo, de la familia de los sultanes, lle-

vaba con impaciencia el yugo de Alp Arslan, y que estaba formando el designio de quitarle el cetro. Lisongeó su ambicion, le prometió el auxilio del emperador para subir al trono, dividió asi á sus enemigos, hizo caer á Crisósculo en el lazo, y le persuadió que fuese á Constantinopla. Aquel musulman victorioso, llevado en triunfo por su cautivo, pasó á la capital con todos los prisioneros que habia hecho, ya libres.

El emperador recibió con benignidad al príncipe ambicioso, lo deslumbró con esperanzas que no realizó, y marchó al año siguiente contra los turcos al frente de un ejército poderoso. Llegando á la llanura de Crias, cerca de Cesaréa, famosa por la salubridad de sus aguas, la fertilidad de su suelo y la abundancia de sus frutos, no pudo contener la destemplanza de las tropas, y hubo de licenciar su guardia, que despreciaba sus reglamentos. Como las enfermedades debilitaban el ejército, los generales mas espertos le aconsejaron que se atrincherase y aguardase al enemigo en una fuerte posicion. Diógenes, ardiente, altivo, impetuoso, y mas soldado que capitan, se resolvió, á pesar de la dificultad de los caminos, á buscar á los turcos en el centro de la Media. Renovando los yerros de Craso, Antonio y Heraclio, engañado por noticias falsas, llevado de la impaciencia valerosa de los franceses, vuela mas bien que marcha, creyendo cobarde fuga la retirada sagaz del enemigo.

Bailleul le advierte en vano el peligro á que se espone : continúa marchando hácia Bagdad. Su caballería, comprometida en un choque, es rechazada; pero Basilacio que la mandaba, le asegura que los cuerpos enemigos que veia, no eran mas que destacamentos sacados de algunas guarniciones. La vanguardia, á las órdenes de Nicéforo Brienne, se une á Basilacio, esperimenta gran resistencia; sin embargo penetra en la caballería turca, y la persigue hasta una llanura estensísima. Con suma sorpresa y espanto de los griegos se arroja sobre sus batallones el ejército del sultan, que estaba allí acampado, y hace en ellos gran carnicería. Basilacio queda prisionero : este guerrero audaz, en vez de temblar ante el sultan, mezcla á sus elogios del valor de los turcos, un cuadro aterrador de las fuerzas del emperador. «Dos soberanos, dijo, como tú y él, dignos de repartir el imperio del universo, deberian unirse en estrecha alianza, y no esponer su brillante destino á la suerte dudosa de una batalla.» El sultan, persuadido de este discurso, envia diputados al emperador para proponerle la paz. Mientras estaban en camino, algunos fugitivos anuncian á Diógenes la derrota de su vanguardia: irritado del desastre, sale de su campo; pero la numerosa caballería turca, que perseguia á los griegos, le obliga á entrar en sus atrincheramientos. Llegan entretanto los enviados del sultan: Diógenes declara que no pue-

de dar oidos á ninguna proposicion, si no se retiraba la vanguardia enemiga. Los diputados parten; y mientras el sultan deliberaba aun sobre la respuesta que se le habia dado, Diógenes, deslumbrado por sus cortesanos, se resuelve á romper la negociacion. Suena la trompeta. El sultan, viendo que se le presenta la batalla, ordena su ejército. «Camaradas, dijo, es triste para la humanidad ver tanta sangre derramada por el orgullo de los príncipes: ofrecí la paz; pero quieren la guerra: peleemos pues. Quédense solo los valientes, y retírense los temerosos. Seguid mi ejemplo: atacad al enemigo cuerpo á cuerpo: desdeñemos las armas arrojadizas. Yo tiro mi arco y mis flechas, y solo conservo el sable y la maza.» A estas palabras se despoja de sus vestiduras, se cubre del vestido blanco que se les pone á los musulmanes el dia de su sepultura, y grita: «Si este campo de batalla no es el teatro de vuestro triunfo, será mi sepulcro.» El ejército griego se adelanta en batallon cerrado: los turcos, divididos en muchas columnas, fingen huir para atraer al emperador á una emboscada: Diógenes vió el peligro á tiempo, y temiendo que le cortasen, hizo un movimiento retrogrado. Andrónico, hijo del césar Juan Ducas, mandaba la reserva y queria robar la victoria al emperador para perderle. Apenas vió la retrogradacion prudente del príncipe, empieza á gritar: «El emperador huye.» Al momento se esparce en

todas las tropas un desórden terrible: los turcos se aprovechan de la confusion, acometen impetuosamente á los griegos, y la derrota es pronta y completa. Diógenes, acompañado de algunos valerosos, queda envuelto: en vano se defiende con heróico valor contra una muchedumbre que se aumenta sin cesar: despues de haber hecho morir bajo su cimitarra un gran número de enemigos, sucumbe, herido el caballo y rotas las armas, traspasado de muchas heridas. Un turco, llamado Cady, que le habia visto en Constantinopla, le reconoce, le salva la vida, se postra ante él, y le lleva prisionero al campamento del sultan. Al dia siguiente Diógenes, cubierto de sangre, es presentado á Alp Arslan, el cual por una mezcla estravagante de generosidad y barbárie derriba al monarca cautivo y vencido, siguiendo la costumbre de su nacion, le pisa, y despues de esta ceremonia feroz y oriental, le da la mano, le levanta, y le abraza, diciéndole: «No temas. Soy hombre como tú, espuesto á los mismos reveses. Te trataré como emperador, no como esclavo. ¡Desgraciado del que se embriaga con los favores de la fortuna, y no preve su inconstancia!» Dióle una tienda magnífica, le hizo comer á su mesa, le visitó frecuentemente, y le hablaba de las operaciones de la campaña con la misma familiaridad que si hubieran sido aliados. «¿Qué suerte me destinabas, le preguntó el sultan, si me hubieras hecho

prisionero?» «Te hubiera mandado azotar cruelmente, respondió Diógenes, exasperado por el infortunio.» «Pues yo, replicó el turco, te trataré segun los principios de tu religion, que manda amar al prógimo y olvidar las injurias.»

Paz con los turcos. (1071.) Fiel á su promesa, hizo paz con los griegos, arregló con generosidad los límites de ambos imperios, dió libertad á los prisioneros, exigió 1500 monedas de oro por el rescate, y 360.000 por el tributo, le dió 10.000 para el viage, le juró amistad y convino en el matrimonio de su hijo con una hija del emperador: este derramó lágrimas de admiracion al separarse del héroe musulman, vencido mas por su grandeza de ánimo que por sus armas. Cuando llegó al Ponto, escribió á la emperatriz la narracion de su derrota, cautiverio y libertad; pero por desgracia un soldado griego que habia huido durante la batalla, llegó á la capital antes que el pliego de Diógenes, y esparció en ella la noticia de su muerte, que otros fugitivos confirmaron despues. Eudoxia consternada convoca los grandes y el senado para deliberar sobre lo que habia de hacerse. Juan Ducas dijo que era menester emplearse en el bien del imperio, y no en vanos pesares por un emperador que ya no existia. Propuso que se proclamase en el momento á Miguel, el mayor de los hijos de Ducas. Todavía se deliberaba, cuando llegó el pliego del emperador: en vano la triste Eu-

doxia defiende los derechos de su marido: el césar Juan y sus hijos Andrónico y Constantino sublevan las tropas: sus gritos y el estruendo de sus armas espantan á la emperatriz: cree que quieren matarla, se deja conducir á un monasterio, y toma el velo por fuerza. Sobrevivió 25 años á este suceso. El césar Juan coloca á Miguel en el trono, hace que le reconozcan en todas las provincias, que el senado decrete la destitucion de Diógenes de la suprema autoridad que habia usurpado. Este infeliz monarca que halló tanta ingratitud en su corte como generosidad en sus enemigos, se sorprendió, mas no se amedrentó por su nuevo infortunio. Levantó con prontitud un ejército y se apoderó de Amasia.

Constantino, hijo del césar Juan, le dió una batalla larga y sangrienta; pero la fortuna habia ya abandonado á Diógenes: derrotado y perseguido, se refugió á una fortaleza, donde logró salvarle la fidelidad de Cataturo, uno de sus oficiales. De allí escapó á Cilicia, donde tuvo medios de juntar otro ejército numeroso. El mismo emperador Miguel, intimidado por la intrepidez de su rival, le propuso repartir el imperio. Diógenes, cuya altivez era mas intratable en los reveses que en la prosperidad, se negó á esta proposicion, y no quiso conceder mas que una amnistía. Los Comnenos no tomaron partido en estas discordias civiles: Miguel los castigó enviándolos al destierro, igualmente

que á su madre. Andrónico Ducas marchó á Cilicia para pelear con el ejército de Diógenes, que estaba á las órdenes de Cataturo, atrincherado en una fuerte posicion. Como vacilaba acerca del instante y de los medios de atacar, Roberto Crespin el normando se le presentó atrevidamente, y le dijo: «Encarga á los franceses y á mí el honor de esta jornada, y te juro que vencerás sin combatir.» Se admiró su osadía, y se dejó campo libre á su valor. Roberto, al frente de aquellos guerreros escogidos, cae sobre la caballería enemiga, la desbarata, derrota la infantería y vuelve á la tienda de Andrónico á anunciarle que ha vencido, y que Cataturo es su prisionero.

Diógenes, perseguido por la suerte, reunió las tristes reliquias de su ejército en Adana, y se defendió en este punto muchos dias; pero consumidos los víveres, tuvo que capitular. Prometió tomar el hábito de monge con tal que se respetase su vida y no se le maltratase. Andrónico envió estas proposiciones á Miguel, fueron aceptadas, y tres arzobispos que firmaron con él el tratado, lo llevaron á Adana y salieron fiadores de la promesa. La heróica generosidad de Diógenes no se desmintió en el colmo del infortunio. Reuniendo el poco dinero que le quedaba, lo envió al sultan y le escribió en estos términos: «Cuando era emperador te prometí 1.500 monedas de oro por mi rescate: hoy, despojado de mi corona, te envio 200.000 y

ese diamante, como prenda de mi gratitud. Esto es cuanto poseo en este mundo. Un vencedor como tú tiene mas derecho á heredarme que mis ingratos súbditos.» Despues de este acto último de libertad, salió de la fortaleza, caminó hácia la capital en hábito de monge y montado sobre un mulo. En el viage le envenenó un emisario del césar Juan; pero sanó por la habilidad de los médicos. Cuando estuvo cerca de Constantinopla, la corte envió la órden bárbara de sacarle los ojos. En vano protestó Andrónico contra la violacion del tratado: en vano los tres arzobispos amenazaron á los perjuros con la cólera del cielo: el despiadado Juan persistió y aun prohibió que se vendasen las heridas de su víctima, y la órden horrible se ejecutó, á pesar de los gritos de Diógenes, que invocó inútilmente el socorro de Dios y de los hombres. Se le sacaron los ojos y se le llevó á la isla de Prota, donde murió poco despues, sufriendo como héroe su desgracia, y perdonando como cristiano á sus enemigos. Constantino y Leon, dos hijos suyos, perecieron combatiendo contra los turcos. Nicéforo, que era el tercero, vivió largo tiempo muy estimado. El reinado, ó por mejor decir, la triste novela de Diógenes, duró tres años y 10 meses.

Miguel VII Parapinacio, emperador. La naturaleza no habia concedido vigor al caracter de Miguel, y la educacion aumentó esta debilidad. Separado por Diógenes du-

rante su juventud de los campamentos y de los negocios públicos, escitado al estudio por Eudoxia, instruido por Psaldo, maestro que tenia mas memoria que juicio, y que sin embargo se llamaba entonces el primero de los filósofos, cuando llegó al imperio se entretuvo en cuestiones de gramática y etimología, y en investigaciones minuciosas, y pareció mas propio para la escuela que para el trono. El césar Juan, fortificado con el apoyo de los Comnenos, el mayor de los cuales habia casado con una parienta suya, mantuvo cuidadosamente la aversion que tenia Miguel á la guerra y á la política, con la esperanza de reinar por él; pero un eunuco trastornó sus proyectos. Este era Niceforiso, natural de Galacia, ambicioso, pérfido, ardiente, disimulado, político profundo y hábil cortesano: fue ministro de Constantino Ducas. Eudoxia habia hecho que le desterrasen; pero Diógenes, habiendo encontrado por la industria de este eunuco el dinero necesario para su ejército, le dió el gobierno del Peloponeso. El césar Juan, mas amigo de los placeres que del trabajo, llamó á Niceforiso y le confió la administracion. El ingrato gálata, habiendo ganado el afecto de Miguel, se sirvió de él para arruinar el influjo de su bienhechor. El emperador le entregó las riendas del gobierno, y el vil eunuco llegó á ser dueño del imperio, cuyas riquezas agotó con su avaricia. La corte se llenó de delatores: todos los ricos parecieron culpables: las

confiscaciones se multiplicaron, las familias fueron arruinadas, y Niceforiso aumentó rápidamente su caudal monopolizando los granos en nombre del emperador. Este tráfico, que oprimió al pueblo, adquirió á Miguel el sobrenombre de Parapinacio. Pero los pueblos se burlaban con mas facilidad que se sustraian á la opresion; y comprimido el odio, solo pudieron manifestar el desprecio.

Alp Arslan, el generoso vencedor de Diógenes, indignado del cruel tratamiento que se dió á este desgraciado príncipe, le vengó, no robando sino conquistando. Isaac y Alexis Comneno marcharon á Capadocia contra él seguidos de una multitud de aventureros franceses, difíciles de vencer, é incapaces de disciplina. Dieron al ejército griego el ejemplo del valor y del desorden: su ardiente valentía comprometió las tropas: los turcos vencieron, Isaac fue prisionero, y Alexis enfurecido vengó á su hermano, dando muerte con su sable á un gran número de mahometanos. Su denuedo favoreció al principio la retirada; pero los griegos se desmandaron, Alexis se escapó casi solo y fue á buscar dinero para rescatar á su hermano. Hallólo en sus amigos: los dos Comnenos volvieron á la capital acompañados de los intrépidos franceses. En el camino fueron asaltados y rodeados por un ejército numeroso de turcos: lo desbarataron, y debieron su salvacion á los prodigios de valor que hicieron. El siglo de estos denodados caballeros no era

el de los capitanes hábiles: el valor individual era semejante al heroismo de los tiempos fabulosos; pero el arte de la guerra estaba decaido: los caballeros brillaban en los torneos, y los ejércitos perdian batallas. Ursel, gefe de los aventureros franceses, se rebeló y devastó el Asia. Miguel envió contra él al césar Juan, acompañado de su hijo Andrónico y de Nicéforo Botoniato: los franceses ganaron la victoria. Juan, despues de una resistencia ostinada, quedó herido y prisionero: Andrónico se arrojó enmedio de los enemigos para libertarle; pero oprimido por el número y cubierto de heridas, cae, é iban á cortale la cabeza. Su padre, testigo de tan horrible espectáculo, rompe sus cadenas, se arroja á él, le defiende con su cuerpo y esclama: «Deteneos, bárbaros, ese es mi hijo Andrónico.» Los franceses bajan sus sables, y admirando la ternura animosa de un padre que salvaba al hijo de la muerte arrostrada por libertarle, levantan á los dos cautivos, los tratan con bondad, y les prometen la libertad si dejan por rehenes dos hijos de Andrónico. En las costumbres se notaba entonces una singular mezcla de vicios y devocion, de honor y mala fe, de valor y vileza, de heroismo y perfidia. Concluido el tratado, se violó por ambas partes. No se dió libertad á Juan. Andrónico envió sus hijos á los reales franceses; pero un eunuco, emisario suyo, logró robarlos de noche y volverlos á Constantinopla. Niceforiso, en vez de res-

catar á Juan Ducas, solo sentia que no hubiese perecido como su hijo. Ursel para debilitar la familia imperial dividiéndola, hizo que el ejército proclamase emperador á su prisionero el césar Juan: marchó con él al Bósforo y quemó á Crisópolis, cuyas llamas derramaron el terror en Constantinopla. Cien mil turcos, mandados por un valeroso capitan llamado Tulac, se hallaban entonces en Capadocia. Niceforiso trató secretamente con ellos para que peleasen contra los franceses. Ursel, apenas ve la vanguardia de los musulmanes, despreciando los prudentes consejos de Juan, da la señal de acometer, desbarata los primeros escuadrones, los persigue con temeridad, y se ve rodeado por el inmenso ejército de los turcos. El césar Juan y él pelean con el valor de la desesperacion; pero al fin ceden al número y caen prisioneros. El emperador Miguel, contra la voluntad de su ministro, pagó el rescate del césar Juan su tio, el cual para desarmar su venganza se le presentó en hábito de monge.

Ursel, rescatado por su esposa, continuó haciendo estragos: venció á 6.000 alanos que se enviaron contra él. En fin, la corte encargó esta guerra á Alexis Comneno: este jóven príncipe, de edad de 25 años, era entonces el único general, que por su carácter y hazañas poseyese el afecto y estimacion pública y una fama bien merecida. Desde que tomó el mando abandonaron los griegos á Ursel. El normando, reducido por esta defec-

cion, á solos sus compatriotas, hizo un tratado con los turcos; pero Tulac, ganado por Alexis, hizo traicion á Ursel, le prendió en una conferencia, le retuvo prisionero y le encerró en Amasia. El pueblo de esta ciudad iba á sublevarse en favor del normando; pero la habilidad de Alexis calmó la sedicion. Dijo á los alborotados que habia sacado los ojos á Ursel, y presentó este guerrero á su vista con una venda en la frente: la plebe se compadeció de él, le olvidó y le dejó partir para Constantinopla. El emperador despues de mandarlo azotar con varas, le arrojó en una cárcel, donde se mantenia de las limosnas de Alexis. Isaac Comneno, menos dichoso que su hermano, fue vencido por los turcos. Su derrota habria podido tener consecuencias funestas; pero las disensiones intestinas que hubo entre los musulmanes, dieron algun descanso al imperio. Una sedicion que se movió entonces en Bulgaria, entretuvo las fuerzas de los griegos. Badino, elegido rey por los búlgaros, venció á Damian Dalaseno, general del emperador, y se apoderó de sus reales. Saroneto, otro gefe mas hábil, atrajo á Badino á una emboscada y le hizo prisionero. Los búlgaros se armaron en masa para vengar á su rey. Miguel fatigado de las guerras que le distraian de sus estudios, y descontento de un ministro que no aseguraba su sosiego, quiso nombrar un césar, separando del trono á sus propios hermanos que habrian podido abusar de esta dignidad.

Elevacion y caida de Nicéforo Brienne. (1077.) Se decidió, pues, por Nicéforo Brienne, y le mandó á llamar; pero los cortesanos, asustados de la eleccion de un hombre firme y de esperiencia, lograron comunicar sus temores á Miguel; y cuando Nicéforo llegó, solo se le dió el título de duque de Bulgaria y el mando del ejército. Brienne se puso al frente de las tropas, venció á los búlgaros, rechazó á los servios, y embarcándose en la escuadra, reprimió las piraterías de los normandos, que infestaban entonces las costas del Archipiélago. Mientras restablecia la tranquilidad marítima, el ejército que habia quedado en Bulgaria, y que se componia de macedonios, alemanes, franceses y patzinaces, se sublevó para libertarse del yugo de la disciplina, se entregó al pillage y marchó contra Constantinopla. Niceforiso, en vez de encargar á Nicéforo Brienne que reprimiese la sedicion, se aprovecha de las circunstancias para arruinar á este general temible, y prepara su condenacion. Brienne, informado de su designio, se pone al frente de los rebeldes: Basilacio, enviado contra él, se pasa á sus banderas. El ejército proclama emperador á Brienne: Andrinópoli le reconoce, y su hermano, con una parte de las tropas, se presenta al pie de las murallas de Constantinopla. Todo el pueblo estaba dispuesto á recibirle; pero habiendo quemado un arrabal algunos de los suyos, la muchedumbre enfurecida toma las

armas: Miguel, sin dejar sus amados libros, encarga á su hermano Constantino y á Alexis Comneno la defensa de la ciudad. En este peligro se acordaron de las hazañas de Ursel, le sacaron de la cárcel y juró pelear fielmente en defensa del emperador. Salen todos de las murallas y obligan á Brienne á retirarse. Constantino no se distinguió por ninguna hazaña. Ursel destrozó la retaguardia de los rebeldes: Alexis Comneno eclipsó con su valor el de sus compañeros, y Miguel agradecido le dió por esposa á Irene su prima, hija del césar Juan Dúcas.

La tiranía de Niceforiso hacia inútiles todos los triunfos, porque á cada instante disponia los ánimos á la sedicion. Mientras las provincias del norte daban el imperio á Brienne, los ejércitos de Asia proclamaron emperador á Nicéforo Botoniates, que descendia de Fócas, y se jactaba de tener su ilustre origen en la antigua familia de los Fábios. Este general reunió bajo sus estandartes, todos los comandantes de las tropas asiáticas, ganó un partido poderoso en el senado y consiguió la proteccion del clero. Niceforiso, que no sabia gobernar sino con cadalsos, ni pelear sino con intrigas, dió grandes subsidios á los turcos para que se armasen contra Botoniates. Este marchó contra ellos, derrotó la caballería del sultan Soliman, hizo paces con él, y llegó delante de Nicéa escoltado por los mismos mahometanos que el ministro pagó para destruirlo. Acercándose á la ciudad,

descubre una multitud innumerable de hombres armados, y se prepara con recelo á pelear contra tantos enemigos; pero sus gestos y gritos le manifiestan en breve que se habian reunido para recibirle en triunfo. Al mismo tiempo sus numerosos partidarios forman una conspiracion en la capital: en vano el cauto Alexis insta al emperador para que la sofoque. La rebelion se manifiesta, los conjurados rompen las cárceles y arman á los presos y esclavos. Alexis Comneno, solo é intrépido enmedio del tumulto, aconseja al emperador que salga con él de palacio y acometa á los rebeldes al frente de su guardia. El tímido Miguel se niega á seguir esta determinacion animosa. «No quiero, dijo, ser cruel y sanguinario por conservar una corona que me es gravosa: hace mucho tiempo que estoy cansado de sostenerla. Llévala con tus consejos y tu espada á mi hermano Constantino.» Este, incapaz de arrostrar peligros tan grandes, rehusó el cetro como un regalo nocivo, y seguido de Alexis atravesó el Bósforo para someterse á Botoniates. Nicéforo recibió al príncipe con alguna frialdad; pero Alexis le dijo: «Constantino es digno de que le des mejor acogimiento, pues ha vivido en la oscuridad cerca del trono, prisionero y casi esclavo de un ministro insolente. Tu elevacion, privándole de una grandeza aparente, le libra de una verdadera tiranía. En cuanto á mí, sabes con qué celo he servido al emperador Miguel. A pesar de los votos de to-

do el imperio, declarados en tu favor, aun queria yo en estos momentos defender al príncipe y pelear contra ti: de todos sus soldados y vasallos soy el último que le he abandonado. Mi fidelidad á Miguel sea la única y la mejor fianza de la que te juro hoy.» Nicéforo lo abrazó y entró con él en Constantinopla, donde fue recibido con el entusiasmo que escita siempre la fortuna. Miguel pasó al monasterio de Estudio, donde tomó el hábito. Niceforiso se escapó á un ejército que habia formado Ursel en las cercanías de Selimbria. El patriarca coronó á Nicéforo: el reinado de Miguel, ó mas bien el de su eunuco, habia durado cerca de siete años.

CAPÍTULO XXII.

Nicéforo tercero Botoniates. Alexis Comneno.

Nicéforo III Botoniates, emperador. Aléxis Comneno, emperador. Batallas de Janina, Arta y Larisa. Segunda espedicion de Roberto Guiscard á Grecia. Muerte de Roberto Guiscard. Guerra contra los turcos. Invasion y esterminio de los escitas. Primera cruzada. Toma y batalla de Antioquia. Toma de Jerusalen. Batalla de Ascalon. Victorias de los griegos, y paz con Boemundo.

NICÉFORO III *Botoniates, emperador.* (1078.) La fortuna habia coronado al mas débil de los dos rivales que se disputaban el cetro de Miguel. Brienne, mas jóven, esforzado y activo, reinaba en Iliria y Macedonia. Nicéforo Botoniates, dueño de la capital, consumido por la edad y las fatigas, no mostró en el trono aquel vigor que en otros tiempos habia desplegado en la guerra. Gobernado por Borilo y Germano, libertos suyos, se arruinó por hacerse popular; envileció

los empleos, prodigándolos; destruyó el crédito públicó, alterando la moneda, y no inspiró mas que desprecio á la plebe, cuyo amor solicitaba sin discrecion. El eunuco Niceforiso no pudo persuadir al valiente Ursel que se declarase en favor de Brienne; y para vengarse de su indocilidad, le dió un veneno. Este fue el crimen último de aquel ministro tiránico: los amigos de Ursel le entregaron al emperador, que le mandó dar tormento con la esperanza de descubrir los tesoros que su avaricia daba á creer que tenia encubiertos. Este nuevo Seyano, mas amante del oro que de la vida, guardó secreto, y murió en los suplicios mas espantosos. Brienne, al frente de las legiones belicosas de Macedonia, marchaba con fuerzas muy grandes contra Constantinopla. El emperador, que ya era viejo, queriendo mejor repartir la corona que disputarla, le escribió en estos términos: «Fuí amigo y compañero de tu padre: tú heredas sus virtudes. La providencia me ha puesto en el trono: te adoptaré por mi hijo, y te daré, con el título de césar, el segundo lugar del imperio: mi edad no te dejará esperar el primero por mucho tiempo.» Brienne aceptó esta proposicion, con tal que sus oficiales conservasen sus destinos, que no se les obligase á ir á la corte, y que el patriarca le coronase en Tracia. Nicéforo le preguntó qué podia temer en la capital. «A nadie temo, sino á Dios, respondió Brienne; pero no me fio de los cor-

tesanos.» Los ministros, juzgando por esta respuesta, que el nuevo césar seria su enemigo, rompieron la negociacion. Dióse á Aléxis el encargo de pelear contra Brienne; pero como la mayor parte de las fuerzas del imperio estaban en Ásia ocupadas con los turcos, no se pudieron poner á las órdenes del valiente Comneno mas tropas que la guardia imperial, un cuerpo auxiliar de franceses, y la caballería escogida, que tenia, como en Persia, el nombre de *inmortal*. Los dos ejércitos se encontraron, y se dieron batalla en Tracia, cerca de Calabrita. El impetuoso Aléxis desbarata y ahuyenta la primer línea de los enemigos. El intrépido Brienne reune sus tropas atemorizadas, las trae al combate, y muda la fortuna. Los franceses, inconstantes como ella, abandonan á Aléxis, y pasan á las banderas de Brienne. Los patzinaces, en lugar de combatir, roban los reales: en vano Comneno hace prodigios de valor, disputando encarnizadamente la victoria: al rededor de él perecen los suyos, escepto seis oficiales: su ejército está completamente derrotado, y los macedonios lo persiguen. En este momento Aléxis divisa enmedio de la llanura uno de los caballos de Brienne, suelto, y magnificamente enjaezado. Le coge de la brida, y grita: «Amigos, Brienne ha muerto: ved aquí su caballo.» A estas palabras, los fugitivos se reunen, los vencedores se desaniman, vuelve á comenzar la pelea: un refuerzo de turcos, que So-

liman envió á Aléxis, llega, y rodea á Brienne. Este príncipe, asaltado por los musulmanes, mata á muchos; pero oprimido por el número, y atacado por dos árabes, mientras cortaba el brazo á uno, el otro lo sacó de la silla, y lo lleva á su rival. Aléxis, tan generoso vencedor como esforzado combatiente, trató á Brienne con la cortesía caballeresca que en aquel siglo semi-bárbaro empezaba á sustituirse á las demas virtudes. Se cuenta que la noche misma de tan sangrienta batalla, habiéndose acostado los dos guerreros sobre la yerba en un bosque sin guardias ni criados, Aléxis se durmió profundamente, y que Brienne, admirando su confianza, no quiso deber su libertad al asesinato de tan noble enemigo. Llegado á Constantinopla perdió el desgraciado Brienne la proteccion de Aléxis, se le entregó á ministros crueles, porque eran cobardes, y se le sacaron los ojos, siendo la corte mas peligrosa que los campamentos para el vencido. Juan Brienne, su hermano, capituló, y en desprecio de la fe jurada se le dió muerte. El emperador no ofreció al valiente Comneno mas recompensa que nuevas fatigas y peligros. Envióle contra Basilacio, que acababa de sublevarse. El feliz Comneno le venció, é hizo prisionero, y le entregó, no sin pesar, á los ministros, que le privaron de la vista. Reprimió tambien otras dos sediciones, y consiguió una victoria señalada de los patzinaces. Nicéforo Meliseno se sublevó

en Nicea. Alexis, que era pariente suyo, no quiso marchar contra él por no escitar la desconfianza de una corte suspicaz. El eunuco Juan acometió á Nicea, fue vencido, y dió el ejemplo de la fuga.

La gloria de Aléxis, y la gratitud que le mostraba el emperador, escitaron el odio de los ministros contra él. Un nuevo motivo lo acrecentó: Botoniates habia casado con María, hija de Eudoxia, y muger de Miguel Parapinacio. La emperatriz tenia un hijo llamado Constantino, y deseaba elevarle al trono: mas el emperador pensaba en nombrar por heredero á su sobrino Sinadino. María, para dar á Constantino por protector el héroe del imperio, adoptó á Aléxis Comneno por hijo. Los ministros juran entonces su ruina. Aléxis por sus órdenes secretas reunió cerca de la capital una gran parte de las fuerzas del imperio, y los traidores hacen creer á Nicéforo que el general habia juntado las legiones para destronarle. El viejo, crédulo y atemorizado, manda que á la noche siguiente se dé muerte á todos los Comnenos. Aléxis, informado de esta perfidia por un frances llamado Humbel, hermano del célebre Roberto Guiscard, se escapa precipitadamente con su familia. Para asegurar su fuga desjarreta los caballos de la guardia imperial, abre á la fuerza un portillo de Constantinopla, y va al campamento de Jierula, donde convida al césar Juan Ducas á que se reuna con él. Este, encontrando un

cuerpo de húngaros en su camino, lo llevó consigo, y se apoderó de una conducta cuantiosa que iba al tesoro imperial. Todas las provincias y ciudades, escepto Andrinópoli, se sublevaron contra la tiranía de los ministros de Nicéforo. Los generales y oficiales de todos los ejércitos reunidos, deliberaron sobre la eleccion de un emperador. Juan Ducas y Constantino renunciaron á toda pretension al trono: este, porque aun era demasiado jóven para circunstancias tan críticas: aquel, porque habia tomado el hábito de monge. Isaac Comneno, dos veces prisionero de los turcos, vendido muchas veces, algunas vencido, y últimamente proscrito, estaba disgustado de la inconstancia de la fortuna, y no quiso aceptar el poder supremo. Juan Ducas, presentando á Aléxis á la asamblea, espuso las numerosas hazañas de este príncipe. «Sabeis, dice, que este jóven guerrero apenas salió de la cuna, voló á los combates; le habeis visto atravesar á vuestra frente los rios, salvar las montañas, arrostrar todos los riesgos. Era vuestro adalid en la victoria, vuestro protector en los reveses. El imperio ha estado cien veces en el márgen del precipicio, y cien veces lo ha vuelto á levantar. Donde quiera que Aléxis ha llevado sus armas, la victoria y la fortuna han seguido sus pasos. Hoy víctima de la ingratitud de un príncipe cobarde, y de dos infames ministros, á quienes ha favorecido, y que quieren asesinarle, se arroja confiada-

mente en vuestros brazos. No abandonemos á este héroe: librémonos con él de un yugo vergonzoso: tomemos por gefe al que la gloria nos señala: marchemos bajo sus banderas, y demos al imperio, con una eleccion tan noble, el poder y la libertad.»

Todo el ejército aplaudió este discurso, y proclamó emperador á Aléxis Comneno. Este, ó por política ó por modestia, resistia al voto general. Su hermano Isaac y el césar Duças repitieron la proclamacion, vencieron su resistencia y le revistieron ellos mismos de la púrpura. Meliseno, que mandaba otro ejército cerca de Nicea, propuso á su cuñado Comneno el repartimiento del trono. Aléxis no le prometió mas que el título de césar y la posesion de Tesalónica. Marchando despues rápidamente á Constantinopla, se presentó junto á las murallas de esta capital. Su ejército era demasiado pequeño para tomar por asalto una ciudad tan fortificada. El césar Juan ganó al comandante de la guardia germánica que le entregó la torre que guarnecia. Entretanto el viejo emperador, amenazado por los ejércitos de Europa y Asia, temblaba en su palacio, sin decidirse ni á defender su trono, ni á abandonarlo. En fin, se resolvió á enviar la diadema á Nicéforo Meliseno; pero Jorge Paleologo intercepta sus pliegos, se presenta intrépidamente enmedio de la escuadra, y la subleva en favor de Aléxis. Al mismo tiempo penetra Comneno en la ciudad en-

medio de las tinieblas de la noche por la torre que se le habia entregado: sus tropas recorren las calles y se diseminan por todas las plazas. No se derramó la sangre de los habitantes, obedeciendo la órden de Aléxis; pero el tesoro público, los de los templos y las riquezas de los particulares fueron presa de los soldados. Nicéforo, advertido por este tumulto de que se hallaba en el último dia de su reinado, sale de su letargo, se acuerda de su antiguo vigor, vuelve á tomar las armas, junta su guardia, y se resuelve á pelear. El patriarca acude entonces á palacio, se arroja á los pies del emperador, y le conjura que ahorre la sangre de tantos cristianos. El viejo cede por flaqueza mas bien que por humanidad, y se retira á un monasterio situado en la playa de la Propóntide, en el cual vivió poco tiempo. La corona, cubriendo sus antiguos laureles, los marchitó: su reinado terminó, con tres años de debilidad y vergüenza, una vida larga y gloriosa. Cuéntase que sometido en el convento á un régimen austero, solo echaba menos de los gozos del poder supremo una mesa suntuosa. Parecia que el alma de este guerrero se habia quedado en los campos de batalla, y que solo su cuerpo subió al trono, donde se durmió.

Aléxis Comneno, emperador. (1081.) La debilidad de Botoniates, y el valor de Aléxis dieron principio á la dinastía de los Comnenos que ocupó el trono de oriente cerca

de un siglo. El advenimiento de este príncipe fue una gran revolucion. Parecia nacido para su época: á un brillante valor añadia un carácter firme, un alma generosa, un ingenio flexible, delicado y astuto. Ni se embriagaba con la felicidad, ni se abatia con el infortunio: jamas sus enemigos le hallaron flaco ni cruel. Ningun ostáculo le desanimaba: vencido con frecuencia, se levantaba mas fuerte despues de sus derrotas. Fértil en recursos, debió algunas veces á la astucia el triunfo que la cobardía de sus tropas negaba á su valor. Amigo de las letras, las artes y las leyes, déspota sin tiranía, filósofo sin orgullo y devoto sin fanatismo, hubiera quizá, como Carlo-magno, fundado, ilustrado ó ensalzado otro imperio. Pero hizo un prodigio retardando la caida del suyo.

Para apreciar bien sus grandes cualidades y talentos, basta atender á la situacion del oriente cuando subió al trono. Los sarracenos, dueños de Africa, Egipto, Palestina y Fenicia, privaban á los emperadores griegos de la mayor parte de sus fuerzas y riquezas. Los turcos, dueños de la Persia, habian restituido el vigor á esta antigua enemiga del imperio y conquistado las ciudades mas opulentas de Siria y del Asia menor. Habia sultanes en Antioquia, en Alepo y hasta en Nicea: otros se apoderaron de Bitinia y de Esmirna: los escuadrones musulmanes llegaban hasta las riberas del Bósforo;

y desde las murallas de Constantinopla se veian brillar sus yelmos, se oian los relinchos de sus caballos. Por la parte del norte los dálmatas, húngaros, patzinaces, comanos y tauroescitas, mal contenidos por la débil barrera del Danubio, atravesaban anualmente este rio, talaban la Macedonia y la Tracia, y esparcian el terror hasta las puertas de la capital. Al mismo tiempo el ambicioso Roberto Guiscard, al frente de los caballeros normandos, despues de haberle quitado al imperio lo que poseia en Italia, cubria la mar con sus bajeles, y las playas de Grecia con sus audaces guerreros, codiciosos de gloria, conquista y botin, é insaciables de sangre. Al mismo tiempo toda Europa, conmovida á la voz de un ermitaño, escitada por el papa y arrebatada del espíritu religioso, se levantó en masa y se desplomó sobre el oriente para acabar con el mahometismo. Aléxis Comneno, al frente de un pueblo arruinado y corrompido, con un tesoro exhausto, legiones indisciplinadas, aliados infieles y magnates rebeldes y envidiosos, logrando resistir á tantas tempestades, sobrevivir á tantos peligros, dividir ó vencer enemigos tan fuertes, y dar alguna gloria y fuerza á un trono tan vacilante y acometido por tantos adversarios, es quizá mas digno de elogios que muchos grandes hombres, á quienes abrió la fortuna el sendero de la victoria. Antes de examinar los peligros esteriores, fue preciso que Aléxis

reparase las calamidades de la guerra civil, calmase las ambiciones descontentas y vanidades ofendidas, y satisfaciese el grito de la justicia violada en una usurpacion que acababa de entregar la capital al saqueo mas espantoso y á los escesos mas deplorables.

La emperatriz, muger de Botoniates, habia protegido y salvado á los Comnenos, y adoptado á Aléxis para conservar el trono á su hijo Constantino. Aléxis honró á su bienhechora, tomó por colega al jóven príncipe, y le concedió la púrpura. Nicéforo Meliseno era á un mismo tiempo rival y cuñado del nuevo emperador: Comneno le dió á Tesalónica con el título de césar. Colmó de honores á Isaac, su hermano mayor, que le habia cedido el cetro, le condecoró con el título de augusto, y le dió grande ascendiente en su consejo. Los Ducas, Paleologos, Dalasenos y Opus, poderosos por sus riquezas, temibles por sus talentos militares, fueron el alma del gobierno, los compañeros de los trabajos y los instrumentos de la gloria de Aléxis. En fin, la madre de los Comnenos, respetable por su talento, virtudes y piedad, dominó al emperador y á su familia, y asociada al poder supremo gobernó el imperio con prudencia, al mismo tiempo que su hijo le defendia con valor. En estos tiempos miserables los sucesores degenerados de los romanos habian sustituido una vanidad pueril á la antigua altivez. Aquellos hombres, todavía esforzados, no sabian ser

independientes, y preferian una dignidad en la corte á un triunfo en el senado. Aléxis, que los conocia, inventó para ellos los títulos magníficos y ridículos de *sebasto, sebastocrator, protosebastò, protovestiario, panhypersebasto*; les prodigó estas vanas dignidades, y doró las cadenas que les echaba. Lo que prueba el espíritu palaciego de aquella época, es que la dignidad mas solicitada era la de *doméstico mayor*. El mismo Aléxis la habia servido. Al principio la dió á Pacuriano, guerrero hábil, uno de los cómplices de su conjuracion, y por muerte de este general, condecoró con este empleo á Adriano, hermano suyo. Aléxis anuló ó por sí ó por medio del senado la mayor parte de los decretos de Botoniates. Como eran obra de los escitas Borilo y Germano, ministros concusionarios y tiránicos del emperador destronado, la abolicion de estas leyes fue universalmente aplaudida. Constantinopla gemia por el saqueo horrible y los crímenes que cometieron las tropas bárbaras del ejército de Aléxis cuando entraron en la ciudad. El emperador, deseando expiar las maldades que no pudo impedir, y lavar su púrpura de las manchas que la cubrian, se confesó públicamente al patriarca, y sufrió con sus amigos la penitencia de ayunar, dormir en el suelo con una piedra por almohada, y llevar cilicio durante cuarenta dias. En este intervalo quedó su madre encargada del gobierno. Este arrepentimiento solemne pro-

dujo buen efecto; porque la publicidad de la contricion hizo olvidar las injurias. Una nueva Helena, nombre fatal para el oriente, amenazaba entonces á este pais una nueva invasion. No el Asia, sino la Grecia fue el pais espuesto á los furores de un nuevo Aquiles. Roberto Guiscard habia enviado su hija Helena á Constantinopla para que casase con el hijo de Miguel Parapinacio. Nicéforo Botoniates, destronando á Miguel, privó de la púrpura al novio, y encerró á Helena en un claustro. Esta injuria sirvió de pretesto á la ambicion del normando, que juró vengar á su hija, y concibió esperanzas de conquistar á Bizancio y al imperio. Este guerrero, tan astuto como valiente, procuró enflaquecer á sus enemigos dividiéndolos. Sus diestros emisarios descubrieron entonces en Grecia un monge, llamado Rector, que se asemejaba á Parapinacio, y consintió en hacer su papel. Roberto hizo venir á su corte este impostor, le puso la púrpura, le dió séquito y equipage magnífico, abrazó públicamente su causa, y declaró que se armaba para restituirle el imperio de oriente. El papa, enemigo del patriarca, fue engañado por este ardid; y casi todos los duques y condes de Italia y algunos aventureros franceses acudieron á los estandartes de Roberto, llevados del amor del botin y de la pelea. En el ejército de los vengadores de Helena brillaba la belicosa Sigilgaeta, muger del príncipe normando: llevaba, como su

marido, yelmo y corona, y sostenia en su mano la espada con tanto valor y dignidad como el cetro. Mientras Roberto hacia sus preparativos, encargó á un oficial, llamado Radulfo, llevar sus quejas á Botoniates, anunciarle su venganza, é irritar contra él, si podia, á Aléxis, ya célebre por sus hazañas, y entonces doméstico mayor de oriente. El enviado de Roberto, mas franco que su amo, le escribió que el monge era un impostor, que él mismo acababa de ver en un convento al verdadero Parapinacio: que Botoniates no reinaba ya, que su sucesor Aléxis habia dado la púrpura al jóven Constantino, y verificaria el matrimonio de Helena; y que por tanto la guerra proyectada seria tan injusta como inútil. Roberto, á quien no agradaban estas verdades, amenazó á Radulfo, y este, para librarse de su enojo, se refugió en Constantinopla. El principe normando, resuelto á pelear, se hizo al mar, y vió al principio su escuadra dispersada por una tempestad; pero burlándose de los elementos como de la justicia, reparó este desastre, reunió los buques, y desembarcó no lejos de Dirraquio con un ejército numeroso. Aléxis, amenazado por este torrente, no sabia qué dique oponerle. No tenia dinero ni tropas: las pocas fuerzas de que podia disponer, peleaban con los sarracenos en Asia y con los escitas en las riberas del Danubio. En los primeros momentos concibió la esperanza de disipar la tempestad con una

diversion, empeñando á Henrique, rey de Alemania, á pasar á Italia con un ejército; pero este monarca se mostró mas enemigo del papa Gregorio que de Roberto; y despues de una invasion corta é infructuosa, volvió á pasar los Alpes. Entretanto el gobernador de Iliria y muchos comandantes de las tropas de Macedonia, infieles desde la primer apariencia de riesgo, hicieron traicion al emperador, y reconocieron al fingido Miguel. Aléxis, temiendo que esta defeccion se hiciese general, envió á Darraquio á Jorge Paleologo, cuya constancia é intrepidez tenia esperimentadas.

El emperador, con una actividad proporcionada á sus peligros, dirigió sus primeros esfuerzos contra los turcos, que sin poseer el Asia menor, la atravesaban en todos sentidos. Los venció por tierra y mar, los arrojó de Bitinia, é hizo paces con Soliman, sultan de Nicéa, el cual prometió no pasar el rio Dracon, y aun se obligó á dar un cuerpo de tropas auxiliares al imperio contra sus enemigos del norte y occidente. Asegurado por la parte del Asia, Aléxis retiró sus fuerzas de aquel pais, y reunió cerca de Tesalónica un ejército compuesto de griegos, bárbaros y nuevas levas, que por falta de union y disciplina daban mas temor que esperanzas á su general. Una república, que crecia entonces en fuerza y en celebridad, siguió el partido de Aléxis: los venecianos tomaron las armas contra Roberto, consiguieron una victoria seña-

lada de su escuadra, y destruyendo los buques normandos, salvaron el Archipiélago. El emperador los premió, libertando su comercio de todo impuesto en sus estados, concediéndole grandes privilegios en su capital, y dando al dogo el título de césar. El falso Miguel se atrevió á presentarse junto á los muros de Dirraquio y á arengar á sus habitantes; pero fue recibido con desprecio, y silvado su discurso. Roberto enfurecido asaltó la ciudad. Jorge Paleólogo la defendió con valor, y en sus salidas vigorosas destruyó muchas veces los trabajos de los sitiadores. Aléxis se presentó en breve con su ejército: los generales mas esperimentados le aconsejan rodear y hostigar al enemigo sin dar batalla, y esperar de la escasez un triunfo mas cierto que el de las armas. Aléxis era tambien de esta opinion; pero el ardor y la presuncion de una juventud indócil y guerrera impidió que se siguiese. Temiendo por otra parte los progresos de la defeccion que aumentaban las intrigas y el oro de Roberto, dió la señal de la batalla. Su impetuosidad, favorecida por la de Meliseno y Pacuriano, desbarató al principio y ahuyentó á los normandos. Pero la intrépida Sigilgaeta los reprende, los trae al campo de batalla, y el combate empezó de nuevo. Las tropas de Aléxis que se creian victoriosas, estaban saqueando los reales de los enemigos. Sigilgaeta, aprovechándose de este desórden, desbarató á los varangas. El terrible Roberto, llevando el estandarte

de san Pedro que habia recibido del papa, grita á los suyos: «Destruyamos á estos hereges: Dios es vuestro adalid.» Dicho esto, seguido de sus condes y de la flor de sus guerreros, ya tan famosos por sus hazañas en Sicilia y Calabria, se arroja sobre los escuadrones enemigos, los espanta y dispersa, mata 6.000 griegos y á todos los turcos auxiliares, y derrota completamente el resto del ejército. Aléxis, casi solo, peleaba todavia, aunque herido en la frente. Constantino Ducas y los generales mas valientes mueren á su lado. Su aliado Bodino, rey de Servia, le abandonó cobardemente. No teniendo ya mas recurso, despues de esta defeccion, que la velocidad de su caballo, procuró escaparse huyendo rápidamente. Nueve ginetes normandos le persiguen y alcanzan en la orilla de un rio velocísimo. El emperador, teniendo á su espalda un peñasco escarpado, se defiende como un leon: una lanzada le hizo caer de un lado y otra le levantó. Apesar de la fuerza de su brazo iba á perecer, cuando su caballo, que era el mismo que en otro tiempo habia quitado á Brienne, parece animado por el espíritu de su señor, da un salto prodigioso, salva la roca, y deja á los enemigos asombrados con una desaparicion que atribuyeron á milagro. Aléxis, libre de este trance, cae en otro del cual le libra tambien su invencible valor. Viéndose cortado por un numeroso escuadron de enemigos, carga sobre ellos, derriba al gefe de una lanzada, se abre paso, y

llega en fin á la ciudad de Acrida cubierto de heridas, y lleno de gloria, aunque vencido. Las consecuencias de esta batalla fueron terribles. Roberto se apoderó de Dirraquio, y muchas ciudades abrieron sus puertas al vencedor. Los soldados griegos, que ya no recibian paga, querian desertar: todo el imperio consternado se creia sin recursos. Aléxis los encontró en su valor. Vuelto á su capital, restituyó á todos el denuedo con su ejemplo, y escitó el celo con su autoridad. Los príncipes, grandes y ricos le ofrecieron sus caudales, los pobres sus brazos. El emperador tomó los vasos de oro y plata de las iglesias, sin que reclamase nadie mas que un obispo. En pocos dias creó y reunió Aléxis un nuevo ejército. El vencedor se disponia entonces á entrar en Bulgaria; pero Enrique volvió con los alemanes á Italia y sitió al papa. Roberto se vió obligado á volar en su socorro, y dejó el mando de sus tropas á su hijo Boemundo.

Batallas de Janina, Arta y Larisa. (1083.) El emperador marchó contra el jóven príncipe y le dió dos batallas, una en Janina y otra en Arta. En ambas fue vencido: la elocuente Ana Comneno, su hija, historiadora y panegirista, decia *que su padre huia siempre como un héroe*. Boemundo continua el curso de sus victorias, entra en Tesalia y sitia á Larisa. Aléxis vuelve á pelear con él, y da órden á Jorge Pirro para que al frente de los flecheros mas diestros atrajese á los nor-

mandos á una celada y matase sus caballos á flechazos. Nada era tan temible, dice Ana Comneno, como la caballería francesa: ningun guerrero podia resistir á su furia impetuosa. Pero aquellos ginetes, en siendo desmontados, no ofrecian peligro alguno. El peso de sus armas ofrecia al enemigo un triunfo fácil. Aléxis, atacándolos por el flanco con todas sus tropas, hizo en ellos una gran carnicería y los obligó á huir. Su victoria fue completa. La nobleza de occidente, belicosa, turbulenta y altanera, solo permitia á sus gefes un poder incierto y limitado. Esta anarquía feudal impedia á los soberanos concluir grandes empresas, y hacia casi irreparables los reveses. Apenas fue vencido Boemundo, los condes que tenian tanta autoridad como él en el campamento, se rebelaron y le obligaron á volver á Italia. De este modo se disipó la tormenta que habia amenazado al imperio su próxima y total ruina.

Aléxis triunfante fue recibido en la capital con murmuraciones en lugar de vivas, por haberse valido de los bienes de la iglesia para hacer la guerra. Demasiado hábil para indisponerse con el clero, tuvo por conveniente responder á sus acusaciones y justificarse públicamente de ellas. A este fin convocó á su palacio el senado, los sacerdotes, los principales oficiales del ejército, y colocado en el trono, hizo traer dos libros de asiento: el uno contenia los dones inmensos hechos á la iglesia, y el otro la corta cantidad

que valian las alhajas, tomadas á préstamo mas bien que quitadas. «Sabeis, dijo, que cuando subí al imperio, le hallé sin fuerzas y rodeado de enemigos: sabeis cuantos peligros he arrostrado, cuantas veces he estado para perecer á manos de los bárbaros. No ignorais ni las incursiones de los escitas y persas, ni la agresion formidable de los normandos. El estado, ceñido por todas partes, casi no ha sido, por decirlo asi, mas que un punto. Sin embargo, en este trance hemos levantado, mantenido y disciplinado ejércitos. Era preciso buscar dinero gara gastos tan indispensables. Algunos me acusan de haber procedido contra los cánones tomando dinero del clero. Sin embargo, David, rey y profeta, se apoderó en iguales circunstancias de los panes sagrados, á los cuales no era lícito tocar sino á los sacerdotes. Por otra parte, los cánones permiten vender los vasos sagrados para rescatar á los cautivos, y el imperio lo estaba. No creo que sea delito haber tomado para libertarle de la servidumbre y salvar la capital, no los ornamentos necesarios á la celebracion de los misterios, sino los que servian solamente de adorno y eran de menos precio. Si la envidia y el odio censuran mi conducta, responderé lo que Pericles en igual caso: *Lo que he tomado de los templos, lo he gastado en la gloria y salvacion de la patria.*» Despues se mostró muy pesaroso de la providencia, que las circunstancias le habian obligado á to-

mar, y mandó al tesorero pagar cada año á las iglesias una suma considerable en indemnizacion de lo que habian perdido.

Segunda espedicion de Roberto Guiscard á Grecia. (1084.) La vida de Aléxis fue una lid sin reposo. Roberto, desembarazado en Italia de los alemanes, volvió á presentarse en Iliria, dió batalla á la armada imperial y consiguió la victoria con muerte de 13.000 griegos.

Muerte de Roberto Guiscard. (1085.) Continuaba sus proyectos de ambicion, cuando una fiebre ardiente puso fin á su carrera tempestuosa. Aléxis debió alegrarse de la muerte de un rival tan temible; pero como guerrero, se dice que honró su memoria con nobles lágrimas. Cuando Roberto hubo dejado de existir, los habitantes de Dirraquio tomaron las armas y recobraron su libertad. Muchos oficiales normandos, infieles á su gefe Boemundo, auxiliaron á los griegos. Uno de ellos Pedro de Aulps, natural de Provenza, se estableció en Constantinopla, y fue el tronco de la ilustre familia de los Petralifos. El emperador, agradecido á los venecianos que tambien le dieron socorro en esta última campaña, estendió sus privilegios, les dió la posesion del golfo Adriático, y concedió al dogo el título de rey de Dalmacia.

Guerra contra los turcos. (1086.) Despues llevó segunda vez sus ejércitos contra los turcos, que mas osados y terribles que los árabes, hubieran destruido mucho antes el

imperio griego, á no ser por sus divisiones intestinas. Los califas de Bagdad y del Cairo se escomulgaban recíprocamente. Sin embargo, á pesar de sus sangrientas disputas, los turcos poseian ya, ademas de la Persia, el Ponto, la Paflagonia y la Bitinia: al mediodia de Nicea, la Frigia, la Capadocia y muchas ciudades de Jonia. En fin, aprovechándose de la guerra de los normandos, se habian hecho dueños de Licaonia é Isauria, de una parte de la Cilicia, y de las costas de Panfilia. La traicion de un griego, llamado Filaretes, puso á Antioquía en poder de Soliman; pero este príncipe fue vencido por Malec Shah; y una multitud de tiranuelos se hicieron soberanos independientes en las ciudades de Asia. Despues de la muerte de Soliman, reinó Abulcasen en Nicéa, y Aléxis hizo guerra contra él. Venciólo en muchos reencuentros, debiendo la mayor parte de sus victorias al valor impetuoso de un cuerpo auxiliar de franceses que servian bajo sus banderas. Taticio, su lugarteniente, ganó tambien una gran batalla contra los mahometanos. Abulcasen, obligado á desear la paz, vino él mismo á Constantinopla para tratarla. Aléxis, que usaba de ardides en la política como en la guerra, recibió con honor á su enemigo y le engañó, entreteniéndole con magníficos espectáculos, y con promesas vagas, mientras el ejército griego se apoderaba de Nicomedia.

En esta época nació Juan Comneno, hijo

y sucesor de Aléxis. La célebre Ana Comneno, su hermana, habia nacido en 1083. El emperador tuvo ademas otros dos hijos, llamados Andrónico é Isaac. Ana casó con Nicéforo Brienne, hijo del famoso Brienne, á quien venció Aléxis.

Invasion y esterminio de los escitas. (1091.) La paz efímera del imperio fue turbada por una invasion general de los escitas y patzinaces, que pasaron en gran multitud el Danubio y talaron las provincias vecinas. Aléxis envió contra ellos á Pacuriano, su doméstico mayor, y á Branas. Los bárbaros cercaron el ejército griego, lo dispersaron é hicieron en él gran carnicería. Los dos generales del emperador murieron. Taticio reparó esta desgracia, venciendo á los patzinaces y tomando á Filipópolis. Pero el norte parecia entonces un semillero inagotable de soldados. Cuatrocientos mil escitas invaden de nuevo á Tracia: el emperador marcha contra ellos: á pesar de la inferioridad del número les da una gran batalla. El furor desordenado de los bárbaros triunfa de la táctica griega. Aléxis, despues de hacer prodigios de valor es vencido. Reune sus generales, recibe los socorros que le habia prometido Roberto, conde de Flandes, al volver de la peregrinacion de Jerusalen, y sale otra vez á campaña para defender su capital amenazada. Sus esfuerzos y el valor de los franceses no pueden triunfar de los bárbaros, y estos consiguen tercera victoria. El empera-

dor sin desalentarse, aunque ya no tenia soldados, reune un gran número de paisanos, les da armas, los ejercita, hostiga al contrario, usa de la astucia en lugar de la fuerza, recibe nuevas tropas, tiende un lazo á los escitas, los engaña fingiendo miedo, y mientras que se entregan al saqueo, los acomete de improviso. Da orden de rodearlos á diversas columnas, atácalos por todas partes y córtales la retirada. En este combate se terminó una guerra de seis años. La victoria de los griegos fue completa, y la carnicería espantosa; pues no se perdonó á ninguno de los vencidos. El emperador volvió triunfante á su capital; y como esta batalla decisiva se dió el 29 de abril, el pueblo cantaba en las calles un estribillo, cuyo sentido era este: «Solo faltó un dia para que la nacion de los escitas llegase á ver el mes de mayo.» La alegría general, muy viva al principio, se mezcló despues con tristeza por el aumento necesario de los impuestos, consecuencia infausta de las guerras por felices que sean.

Estos gravámenes causaban descontento, y un armenio y un frances quisieron aprovechar la ocasion para conspirar contra la vida del príncipe. Aléxis descubrió la trama y perdonó á los delincuentes. Despues visitó la frontera del norte para fortificarla contra las correrías de los dálmatas. Otros peligros le hicieron ir á oriente. Entre los tiranos árabes que disputaban entre sí las conquistas hechas á los cristianos, se distinguia un mu-

sulman llamado Zacas. Este guerrero ambicioso y valiente dominó á sus rivales, y tomó el título de rey de Asia. Aléxis empleó todas sus fuerzas contra él; y despues de varios sucesos, Juan Ducas y Constantino Dalaseno le derrotaron en tierra y mar. Los griegos recobraron á Samos, y sometieron á los cretenses y cipriotas que se habian rebelado. Sin embargo, Zacas conservaba todavía fuerzas respetables: Aléxis, no pudiendo arruinarle con las armas, se valió del artificio. Era suegro de Zacas uno de los sultanes llamado Soliman, y el emperador logró persuadirle que su yerno queria destronarle. Soliman convidó á Zacas á un banquete, le embriagó y le dió de puñaladas. Otra tempestad amenazaba al imperio: los dálmatas se habian rebelado y elegido un rey. Aléxis marchó contra ellos y los venció; con cuyo motivo dice Ana Comneno que su padre añadia victorias á victorias hasta formar una corona. Durante esta campaña una conjuracion puso en gran peligro la vida del príncipe. Nicéforo, hijo del célebre emperador Romano Diógenes, aunque muy favorecido por Aléxis no podia consolarse de la pérdida del trono quitado á su familia. Este jóven príncipe, notable por su belleza, valor y talento, habia ganado muchos partidarios en el pueblo y en el ejército. Primero pagó un asesino para que matase al emperador: el facineroso, disfrazado de mendigo, se acercó á Aléxis; mas no pudiendo sacar el puñal, le cree

encadenado por un poder divino, se turba, se arrepiente, declara su crimen y es perdonado. Algun tiempo despues Diógenes entra con una espada en la tienda de Aléxis, con la esperanza de matarle mientras dormia: una dama de la emperatriz que estaba en vela, se levanta y lo asusta. El emperador le amaba y le perdonó segunda vez con generosidad que rayaba en imprudencia. El implacable Diógenes continuó su proyecto: su conjuracion se estiende y amenaza: es descubierta y preso el culpable. Los tormentos le arrancan la confesion del crimen. El emperador convoca todos los oficiales del ejército. La mayor parte de ellos, cómplices de la maldad, temblaban á su vista. El les recuerda sus afanes, sus beneficios, su clemencia con Nicéforo: «El ingrato, añadió, abusando de mi paciencia, se ha valido de ella para seducir un gran número de mis compañeros de armas: queria subir al trono haciéndoos cómplices de un parricidio. Le castigaria con suavidad si solo hubiese atentado contra mi vida: su mayor delito para mí es haberos hecho delinquir. Sin embargo, á todos perdono: no temais mi resentimiento: todo lo he sabido, todo lo he olvidado.» A estas palabras los circunstantes prorumpen en lágrimas: su generosidad y clemencia escitan la admiracion, despiertan los remordimientos, inspiran el amor: resuenan los vivas y los elogios; y aquel dia que habia de ser tan funesto para Aléxis, fue por su mag-

nanimidad uno de los mas gloriosos de su reinado.

Casi en la misma época, un impostor que se fingia el hijo mayor de Romano Diógenes, se retiró al pais de los comanos, sublevó estos bárbaros y los escitó á tomar las armas para colocarle en el trono de oriente. Su numeroso y temible ejército venció primero á los griegos y sitió despues á Andrinópoli. El emperador, siempre atacado y siempre infatigable, marchó con su ejército contra ellos; pero desalentó sus tropas el ver la multitud innumerable de los bárbaros. Los dos ejércitos estaban en presencia uno de otro; cuando un guerrero de estatura colosal se acercó al campamento de los imperiales, y desafió al mas valiente de ellos á singular batalla. Su altura gigantesca, su ademan feroz, sus pesadas armas amedrentan á todos y nadie se atreve á salir contra él. Aléxis, indignado de esta cobardía, se presenta á combatir con el bárbaro y le mata. Esta hazaña caballeresca despierta el valor y la esperanza de los suyos: se aprovecha de aquel momento de entusiasmo, acomete á los enemigos y los obliga á retirarse. Un griego leal se desfigura el rostro, finge haber sido maltratado por él, va á los reales del falso Diógenes, gana su confianza, y lo lleva engañado á una ciudad, donde le prenden y encadenan. El castigo del impostor consternó á los comanos y se volvieron á su pais. El emperador no tenia mas adversarios que los

turcos, los cuales le incomodaban sin cesar. Habia pedido imprudentemente socorro contra ellos á los príncipes de occidente: mas no tardó en arrepentirse; y la masa espantosa de aliados que el espíritu religioso y militar del siglo le concedió, fue para el imperio un peso no menos temible que las armas de los infieles.

Primera cruzada. (1096.) Si Roma, despues de haber sido la capital del mundo idólatra, lo fue del cristiano, habia sin embargo otra ciudad mas santa á los ojos de los fieles, y era la antigua Sion, donde se obró la redencion humana, cuna de la fe, y que conservaba el sepulcro del Salvador. En todos tiempos fue un acto de religion para los cristianos visitar aquel sagrado monumento. El celo creció desde el reinado de Constantino y las peregrinaciones fueron mas frecuentes. Cuando Alárico y Genserico robaron las riquezas de Roma y echaron cadenas al pueblo rey, muchas ilustres familias de aquella capital pasaron á establecerse en Jerusalen. La piedad ardiente de Helena y el celo de los sucesores de Constantino atrajeron á la santa ciudad una poblacion numerosa y grandes riquezas, y la hermosearon con monumentos magníficos. Juliano pretendió inutilmente derribar en ella la cruz y reedificar el templo de Salomon. Mas tarde la asoló Cosdroas, profanó los lugares santos, destruyó los monumentos, dispersó los cristianos y entregó á muchísimos á la venganza cruel de los ju-

dios. Heraclio arrojó á los persas de Palestina, hizo triunfar la cruz en Jerusalen, levantó las murallas, y restituyó á la ciudad la paz y las riquezas. Esta victoria fue brillante; pero de corta duracion. Apareció Mahoma: el fanatismo guerrero de los árabes inundó el orbe desde el Indo hasta Cadiz. En pocos años sometieron á Palestina, á Egipto y Africa: conquistaron á España, invadieron á Francia, y á no ser por el valor de Cárlos Martel, la Europa habria sufrido la ley del alcoran. Los infieles dueños de Sicilia llevaron sus armas á Italia, y aterraron á Roma. Los griegos, lombardos y normandos pelearon con ellos cerca de un siglo. Los persas, bajo la bandera de los sucesores de Mahoma, pasaron los débiles ostáculos del Tigris y el Eufrates, é invadieron como un torrente la Siria, talaron el Asia menor: sus bajeles corrian el Archipiélago, sus ejércitos sitiaban á Constantinopla, y esta segunda Roma no debió su libertad sino á la fuerza de su posicion y á la invencion del fuego greciano.

Habia mucho tiempo que Jerusalen, aislada y destituida de todo socorro, era presa de los sarracenos. Los cristianos fueron entregados en ella á todos los ultrages de un odio feroz, á todas las persecuciones de un fanatismo bárbaro; y no gozaron de alguna tregua ó descanso, sino bajo el reinado del famoso Harun al Raschid. Este califa, muy poderoso para ser cruel, muy sábio para ser intolerante, permitió á los cristianos, me-

diante un ligero tributo, venir á visitar los santos lugares. Dícese que envió á Carlo-magno las llaves del santo sepulcro. Esta prudente política estendió su fama y enriqueció sus estados. Jerusalen llegó á ser el término de los viages religiosos y mercantiles de los europeos, asi como la Meca lo era de los peregrinos de Africa, Egipto y Asia. Las peregrinaciones se multiplicaron tanto mas, cuanto no se habian roto enteramente los vínculos del comercio entre la parte oriental y occidental del mundo antiguo, aun en el tiempo de las mayores persecuciones. El interes, semejante á la gloria, supo vencer los ostáculos y arrostrar los peligros. En el reinado de Gontran eran buscados y estimados en Francia los vinos de Gaza. Las pedrerías y sedas del Asia brillaron en el tesoro de Dagoberto. Venecia, Génova y Marsella fundaban sus riquezas y poderío en el comercio que mantenian con el Asia menor, el Egipto y Fenicia. Los mercaderes concurrian en gran número á las ferias de Alejandría, Bagdad y Jerusalen. Los árabes, vencedores del mundo, no tardaron en esperimentar la suerte de todos los conquistadores. La fortuna y el poder embriagaron y enmuellecieron á los califas abasides y fatimitas: la ambicion de los emires atenuó la autoridad de estos monarcas, y se aprovechó de su debilidad. La tiranía, dividiéndose, fué mas insoportable: en lugar de un amo tuvieron los pueblos un gran número de déspotas; y como

la crueldad es inseparable de la molicie, la sangre de los cristianos corrió á torrentes. Los gemidos de Sion resonaron en el occidente: Pisa, Génova, y Bozon, rey de Arles, deseando vengar á Europa ultrajada, y á la religion oprimida, hicieron una espedicion contra las costas de Siria y Palestina. Parecia que los riesgos de la peregrinacion aumentaban el deseo de hacerla, aumentando su mérito. La Iglesia la mandaba entonces á los pecadores como penitencia, y la aconsejaba á los virtuosos como obra de supererogacion. En aquella época los gefes de las naciones europeas eran mas bien reyes de nombre que en la realidad. Una nobleza guerrera, altiva y turbulenta habia usurpado la autoridad: cada uno de estos guerreros era señor, general, juez y tirano en su territorio. Los gobiernos sin fuerza ni freno solo presentaban el triste cuadro de una anarquía feudal y bárbara. Le espada juzgaba las causas: el oro absolvia del homicidio: la ignorancia cubria el occidente de tinieblas. Casi no se conocian mas virtudes que el valor y la piedad religiosa. Solo el clero conservaba algunos vestigios de las luces de Grecia y Roma, y los principios de la caridad cristiana, y por eso los pueblos y los reyes acudian, unos á su proteccion y justicia, otros á sus conocimientos é influencia. Esto es lo que dió tanto poder á los ministros del altar que casi siempre usaron de él para reprimir las costumbres feroces de aquella nobleza altiva

y belicosa. A los criminales poderosos imponian por castigo la peregrinacion á tierra santa; y como la anarquía daba lugar á que fuesen contínuos los delitos, estaban cubiertos de pregrinos los mares y caminos de Asia. Las culpas se espiaban con esta romería peligrosa, y ademas se ganaba en ella mucha gloria. Los condes de Flandes, Anjú, Verdun y Barcelona, y el duque de Normandía, padre de Guillermo el conquistador, fueron seguidos de numerosos vasallos, á llorar junto al sepulcro de Cristo los escesos de su ambicion. En 1054 partió el obispo de Cambray á Palestina con 3.000 peregrinos. Mas tarde fueron 7.000 con el arzobispo de Maguncia y otros obispos de las riberas del Rin. Estas caravanas parecian destacamentos de ejército, y sirvieron como de vanguardia á las cruzadas. Hubo en el oriente una revolucion que aumentó las desgracias de los cristianos: el ardor de las peregrinaciones, el celo de la fe, el odio contra los musulmanes y el temor de que sus armas volviesen á presentarse y estenderse por el occidente. Enflaquecido el valor de los árabes, una multitud de turcos, escitas y tártaros, saliendo de las orillas del Oxo, fue recibida en el ejército persa y profesó el culto de Mahoma. Togrul, su gefe, se apoderó del imperio: dueño de la monarquía de Jérjes, derribó la autoridad de los califas, y fundó la dinastía de los Selgiucides. Siria y Palestina, conquistadas por sus sucesores, sufrieron el poder anárquico

de un gran número de sultanes y emires, que causaron mas calamidades en aquellos fértiles paises que la oligarquía feudal en Europa. La suerte de los cristianos fue mas dura, y los peregrinos fueron ultrajados y asesinados en Jerusalen. Esta infeliz ciudad no podia esperar su salvacion de los emperadores de Constantinopla, cuya decadencia era visible: los ejércitos de los griegos afeminados tenian mas aparato que valor: habia en ellos mas bárbaros que nacionales: los soldados, enemigos de la fatiga y del trabajo, transportaban sus armas en carros pequeños. Algunos príncipes belicosos levantaban tal vez su gloria momentáneamente; pero la ambicion de los magnates no les permitia reinar largo tiempo, y en pocos años hubo 11 emperadores destituidos. Enmedio de esta corrupcion de costumbres, de esta cobardia, de este refinamiento del lujo y de los vicios, «era imposible á los griegos, dice un historiador, sufrir ni buenos príncipes, ni buenas leyes.» Los sucesores de Constantino, amenazados por los turcos y asaltados por los escitas, lejos de poder libertar á Jerusalen, pedian socorros ellos mismos para sostener su trono vacilante. Pero el socorro no podia venir sino de occidente, en el cual, aunque habia mas valor, estaba entronizada la anarquía, y era imposible á sus príncipes intentar y continuar con regularidad grandes empresas. Los vestigios del imperio de Carlomagno se habian borrado. En Europa solo se

veian reyes sin dinero y casi sin poder, señores divididos, pueblos esclavizados, guerras sin plan, leyes sin ejecucion, conquistas sin resultado. En este caos general se estimaba en nada la libertad de los hombres, y en muy poco su vida. El terror dominaba en los campos, y las ciudades no servian de asilo: se ignoraban los elementos del derecho natural y de gentes: no habia seguridad sino en los reales y los castillos: no se estudiaba mas que la guerra, ni se respetaba mas que la fuerza. El papa enmedio de este desórden era el único soberano que gozaba de un poder estenso. Roma volvia á ser la capital del mundo, la Iglesia fue la patria universal, porque ningun pueblo tenia patria. Gregorio VII, declarando su autoridad sobre todos los reinos, resucitaba el imperio de los césares, adquiriéndolo por la conviccion y no por la espada.

Tal era la situacion de oriente y occidente, cuando los lamentos de algunos peregrinos, y la predicacion de un ermitaño arrancaron á la Europa de sus cimientos, y la arrojaron sobre el Asia. El emperador Ducas habia implorado ya el socorro del occidente contra los mahometanos; pero las querellas del papa Gregorio con Alemania y Francia hicieron casi infructuosa esta primer solicitud. Sin embargo, Pisa, Génova y otras ciudades enviaron tropas al Africa, y derrotaron un ejército de 100.000 sarracenos. Victor, que era á la sazon soberano pontífi-

ce, formó el designio de quitar el Asia á los infieles; pero un anti-papa, y el emperador de Alemania, le ocuparon harto para pensar en llevar á ejecucion tan alta empresa. Este gran movimiento, que habia de trocar la faz del mundo, pareció obra de solo un peregrino, cuya voz puso en accion los elementos de mucho antes preparados. Pedro, natural de Amiens, llamado vulgarmente Cucupietro, fue soldado en su juventud, renunció á las armas, y tomó el hábito de ermitaño. Despues emprendió la peregrinacion de Jerusalen. Alli conmovido al ver las ruinas del santo sepulcro, irritado de los ultrages que los infieles prodigaban á los cristianos, lleno de respeto al ver el rostro venerable, y las canas del patriarca Simeon, se postró humildemente á sus pies, derramando lágrimas de dolor y de indignacion. «Nuestros pecados, le dijo el santo obispo, hacen que el Señor aparte sus ojos de nosotros: Asia está en poder de los musulmanes: el oriente es esclavo. Cuando esté llena la medida de nuestras aflicciones, cuando Dios se apiade de nuestros infortunios, moverá los corazones de los príncipes de occidente, y los enviará en socorro de la santa ciudad.» Estas palabras infunden en el ermitaño un entusiasmo religioso: jura declarar á la Europa los deseos de los cristianos de oriente. «Una noche, dijo el mismo, postrado delante del santo sepulcro, ví á la virgen María aplacando la ira del Salvador, y oí á Jesucristo

que me decia: *Pedro, levántate; anuncia á tus hermanos las tribulaciones de mi pueblo; ya es tiempo de que los santos sean libres, y mis siervos socorridos.*» Pedro no vacila: se cree destinado, como Moisés, á hacer prodigios, y á mudar los corazones de los reyes. Ardiendo en celo, atraviesa los mares, llega á Italia, se echa á los pies del papa Urbano II, y le anuncia la mision que se le ha confiado. El papa se aprovecha de esta ocasion favorable para llevar al cabo los vastos designios de Gregorio y Victor, sus predecesores. El ermitaño Pedro, autorizado por el pontífice, corre la Europa, cuenta los infortunios del Asia, los furores de los infieles, la opresion de los cristianos, las ruinas del santo sepulcro: enardece los ánimos, conmueve los corazones, alienta el celo, inflama la ambicion, promete la gloria del mundo y la celestial. Parece un santo y un profeta, y los guerreros, acostumbrados en todos los paises cristianos á detestar, buscar y consumir á los sarracenos en España, Sicilia, Calabria y Africa, se sienten poseidos de un nuevo ardor. Un grito de lástima á los cristianos de oriente, y de enojo contra sus perseguidores, presagia la venidera tempestad. El mismo Aléxis Comneno, imprudente en sus temores, y sin prevision en su política, escribia al papa, representándole el mal estado del imperio de oriente, y la necesidad de socorrerle. «Los sarracenos, decia, dueños en otro tiempo de Italia, toda

España y la mitad de Francia, acaban de conquistar el Asia. Estan á las puertas de Constantinopla, amenazan segunda vez á occidente.» Para empeñar á los cristianos en su defensa, se valia de todos los medios oportunos; no solo para despertar la piedad, sino tambien para mover el interes y la ambicion, y aun añaden los latinos una cosa muy poco verosimil, y es, que para inflamar la nobleza, tan apasionada entonces al amor como á la gloria militar, presentó á su vista el cuadro de las delicias del Asia, de los placeres del oriente, y de las hermosuras de Grecia. Solo el odio de los historiadores europeos contra Aléxis pudo fingir semejante indecencia en una carta escrita por un emperador al gefe del mundo cristiano. Lo que parece cierto es, que afligido por los progresos de las armas turcas en Asia, escribió al pontífice que si habia de perder el imperio, le serviria de consuelo ver la Grecia libre de los feroces soldados de Mahoma, y protegida bajo el gobierno de los reyes latinos. Urbano juntó un concilio en Plasencia, y fue preciso, por el gran número de asistentes, celebrar las sesiones en el campo. La Italia mostró en esta primera ocasion mucha lástima á las desgracias de Jerusalen; pero poca disposicion á socorrerla. Las largas y recientes guerras sostenidas contra los sarracenos en Calabria y Sicilia hacian conocer allí mas que en otros paises los peligros y dificultades de la empresa. Sin embargo, el ardiente

Boemundo, hijo de Roberto Guiscard, y los valerosos normandos respondian con celo á los deseos del pontífice, no tanto por piedad como por ambicion. Boemundo, enemigo de Aléxis, pensaba mas en conquistar á Bizancio que en libertar á Jerusalen.

El papa, seguro de encontrar en Francia ánimos mas fáciles de inflamar, pasó á este reino, y reunió un concilio en Clermont de Auvernia. El clero, los príncipes, los gefes y los guerreros de esta nacion ardiente, móvil y belicosa que siempre tuvo la muerte en nada, y estimó el honor sobre todo, y ha llevado sus armas á todas las partes de la tierra, se reunieron en inmensa muchedumbre á la voz del pontífice. Urbano mandó á los franceses que vengasen á Dios, que libertasen su sepulcro, que castigasen á los profanadores de la cuna de la fe y que esterminasen á los destructores de la Iglesia. Prometió en nombre de Dios á los que se armasen para una causa tan santa el perdon de las penas debidas á sus pecados. Prohibió toda guerra entre particulares durante esta sagrada espedicion, amenazó con los anatemas de la Iglesia á los perturbadores de la *tregua de Dios*, y puso bajo la salvaguardia de la religion las viudas, huérfanos, mercaderes, labradores y artesanos. Asi las cruzadas fueron la aurora de la paz y justicia en Europa, el dique contra la anarquía feudal, la primer fuerza dada á los reyes contra los magnates, y el primer beneficio concedido al pueblo. Pedro habló despues

del pontífice. Su elocuencia grosera, pero franca, viva y ardiente, trasportó al Asia la imaginacion de los circunstantes; vieron la religion ultrajada, los monumentos destruidos, el sepulcro del Señor profanado, la Europa despreciada y envilecida, los peregrinos asesinados, sus esposas entregadas á la violencia de los infieles, á Antioquía conquistada, á Efeso saqueada, á Nicéa sometida, á los bárbaros hijos de Mahoma prontos á pasar de Constantinopla y á lanzarse como un torrente sobre Hungria, Alemania y acaso sobre los paises que yacen al occidente del Rin. Despertando entonces memorias amadas de los franceses, recuerda la gloria de Poitiers, las hazañas de Roncesvalles: las sombras de Carlos Martel y Carlo-magno, evocadas por el ermitaño, parecen estar presentes, y mandar por su voz á los franceses que defiendan la Europa, venguen el Asia y defiendan la santa ciudad. Despertando al mismo tiempo la ambicion, describe el Asia con los mismos colores que Moises la tierra de promision cuando la presentaba como premio del valor israelita. En fin, para dar á su voz una fuerza divina, concluye su discurso con estas palabras de los libros sagrados: «El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí.» El que abandone por mí su casa, padre, hijo, familia y heredad, será recompensado al céntuplo, y poseerá la vida eterna.» A estas palabras es universal el entusiasmo: todos los guerreros

sacan la espada: todo el pueblo se levanta y grita: «*Dios lo quiere, Dios lo quiere.*» «Si, dijo entonces el pontífice, esas palabras serán vuestro clamor de batalla. Jesus sale del sepulcro, y os presenta la cruz por mi mano, signo de reunion para los hijos dispersos de Israel, palma del martirio y prenda de la victoria: ella os recordará sin cesar que Dios murió por vosotros, y que vosotros debeis morir por él.» Las llanuras, bosques y montañas resuenan con vivas aclamaciones. Destrozan inmensa cantidad de telas encarnadas, forman cruces y se las ponen al pecho. Los franceses se cruzan y se arman: los demas pueblos siguen su ejemplo: toda la Europa jura hacer triunfar el Evangelio y esterminar á los musulmanes. Desde este momento se repite el grito de guerra en todo occidente: parece que los cristianos no conocen otra patria que la tierra santa. Conducidos por motivos diversos, todos se dirigen al mismo fin, y en esta multitud innumerable de cruzados, movidos unos por el fervor, otros por la ambicion, muchos por el deseo de la licencia y el pillage, se notaba el mismo ardor, el mismo denuedo y el mismo entusiasmo. El ejemplo de los caballeros normandos que habian adquirido tanta gloria y fortuna por su osadía, y conquistado con sus espadas provincias, ciudades y tronos, inflamaba el valor y la esperanza de un gran número de aventureros. Los que nada poseian ó se hallaban oprimidos de deudas, corrian

á buscar fortuna en oriente: los criminales solicitaban su perdon peleando por la Iglesia. Los reyes, con la esperanza de lograr mas seguridad, alejando de sí sus potentes vasallos y su turbulenta nobleza, animaron las cruzadas por todos los medios que podian. En este levantamiento de Europa algunos gefes y príncipes virtuosos, como Raimundo, conde de Tolosa, y Godofre, duque de Bouillon, siguieron en sus vastos designios los impulsos de un fervor sincero, la voz de una piedad generosa y los consejos de una prudente política. Su objeto verdadero fue socorrer á los cristianos oprimidos, librar el imperio de oriente, y oponer un dique al furor belicoso y fanático de los musulmanes, cuya cimitarra habia amenazado recientemente á la Europa con su total ruina. Solo estos condujeron la empresa con método y sabiduría; y á su prudente valor y á su política leal debió la primer cruzada sus triunfos y su gloria. Los demas corrieron y asolaron las tierras, y pasaron y desaparecieron con la rapidez de un torrente.

Las primeras cuadrillas que se armaron y partieron, eran, por decirlo así, el populacho de las cruzadas: reunion confusa de bandidos escapados de las cárceles, de jóvenes oprimidos de deudas, de aventureros deseosos de botin, de hijos sin padre conocido; en fin, de la escoria de todas las naciones. El ermitaño Pedro, que sabia predicar mejor que combatir, se puso al frente

de esta muchedumbre desordenada, y nombró por lugarteniente á un gentilhombre llamado Gautier, por sobrenombre *sin dinero*, porque no tenia mas bienes que su espada. Este ejército de peregrinos atravesó la Alemania y llegó á Hungría. El rey Calomano los recibió; pero como el gobernador de Belgrado les daba con economía las subsistencias necesarias, se derramaron por los campos, robaron las aldeas y destruyeron los rebaños. Entonces cayeron sobre ellos 140.000 búlgaros, é hicieron espantosa carnicería. Las reliquias de este primer cuerpo, que marchaba á las órdenes de Gautier, protegidas y recogidas por Nicetas, gobernador de Bulgaria, llegaron finalmente á Constantinopla. Poco despues llegó el ermitaño Pedro con el resto del ejército á la embocadura del Savo, y vió los cadáveres de algunos cruzados de su vanguardia, puestos en horcas. A este espectáculo se enfurecen los peregrinos guerreros: Burel de Estampes, caballero frances, los escita á la venganza, y toma por asalto una pequeña ciudad cercana á Belgrado. Pedro, olvidando como general la caridad que habia predicado como ermitaño, mandó saquear la plaza, fueron muertos 4.000 húngaros, Pedro los mandó colgar, y siguió su camino. Los húngaros se arman y maltratan su retaguardia, los desórdenes se renuevan y producen un castigo merecido. Los búlgaros acuden en gran número á pelear con los cruzados, triunfan con

facilidad de su indisciplinado valor, los destrozan, se apoderan de sus bienes, y hacen prisioneras sus familias. Pedro huyó con 500 hombres, y cuando se le juntaron todos los que habian escapado de la matanza, reconoció que habia perdido 10.000 de su gente. El emperador, informado por Nicetas de estos sucesos, escribió al ermitaño una carta de reprension, le prohibió detenerse mas de tres dias en un lugar, y mandó al comandante de sus tropas que vigilase la conducta de los cruzados al mismo tiempo que les diese subsistencias. Pedro se reunió con Gautier, y pasó al palacio del emperador. Su corta estatura, el vestido poco limpio y la presencia poco respetable del general ermitaño escitaron al principio sorpresa y menosprecio en la corte de oriente; pero apenas le oyeron hablar, el fuego de sus miradas, su ardiente celo y la vehemencia de su discurso hicieron grande impresion en los griegos, y el desden se trocó en respeto. El ermitaño dijo al emperador que un gran número de príncipes, obispos, duques, condes y guerreros de occidente le seguian con el designio de quitar el santo sepulcro á los infieles. Esta noticia infundió en los griegos mas temor que esperanza; porque no podian ver sin espanto caer sobre el imperio una multitud tan crecida de guerreros ambiciosos, «cuyo número, dice Ana Comneno, era tan dificil contar, como las hojas de las selvas, las arenas del mar y las estrellas del fir-

mamento.» Aléxis aconsejó al principio al ermitaño que esperase á sus compañeros antes de entrar en campaña; mas no tardó en conocer cuán peligroso era tener en su casa semejantes huéspedes. Ignorantes de toda disciplina, de toda ley, robaban los campos, quemaban las casas de placer, saqueaban las iglesias y asolaban las cercanías de la capital. Aléxis comenzó entonces á temer el funesto socorro que tan imprudentemente pidiera. Al mismo tiempo el papa le escribió que los príncipes mas valerosos de Europa marchaban al oriente con 300.000 soldados, ya alistados y apercibidos. Esta noticia le hizo temblar: previó que los cristianos le pondrian en mayor peligro que los turcos, y desde entonces resolvió defenderse de los primeros con la astucia, y de los segundos con las armas. De aquí proviene la diferencia de los dos retratos que la historia ha hecho de este príncipe, siendo celebrado en oriente como guerrero intrépido, hábil capitan, monarca justo y generoso, y denostado en occidente como guerrero tímido, príncipe débil, político falso, y pérfido aliado. Con el designio de estinguir el incendio mahometano que consumia algunas de sus ciudades, habia llamado sin prevision el torrente europeo que iba á inundar y destruir el imperio. El único medio que le quedaba para librarse de tan gran peligro, era dividir la masa de los cruzados y enviar sucesivamente al Asia sus diversas columnas

conforme llegasen á la capital. Su primer cuidado fue libertarse de la multitud inquieta que estaba á las órdenes del ermitaño. Hízola pasar á Nicomedia, y de allí al puerto de Ciboto, donde habia algunos ingleses que huian de la tiranía de los normandos, conquistadores de su patria. Apenas llegaron al Asia Pedro y Gautier, cuando sin hacer caso de los griegos esperimentados que les aconsejaban esperar refuerzos antes de combatir, marchando sin órden ni prudencia, llegaron al territorio de Nicea. Su vanguardia fue derrotada por los turcos, y Reinaldos que la mandaba, se hizo musulman para evitar la muerte. Soliman llegó con su ejército: Gautier le dió batalla, y la perdió con muerte de 25.000 hombres que tenia: solo 300 franceses pudieron abrirse paso, y llegar á una fortaleza que les sirvió de asilo. Pedro huyó á Constantinopla, y Aléxis no se afligió por la ruina de unas tropas que se habian portado mas bien como bandidos que como soldados. Un ejército de cruzados alemanes habia seguido al de Pedro. Apenas empezaron su camino, se entregaron á todos los escesos: los bávaros los sorprendieron cuando estaban embriagados, y los desarmaron y degollaron. Otros 100.000 cruzados franceses, ingleses, loreneses y flamencos comenzaron á manifestar su fervor matando á todos los judíos que habitaban en las ciudades del Rhin. Enmedio de esta multitud de furiosos, solo el obispo de Vormes

mostró humanidad, y libertó de su rabia muchas víctimas. Calomano, rey de Hungría, indignado de los estragos que causaban, les cerró las puertas de Belgrado. Quisieron romperlas; pero los húngaros se arrojaron sobre ellos, y los dispersaron y destruyeron tan completamente, que el conde Emicon, su comandante, se escapó casi solo. Estos locos habian tomado por guias para su peregrinacion una cabra y un ánsar, creyendo á estos animales dotados de instinto divino. Así perecieron las primeras cuadrillas, que ascendian casi á 300.000 hombres. Solo se dieron á conocer por sus estravagancias y delitos, y por la violencia de su irrupcion, que pasó con mas rapidez que una tempestad. Este primer desagüe de un fanatismo sin religion, de una licencia sin freno, hizo tan despreciable aquel populacho vagamundo, que ni aun el esceso de sus desgracias escitó la piedad; y, cosa horrible de decir, 300.000 hombres perecieron sin ser llorados. La historia misma escluye su desastrosa espedicion del número de las cruzadas, y no empezó á dar este nombre sino al primer ejército arreglado que atravesó la Europa bajo las órdenes de Godofre de Bouillon, duque de la baja Lorena, y descendiente por hembras de Carlo-magno.

Este ilustre guerrero, sincero en su fervor, puro en su fe, intrépido, prudente, firme, modesto, virtuoso y liberal, causaba respeto por su cordura á la nobleza ardien-

te que marchaba á sus órdenes, y escitaba el temor al mismo tiempo que la admiracion de los enemigos por la fuerza de su brazo y sus prodigiosas hazañas. Godofre fue un héroe histórico que parece pertenecer á la fábula. Merecia haber sido descrito por Plutarco, y fue digno de inspirar á Taso. Animado por el ardiente deseo de vengar á los cristianos oprimidos, de salvar el imperio de Constantinopla, y de oponer una barrera á las conquistas amenazadoras de los sarracenos, vendió su soberanía para pagar las tropas. Su ejemplo escitó la emulacion: de todas partes acudieron á sus banderas nobles caballeros, que se despojaban como él de sus bienes, sacrificaban sus tierras por seguirle, ó vendian á los pueblos el privilegio de ser libres. Sus hermanos Eustaquio de Boloña y Balduino, 10.000 caballeros y 70.000 infantes aguerridos partieron de Francia, bajo las órdenes de Godofre, el 10 de agosto de 1096. Llevaban por adalides la flor de la nobleza de Lorena, Alemania y Francia. Este ejército, cuyo designio era conquistar y no destruir, atravesó pacíficamente la Alemania. Calomano, rey de Hungría, concluyó con Godofre un tratado, que se ejecutó por ambas partes de buena fe, y cuando los cruzados llegaron á Neis, hallaron víveres en abundancia. Entretanto la marcha de este ejército, mas respetable porque estaba mas arreglado, inspiraba inquietud á Aléxis: ya no temia la licencia y el pillage como en la

primera espedicion, sino la ambicion europea. Sobre un trono socavado por el tiempo, asaltado por los bárbaros y conmovido por los turcos, veia caer en sus estados legiones numerosas y valientes, mandadas por capitanes ganosos de conquistas. Supo que cuando Godofre al frente de su ejército estaba ya acampado junto á Filipópolis, se preparaban otras tropas, tambien numerosas, en el mediodia de Francia á las órdenes de Raimundo, conde de Tolosa; y su temor llegó al estremo cuando supo que Hugo, conde del Vermandes y hermano del rey Felipe I; Roberto, conde de Flandes; Estévan, conde de Blois, y un gran número de príncipes, condes y duques, seguidos de sus vasallos, pasaban á Italia para embarcarse á Grecia, y habian de reunir sus armas con las del príncipe de Tarento; de aquel Boemundo, hijo de Roberto Guiscard, su antiguo é implacable enemigo. No ignoraba que este príncipe, ambicioso, altanero, falso, intrépido y elocuente, aspiraba al trono de Constantinopla, y se habia cruzado mas bien contra él que contra los sarracenos. No pudiendo resistir con la fuerza á esta tempestad, procuró conjurarla con la astucia; y por mas censurado que haya sido por los escritores occidentales, siempre será verdad que ningun monarca se halló en circunstancias mas críticas, ni supo salvarse con mas prudencia y moderacion. Su primer cuidado fue tomar rehenes contra las intenciones hosti-

les de Boemundo. Proporcionóselo la impaciencia de los franceses. Hugo el grande, hermano del rey Felipe, demasiado ardiente para esperar á los otros cruzados, é incapaz de recelar ninguna asechanza, se embarcó con un corto número de oficiales. Arribó á Durazo, se le recibió con respeto; pero fue arrestado y conducido á Constantinopla. Godofre, acampado cerca de Andrinópoli, supo este suceso, y reclamó la libertad del conde de Vermandes. Aléxis le retuvo como garantía coutra la repeticion de los desórdenes cometidos por los primeros cruzados. Declaróse la guerra, y el ejército de Godofre asoló las cercanías de Selimbria. Despues de varios combates poco decisivos, el emperador prometió la libertad de los rehenes; la guerra cesa y los cruzados se acampan á vista de Constantinopla. Desde entonces los dos pueblos, divididos como sus iglesias, vivieron en desconfianza recíproca y casi contínua. Habiendo Aléxis convidado á Godofre á una conferencia, este la rehusó temeroso de las perfidias de una corte, en que el hábito de las revoluciones habia hecho el veneno y el puñal familiares á la política. Las negociaciones fueron largas y difíciles: los cruzados querian dejar en Tracia una parte de sus tropas, mientras otra peleaba en Asia: querian ser dueños de las tierras que conquistasen, y erigirse en soberanos de las ciudades y provincias que tomasen á los sarracenos. Aléxis, por el contrario, exigia que evacuasen el territorio cercano á su ca-

pital, que pasasen todos sucesivamente al Asia, y que sirviesen bajo sus órdenes como auxiliares, con solo el noble objeto de vengar la religion, libertar el imperio y restituirle las provincias usurpadas por los infieles; en fin, que si en premio de sus servicios les concedia tierras en oriente, las poseyesen como vasallos del imperio. Los cruzados fundaban sus pretensiones en el número y fuerza de sus armas. Aléxis, para defenderse, les negaba navíos en que pasar al Asia, y víveres para subsistir en ella. Las dificultades se prolongaron, y la guerra volvió á encenderse. Godofre quemó varios palacios, se apoderó del puente de Blaquernas, y atacó al ejército griego que se defendió con valor. Entonces entraba ya por Macedonia el impetuoso Bohemundo: exhortaba en sus cartas á Godofre á que no diese oidos á ninguna proposicion de paz, sino que le aguardase y tomasen entre los dos á Constantinopla. El capitan de los cruzados, mas justo que el príncipe de Tarento, le respondió que habiéndose armado solo en defensa de la religion y para la libertad de Jerusalen, no queria hacer otras conquistas, y que deseaba sinceramente ganar la amistad del emperador para asegurar y concluir mas pronto la santa empresa. Aléxis supo esta respuesta, cuya lealtad disipó sus temores: obligado á reconciliarse con Godofre, le envió en rehenes á su hijo: esto allanó todos los ostáculos, y se celebró el tratado. El orgullo frances hizo

un sacrificio á la vanidad oriental. Godofre, acompañado de los principales de su ejército, entró en Constantinopla y fue á palacio. Tanto él como los señores hincaron la rodilla, besaron los pies del emperador y le ofrecieron fe y homenage. Entonces Aléxis, presentando al gefe de los cruzados los ornamentos imperiales, le dijo: «Yo sé que eres grande en tu pais; y como tambien sé que tu rectitud y sinceridad igualan á tu poder, confio á tu prudencia no solo la defensa de mi imperio contra los infieles, sino tambien contra esta multitud de estrangeros que llegan de todas partes. Recibe estos ornamentos: los mereces, y te adopto por hijo mio.» Desde este momento quedó restablecida la concordia. El tratado de paz no contenia mas que dos artículos. Aléxis prometia á los cruzados darles víveres, protegerlos y unir sus tropas con las europeas, y los príncipes por su parte juraban fidelidad al emperador, darle las ciudades que conquistasen en Asia, y fe y homenage por las tierras que les permitiese poseer. Como la prudencia y vigor de Godofre no podia impedir que un ejército tan numeroso y compuesto de tantos pueblos diferentes cometiese algunos desórdenes, Aléxis instó á que partiesen los cruzados: pasaron pues al Asia, y se acamparon en Calcedonia. Entretanto Boemundo, príncipe de Tarento, justo terror de Aléxis, y harto famoso en Grecia por las batallas de Arta y Janina, en que su padre y él habian vencido

al emperador, llegaba con una numerosa infantería y 10.000 ginetes, entre ellos el valiente Tancredo, que segun los historiadores de aquella época valia por un ejército. El nombre de Boemundo derramaba el espanto en el imperio: sus tropas cometian en la marcha los escesos que solo autoriza la guerra: el ejército griego que le observaba costeando sus flancos, cogió á algunos que se habian esparcido para saquear. Tancredo al frente de 1.000 ginetes acomete á los griegos y hace algunos prisioneros: estos declaran que habian hostilizado á los normandos de orden del emperador. Entonces todos los cruzados piden la guerra á gritos: Boemundo mitiga su ira, disimula su propio resentimiento, da libertad á los prisioneros, se acerca á la capital, la amenaza, rehusa una conferencia, declara que no hará un juramento tan ofensivo para él, y se dispone á cercar á Constantinopla. El virtuoso Godofre, informado de estos sucesos, y que no deseaba sino mantener la paz entre los cristianos para acelerar la guerra contra los infieles, atraviesa el Bósforo, y con la fuerza de su prudencia y de su autoridad doblega la altivez de Boemundo. Este príncipe ambicioso cede, sigue el ejemplo de los demas cruzados, y jura fe y homenage al emperador. Aléxis le recibió con magnificencia: hubo palabras de amistad y odio en los corazones. El lujo, las artes y la industria de los orientales sorprendian á los latinos sin admirarlos; porque despre-

ciaban la falsedad, afectacion, vicios y molicie de los griegos. Los príncipes de Italia, Francia y Alemania, casi todos soberanos en sus señoríos, iguales entre sí y émulos de los reyes, miraban con desden el despotismo de los emperadores de oriente y la servilidad de sus cortesanos. Los griegos por su parte, ofendidos de las costumbres feroces, carácter altanero y grosería de los guerreros de occidente, los trataban de bárbaros, y no los aborrecian menos que á los turcos. Enmedio de la ceremonia en que los príncipes hicieron homenage al emperador, Roberto de París, joven caballero frances, indignado del fausto orgulloso y de la etiqueta oriental, se arroja al trono de Aléxis, y se sienta á su lado. Balduino le obligó á bajar, diciéndole que era preciso acomodarse á los usos del pais en que estaba. «¿Cómo se puede sufrir, dijo Roberto, que un animal esté sentado, cuando estan en pie tan grandes capitanes?» El emperador, acostumbrado á fingir, preguntó al frances con serenidad cuál era su nombre y su clase. «Yo soy, respondió el caballero, noble y de antigua familia: hay cerca de mi castillo una iglesia donde deben ir todos los que quieran pelear y hacerse ilustres por alguna hazaña: he estado allí mucho tiempo sin que nadie se haya atrevido á combatir contra mí.» Aléxis se sonrió de esta arrogancia: advirtió al frances los peligros á que le espondria su imprudencia, y le predijo que todos los que se separasen temera-

riamente de las columnas cristianas, ya adelante, ya en la retaguardia, caerian sin remedio bajo la cimitarra de los infieles. Tancredo y su amigo Ricardo, menos violentos, pero tan orgullosos como el joven de Paris, rehusaron como Boemundo someterse al juramento que los humillaba: salieron sin orden de la corte y pasaron al Asia.

Boemundo halló en su alojamiento puestas las mesas y preparado un gran banquete, y ademas mucha carne sin guisar: el suspicaz normando no comió del banquete, sino de lo que guisaron sus criados; y manifestó grande admiracion cuando supo que las personas de su comitiva habian comido sin inconveniente de los manjares que se les sirvieron. Aléxis, previendo tan injusta sospecha, habia dispuesto el desengaño. Al dia siguiente, cuando el príncipe de Tarento atravesaba por el palacio, se le mostró un gabinete lleno de oro, plata, joyas, diamantes y telas preciosas. El príncipe, sorprendido de esta magnificencia, esclamó: «A ser mias estas riquezas, hubiera yo conquistado un reino.» «Tuyas son,» le dijo un ministro del emperador, y mandó que las llevasen á su alojamiento. Boemundo las rehusó al principio; pero despues de una corta lucha entre la avaricia y el orgullo, las aceptó. Añadiase la escision religiosa á tantos principios de discordia: el patriarca no queria reconocer la supremacia del pontifice: los latinos aborrecian y despreciaban á los sacer-

dotes griegos como hereges y cismáticos; y estos, como se ve en la relacion de Ana Comneno, llevaban á mal el carácter belicoso del clero latino; mas ellos se deshonraban con sus eternas disputas y sutilezas pueriles, que ademas de destruir la unidad de la fe, sepultaban en la ignorancia la antigua patria de las letras y ciencias. Montesquieu comparaba los griegos cismáticos á los escitas, de quienes refiere Herodoto que sacaban los ojos á sus esclavos para que nada los distrajese de la operacion de batir la leche. Dos pueblos tan divididos en creencia, leyes, costumbres y política no podian vivir largo tiempo en amistad. Aléxis se apresuró á disponer que pasasen al Asia sus importunos huéspedes. El torrente europeo continuaba, y llegaron nuevos enjambres de cruzados: primero el conde de Flandes, antiguo amigo de Aléxis, y despues el duque de Normandía con los condes de Blois y Boloña: sus huestes conducidas por gefes hábiles no hicieron daño alguno, y estos príncipes prestaron el juramento sin dificultad. Sin embargo, el emperador, temiendo las grandes reuniones, tan difíciles de contener como de alimentar, los envió al Asia con prontitud. En fin, el mas poderoso de los cruzados y el que primero arboló el estandarte de la cruz, salió de Francia el último al frente de 100.000 hombres: este era el famoso Raimundo, conde de Tolosa, tan valiente y virtuoso como Godofre. A pesar de las cartas pacíficas de Alé-

xis y la prudencia de Raimundo, el viage de este príncipe fue una guerra continua contra los comanos, uros, búlgaros y patzinaces; que estaban cansados de ver tantos estrangeros pasar por sus tierras. Cuando el conde de Tolosa llegó á Constantinopla, y se le habló del homenage que debia prestar, respondió: «No he venido á oriente á buscar un señor. Si el emperador junta sus tropas á las de los cruzados, y pelea al frente de ellos, le obedeceré como á general mio; pero nunca como á soberano.» Esta firmeza que podia arruinar todo el edificio de Aléxis, y resucitar las pretensiones de los otros príncipes tan dificilmente acalladas, escitó temor y enojo en el ánimo del emperador. Al dia siguiente por la noche acometió de improviso los reales de Raimundo, que á pesar de su fuerte resistencia perdió mucha gente. Los cruzados, desanimados por este revés, querian partir; pero Aléxis les negó víveres y navios. Godofre y Boemundo acudieron para hacer la paz: la entereza fue mas pertinaz que el orgullo, y Raimundo no quiso hacer mas juramento que el de no emprender nada contra la vida ó el honor de Aléxis, mientras cumpliese este príncipe lo que prometió á los cruzados. El emperador griego, obligado á contentarse con este juramento, mostró á Raimundo mas respeto y consideracion que á los otros príncipes; y el conde de Tolosa, que era tan franco como altivo, fue entre todos los príncipes cruzados el

que cumplió mejor sus promesas.

Habiendo llegado en fin al Asia todas las fuerzas de los latinos, se pusieron en marcha para sitiar á Nicéa. Aléxis, no creyendo ni prudente ni decoroso presentarse con un ejército menos considerable, que el de sus aliados, se contentó con enviar un cuerpo de tropas á las órdenes de su lugarteniente Taticio. Este general era universalmente estimado en el imperio, por haberle defendido con gloria en el Asia contra los infieles, en Iliria contra los normandos, y en Tracia contra los bárbaros. Sin embargo, los historiadores europeos de la primer cruzada le tachan de cobarde y traidor. Su imaginacion, exaltada por la grandeza misma de la espedicion, exagera las hazañas de los cruzados, disimula sus yerros, y pinta á sus enemigos con los mas odiosos colores. Pero á pesar de estos panegíricos y sátiras, el candor grosero de las costumbres del tiempo hace que confiesen los vicios de muchos aventureros peregrinos; y varios hechos, imposibles de disimular, prueban que en el ejército de los latinos, justamente famoso por los prodigios de valor que hizo, habia mas licencia, barbarie, disolucion y mala fe que en los ejércitos griegos, donde se conservaban todavia algunos vestigios de la disciplina romana. Aquella multitud de guerreros sin regla, sin leyes, sin señores, inflamados por un deseo desordenado de aventuras, conquistas y riquezas, presenta el cuadro de una república

feudal, militar y anárquica; y una empresa justa en su principio y gloriosa en su objeto no se logró cumplidamente por la falta de órden y por las pasiones de los gefes. Aunque el ejército latino constaba de 500.000 hombres, y tenia á su disposicion, por mandado de Aléxis, todas las máquinas de guerra inventadas por la industria de los griegos, el sitio de Nicéa fue largo y sangriento, por la fortaleza de la ciudad y el valor de sus defensores. Soliman, previendo la rendicion, salió á buscar socorros, y volvió con un ejército mandado por el sultan Kilidge Arslan. Los cristianos y musulmanes, en presencia unos de otros, se contemplaron por mucho tiempo con recíproca admiracion. Los turcos que acababan de bajar de las riberas del Oxo, famosos ya por grandes conquistas, y los francos que venian desde la cima del Alpe y del Pirineo, y desde las playas del occéano, eran los unos para los otros el espectáculo mas nuevo y estraordinario. Los cristianos veian con sorpresa cubierta la llanura de inmenso número de ginetes musulmanes, montados en los rápidos caballos de Persia y Arabia, sus anchas y centelleantes cimitarras, los jaeces de oro y plata, los colores variados de sus trages de seda, que ondeaban en el aire, y de sus turbantes adornados con garzotas magníficas. Los turcos por su parte admiraban los escuadrones densos de los guerreros franceses, y sus caballos armados de piezas de hierro. Los cuer-

pos de estos guerreros estaban revestidos de una túnica casi impenetrable, compuesta de anillos de acero, sobre los cuales ondeaban ricas banderolas. Yelmos de plata cubrian las cabezas de los gefes, de hierro las de los soldados: unos tenian arcos y hondas: otros largas lanzas, espadas cortas y mazas pesadísimas: su última defensa era un puñal en el cinto. Todos estos batallones cristianos de paises tan diversos y cubiertos de armas semejantes, habian dibujado en sus estandartes y escudos, para distinguirse y conocerse, mil figuras, signos y emblemas de colores mezclados y de varias formas que designaban el señor cuya bandera seguia cada uno. Este fue el orígen de las armas y blasones, cuyo arte, inventado por la necesidad y perfeccionado por el orgullo, ha casi desaparecido en nuestros dias. En los dos ejércitos todo formaba el contraste mas singular. Religion, costumbres, opiniones, táctica, todo era diferente y casi opuesto. La única semejanza que habia entre aquellas dos masas terribles, era el fervor de la creencia y un odio implacable. La primer batalla que se dió entre los héroes de oriente y occidente, fue larga y terrible: duró dos dias. Godofre, Raimundo, Boemundo y los dos Robertos inmortalizaron su valor con hazañas maravillosas. La victoria quedó por los cristianos: el sultan se vió obligado á huir, y los cruzados enviaron á Aléxis mil cabezas de sarracenos, tributo digno de aquel siglo. A pesar de es-

ta derrota, la guarnicion, favorecida por los habitantes de Nicéa, continuaba defendiéndose, y en sus frecuentes salidas destrozaba las obras de los sitiadores. Despues de muchos asaltos sangrientos, la muralla caida abrió una larga brecha á los cruzados; pero con gran sorpresa suya vieron detras de ella un nuevo muro que habian levantado los de la plaza. Un gran lago impedia rodear enteramente la ciudad, que por esta causa recibia con frecuencia víveres y refuerzos. El emperador hizo construir una escuadrilla que privó á los sitiados de todo socorro. Nicéa era plaza demasiado importante y vecina á la capital para que Aléxis la dejase en poder de sus ambiciosos aliados; y para quitarsela, cuando la falta de víveres anunció la época de su rendicion, hizo entrar en ella á Batumeto, que tenia inteligencia con los turcos: el cual, con las promesas que les hizo, los persuadió á rendirse á él; y cuando los latinos marchaban á banderas desplegadas á dar el último asalto, como á un triunfo cierto, vieron con tanto despecho como sorpresa ondear el estandarte del imperio en las murallas de Nicéa. Obligados á renunciar á esta conquista, se dividen en dos columnas y penetran en Asia. Llegando á Frigia, su primer division fue acometida cerca de Doriléo por una nube de sarracenos, y se halló cercada por todas partes. En vano Boemundo se escedió á sí mismo en esta jornada: la superioridad de la caballería

turca triunfó del valor de los cristianos. Boemundo fue derribado, é iba á perecer: el valiente Tancredo le salvó la vida poniéndose entre él y los enemigos. Mientras los caballeros, hostigados y debilitados por la gran pérdida, peleaban con el valor de la desesperacion, un destacamento numeroso de turcos penetró en los reales. Alberto de Aix, actor y testigo de esta batalla, dice: «Las señoras, viéndose abandonadas de sus defensores, y reducidas á las armas propias del sexo, se adornaron muy cuidadosamente, para templar con su hermosura el furor de los musulmanes.» Entre tanto los cristianos, cubiertos de heridas y oprimidos del cansancio, iban no á rendirse, sino á morir, cuando de improviso llegan Godofre y Raimundo al frente de la segunda columna. Renuévase el combate: los vencidos cobran vigor con la esperanza: los infieles se desalientan: todos los cruzados al grito *Dios lo quiere* se arrojan sobre los sarracenos. Godofre, Raimundo, Hugo y Tancredo desordenan las filas de los mahometanos: el obispo Adhemar rodeó al enemigo con un cuerpo de caballería: la retirada de los turcos se trueca en derrota, y el combate en matanza. En fin, los infieles huyen dejando en el campo de batalla muchos emires, 20.000 soldados y 3.000 oficiales. Los cruzados no perdieron mas de 4.000 hombres. Dueños de los reales de los turcos, hallaron en ellos víveres en abundancia é inmensas riquezas. El ejército cris-

tiano resonaba con himnos religiosos, cantos de guerra y gritos de victoria; y en su alegría desordenada levantaban en las puntas de sus lanzas los turbantes, y cubrian sus armas con los vestidos de los mahometanos.

Los turcos, no esperando despues de su derrota vencer á los cristianos por fuerza de armas, quisieron domarlos con el hambre, y talaron y dejaron desierto todo el pais hasta el monte Tauro. Los cruzados al salir de Frigia tomaron el camino de Antioquía. Ningun ostáculo detuvo su marcha; pero una espantosa escasez, enemigo mas cruel que los turcos, triunfaba de ellos horriblemente: en un solo dia murieron de hambre 500 hombres. En esta marcha fue Godofre acometido de un enorme oso: el héroe derribó á la fiera; pero fue llevado á su alojamiento casi espirando. Aquella multitud de señores era harto indisciplinada para marchar largo tiempo reunida. La ambicion los dividió: Tancredo y Boemundo se separaron de Godofre, entraron en Cilicia y tomaron por asalto la ciudad de Tarso. Balduino, que deseaba esta conquista, vino á quitársela con un cuerpo numeroso, de lo que se originaron grandes odios y querellas interminables. El ambicioso Balduino, despreciando las órdenes de su hermano y general, gefe de los cruzados, pasó á Armenia seguido de sus vasallos, atravesó el Eufrates, y llegó á Edesa. Esta ciudad, aunque rodeada de estados musulmanes, era cristia-

na: un griego llamado Teodoro, primero gobernador y despues príncipe de Edesa, la defendia con valor de mucho tiempo antes contra los sarracenos, y tuvo la llegada de los cruzados por socorro enviado del cielo. Al ver la cruz salió sin desconfianza, recibió honoríficamente á los franceses, y aun adoptó á Balduino por hijo y sucesor. Mas este ingrato se valió de sus mismos beneficios para perderle: los habitantes, engañados y sublevados por él, se armaron contra Teodoro, y le degollaron. De este modo logró Balduino el principado de Edesa; y la primera soberanía fundada por los latinos en oriente se debió á un asesinato.

Toma y batalla de Antioquía. (1097.) El ejército cristiano, que al entrar en Asia constaba de 600.000 hombres, estaba ya reducido á 300.000 por los combates, el hambre y las enfermedades. Enflaquecido, mas no desalentado, continuó su marcha, se apoderó de Iconio y otras treinta y ocho ciudades, pasó el Orontes, y sitió á Antioquía, que era entonces la plaza mas fuerte, poblada y hermosa de todo el oriente. Allí tuvieron los cruzados noticias muy tristes: Suenon, príncipe de Dinamarca, despues de haber desembarcado en el Asia menor, fue sorprendido en Frigia por los turcos, y pereció con todas sus tropas. Su ostinada resistencia hizo gloriosa su ruina: vendió cara su vida; y la jóven Florina, su prometida esposa, participando de sus peligros, y peleando

á su lado, cayó en el campo de batalla atravesada de siete flechas. El odio de los europeos á Aléxis le atribuyó este desastre: dijeron que habia dado á Suenon guias sobornadas que lo llevaron al lazo donde perecció. Pero á ser Aléxis capaz de artificio tan vil, lo habria empleado mas bien contra el temible Boemundo, su antiguo enemigo, que contra el jóven Suenon, de quien nada tenia que recelar.

En todos tiempos las llanuras de Antioquía, las costumbres de sus habitantes, la suavidad del clima, el aire embalsamado de sus praderas y la frescura de sus bosques ofrecieron á todos los pueblos y ejércitos lazos peligresos contra la virtud. Los soldados de Trajano y de Severo olvidaron en estos lugares deliciosos su antigua disciplina. La austeridad del cristianismo desterró los dioses que presidian al deleite; pero el culto sobrevió á los templos, y no parecia sino que Venus y el Amor, ocultos aun en las selvas de Dafne, herian con sus dardos á los hombres que se aventuraban á entrar en ellas. El aire que se respiraba allí parecia vehículo de una llama suave, contra la cual nada pueden ni el ánimo indomable ni los petos mejor templados. Los latinos no resistieron al hechizo de aquella mansion de placeres. A vista de una ciudad defendida por un ejército, se dejan seducir por las miradas de las sirias: olvidan religion, disciplina y patria: abandonan la guardia de los reales, y

enmedio de la guerra se entregan al deleite, como si gozasen de la paz mas profunda. El campamento cristiano resuena con los cantos de la embriaguez, los gritos de la disolucion y el tumulto de las orgias. Los turcos se aprovechan del desórden, salen de sus murallas, sorprenden y acometen á los cruzados, y los degüellan en el regazo de las prostituidas. El peligro disipa la embriaguez, renace el valor: los cristianos se arman y rechazan á los infieles; mas no sin haber perdido un gran número de guerreros que habian pasado en un momento desde los brazos del placer á los de la muerte. Los sacerdotes cristianos, cuya voz habia sido desatendida, y despreciadas sus reprensiones, fulminaron entonces en nombre del cielo: los guerreros, castigados ya de sus vergonzosos escesos por las armas de los musulmanes, bajaron su frente humillada, escucharon á los ministros del Altísimo, casi igualaron la penitencia con las culpas, y solo se oian preces, lágrimas y gemidos en el mismo campamento, teatro poco antes de la alegría mas tumultuosa y de la licencia mas desenfrenada. Volvieron con ardor á los trabajos militares; pero la altura de los muros, la profundidad de los fosos, la fuerza y valor de la guarnicion, y sus frecuentes salidas, hicieron inútiles por muchos dias los esfuerzos de un brio mas fogoso que ordenado. La caballería turca corria el campo, robaba los convoyes y cortaba los víveres á los reales

de los cristianos. Despues de cuatro meses de sitio, los cruzados, ya sin fuerzas por la fatiga y las privaciones, comenzaban á desanimarse. Taticio, comandante de los griegos, se separó con los suyos de los reales, socolor de salir á recibir á Aléxis que se acercaba con su ejército. Los latinos reprenden esta defeccion como una cobardía: Ana Comneno dice, que la retirada de Taticio procedió solamente de los consejos pérfidos de Boemundo. «El príncipe de Tarento, dice, queria alejar los griegos con el objeto de tomar á Antioquía para sí y hacerse soberano en ella.» El éxito justificó esta prediccion. Nuevos desórdenes ocurrieron en el campo cristiano. Godofre, para reprimirlos, mandó que se encerrase á las mugeres en un campamento separado. Así se evitó el adulterio, y se dió ocasion á delitos mas infames. La crueldad siguió, como siempre, á la disolucion, y se vieron ejemplos de una ferocidad desconocida hasta entonces en oriente. Guillermo de Tiro cuenta, que Boemundo, habiendo encontrado en el campo algunos espías turcos, los mandó asar, y apaciguó el hambre de sus camaradas con un banquete horrible; y al mismo tiempo declaró con un escrito público, que segun la determinacion de los gefes, «todos los infieles, cogidos como espías, sufririan igual trato, y servirian de alimento tanto á los príncipes como á los soldados.» Parece imposible que hubiesen cometido esta maldad Go-

dofre y los demas generales. Mientras la soberbia Antioquía rechazaba con tanta ostinacion los asaltos de los cruzados, recibieron estos una embajada del califa de Egipto, que les proponia unirse con él contra el de Bagdad, ofreciéndoles conducirlos á Jerusalen, y darles libertad para que visitasen el sepulcro de Cristo á condicion de que entrasen en la ciudad, no como conquistadores, sino como peregrinos y desarmados. A pesar de la miseria en que se hallaban los latinos, respondieron á esta propuesta de un modo digno de su valor. «Hemos venido, dijo Godofre, á vengar la religion ofendida y nuestros hermanos asesinados; y sabremos, no visitar, sino libertar á Jerusalen, de la cual queremos ser señores y custodios. Los ejércitos de Egipto nos causan tan poco temor como los de Persia.» Rompióse la negociacion. Las palabras altivas de los cristianos se sostenian con brillantes hazañas. El príncipe de Tarento y el conde de Tolosa, sabiendo que los sultanes de Alepo y Damasco llegaban con 20.000 turcos, les salieron al encuentro y los derrotaron completamente: á esta victoria se siguió la derrota de un cuerpo numeroso de mahometanos que habian envuelto á las tropas de Génova y Pisa, recien desembarcadas en Asia. En estos combates aumentó Godofre su fama con hazañas que parecen mas novelescas que históricas: ningun peto valia contra la fuerza de su brazo, y de un tajo partia un gigante.

Entretanto los libertadores de Siria contribuian á arruinarla tanto como sus opresores. Todos los hombres de poco valer, todos los pordioseros que habian venido de Europa á hacer fortuna, se reunieron, tomaron el nombre de *mendigos*, formaron un ejército, y eligieron un rey, que entregó el Asia al mas espantoso saqueo. Los héroes de Hoccidente eran muy semejantes á los de Homero en la altivez, el valor y las disputas; y en el campo de Antioquía, asi como en los reales de Agamenon, sacaron las espadas el general y un caudillo, siendo la causa de la querella una tienda riquísima, enviada por un príncipe de Armenia al mas valiente. Godofre venció, y el ambicioso Boemundo, obligado á ceder la tienda á su gefe, se consolaba con la esperanza, aun mas atractiva, de lograr la soberanía de Antioquía. Este príncipe tenia intimidad secreta con un renegado, cuyo nombre era Firux, que sobornado por sus regalos le ofreció entregarle tres torres. En este tiempo Kerboga, sultan de Persia, habiendo reunido bajo sus banderas los sultanes y emires de Asia, entraba en Siria con 200.000 hombres. Su proximidad infundió espanto á los cruzados: el hábil Boemundo procuraba aumentar su terror para que coadyuvasen á sus designios. «No podeis, les dijo, conquistar á Antioquía por fuerza: un largo bloqueo espondria el ejército, retardaria vuestras operaciones, y os apartaria quizá para siempre del objeto de la

cruzada. Valgámonos, pues, de la astucia. Tengo inteligencias en la plaza, y puedo haceros dueños de ella; pero me la habeis de ceder, porque no quieren entregarla mas que á mí.» La necesidad y la inminencia del peligro impusieron silencio á la ambicion y envidia de los otros príncipes, y prometieron á Boemundo dejarle la posesion de su conquista. Mientras el príncipe de Tarento se creia en el colmo de su ventura, faltó poco para que perdiese el fruto de sus artificios; porque Acciano, príncipe de Antioquía, recibió aviso secreto de la traicion del renegado, y le mandó prender; pero la disimulacion y serenidad del reo le salvaron; y la osadia arrogante del crimen pareció al sultan una prueba de inocencia: tanta fue la entereza y tranquilidad de Firux. Apenas llega la noche pone en ejecucion su designio; pero como sus dos hermanos, que eran tambien comandantes, y en los cuales confiaba, no quisieron hacer traicion á su juramento, viendo que no podia vencer sus escrúpulos les dió de puñaladas, abre él mismo las puertas de las torres, y hace á los cristianos la señal en que habia convenido. El príncipe de Tarento llega con los cruzados; pero estos guerreros, tan intrépidos en los combates, no se atreven á fiar sus vidas en la palabra de un traidor: en vano se les manda entrar en las puertas que estan abiertas; creen que son las del sepulcro; desobedecen, y se detienen. Boemundo indignado

entra solo , y sube á la muralla , avergonzado de que le abandonen : 60 caballeros se determinan á seguirle ; poco á poco se despierta la confianza con el ejemplo : todo el ejército penetra callado en la ciudad ; y alzando de improviso el grito de guerra, se arrojan sobre los musulmanes y los degüellan, sin respetar á edad ni á sexo. En esta matanza perecieron 10.000 habitantes. Dueños de Antioquía , no gozaron en paz de su triunfo : Korasan , Media , Babilonia , Persia y todo el oriente desde Damasco hasta Jerusalen estaba en armas : todos los príncipes y gefes mahometanos acudieron á la voz del sultan de los Selgiucides , y el terrible Kerboga se presentó en breve al frente de un ejército innumerable en las riberas del Orontes. Los cristianos se hallaron sitiados en la plaza que acababan de tomar , cortada la comunicacion con todo lo demas del mundo, y aislados en el centro del oriente. Los mahometanos los rodean por todas partes , y el hambre horrible les amenaza con una muerte mil veces mas espantosa que la de los combates. En esta miseria , el esceso de la calamidad abatió el valor de muchos. Algunos salieron de la plaza , y tomaban el turbante para librarse de sus tormentos. El conde de Melun y el de Blois desertaron las banderas de Godofre , y buscaron su salvacion en la fuga. Estévan , conde de Chartres , fue á los reales de Aléxis , que llegaba con su ejército para socorrer á Antioquía ; y

le hizo un cuadro tan espantoso de la fuerza de los turcos, y de la situacion deplorable de los cruzados, que el emperador, creyéndolos perdidos sin recurso, se retiró al Bósforo para defender su capital. Esta retirada aumentó y eternizó el odio que le tenian los latinos. Aléxis creia cierta la ruina de ellos, y ademas estaba irritado de que en lugar de restituirle á Antioquía se la habian dado á su enemigo Boemundo. Los cruzados trataban ya de capitular, cuando un sacerdote cristiano les pidió que se reuniesen, y les declaró que orando de noche en la iglesia habia visto á la Vírgen arrodillada delante de su hijo, y que el Salvador le dijo: «Levántate, y anuncia á mi pueblo que es llegado el dia de mi misericordia y de su libertad.» Al mismo tiempo otro sacerdote, llamado Bartolomé, anunció á los cristianos que sabia por revelacion el sitio en que estaba el hierro de la lanza que atravesó el costado de Jesus. «Este hierro, añadió, será la salvacion del ejército.» Al punto acuden al lugar indicado, cavan la tierra, y hallan el hierro sagrado. Godofre lo une al cabo de su lanza: el fervor se enciende, los terrores se olvidan, el valor renace: cada guerrero, sin esperanza antes ni fuerzas, se cree ya invencible; y todos á ejemplo del general, de Raimundo, Hugo, Tancredo y Boemundo, repiten el juramento de entregar la vida primero que á Antioquía. El ermitaño Pedro habia sido enviado al sultan para entablar negociacio-

nes: los sarracenos le echaron con menosprecio, declarando que los cristianos debian rendirse á discrecion. Unos y otros tomaron las armas.

Esta batalla que decidió la suerte de Asia para un siglo, se dió el dia de san Pedro. Se peleó por ambas partes con aquel furor que inspiran las guerras religiosas: largo tiempo fue la victoria incierta, y aun la fortuna estuvo algunos momentos del lado de los infieles; pero cuando los cruzados, oprimidos por el número, iban ya cejando, ven descender de las montañas sobre el flanco de los enemigos un escuadron precedido de tres caballeros vestidos de blanco. El obispo Adhemar esclama: «Animo, cristianos: los santos mártires Jorge, Demetrio y Teodoro vienen en vuestro auxilio.» A estas palabras cada soldado se convierte en un héroe invencible. Persuadidos á que el rayo celestial va delante de ellos, se arrojan sobre los infieles, los desbaratan y dispersan, los persiguen y destruyen, y hacen en ellos una espantosa carnicería que duró hasta la noche. Cien mil sarracenos quedaron en el campo de batalla: en él feneció la dinastía de los Selgiucides, y el famoso imperio de Togrul, Alp Arslan y Malek. La abundancia que reinaba en el campamento de los turcos hizo revivir á Antioquía: los cristianos vencedores se peleaban por el repartimiento del botin. Boemundo fue reconocido por príncipe de aquella ciudad: los cruzados se apoderaron de mu-

chas plazas de Siria: Tancredo, Raimundo y el duque de Normandia, incapaces de gozar un descanso que retardaba la libertad del santo Sepulcro, entraron en Palestina, y enviaron embajadores al emperador, instándole á que se uniese con ellos para ir á Jerusalen. Godofre y los demas cruzados esperaron la primavera para ponerse en marcha.

Toma de Jerusalen. (1099.) Cuando todo el ejército cristiano entró en la tierra santa, habia sufrido ya inmensas pérdidas. Las batallas, fatigas y enfermedades habian devorado filas enteras; y de 600.000 guerreros que desembarcaron en Asia, solo entraron 50.000 en Palestina. En el camino tomaron la ciudad de Trípoli, y demolieron sus murallas. El emir de san Juan de Acre evitó el cerco, declarando á los cristianos que se les rendiria apenas tomasen á Jerusalen. Los cristianos, instruidos por el escarmiento, impidieron que renaciesen las discordias, conviniendo en que en lo sucesivo toda ciudad conquistada perteneceria al señor que fijase primero su estandarte en lo alto de las murallas. Asi se justificaron los temores de Aléxis, y sus aliados resolvieron, como él habia previsto, desmembrar el imperio que la justicia, la religion y sus juramentos los obligaban á libertar de los infieles. Despues de marchas largas y penosas, llegaron los cristianos á las alturas de Emaus, y de improviso se presenta á su vista la santa ciudad: detiénense inmóviles por la admiracion

y el respeto: de allí á poco se levanta el grito universal. *Jerusalen, Jerusalen, Dios lo quiere, Dios lo quiere*. Todo el ejército se postra y llora sus culpas al ver los lugares donde Dios murió por salvar á los hombres. Aquellos príncipes y soldados, poco antes tan orgullosos y feroces, ya no eran mas que humildes y devotos peregrinos. Dadas algunas horas á la religion, la trompa los llamó al combate. Levántanse, describen el campamento, lo fortifican, aguzan las armas, establecen los puestos, reconocen la plaza, y construyen con actividad las máquinas y torres que han de derribar las murallas. Los sitiados eran mas numerosos que los sitiadores: 60.000 turcos defendian á Jerusalen, cuando los reales cristianos, disminuidos por los destacamentos necesarios para guarnecer lo conquistado y asegurar las subsistencias y las comunicaciones, no contenian, segun se dice, mas que 20.0000 hombres.

Los musulmanes salen de la ciudad y acometen á los cruzados; pero el impetuoso Tancredo los rechaza: llevado de su celo los persigue hasta las puertas, y adelantándose á sus compañeros se detuvo en el monte Olivete. Allí se olvida de la tierra, y el ánimo fijado en el cielo, se arrodilla é invoca á Dios por cuya causa pelea. Cinco turcos le rodean y acometen: aparta con el escudo sus espadas, los traspasa á todos, los deja muertos, y vuelve triunfante á los reales. Los cruzados, poco numerosos y demasiado

ardientes para fundar su esperanza en la lentitud de un sitio regular, emprendieron tomar por asalto la plaza, entónces muy fuerte; pero á pesar de su valor y de la constancia y repeticion de sus ataques, fueron rechazados, y los mas audaces, que habian subido á lo alto de la muralla, cayeron precipitados al foso. Despues de algunos dias de descanso, interrumpidos con frecuentes salidas, marcharon de nuevo contra la ciudad, precedidos de arietes, catapultas y torres muy altas llenas de soldados: por una parte las máquinas de guerra lanzaban á la plaza flechas, piedras y peñascos enteros: por otra el fuego griego abrasaba las torres, y de las murallas llovia sobre los cristianos un diluvio de dardos inflamados. El furor crece con la sangre, ya subian á las murallas un gran número de cruzados; pero acometidos y derribados por la masa enemiga, caen, y aturdidos por el golpe y desanimados se creen perdidos. De improviso aparece sobre el monte Olivete un caballero vestido de armas brillantes: el piadoso Raimundo clama: «Es san Jorge, que viene á pelear en defensa de la cruz.» Nadie repara en los peligros: se reaniman y vuelan al combate, sin hacer caso de la muerte, fija la atencion en la victoria. El espíritu religioso dobla las fuerzas de los cristianos, y hasta las mugeres y los niños juntan sus débiles brazos á los de los guerreros. La alta torre de Godofre llega en medio de una lluvia de piedras y del fuego,

y echa su puente levadizo sobre la muralla. Los sitiados habian cubierto los muros de sacos de heno y lana; algunos dardos inflamados les prendieron fuego, y un viento impetuoso, arrojando los torbellinos de humo y llama contra los sarracenos, los obligó á retirarse: en el mismo momento Godofre, Dubourg, Creton, Saint Vallier y el señor de Albret se lanzan á la ciudad. Tancredo, Montaign y Bearné penetran por otro lado: los musulmanes consternados huyen por todas partes: Jerusalen resuena con el grito de *Dios lo quiere*, y una multitud de cruzados inunda la plaza. Sin embargo, los sarracenos vuelven al combate por las exhortaciones del sultan, y acometen á los cristianos, y ya les obligaban á cejar, cuando el señor de Puisaye, al frente de un cuerpo de reserva, reanima el valor, ya agotado de sus compañeros, lleva el terror á las filas de los enemigos, que abandonan la victoria, arrojan las armas y desaparecen. Fue circunstancia muy notable en este triunfo, que los cruzados entraron en la santa ciudad un viernes, á la misma hora en que Jesucristo espiró en la cruz. La venganza del vencedor fue cruel en proporcion de lo disputado de la victoria. Los latinos no conocieron la piedad para los infieles, y andaban por las calles sobre montones de cadáveres. Muchos turcos, que buscaron asilo en la mezquita, hallaron alli su sepultura. Raimundo de Agile, testigo ocular, dice que en el pórtico de aquel

edificio subia la sangre hasta los frenos de los caballos.»

Enmedio de este ejército de furiosos inexorables para sus víctimas, solo Godofre, perdonando á los vencidos, se abstuvo de manchar su triunfo con la matanza. Despues de la victoria se quitó las armas y el calzado, y asi entró en el santo Sepulcro y se humilló ante el Dios de los reyes, los pueblos y los ejércitos. Al ver este espectáculo cesa el delirio, renace la piedad y se detiene la venganza: todos los guerreros, movidos por el ejemplo de su general, vienen á postrarse ante el altar. A los gritos de furor y de guerra sucede de improviso en la ciudad un profundo silencio, solo interrumpido por los gemidos y súplicas de los cristianos. Sus manos que levantaban al cielo, estaban aun teñidas de sangre; pero sus ojos se inundaban de lágrimas. Esta emocion celeste y religiosa no fue de larga duracion: el odio y el fanatismo recobraron su imperio en aquellos soldados, cuyos corazones eran tan duros como sus petos. Al salir del templo, donde acababan de adorar á un Dios de paz, clemencia y amor, condenaron á muerte á todos los prisioneros. Despues de diez dias de desenfreno, homicidio y saqueo, el conde de Flandes propuso á los cruzados que eligiesen un rey y le confiasen la custodia del santo Sepulcro que acababan de conquistar; y para probar que solo atendia en su dictámen al interés general, y no á la ambicion,

declaró que no aceptaria el cetro aunque se le ofreciese. En eleccion tan importante triunfó de la envidia el respeto debido á la virtud, y todos los votos se reunieron en favor de Godofre de Bouillon. Como su gloria era sin mancha, su nombramiento pareció dictado por el cielo. «Acepto el cargo que me imponeis, dijo aquel noble y modesto príncipe; mas no los honores y el destino á que me quereis elevar. No adornaré mi frente con la corona real en estos lugares donde el Salvador del mundo la llevó de espinas.»

Batalla de Ascalon. El éxito de esta grande empresa y la libertad de Jerusalen llenaban á los cristianos de alegría y á los musulmanes de desesperacion. Todos los turcos que se habian librado de la matanza, corrieron á unir sus armas y furor con el califa del Cairo, que se presentó en breve con el ejército de Egipto junto á los muros de Ascalon. Los cruzados salieron de la ciudad santa á recibirle. Los sarracenos llenaban una gran llanura, inundaban los bosques y cubrian las montañas con sus densos batallones y sus innumerables escuadras. Veinte mil cristianos se atrevieron á desafiar al combate este enjambre de bárbaros; pero las hazañas prodigiosas de los caballeros cruzados, exageradas por la fama, y la toma de Jerusalen, habian llenado de terror á los infieles. Espantados desde el primer choque, huyeron; pero en la fuga encontraron la

muerte que deseaban evitar. El ejército egipcio quedó casi todo destruido. La victoria de Ascalon terminó gloriosamente la primera cruzada.

Habria salvado y afirmado el imperio de oriente, á haberse dirigido por la prudencia de un celo ilustrado, á haber devuelto al emperador de Constantinopla las provincias conquistadas á los musulmanes; pero la ambicion hizo callar la voz de la política. Los cruzados quisieron guardar sus conquistas para sí mismos, y no supieron conservarlas. Gefes de una república militar, anárquica y feudal, en que nadie podia gobernar ni queria obedecer, todos los señores que no habian podido obtener tierras ni soberanías, abandonaron el estandarte de su general, y se alejaron de oriente. Boemundo conservó á Antioquía, Balduino á Edesa: Aléxis cedió al conde de Tolosa la ciudad de Laodicea: el ermitaño Pedro, disgustado del mundo, se encerró en un monasterio, y solo quedaron para la defensa de Jerusalen, como dice el historiador moderno de las cruzadas, 300 caballeros, el valor de Godofre y la espada de Tancredo. Godofre gozó poco tiempo de la corona, conquistada por su brazo. Murió el año 1100, y le sucedió su hermano Balduino, príncipe de Edesa. Fue tan valiente como su antecesor, pero no tan virtuoso.

Guerras de Aléxis con los príncipes latinos. (1100.) La invasion de los cristianos

de occidente, en vez de aliviar las dolencias del imperio, las agravaba. Los turcos, alejados de Palestina, echados de Antioquía y de la Cilicia, entraron en Capadocia, atacaron á Nicea, aumentaron contínuamente sus fuerzas, y salian de Alepo y de Conié con refuerzos procedentes de Persia, para destruir el Asia; y así los estados del emperador eran desmembrados á un mismo tiempo por los musulmanes, normandos y franceses.

En Europa crecia el deseo de las cruzadas, por la gloria que adquirió la primera, los principados que habia fundado y las riquezas conseguidas en la victoria. Se olvidaba el gran número de los que habian perecido en la espedicion. El occidente derramaba cada dia sobre el Asia enjambres de guerreros. Estévan de Chartres volvió al oriente con huestes numerosas, seguidas de otros 200.000 cruzados, que eligieron por gefe al conde de Tolosa: servíales de guia un griego llamado Zitas. Enardecidos por el deseo de fijar la cruz en la antigua residencia de los califas y de hacerse dueños de Bagdad, marcharon sin órden, sin disciplina, sin preparar subsistencias: atravesaron el Hális, robaron sin distincion á cristianos y turcos, y perecieron unos por el hambre y otros por el alfange de los mahometanos, que en solo una batalla mataron 50.000. Otros escuadrones de cruzados á las órdenes del duque de Aquitania y del conde de Nevers,

perdieron una parte de su gente peleando con los búlgaros, y lo restante en Asia. Los turcos los destruyeron á millares, y los que escapaban de estos desastres, olvidaban que habian despreciado los consejos de Aléxis, y le atribuian sus desgracias. El rey de Jerusalen, engañado por sus informes, envió una embajada al emperador, reprendiéndole haber hecho traicion á los cristianos. Aléxis, indignado de una sospecha tan injuriosa, se justificó de esta acusacion mas bien con hechos evidentes que con el juramento. Amenazando de represalias al sultan de Alepo, logró la libertad de 300 condes italianos, alemanes y franceses que habian caido en su poder. El presuntuoso Boemundo, arrebatado por su valor, cayó en una emboscada, y fue hecho prisionero. Aléxis ofreció á los turcos un rescate cuantioso, esperando hacerse dueño por este medio del enemigo implacable que amenazaba siempre su trono; pero el príncipe de Tarento burló su designio, haciendo que le rescatasen los cruzados. Apenas se vió en libertad, juntó sus guerreros, y se apoderó sin pretesto de la ciudad de Laodicea. Butumites, enviado por el emperador á este príncipe ambicioso, le echó en cara su agresion, le recordó su juramento, y le instó á que restituyese á Antioquía. El fogoso normando respondió al emperador: «Si no hemos satisfecho tu deseo, la culpa es tuya. Prometiste seguirnos con un refuerzo numeroso, y fal-

taste á tu palabra. El sitio de Antioquía duró tres meses, en los cuales hemos peleado con un gran número de enemigos, y sufrido una hambre cruel que nos hostigó á servirnos de horribles alimentos, que jamas sirvieron á hombre. Mientras resistiamos á estos sufrimientos y á los peligros de la guerra, nos abandonó en tanta calamidad Taticio, ministro fiel de tus voluntades. Sin embargo, por una felicidad superior á nuestras esperanzas, derrotamos las tropas del sultan de Korazan, y conservamos á Antioquía. ¿Será justo restituirte ahora una conquista que tanta sangre, fatigas y sudores nos ha costado?»

El rey de Jerusalen respondió lo mismo á las cartas que le escribió Aléxis. Rota asi toda negociacion, estalló la guerra entre los griegos y el príncipe de Tarento. Pisa y Génova armaron muchos buques para socorrer á Boemundo; pero su escuadra fue completamente vencida por la del emperador cerca de Ródas. En esta batalla se sirvieron los griegos de un nuevo recurso para triunfar del enemigo. Colocaron en las proas de sus navios cabezas de leon echas de bronce, las cuales arrojaban sobre los bajeles italianos un polvo inflamado, compuesto de azufre y de goma. Cantacuceno, almirante de los griegos despues de la victoria, sitió y tomó á Laodicea. Boemundo, vencido en tierra y mar, y perdidos ejército y escuadra, temia caer en las manos de Aléxis. Resolvió pasar á Italia, y se valió

para hacerlo con seguridad, de un estraño artificio. Confiando la defensa de Antioquía á su sobrino Tancredo, hizo esparcir la voz de que habia muerto, y celebrar sus exequias. Sus enemigos se alegraron, sus vasallos gimieron. Fue trasportado á un navio en un magnífico atahud, agujereado en muchos sitios para que pudiese respirar. Los griegos respetaron aquel convoy fúnebre. Ana Comneno asegura que «para abusar mas de su credulidad habian ocultado debajo del atahud un gallo muerto, cuya infeccion hacia mas verosimil el engaño.» En fin, desembarcó en Corfú, y hallándose fuera de peligro, mandó llamar al gobernador y le ordenó que llevase á Aléxis estas palabras: «Yo soy Boemundo, hijo de Roberto Guiscard, cuya fuerza y valor has esperimentado ya. No he olvidado ni mis victorias, ni tus falsas promesas, ni las injurias que he recibido de tí, ni las asechanzas que me has puesto, ni los peligros en que me has empeñado. He engañado tu rencor fingiéndome muerto; pero vivo y gozo de la luz en Corfú, de donde te envio esta noticia que te ha de dar tanto miedo como pesadumbre. Vivo para la gloria de los mios y desgracia tuya. Mi sobrino Tancredo defenderá valientemente contra ti los muros de Antioquía. Cuando haya pasado el estrecho, armaré por mi causa las naciones mas belicosas de la tierra, los lombardos, alemanes y franceses: llenaré tus provincias de estragos, tomaré á Constantinopla y la inun-

daré con la sangre de sus habitantes.»

Victorias de los griegos y paz con Boemundo. (1109.) Boemundo apenas llegó á Italia, ardiendo en deseos de venganza, levantó tropas é hizo alianza con el rey de Francia, casando con su hija. Acudieron á sus banderas muchos franceses: la Italia se armó, los genoveses y pisanos dieron buques: el papa predicó una cruzada contra Aléxis, y el príncipe de Tarento se presentó en Iliria al frente de 70.000 hombres. El emperador, amenazado por esta nueva tempestad, buscó tambien alianzas: casó su hijo Juan Comneno con Pirisca, hija de Ladislao, rey de Hungria, la cual tomó en Constantinopla el nombre de Irene: llamó de Asia todas las tropas y las condujo á Tesalónica. Tancredo se aprovechó de este movimiento para penetrar en Cilicia. Mientras el infatigable Aléxis, acometido en todas las fronteras por los cruzados, musulmanes y bárbaros, se veia tambien obligado á defender su imperio contra los italianos y franceses, descubrió una conspiracion contra su vida, tramada por los Anemades, familia poderosa entonces, á la cual se juntaron Basilacio, Miguel y muchos grandes de la corte. Los conjurados fueron presos y entregados á los ultrages del pueblo, montados sobre asnos y llevando sobre la cabeza intestinos de toro en forma de diadema. Ya caminaban al sitio donde el verdugo debia sacarles los ojos, cuando Irene, echándose á los pies de su

marido, logró que se les perdonase.

Boemundo sitiaba á Durazo. El emperador, evitando toda batalla decisiva, rodeó al enemigo, ocupó las costas y las alturas, y guardó cuidadosamente las gargantas de las montañas. Cantacuceno, rechazado al principio por la escuadra italiana cerca de Brindis, la derrotó en otra accion, se hizo dueño del mar, y el altivo Boemundo, encerrado por todas partes, vino á ser sitiado en lugar de sitiador. Carecia de víveres, y el gran número de sus tropas era para él una calamidad: el diestro Aléxis domesticó aquel leon feroz, y le domó por hambre. El príncipe de Tarento, reducido á perecer ó á capitular, pidió en fin la paz; y despues de haber pedido rehenes para su seguridad, pasó á verse con el emperador, y firmó un tratado justo, pero humillante para su vanidad. En él confesaba sus pasados yerros, se reconocía por vasallo de Aléxis, le restituia la plaza de Laodicéa, prometia defender el imperio, y obedecer las órdenes del emperador, y juraba no pelear nunca contra él, poniendo por testigos á Dios, á la Vírgen, á los Santos, á los Evangelios, á los clavos de la cruz de Cristo, y al hierro de la lanza que abrió su costado. Aléxis por su parte le concedió la posesion de Antioquía, de otras muchas ciudades, y de una parte de Armenia, reservándose siempre el nombramiento del patriarca de Siria. Concluida la paz, Boemundo pasó á Italia, donde murió dos

años despues, cuando se preparaba á hacer guerra al emperador, en desprecio de todos sus juramentos. El Asia, en otro tiempo tan agradable y fértil, rica en monumentos, y cubierta de ciudades populosas y magníficas, á la sazon robada y destruida sucesivamente por los musulmanes y cruzados, estaba convertida en un desierto. Aléxis, aprovechándose del corto reposo que gozaba, prodigó sus tesoros para restituirle la vida. Procuró dar seguridad á los habitantes, y volvieron á los campos: el arado recobró su actividad, las ciudades se levantaron de sus ruinas, y el comercio les volvió la abundancia. Pero poco despues los turcos, insaciables de botin, conquistas y venganzas, volvieron á comenzar sus correrías devastadoras. Presentáronse en Capadocia y Armenia, y amenazaron á Nicomedia y Filadelfia. Filocalo, Cantacuceno, Camitro y otros muchos generales griegos pelearon con valor y buen suceso. Camitro en particular adquirió mucha gloria por una accion heróica semejante á la de Horacio Cócles. Acometido con pocas tropas de una multitud de turcos, envuelto y solo, continuó defendiéndose, y mató á tantos enemigos, que el ejército musulman se detuvo por admirarle; y el sultan Mahomet, bajando del caballo, le tendió la mano, y le rogó que aceptase la vida. Camitro, insensible á las amenazas, se rindió á la súplica de un enemigo generoso, y cobró muy pronto su libertad. Como las fuerzas de los

infieles se aumentaban cada dia, el emperador reunió todas sus tropas, marchó contra ellos, á favor de un movimiento hábil los acorraló junto á unos pantanos, y los derrotó tan completamente, que el sultan, humillado como Boemundo, vino á pedirle la paz, que se hizo á condicion de que los turcos no saliesen de las fronteras señaladas en el tiempo de Romano Diógenes. De vuelta á Constantinopla el emperador se dedicó á otro género de combates. El estruendo de las armas no distraia á los griegos de su pasion á las disputas religiosas. Á la sazon muchos heresiarcas presentaban bajo nuevas formas los errores de los maniqueos y paulicianos. Las costumbres del siglo no permitian á la autoridad desatender estas querellas: Aléxis las irritó, como sus predecesores, deseando apaciguarlas, y no pudiendo convencer á los hereges con argumentos, los castigó con suplicios, que deben atribuirse mas bien á la intolerancia general, que al carácter del emperador, naturalmente benéfico con los pobres, generoso con los hombres de mérito, piadoso con los desgraciados, y amante de la rectitud. A pesar de tantas guerras é invasiones, con los recursos de su economía fundó hospitales, reedificó templos, redimió cautivos, y si no pudo disminuir los impuestos, hizo la percepcion mas fácil y menos arbitraria. Los comanos hicieron una invasion en el norte, y se aproximaron á Filipópolis. El emperador marchó contra ellos,

los ahuyentó, y los persiguió tres jornadas al otro lado del Danubio. Esta diversion animó á los turcos para tomar las armas. Aléxis, impedido de la gota, no pudo al principio desplegar contra ellos su actividad acostumbrada; y ya los infieles se burlaban de su lentitud, y le representaban en sus juegos, llevado en la cama, y rodeado de médicos. Pero la venganza se siguió en breve á la injuria. El emperador marchó contra ellos al frente de su ejército: para asegurar su triunfo no quiso acelerarlo, y procuró, contemporizando sábiamente, llamarlos á los lazos que les tendia. En vano la juventud ardiente de su corte le acusaba de tímido: se reia de los sarcasmos de la inesperiencia y de las murmuraciones del campamento. Cuando llegó el momento oportuno, dió la señal de acometer, y consiguió su última victoria. El césar Brienne, su yerno, y su sobrino Nicéforo se distinguieron en esta accion. Los turcos pidieron y obtuvieron la paz. Aléxis, vencedor de sus enemigos, volvió á Constantinopla; pero gozó poco tiempo de las palmas que habia cogido: sus fuerzas, agotadas por tantas fatigas, combates y pesares, disminuian rápidamente. Estando en los juegos del circo, se apoderó de él una calentura ardiente, que le llevó al sepulcro en algunos dias.

Parece que su destino fue ignorar el sosiego, y su lecho de muerte estuvo rodeado de intrigas. La emperatriz Irene, á quien su

hija Ana Comnenó representa como un modelo de piedad, mansedumbre y virtud, merecia quizá estos elogios; pero sintió dejar el trono, y en la pérdida de su marido solo lamentó la de su poder. Irene temia ver el cetro en manos de Juan Comneno, su hijo mayor, sobre cuyo ánimo no tenia ascendiente, y queria darlo á su yerno Nicéforo Brienne, marido de Ana, y ya césar, esperando reinar con su nombre. Sin atencion á las congojas de Aléxis, sitiaba su lecho y le importunaba con sus ruegos, representándole que Juan era incapaz de sostener el peso del imperio, cuando Nicéforo, estimado de la tropa por sus hazañas, del senado por su elocuencia, y célebre en el oriente por su vastísima erudicion y por la historia de su tiempo, obra estimada entonces, era el solo que merecia sucederle. «¡Ay! le respondió Aléxis con voz debilitada, ¿por qué sacrificais el hijo á la hija, y trastornais el órden de la naturaleza? Cometí una injusticia usurpando el trono: no mancharé el fin de mis dias con otra violencia, quitando el cetro á mi sucesor legítimo para darlo á un macedonio.» Irene disimuló su pesar; pero al mismo tiempo procuró hacerse señora del palacio: los sentimientos de la naturaleza enmudecieron ante la voz de la ambicion. Juan Comneno, para contraminar los designios de la emperatriz, se arrodilla ante su padre, lo abraza con fingida ternura, le toma el anillo imperial, y acude á la ciudad, donde favorecido

de su hermano Isaac, reune sus numerosos partidarios y una multitud de soldados ávaros. Vuelve á palacio, y se le impide entrar. Irene no pudo persuadir á Brienne, mas prudente que ella, á que tomase las armas: se acerca á Aléxis, ya moribundo, y le dice: «Amado esposo, tú vives aun, y tu hijo tiene la osadía de quitarte la corona.» El emperador, cansado de tanta importunidad, levanta los ojos al cielo, único objeto entonces de su esperanza, y responde con risa acerba: «Déjame solo con Dios, á quien pido perdon de mis culpas: nada tengo ya que ver con el mundo y sus grandezas ilusorias.» Irene le replica desesperada: «Conservas hasta el último instante la costumbre de disimular tus verdaderos sentimientos, y mueres como has vivido.» Al mismo tiempo Juan, para asegurar el trono, hace correr la voz de que ha muerto su padre, y el patriarca le proclama emperador en la iglesia de santa Sofía. El clero, el pueblo y muchos senadores le acompañan á palacio. La guardia estrangera queria cerrarle las puertas; mas él le muestra el anillo imperial. A este signo respetado todo se allana; el gentío inunda los pórticos, y la soldadesca se pone á robar. Aléxis, ya en los brazos de la muerte, oye los gritos del desórden y la licencia: no murió hasta la noche de aquel dia, y el cadáver de un príncipe tan absoluto y temido quedó abandonado hasta el dia siguiente, en que sin pompa ni exequias se le transfirió á

un monasterio y se le dió sepultura. Aléxis falleció á los 70 años de edad y 37 de reinado. Fue tan venerado en oriente, como aborrecido y despreciado, sin razon, de los latinos. Este príncipe ilustre ostentó todas las cualidades de un gran capitan: activo, infatigable, intrépido, generoso despues de la victoria, firme en los reveses, fue admirado hasta de los enemigos, y aun cuando era derrotado; lo cual no abatió nunca su grande alma. Sus vasallos amaban su clemencia y respetaban su equidad: inagotable en recursos, restableció la administracion en un tiempo de desórden, llenó el tesoro exhausto, rehizo ejércitos veinte veces destruidos, y sostuvo con su talento el imperio que se arruinaba por todas partes.

Los latinos le echaron en cara sus artificios; pero cuando todo el occidente se desplomaba sobre él, ¿no se veia obligado á oponer el ingenio á la fuerza? ¿Era culpa suya abandonar aliados ambiciosos, mas temibles para el imperio que sus enemigos? Peleó con gloria contra muchos sultanes belicosos, rechazó los bárbaros del norte, y triunfó por su prudencia y habilidad del terrible Guiscard y del ardiente Boemundo. Su pueblo le perdonó los gravámenes de los impuestos, duros á la verdad, pero necesarios. Le amaba porque siempre le veia templado, dispuesto á pelear, lento en castigar, accesible á las quejas y dócil á los buenos consejos; y á pesar de las amargas diatribas de los histo-

riadores occidentales, es justo contar á Aléxis Comneno en el número de los grandes príncipes. Todo el imperio cuya decadencia hizo mas lenta, pudo repetir al perderle las tiernas palabras de su hija Ana Comneno: «Mi sol se puso, y mi luz se estinguió.»



CAPÍTULO XVIII.

Juan Comneno. Manuel Comneno. Aléxis Comneno segundo.

Juan Comneno, emperador. Victorias de Juan Comneno contra los pueblos del norte. Independencia de Venecia. Bela II, rey de Hungría. Guerra de Juan Comneno con los cruzados. Espedicion de Juan Comneno á Siria. Manuel Comneno, emperador. Segunda cruzada. Campaña de los cruzados en el Asia menor. Hazañas y vuelta de los cruzados. Guerra de Rugero con Manuel. Batalla del Dravo y sumision de los servios. Conspiracion de Andrónico Comneno. Guerra de Manuel con Guillermo, rey de Sicilia. Victorias de Guillermo contra los griegos. Paz entre griegos y sicilianos. Victorias de Manuel contra los turcos. Guerra con los húngaros: batalla de Zeugmina. Espedicion de los cristianos contra Egipto. Primeras hazañas de Saladino. Guerra de Manuel con los turcos y batalla de Miriocéfalas. Nueva guerra con los turcos. Aléxis Comneno II, emperador. Conspiracion de Andrónico.

Juan *Comneno, emperador.* (1118.) El hijo de Aléxis se habia visto obligado á apoderarse por las armas del trono á que le llamaba la voluntad de su padre, los derechos de su nacimiento, y la costumbre del imperio. Su madre Irene descendia con dolor del puesto supremo, y la ambiciosa Ana Comneno no podia renunciar á la esperanza de dar el cetro á su marido. La corte estaba llena de intrigas que habrian derribado á un príncipe débil ó injusto; mas el emperador triunfó sin violencia por la serenidad de su valor y la suavidad de sus virtudes. Tuvo una felicidad, rara en todas las cortes, y mucho mas en las de oriente: su hermano Isaac fue su amigo: nombrado sebastocrátor, dió el ejemplo de la lealtad y sumision. Taronito y Camatero, ministros de Juan, eran hombres hábiles y modestos; en fin, el emperador, dando su confianza á un valido, objeto ordinario de la envidia de los cortesanos, y del odio de los pueblos, vió confirmada su eleccion por la voz pública. Este favorito, llamado Axuc, era turco de origen: su valor y franqueza, su talento y generosidad le grangearon el aprecio comun. Obtuvo el cargo de gran doméstico, que era entonces el principal del imperio. Su mérito justificó su elevacion, y en los reales y en el palacio todos miraban su poder, no como un escollo, sino como un auxilio.

Entretanto Nicéforo Brienne, revestido

del título de césar, tenia muchos partidarios adquiridos por su valor, instruccion y su rara hermosura, el favor de Irene y la pasion de Ana Comneno. Esta princesa, comparándole al emperador mal tratado por la naturaleza, pequeño de estatura, contrahecho y moreno, queria que Brienne reinara en el imperio, como reinaba en su corazon. No limitándose á estériles deseos, formó una conjuracion para destronar á su hermano y coronar á su esposo. Todos los sabios y literatos eran del partido de Ana: sus liberalidades ganaron una parte de la guardia. Llegó el caso de que los conjurados fijasen la noche y hora en que habian de dar muerte á su príncipe. El momento fatal se acerca; pero Brienne, gefe de los conspiradores, ó por temor ó por remordimientos no parece. Ana se enfurece y le injuria, diciendo, que «la naturaleza, al formarlos á los dos, equivocó las almas, y dió á la hembra la que debia ser del varon.» La conjuracion, malograda por esta causa, fue descubierta en breve, y presos los reos. Esperaban la muerte; pero Juan se contentó con privarlos de sus bienes, y dió al gran doméstico Axuc el magnífico palacio de Ana Comneno. El turco rehusó este regalo. «Señor, dijo al príncipe: nunca se debe perdonar á medias: Ana es tu hermana: si olvidas que te ha aborrecido, se acordará de que debe amarte. El mejor medio de desarmar á los conjurados, es la clemencia; sin ella todo triunfo es incom-

pleto.» El emperador respondió: «Seria yo indigno de reinar, si no sacrificase mi enojo á la virtud, como tú le sacrificas tu interes;» y restituyó á los reos sus bienes y á Ana su cariño. Irene, lejos de ser cómplice de su hija, supo su crímen con horror: «Esos bárbaros, decia, han querido, dando muerte á mi hijo, sepultar el puñal en mis entrañas, y causarme mas dolor que el que sentí para darlo á luz.» Renunciando á la ambicion, se retiró á un monasterio fundado por ella. La clemencia de Juan produjo su efecto ordinario, afirmando su poder; y el pueblo, para consolarle de la fealdad del rostro, atento solo á las cualidades del alma, le llamó *Calo-Joannes*, esto es, Juan el hermoso. Al tomar las riendas del gobierno vió el emperador que se habian reconquistado de los infieles muchas ciudades y provincias, pero que de nada servian al imperio. Desmembrado antes por los turcos, lo estaba ahora por los cruzados, los cuales traian al oriente las costumbres feudales, orígen funesto de desórden y decadencia. La monarquía romana y la griega solo debieron su duracion á la unidad del poder soberano y á la sencillez de sus formas. No habia mas autoridades que el monarca, el senado y el pueblo: es verdad que el ejército tenia mucha influencia, pero debida á la fuerza y á la costumbre, y no al derecho. Los individuos, cualesquiera que fuesen sus dignidades, solo eran ciudadanos y súbditos. De aquí re-

sultaban el órden y la estabilidad; cuando el occidente presentaba la imágen de un caos, ó por decirlo así, de un archipiélago de pequeños soberanos, con los títulos de príncipes, señores, duques, condes y barones, sucesores de los régulos de las tribus bárbaras, siempre armados, siempre opresores del pueblo, siempre conservando á los reyes en tutela, y siempre independientes bajo el humilde nombre de vasallos. Esta era la barbarie organizada. El ejemplo de aquella nobleza orgullosa y turbulenta relajó muy pronto en Grecia y Asia los vínculos que ligaban á los grandes con el gefe del estado, y aceleró de este modo la caida del imperio. El nuevo reino de Jerusalen se estendia desde el rio Adónis hasta Egipto: el principado de Antioquía desde Tarso á Tortosa: el de Edesa desde el Eufrates al Tigris, y el condado de Trípoli desde Maracléa hasta Biblos. Los príncipes latinos, á pesar de sus juramentos, no reconocian mas gefe que al rey de Jerusalen: los emperadores griegos, mirándolos como rebeldes, y pretendiendo siempre la restitucion de aquellos paises usurpados, aborrecian en secreto á estos supuestos vasallos con odio tan cordial como el que tenian á los musulmanes. Por otra parte, las conquistas de los guerreros de occidente no daban sosiego al imperio; y los turcos, arrojados de Jerusalen, Antioquía, Edesa y Trípoli, se unian con los sultanes de Korazan, Alepo é Iconio, asolaban las provin-

cias imperiales, y llegaban con frecuencia en sus correrías hasta las orillas del Bósforo.

El emperador Juan Comneno estuvo sin cesar en guerra contra ellos durante veinte y cuatro años. El sistema militar estaba mudado, y semejaba al del primer siglo de la república romana. El tesoro agotado no podia sostener muchas tropas regladas, y las pocas fuerzas disponibles habian de hacer frente á veinte pueblos bárbaros en el norte, á los lombardos y franceses en Iliria, y á los turcos en el mediodia y el oriente. La infantería no se estimaba: la caballería era toda la fuerza de los ejércitos: las campañas eran cortas y poco decisivas. Los ejércitos se alistaban con suma prontitud, y con mayor se licenciaban, y dejaban perder en poco tiempo todas las plazas que habian conquistado rápidamente. La decadencia del imperio, hija de la corrupcion de costumbres, se parecia á la barbarie primitiva, tocándose, como sucede en la política, estos dos estremos. En aquel siglo, que recordaba los tiempos fabulosos, se veian mas hazañas individuales que movimientos hábiles: los nobles caballeros sucedian á los grandes capitanes: los reyes, príncipes y señores peleaban como soldados mas bien que como generales: la fuerza corporal era mas estimada que la pericia; y los guerreros se consolaban de la pérdida de una provincia con el premio del valor, y de una derrota en el campo de batalla con el triunfo en un tor-

neo. Este gusto caballeresco dominaba en los reales y cortes de los sultanes, como en los palacios y bajo las banderas de los cristianos; y para adquirir gloria, las proezas valian entonces mas que los conocimientos militares.

Victorias de Juan Comneno contra los pueblos del norte. (1122.) Juan, digno de brillar en aquel siglo por su valor, juntó muchas veces, á imitacion de su padre, el ardid con el atrevimiento. Activo é infatigable, dirigia á sus ministros en el consejo y á sus generales en la guerra. Casi siempre estuvo al frente de sus ejércitos, y habitaba mas tiempo la tienda que el palacio. Su primera hazaña fue quitar á los turcos la ciudad de Laodicea de Frigia. Habiendo llegado junto á Sozópolis, mandó á sus tropas que fingiesen huir: así llamó la guarnicion fuera de las puertas, la hizo caer en una celada y entró en la ciudad. Derrotó en batalla campal á los patzinaces, decidió la victoria siendo el primero en acometer, y recibió una lanzada en la pelea. Luego declaró guerra á los servios, los subyugó, y pobló con los prisioneros el territorio de Nicomedia, desierto por los estragos de los turcos.

En Hungría eran preferidos para la sucesion los hermanos del rey á los hijos. El rey Carlo-mano, deseando asegurar el trono á su hijo, hizo sacar los ojos á su hermano Almo: Bela, hijo de este desgraciado príncipe, condenado al mismo suplicio, buscó asilo en

Constantinopla. Estévan, hijo de Carlomano, subió al trono, muerto su padre; exigió del emperador que le entregase á Bela, y habiéndosele negado esto, declaró guerra al imperio. Juan Comneno engañó á los húngaros con la rapidez de sus movimientos, los derrótó y se apoderó de todo el pais situado entre el Savo y el Danubio.

Independencia de Venecia. (1124.) Un yerro político fue causa de una pérdida mas importante que la estéril conquista de la baja Hungría. Hasta entonces habia reconocido Venecia la soberanía del imperio; y los emperadores, en consideracion de unos vasallos tan belicosos, condecoraban á los dogos con las mayores dignidades de su corte. Dominico Miguel, que gobernaba á la sazon la república, venció en muchas ocasiones las escuadras de los mahometanos. Envidioso Juan Comneno de sus victorias, le negó una dignidad que solicitaba; y los venecianos, irritados del desaire, tomaron las armas contra los griegos. El emperador los trató de rebeldes y arrojó á todos los comerciantes de aquella nacion de sus estados; mas ellos no tardaron en vengarse de esta injuria. El rey de Jerusalen habia muerto, y Balduino II, su sucesor, sitiaba á Tiro. La armada veneciana, despues de ayudarle á conquistar la plaza, infestó el Archipiélago, se apoderó de Rodas y Quio, saqueó á Samos, Mitilene y Andros, desembarcó en el Poloponeso algunas tropas que tomaron á Modon, y volvió á

Venecia cargada de botin y de prisioneros. Desde entonces quedó la república separada del imperio y en absoluta independencia. El emperador, con el fin de reparar los daños que causó al comercio esta guerra funesta, formó alianzas útiles con Génova, Pisa y demas ciudades marítimas de Italia.

Se puso al frente de sus tropas y consiguió muchas victorias contra los turcos: se apoderó de la fuerte ciudad de Castamon, y de casi todas las del Asia menor, y volvió á su capital con gran número de cautivos. Habíasele preparado un magnífico triunfo; pero cuando su carro, tirado de cuatro caballos blancos, apareció en la solemnidad, se vió en él, en lugar del príncipe, una imágen de la Virgen, de la cual era muy devoto; y el vencedor de los musulmanes iba humildemente con los pies desnudos y una cruz en la mano. Los historiadores griegos de este reinado solo cuentan los sitios y las batallas, y nada hablan de las leyes y gobierno de este monarca, cuya prudencia celebran tanto ellos como los latinos. Hizo ademas otras espediciones memorables en Paflagonia, Cilicia y Capadocia.

Bela II, rey de Hungria. (1131.) Rugero, rey de Nápoles y Sicilia, tenia con sus armamentos receloso á Comneno; y asi entabló negociaciones con Lotario, emperador de Alemania, para empeñarle en una guerra con aquel príncipe ambicioso. El ciego Bela, protegido por las armas de Juan, logró despues de una

guerra feliz ascender al trono de Hungria.

El emperador no perdia de vista la restitucion de Antioquía, solicitada en vano por Aléxis: libre de los demas cuidados por las victorias conseguidas, reunió todas sus fuerzas para conquistar aquella plaza.

Guerra de Juan Comneno con los cruzados. (1135.) Boemundo II, poseedor del principado de Antioquía, habia vencido y hecho prisionero á Leon, rey de la cuarta Armenia, pequeño estado que acababa de fundar en las montañas de Cilicia una tribu de armenios, arrojada por los turcos de su antigua patria. Algun tiempo despues de esta victoria, Boemundo pereció en un combate contra el famoso Zanguí, sultan de Alepo, á quien los cruzados llamaban Sanguin. Boemundo dejó solo una hija llamada Constanza, y los suyos deseaban que casase con el emperador. Juan, mas hábil en la guerra que en las negociaciones, perdió la ocasion de contraer este matrimonio, que entregaba en sus manos sin combate la capital de Siria.

En este tiempo Raimundo, hijo del conde de Poitiers, viajaba por Palestina, disfrazado de mendigo, segun la costumbre de aquel siglo de aventuras. Fulques, rey de Jerusalen y tutor de Constanza, se la ofreció con su trono: aceptó Raimundo, casó con la princesa de Antioquía, dió la libertad al rey de Armenia, y se unió con él contra los griegos. El emperador por su parte formó alianza con los turcos contra los cruzados.

La ambicion podia mas que la piedad. Esta guerra fue larga y terrible. El intrépido Juan, á pesar de la aspereza de los sitios y el número de sus enemigos, pasó las montañas, se apoderó de las fortalezas, se hizo dueño de toda Cilicia, y sè acampó junto á las murallas de Antioquía. El rey de Jerusalen habia prometido socorros á Raimundo; pero sitiado él mismo en la plaza de Monferrand, imploró la asistencia de los cruzados. El príncipe de Antioquía, y Joselin, príncipe de Edesa, olvidando sus propios peligros, volaron al socorro del rey; pero cuando llegaron á vista de la plaza, habia ya capitulado. Raimundo, volviendo á Antioquía, vió sitiada su capital. Hallando recursos en la temeridad, penetra de noche con algunos caballeros en el campamento de los griegos, lo atraviesa, mata los que se le oponen, y entra victorioso en la plaza. El ejército imperial estaba poseido de terror: los soldados heridos por un enemigo que apenas vieron, se entregan á la fuga. El emperador consigue reunirlos, propone una conferencia al príncipe de Antioquía, y le recuerda el juramento que hicieron los cruzados de restituir al imperio las plazas que conquistasen de los infieles. Raimundo decia, que no siendo fiador de las promesas de Boemundo, y habiendo recibido en dote la ciudad con la mano de Constanza, de nadie era vasallo sino del rey de Jerusalen, y que nada podia hacer sin su consentimiento. Fulques, con-

sultado, respondió que los derechos del emperador eran incontestables. Raimundo, pues, hizo homenage á Juan, se reconoció por feudatario del imperio, arboló en la ciudadela el pabellon imperial, y estipuló que se abririan al emperador las puertas de la plaza, siempre que quisiese entrar en ella. Juan, prometiendo por su parte mas de lo que podia cumplir, ofreció estender los dominios del príncipe de Antioquía, añadiendo á ellos las ciudades que pensaba conquistar de los turcos, y eran Berea, Larisa, Epifanía y Emesa, llamadas por los musulmanes Alep, Sehizar, Hamah y Hems. Juan, con su actividad ordinaria, marchando á pie como Trajano, sufriendo el cansancio y el trabajo, y arrostrando las privaciones como el menor soldado, no tardó en entrar en campaña para cumplir su promesa. Los príncipes de Edesa y Antioquía le ayudaron flojamente: tomó algunas ciudades: otras arredraron á los sitiadores por su resistencia. Despues de esta espedicion hizo el emperador su entrada solemne en Antioquía. El patriarca, el clero y el pueblo salieron á recibirle, y los príncipes le llevaban las riendas del caballo. Recibido en la ciudad, que era el objeto de su ambicion, esperaba hacerse dueño de ella, y declaró á los cruzados, que para asegurar el triunfo contra los infieles era preciso confiarle por algun tiempo la guardia de Antioquía. Los príncipes, sorprendidos de esta demanda, no se atrevian á resistir abiertamen-

te. El conde de Edesa, oponiendo el artificio á la mala fe, pidió tiempo al emperador para disponer el pueblo á la obediencia, y le fue concedido. Sus emisarios sublevan la plebe, los cruzados se arman y atacan á los griegos. El príncipe de Edesa, fingiendo miedo, se echa á los pies de Juan, y le dice que han querido matarle: entretanto el desórden y el peligro crecen: el emperador sale precipitadamente del palacio, y entra en los reales. Los príncipes le suplicaron algunos dias despues que volviese á la cuidad; pero ya era imposible restablecer la confianza, y el emperador, burlado en sus proyectos, volvió á Constantinopla, mancillados sus laureles con una astucia inútil. Al año siguiente peleó con los turcos en Bitinia y Ponto. Manuel, el mas jóven de sus hijos, de edad á la sazon de 18 años, se arrojó un dia enmedio de los escuadrones enemigos, y penetró tan adentro, que todo el ejército, acudiendo á socorrerle, pudo dificilmente sacarle del peligro en que le habia puesto su fogosidad. El emperador, renovando el ejemplo de los castigos romanos, dió al jóven príncipe el premio de valor, y le castigó severamente por su insubordinacion. Esta hazaña y otras inspiraron á Juan tanto amor á Manuel, que desde entonces le creyó el mas digno de sucederle en el trono. Al mismo tiempo se vió abandonado el emperador por su sobrino, hijo de Isaac. Habia tratado con rigor á este jóven, que irritado huyó á la corte de Ico-

nio , casó con una hija del sultan, recibió en dote muchos castillos , abrazó el mahometismo , y tomó el nombre de Zelébis. Mahomet II , que destruyó el imperio de los griegos, descendia, segun se cree, de Soliman Schah , hijo de Zelébis.

Espedicion de Juan Comneno á Siria. (1142.) La fortuna se mostraba siempre favorable al emperador : se apoderó de todas las islas del lago Ascánico. Animado por estos triunfos , resolvió conquistar toda la Siria , echar á los turcos de Palestina , y santificar su corona , poniéndola sobre el sepulcro de Jesucristo. Reuniendo todos sus tesoros y fuerzas , marchó al frente del ejército mas poderoso que se habia visto en Asia en todo aquel siglo. La muerte arrebató á sus dos hijos mayores Isaac y Andrónico : el tercero, llamado tambien Isaac , quedó en Constantinopla , y el valiente Manuel , el mas jóven de todos , siguió á su padre. Juan , vencedor de los musulmanes , no halló resistencia sino en los cruzados. Antioquía se negó á abrirle sus puertas : el legado del papa Inocencio II le prohibió entrar en la ciudad. El emperador irritado mandó entregar á las llamas todo el territorio de Antioquía , sin perdonar , dicen los autores latinos , ni aun á las celdas de los ermitaños. Como deseaba visitar el santo Sepulcro , el rey de Jerusalen le escribió que tendria á mucha honra recibirle ; pero que siendo su tierra muy pobre para mantener un grande ejército, de-

bia venir á ella con solo 10.000 hombres. Aceptar esta condicion era entregarse á sus enemigos. Juan disimuló su enojo, y volvió á Cilicia, donde le esperaba la muerte.

Cazando un dia en el monte Tauro, se arrojó sobre él un jabalí furioso: el emperador le esperó con intrepidez y le hundió su venablo en el cuerpo: mientras el mónstruo derribado luchaba con la muerte, la aljaba del príncipe se volcó y cayó una flecha envenenada que le pasó la mano. El veneno triunfó del arte de los médicos. La hinchazon subió al brazo, y como se le propusiese la amputacion, Juan no quiso consentir en ello, y dijo: «No bastan dos manos para llevar las riendas del imperio.» La enfermedad hizo progresos rápidos, y se le administraron los santos sacramentos. Resuelto, como Marco Aurelio, á cumplir hasta el último instante las obligaciones de monarca y á morir en pie, no dejó de recibir en su tienda los memoriales de los oficiales, soldados y ciudadanos. Cuando sintió acercarse la muerte, llamó á los gefes de su ejército, y les dijo: «No ignoro que los príncipes miran sus estados como patrimonio suyo. Recibí de mi padre el derecho de mandaros; y sin duda creeis que lo transmitiré al mayor de mis hijos. Pero mi amor al pueblo domina de tal modo mis demas afectos, que si ninguno de mi familia mereciese el imperio, buscaria un emperador fuera de ella. Gracias al cielo, mis dos hijos Isaac y Manuel estan dotados de no-

bles cualidades, y si se tratase de una herencia ordinaria, seguiria el órden de la naturaleza; pero el cetro no es don, sino gravámen, y Dios me manda trasmitirlo al mas capaz de sostenerlo. Vosotros mismos veis si Manuel es digno de mandaros: acordaos de su aplicacion á los negocios, de su bondad activa para con los desgraciados, de la firmeza de su carácter, y lo vasto de su ingenio: junto á Neocesarča debimos la victoria á su valor impetuoso: en circunstancias críticas me ha iluminado su prudencia, y su denuedo me ha salvado de los peligros mas inminentes. Tengo á favor mio grandes ejemplos: Jacob, Moisés y David fueron preferidos á sus hermanos mayores. El bien del imperio es mi último deseo: favorecedle con vuestros votos.»

Todos los circunstantes respondieron llorando á su príncipe moribundo con esta aclamacion: «Sea Manuel nuestro emperador.» Le revisten la púrpura, le ciñen la diadema y le proclaman augusto. Manuel con la cabeza baja lloraba en silencio. Dos dias despues murió su padre, á los 55 años de edad y 24 de reinado. Sus buenas prendas fueron muy superiores á sus defectos, y sus victorias á sus yerros. Piadoso, sobrio, liberal y clemente, no impuso pena capital á nadie, y en su reinado el mérito y la virtud fueron los únicos títulos para los ascensos.

Manuel Comneno, emperador. (1143.) Si para reinar bien bastase el valor y el talen-

to, seria contado Manuel entre los grandes príncipes; pero no teniendo buena fe, moral ni justicia, no pudo ser ni grande hombre, ni grande rey. Manuel fue valeroso, hábil y astuto: logró muchas victorias, y sus artificios le libraron de muchos peligros; pero mereció el odio de sus pueblos por su codicia, y el menosprecio del occidente por sus perfidias. Su ejemplo acabó de corromper la moral pública: las desgracias que hizo sufrir á los cruzados, inspiraron á los latinos el profundo resentimiento que los incitó despues á apoderarse del imperio de oriente; y fortificando el poder de los infieles, formó y aumentó la tempestad que habia de caer sobre Constantinopla, y someterla al yugo del alcoran. Apenas murió su padre salió para la capital el gran doméstico Axuc, y se anticipó á los esfuerzos que hubiera podido hacer Isaac Comneno para sostener sus derechos de hermano mayor. Este príncipe fue encerrado y custodiado cuidadosamente; y asi se proclamó al emperador sin dificultad en Constantinopla. Desde que se supo que se acercaba á la ciudad, salieron á recibirle el senado y el pueblo. La fama de sus hazañas le habia precedido, y se le prodigaron los transportes de alegría, que los vasallos, propensos naturalmente á la esperanza, tributan á sus nuevos señores. Afirmado en el trono que ya no podia disputarle Isaac, se reconcilió con este príncipe, y le volvió la libertad.

Su primer cuidado fue buscar alianzas contra los reyes de Sicilia y Hungría, y con este designio tomó por esposa á Berta, cuñada del emperador Conrado, la cual al recibir la diadema tomó el nombre de Irene. Esta princesa era bella y virtuosa; pero solo el vicio tenia atractivos para Manuel; y asi la despreció, y conservó por concubina públicamente á Teodora, hija de su hermano Andrónico. Como era amigo del dinero y del artificio, eligió ministros avaros é intrigantes. La suerte le condujo bien pronto al único teatro donde podia brillar. Habiendo los turcos tomado y saqueado á Edesa, se volvió á presentar con esplendor en los campos de batalla; y se distinguió como general por los hábiles movimientos, y como valiente por la fuerza de su brazo. Venció en muchos reencuentros al sultan de Iconio, fue terror de los turcos, los obligó á pedir la paz, y obtuvo de ellos la cesion definitiva de Panfilia y Cilicia, conquistadas por sus armas. Marchó despues contra Raimundo, príncipe de Antioquía, le derrotó, le persiguió hasta las puertas de su capital, y no le concedió la paz hasta que vino al sepulcro de Aléxis á pedir perdon de haber faltado á su juramento. El vencedor no se habria reconciliado tan fácilmente ni con Raimundo ni con el sultan, á no ser por el temor que le inspiraban las noticias del occidente.

Segunda Cruzada. (1145.) Otra cruzada se preparaba en Europa. Conrado, empera-

dor de Alemania, y Luis el jóven, rey de Francia, príncipes los mas poderosos de la cristiandad, habian tomado la cruz, y Manuel recelaba mas de sus formidables aliados que de las armas de los infieles. El duque de Antioquía, el rey de Jerusalen y el conde de Tripoli, afligidos de la pérdida de Edesa, y temiendo la de sus estados, habian implorado el socorro de todos los príncipes cristianos. El papa, lamentando las calamidades de los cruzados, y participando de sus terrores, instó al rey de Francia para que acudiese á defender la Palestina. Luis convocó una asamblea general de sus estados en Vezelay. Allí fue oida la elocuente voz de san Bernardo, el primer orador de su siglo: el cuadro patético que hizo de la desgracia de los cristianos y de los peligros de Jerusalen, la elevacion de sus pensamientos, el fervor de su celo, la fuerza de sus palabras, encendieron en todos los ánimos el heroismo religioso. Innumerables príncipes, señores y guerreros se cruzaron, tomaron las armas y juraron morir ó salvar el santo sepulcro. En medio del entusiasmo que inspiraba el genio del predicador, se le dió de comun acuerdo el mando del ejército; pero san Bernardo, mas elocuente, mas sábio y mas cuerdo que el ermitaño Pedro, no aceptó un honor tan poco conveniente á su estado. El abad Sugero hizo vanos esfuerzos para impedir que el rey sacrificase la seguridad de Francia á una empresa tan lejana y peligrosa: Luis, mo-

vido de su celo y de la esperanza de igualar la gloria de Godofre, marchó á Siria, confiando el gobierno del reino á Sugero, y llevando en su compañía á su esposa Leonor de Aquitania, cuya inconstancia le hizo perder despues tantas provincias. San Bernardo, instruido por la esperiencia, supo preservar á los cruzados de los yerros que cometieron sus antecesores. Prohibióles perseguir á los judíos que encontrasen en el viage: «Porque son, les decia, inmortales testigos de la verdad del Evangelio, depositarios de las profecías, y ciegos que llevan delante de nosotros la antorcha de la fe.» Rugero, rey de Sicilia, que desconfiaba de los griegos, como los griegos de él, aconsejaba al rey de Francia que siguiese el camino de Italia para ir á Palestina; pero Luis, que confiaba en sus fuerzas, y que no queria que la dificultad de embarcar tan gran número de tropas retardase su marcha, escribió á Manuel pidiéndole paso libre por el territorio del imperio. Manuel consintió en ello; pero mientras prodigaba al rey de Francia falsas protestaciones de amistad, dió aviso al sultan de Iconio de la tempestad que se formaba contra él en occidente. El mismo ardor religioso que habia en Francia se comunicó á Alemania. El emperador Conrado tomó la cruz como Luis, y partió antes que él al frente de 70.000 caballeros y de una infantería numerosa.

Campaña de los cruzados en el Asia me-

nor.: (1147.) Aunque Conrado estuviese unido á Manuel con el vínculo del parentesco, esta consideracion cedió á los temores politicos, y la marcha del aleman causó grande terror en Constantinopla. Sin embargo, Conrado caminó pacíficamente hasta que llegó á Filipópolis; pero cuando pasaron de esta ciudad, los alemanes se entregaron á la liviandad y al saqueo: los griegos en represalias mataron á algunos zagueros, que pasaron del sueño de la embriaguez al de la muerte. Un pariente de Conrado que quedó en Andrinópoli, fue asesinado: el emperador envió á su sobrino con tropas para vengar aquella muerte, y la ciudad fue asolada. El temor de Manuel crecia á proporcion que los alemanes se acercaban. Procuró inútilmente persuadir á Conrado que siguiese el camino del Quersoneso para ir al Asia: el emperador de Alemania no quiso consentir en ello. Habiendo imprudentemente tomado posicion entre dos rios, una violenta tempestad acrecentó las aguas, y saliendo de madre con impetuosidad, arrebataron tiendas, caballos y soldados, y causaron mas ruina que una batalla perdida en el ejército aleman. Los restos que escaparon del naufragio, llegaron á Constantinopla, y se acamparon cerca de la puerta Dorada.

Los dos monarcas se enviaban recíprocamente embajadores para tener una conferencia; pero su vanidad hizo imposible la entrevista. Entrambos aspiraban al honor de la

precedencia, y se jactaban de ser sucesores legítimos de los emperadores romanos: el uno no queria salir de su ciudad, ni el otro de sus reales. El interes comun cedió al orgullo, y no pudiendo convenirse, renunciaron á verse. Conrado, sin esperar á Luis, atravesó el Bósforo, y entró en Asia con 90.500 hombres. Poco despues se puso en marcha el rey de Francia con su corte y ejército. En el camino recibió los embajadores de Manuel, que segun la usanza de su pais le hicieron largos discursos llenos de elogios y lisonjas. Esta locuacidad disgustó á los franceses, y el obispo de Langres dijo: «¿Para qué sirven todas esas alabanzas? El rey sabe quién es, y nosotros tambien: decid en dos palabras vuestro mandado.» Luis convino con ellos en no tomar ninguna plaza perteneciente al emperador; pero dejó indecisa la cuestion del homenage por las ciudades que conquistase de los turcos. Los comanos y patzinaces, secretamente escitados por los griegos, incomodaron la marcha de los franceses y mataron á muchos. Se dió queja al emperador, que prometió castigar á los agresores, y no cumplió su premesa. Luis se acampó á la vista de Constantinopla: alli supo que Manuel acababa de firmar una tregua de doce años con los turcos. Todo le probaba la mala fe de los griegos; y la religion y la política hacian imposible la concordia de las dos naciones. Los occidentales aborrecian como hereges á los de oriente, y

estos despreciaban á los latinos, acusándolos de idolatría. A pesar de tantos motivos de desconfianza, Luis, naturalmente sincero, se dejó engañar por las protestaciones de Manuel y por las señales de amistad que la emperatriz prodigaba artificiosamente á la reina. Entró en la capital recibido como en triunfo por el senado y el pueblo, y fue al palacio del emperador: en las conferencias hubo cordialidad, fingida de parte de Manuel, y verdadera en Luis. Los griegos celebraron la llegada del rey de Francia con juegos, fiestas y magníficos banquetes. Como san Dionisio es el patron de Francia, el lisongero Manuel ostentó en la iglesia de santa Sofía, el dia del apóstol de Galia, todo el lujo de su corte, todas las riquezas de oriente y toda la pompa del clero griego. Luis, satisfecho de este recibimiento, partió sin desconfianza, y desembarcó en la playa de Asia. Durante el tránsito hubo algunas reyertas entre griegos y franceses, y muchos de estos perecieron por la perfidia de sus aliados. El emperador exigió de los barones franceses juramento de fidelidad: el conde de Auvernia y el marques de Monferrato no quisieron prestarlo; y como se les amenazase con la violencia, tomaron las armas y saquearon las cercanías de la capital. Luis intervino en la disputa, y los obligó á prestar fe y homenage á Manuel. Al mismo tiempo advertia Rugero al rey de Francia que se precaviese contra los artificios de la corte

de oriente, y le aconsejaba que se hiciese dueño de Constantinopla. Manuel por su parte instaba á Luis que uniese sus armas á los griegos para reprimir la ambicion del rey de Sicilia. Luis, cuyo único objeto era la guerra contra los musulmanes, desechó las propuestas de entrambos príncipes. El pérfido Manuel, de acuerdo con los turcos, habia dado al emperador de Alemania guias infieles que dirigieron su marcha por los caminos montuosos de Capadocia. En este penoso viage los griegos, puestos en emboscada, unas veces mataban á los alemanes, otras les daban harina mezclada con cal: en todas partes se les negaban los víveres, y se les cerraban las puertas de las ciudades. Cuando hubieron entrado en los desfiladeros del monte Tauro, se vieron abandonados por sus guias, y envueltos por una multitud de mahometanos, que coronando las alturas, cerraron los pasos, y atacándolos sin intermision con el hierro y el hambre, destruyeron los nueve décimos del ejército. Conrado, no habiendo podido salvar de esta ruina mas que 10.000 hombres, se abrió paso con ellos haciendo prodigios de valor, y se reunió con Luis en Nicea. Algunos dias marchó con los franceses; pero avergonzado de verse sin tropas siguiendo á un rey de Francia, le dejó al llegar á Efeso, y se volvió á pasar el invierno en Constantinopla, donde, como ya no inspiraba temor, fue recibido con alegría maligna.

Hazañas y vuelta de los cruzados. (1148.)
El emperador de oriente habia formado el proyecto y concebido la esperanza de destruir tambien á los franceses; pero Luis, evitando el lazo, tomó guias seguros, atravesó llanuras fértiles, pasó el Meandro, derrotó á los turcos, y llegó á Laodicea, donde creia hallar subsistencias; pero la guarnicion griega evacuó la ciudad, se llevó los víveres, y se unió á los musulmanes. Nadie quiso servir de guia á los franceses: cuando llegaron á las montañas de Pisidia, fueron acometidos por los turcos y perdieron mucha gente. Luis, sus caballeros y la flor de su ejército no se salvaron sino haciendo prodigios de valor. El rey, peleando siempre, llegó á Satalié, llamada antiguamente Atalia, y en este puerto se embarcó para Palestina, dejando en él todos los enfermos del ejército y algunas tropas para guardarlos: los sarracenos, avisados por los griegos, vinieron sobre la plaza, y degollaron á aquellos desgraciados indefensos. Luis mostró su valor en muchos combates delante de Antioquia y de Jerusalen: sitió despues á Damasco; pero la traicion de un griego malogró esta empresa. Conrado, que habia vuelto á reunirse con él, se embarcó despues de esta espedicion en san Juan de Acre, y volvió á sus estados sin tropas, sin dinero y sin gloria.

Luis, mas constante, permaneció todavía dos años en la tierra santa; pero habiendo luchado inútilmente contra la fuerza de

sus enemigos y la mala fe de sus aliados, volvió á Francia, donde le esperaban otros pesares. Su navegacion fue peligrosa: en el camino encontró la escuadra de Rugero, que á la sazon estaba en guerra con Manuel, y se unió á la suya. La escuadra imperial se encontró con la siciliana, y le dió batalla. El rey, segun algunos historiadores, se libró mudando el pabellon, y escapándose de las armas griegas con un ardid griego. Otros dicen que fue hecho prisionero, y que le sacó del cautiverio el almirante de Sicilia. El mal éxito de esta segunda cruzada, debido á la imprudencia de los latinos y á la perfidia griega, afirmó el poder de los musulmanes. Desde entonces profesaron los príncipes de occidente odio implacable á los griegos, y juraron la ruina de su imperio.

Guerra de Rugero con Manuel. (1150.) Rugero, rey de Sicilia, animado por este odio, y por el deseo, hereditario en su familia, de conquistar el trono de oriente, no tardó en mover sus armas contra los griegos. Habia pedido por esposa á una hija del emperador Juan Comneno. Manuel rompió la negociacion, apenas subió al trono, y aprisionó á los enviados del rey: esta violencia dió origen á una guerra funesta para el imperio. Rugero se apoderó casi sin ostáculo de Corfú, taló las playas del Peloponeso, entró á escala vista en Tebas, y saqueó á Corinto, que fue despojada segunda vez de las riquezas que el comercio le daba.

Manuel, habiendo reunido todas sus fuerzas, atravesó la Tracia, derrotó á los patzinaces, entró en Iliria y sitió á Corfú. Venecia le envió una escuadra auxiliar. Isaac Comneno murió peleando contra los sicilianos, y antes de espirar recomendó á su hijo Andrónico que le vengase tanto de los enemigos á cuyas manos perecia, como del mismo Manuel, «que usurpa, le dijo, mi trono.» Andrónico lo prometió; y cruel y ambicioso, cumplió despues con harta fidelidad su juramento. El sitio de Corfú fue largo, sangriento y ostinado: Manuel tomó por asalto la ciudad, y los sicilianos se retiraron. Los griegos y venecianos disputaron entre sí los despojos de los vencidos, y se dieron una furiosa batalla, en que pereció la flor de ambos ejércitos. Axuc, que habia contribuido poderosamente al buen éxito del cerco, fue menos dichoso por la mar, y cerca de Ancona la escuadra siciliana dió á la suya una rota que la destruyó casi toda. El emperador aprovechándose de la retirada de Rugero, se apoderó de gran parte de la Dalmacia y volvió á Constantinopla, donde fue recibido en triunfo. Su victoria se celebró con un torneo, juego militar, cuya aficion y uso introdujeron los latinos en oriente. En este tiempo nació Maria, hija de Manuel, célebre despues por su hermosura, sus pasiones y sus infortunios.

Batalla del Dravo y sumision de los servios. (1151.) El imperio, rodeado de enemigos, estaba como Roma naciente, en per-

pétua guerra. El emperador tuvo que pelear contra los húngaros y servios: dióles batalla junto al Dravo; y en ella Baquin, general de los húngaros, acometió á Manuel cuerpo á cuerpo, y le rompió el yelmo de un tajo: iba á segundar, cuando el emperador, quitándole el sable, se abrazó con él, lo sacó de la silla y se lo llevó prisionero. Esta proeza decidió la victoria, y los servios se sometieron.

Manuel persiguió á los húngaros, y entregó á las llamas el palacio de su rey Geisa. Este príncipe, que volvia de las fronteras de Rusia, dió batalla al emperador, fue vencido y se sometió á las condiciones que quiso imponerle Manuel.

Conspiracion de Andrónico Comneno. (1152.) Este nuevo triunfo escitó en el ánimo de Andrónico una envidia violenta. Ningun hombre ocultó bajo un esterior mas agradable un alma mas horrible. Vencia en elocuencia, fuerza y valor á los oradores, atletas y caballeros de su tiempo: pocos tiranos le igualaron en perversidad, crueldad y disolucion. El vicio reinaba entonces con escándalo en la corte de oriente. Manuel vivia criminal y notoriamente con Teodora su sobrina, y Andrónico con su prima Eudoxia, hermana de Teodora. La conformidad de aficion á la guerra y á los placeres produjo en estos príncipes una amistad bastante sincera de parte de Manuel; pero pérfida de parte de Andrónico. Este, siguiendo en el seno de la liviandad el hilo de sus artificios,

aspiraba al trono. Cantacuceno, su cuñado, descubrió sus proyectos y logró escitar contra él la desconfianza del emperador. Para alejar á este ambicioso, se le envió á Cilicia, donde peleó contra los turcos con valor; pero sin dicha. No obstante Manuel, por un resto de amistad, le dió los ducados de Neisa y Castoria, vestigios del sistema feudal, imitado de los latinos, introducido en el imperio griego y que arruinaba su fuerza dividiéndola.

Mientras mas se elevaba Andrónico, mas odio inspiraba á los grandes. Los principales oficiales del ejército formaron una conjuracion para matarle. Enmedio de las sombras de la noche rodean su tienda; pero Eudoxia, oyendo el ruido de sus pasos y de las armas, le despierta, y quiere vestirle de muger para que se salve. Andrónico rehusa aquellos vestidos, «que harian, dice, ignominiosa mi fuga ó mi muerte:» salta de la cama con el sable en mano, derriba á los primeros que encuentra, y se libra de sus golpes saltando un vallado. La corrupcion de costumbres hacia entonces tan comunes los vicios, las astucias y aun los crímenes, que muchas veces se les miraba como culpas ligeras. El emperador se reconcilió con Andrónico, y este ambicioso se aprovechó de su indulgencia para conspirar contra él con los reyes de Jerusalen y Hungria, el sultan de Iconio, y el emperador Federico, sucesor de Conrado. Seguro del apoyo de estos príncipes, puso en emboscada, cerca de una selva,

algunos bárbaros para que asesinasen al emperador. La trama fue descubierta, y Andrónico puesto en prision.

Guerra de Manuel con Guillermo, rey de Sicilia. (1154.) El rey de Hungria, que volvió á tomar las armas, aceptó de nuevo la paz. Rugero acababa de morir, y Guillermo, su hijo, continuó la guerra. Manuel envió á Italia á Miguel Paleologo, que se apoderó de Bari y de otras muchas plazas. Su talento y valor, y el gran número de ciudades que se declararon á favor suyo, dieron esperanza á Manuel de recobrar la Italia; pero Miguel Paleologo murió, y cambió la fortuna de los griegos. Sin embargo, Juan Ducas, que le sucedió por algunos dias, siguió su ejemplo, consiguió una victoria naval, y se apoderó de Brindis: mas desgraciadamente el emperador le quitó el mando para darlo al príncipe Aléxis, hijo de la célebre Ana Comneno.

Victorias de Guillermo contra los griegos. (1156.) Este jóven sin esperiencia, educado en palacio, é ignorante en la guerra, se presentó en el ejército, mas bien como cortesano que como general. Los reveses sucedieron á los triunfos, la confianza se perdió, y los italianos auxiliares abandonaron los estandartes del emperador. El rey Guillermo dió batalla á los griegos, y la ganó, quedando prisioneros suyos Aléxis y Juan Ducas. Sus tropas, huyendo sin gefes y sin órden, fueron destrozadas: Brindis abrió sus

puertas al vencedor : Bari se rindió : los señores italianos rebeldes fueron colgados ó mutilados : la escuadra italiana atacó á la griega en la costa de Eubea , á la vista de Negroponto , penetró en su línea, y quemó la mayor parte de sus buques.

Poco despues los sicilianos , dueños del mar, desembarcaron tropas cerca de Constantinopla, dispararon flechas doradas al palacio , robaron en Blaquernas el jardin del emperador, proclamaron á Guillermo junto á las murallas de la capital del imperio rey de Sicilia , Calabria , Pulla , Aquileya y de las islas del mar Adriático, y habiendo insultado asi á Manuel , se volvieron triunfantes á Italia.

Paz entre griegos y sicilianos. (1158.) Manuel enfurecido escribió á Guillermo muchas injurias, amenazándole que marcharia á Italia con todas sus fuerzas, si no dejaba las armas. El rey de Sicilia , mas hábil ó mas moderado , opuso á tan vana jactancia una modestia prudente : teniendo consideracion á la vanidad del enemigo vencido , le respondió , que en vez de irritarse por los caprichos de la fortuna, debia jactarse de haber adquirido mas gloria que todos los emperadores posteriores á Justiniano. «Has ganado , le decia , grandes batallas : has conquistado 300 plazas , é inundado la Italia de sangre. Basta ya de venganzas : dejemos respirar la humanidad. Te conjuro , en nombre de Dios , á que me concedas la paz, como

el gran Aléxis, tu abuelo, la concedió en otro tiempo á Roberto Guiscard.» Estos ruegos y esta deferencia sosegaron las tempestades que la vanidad ofendida escitaba en el corazon de Manuel, y firmaron paces por 30 años.

Victorias de Manuel contra los turcos. (1160.) Su actividad, incapaz de sosiego, le hizo llevar sus armas al Asia. Raimundo, príncipe de Antioquía, habia muerto en una batalla contra Norandino, sultan de Alepo. Reinaldos de Chatillon casó con su viuda, protegió á su hijo, y creyendo aprovecharse de la guerra entre Manuel y los sicilianos, entró en Cilicia, conquistó muchas plazas, y envió sus bajeles á talar la isla de Chipre. El emperador, libre ya de los sicilianos, disimuló su enojo, fingió marchar contra los turcos, se presentó de improviso en Armenia, cautivó al rey de aquel pais, se apoderó de Cilicia, ocupó á Tarso, y marchó contra Antioquía. Entonces Reinaldos, temiendo la venganza del emperador, se presentó á él con los pies descalzos, le prometió fidelidad, obediencia y socorro, y recibió de su mano un patriarca griego. Balduino III, rey de Jerusalen, cuya esposa era sobrina del emperador, estaba en el ejército griego con la esperanza de obtener los despojos de Reinaldos; mas no halló á Manuel dispuesto á engrandecer su pequeño reino. El emperador entró triunfante en Antioquía: segun la costumbre del tiempo asistió á un torneo, en el

cual atravesó con su lanza á dos caballeros latinos.

Despues marchó contra Alepo; pero el sultan evitó, sometiéndose, la tempestad que le amenazaba, y obtuvo la paz, dando libertad sin rescate á 6.000 cristianos. Durante esta corta campaña, un dia que el emperador y el rey de Jerusalen cazaban en un bosque, descubrieron una celada de 24 turcos que los aguardaban para matarlos. Los príncipes tenian poca guardia, y el terror fue grande. Solo el intrépido Manuel, mirando la huida como un oprobio, acometió con los suyos á los sarracenos, y los hizo pedazos. Cayó Balduino del caballo, y se rompió un brazo: Manuel, sin esperar los cirujanos, se lo curó y vendó. En aquella época los príncipes, como llevaban la vida de caballeros andantes, se instruian en la ciencia mas necesaria á la carrera de las aventuras. El emperador volvió á Constantinopla, donde se detuvo poco, por haber vuelto los turcos á tomar las armas. Acometiólos por todas partes, venciólos en muchos reencuentros, y obligó al sultan Azedin á restituirle un gran número de plazas. En esta época murió la emperatriz Irene. Manuel, que no habia hecho caso de ella durante su vida, conoció su mérito cuando la hubo perdido, y honró su virtud con pesares que ya eran tardios. El sultan Azedin, para conciliarse el auxilio del emperador contra los cruzados, vino á Constantinopla. La magni-

ficencia del palacio, la pompa de la corte, el esplendor del príncipe, sentado eu su trono de oro, enriquecido de pedrerías, y rodeado de los grandes y senadores, deslumbraron al príncipe musulman; pero aumentaron quizá en el ánimo de los infieles el deseo de apoderarse de aquella ciudad, que era entonces el centro y el depósito de las riquezas del mundo. Manuel, queriendo pasar á segundas nupcias, aceptó primero la mano de una hija del conde de Tripoli: el padre hizo enormes gastos para el casamiento: mas el emperador, mudando repentinamente de designio, casó con María de Austria, cuya hermosura le habian celebrado. El conde, en venganza de esta injuria, armó las galeras que estaban destinadas á conducir su hija á la corte, hizo horribles estragos en el Archipiélago, y saqueó las playas del Bósforo.

Guerra con los húngaros: batalla de Zeugmina. (1166.) El emperador tuvo que sostener otra guerra contra los húngaros; y como Federico, emperador de Alemania, invadió á Italia, y hacia temblar á Roma, Manuel sublevó con sus artificios muchos príncipes contra aquel guerrero. Los historiadores hablan de la embajada enviada en 1165 á Constantinopla por el preste Juan, al cual representan como gefe de un pueblo de asesinos, fanatizados por él, y dispuestos á arrostrar la muerte por servirle, y á dar de puñalados á sus enemigos, cualquiera que

fuese su poder y distancia, y aunque fuesen los reyes mas grandes del mundo. Todas las circunstancias de esta narracion parecen fabulosas. Este príncipe, cuyo nombre espantaba entonces á todos, no era mas que el gefe de una pequeña tribu, establecida en las gargantas del Líbano, que ejercia sobre ella la autoridad civil y religiosa. Manuel, despues de haber tomado en Hungría 57 plazas, ganó una batalla campal, se apoderó de Zeugmina, y obligó á los húngaros á pedirle la paz. La muerte de Guillermo, rey de Sicilia, que sucedió en esta época, libertó al imperio de un enemigo hábil y ostinado. Andrónico, habiéndose escapado dos veces de la prision, se refugió en Rusia. El emperador, conociendo su astucia, y temiendo que llamase sobre el imperio las armas de sus nuevos protectores, le perdonó sus crímenes pasados, y le mandó venir á la capital. Nada podia mover el corazon, reprimir los vicios ni satisfacer la ambicion ardiente de aquel príncipe faccioso. Andrónico tuvo la osadía de robar á Filipa, hermana de la emperatriz, y de llevársela á Cilicia. Burlando el enojo y las órdenes del emperador, pasó á Jerusalen, y sedujo á Teodora, viuda del rey Balduino. Este último escándalo puso el colmo á la ira del emperador: envió á todos sus oficiales órden de prender á Andrónico y sacarle los ojos. Pero este príncipe, seguido de su nueva manceba, se refugió á Iberia, se alistó en las banderas del sultan de

Coronea, y haciendo guerra al imperio, mereció la condenacion y la escomunion que los tribunales y el patriarca fulminaron contra él.

Los húngaros volvieron á las armas, y el ejército imperial les dió una sangrienta batalla junto á Zeugmina. Manuel estaba enfermo á la sazon, y no pudo hallarse en ella. Sus generales consiguieron la victoria: mas se peleó tan encarnizadamente de una y otra parte, que los griegos dejaron en el campo de batalla la mitad de sus tropas, y el ejército húngaro quedó casi enteramente destruido.

Espedicion de los cristianos contra Egipto. (1170.) Despues de este último triunfo, Manuel, de acuerdo con Amaury, rey de Jerusalen, quiso invadir el Egipto, y echar de él á los mahometanos. La fuerza de los cruzados variaba entonces sin cesar: á veces se acrecentaba con la llegada de socorros de Europa: á veces se disminuia con la partida de los peregrinos. Para obviar este inconveniente, la religion creó una nueva especie de milicia, unida por voto á las banderas, y que profesaba á un mismo tiempo los deberes de monges y caballeros: cuidaban de los enfermos en los hospitales, manejaban el incensario y la espada, y se mostraban tan terribles en la lid, como humildes y devotos al pie del altar. Los caballeros de san Juan y del Temple se hicieron famosos por sus hazañas, retardaron la pérdida de Palestina,

y los primeros, despues de dominado el oriente por los musulmanes, fueron uno de los antemurales mas firmes para defender las regiones occidentales.

Estos caballeros y los soldados que se pudieron reunir, marcharon bajo el mando de Amaury, tomaron algunas plazas, y sitiaron á Damieta. Manuel les habia enviado un numeroso cuerpo auxiliar con una escuadra á las órdenes del conde Estéfano. Los árabes y turcos se defendian con valor; pero hubieran sucumbido á no ser por la discordia que se movió entre los sitiadores. Despues de muchos esfuerzos inútiles, Estéfano manda dar el último asalto: ya los griegos salvaban las murallas, y se creian seguros de la victoria, cuando Amaury, que habia tratado en secreto con el sultan, encadena su valor, y les declara inesperadamente que la paz está hecha. Esta ó debilidad ó traicion renovó el odio de los griegos á los latinos: unos volvieron á Palestina y otros al imperio.

Primeras hazañas de Saladino. (1171.) Crecia entonces entre los infieles un grande hombre. Este fue Saladino, natural de Curdistan: desde el grado de emir se habia elevado á la dignidad de sultan de Egipto. Su genio, valor, justicia y generosidad le hicieron objeto del terror y al mismo tiempo de la admiracion de los cristianos. Su gloria y poder eclipsaron en breve el de los demas sultanes; y los árabes y turcos acudian de

todas partes á alistarse bajo sus banderas.

Saladino, habiéndose propuesto echar de oriente á los cristianos, entró en Palestina; tomó á Gaza y aterró á Jerusalen. El interes comun acalló por un momento el odio de los latinos y griegos. El mismo Amaury vino á Constantinopla á pedir socorro á Manuel, empeñado entonces en la guerra contra los venecianos por haber insultado imprudentemente á su embajador Enrique Dandalo: el peligro que amenazaba á la religion, puso fin á esta guerra.

Guerra de Manuel con los turcos, y batalla de Miriocéfalas. (1176.) El emperador marchó contra los turcos, tomó muchas plazas, y se apoderó de Doriléo. Pero la fortuna, que hasta entonces habia favorecido sus armas, le abandonó, y la llanura de Miriocéfalas fue el sepulcro de su gloria militar. Los sultanes de Alepo é Iconio, y todos los turcos de Persia y Siria se reunieron contra él. Despues de una batalla larga y sangrienta entre los dos ejércitos, animados de igual furor, los griegos cejan, los turcos vencen y hacen espantosa carnicería en sus enemigos, que huyen ó mueren. Solo Manuel, perdida la victoria, procuró y buscó la muerte. Lánzase en medio de los turcos: su escudo está erizado de flechas, su cuerpo cubierto de heridas: abandonado y teñido en sangre, aun le temen los enemigos, y la multitud asombrada no le acomete sino con miedo: rodeado de víctimas inmoladas por su

acero, resuelve en fin retirarse, y salta en un caballo: le persiguen, tres turcos intrépidos le alcanzan, pero mueren á sus manos: diez ginetes griegos llegan en su socorro, y con ellos desbarata y atraviesa muchos escuadrones sarracenos, y se reune en fin con las reliquias de su ejército. Parecia que su valor prodigioso no habia hecho mas que retardar algunos instantes su ruina: en breve un ejército innumerable de turcos rodeó su débil campamento, y llenó todas las tiendas de las saetas que lanzaban. Los griegos esperaban la muerte, cuando repentinamente el sultan, ó por admiracion á un enemigo tan valiente, ó por lástima de un monarca tan desgraciado, le propuso generosamente la paz.

Manuel consintió en ella, y se obligó á rendir las plazas que habia conquistado y á demoler las ciudades de Eublea y Doriléo.

Nueva guerra con los turcos. (1177.) El emperador en la relacion que escribió de esta fatal jornada, comparó su suerte á la de Romano Diógenes; pero si mostró el mismo valor que él, no la misma virtud; pues en desprecio de las condiciones firmadas conservó las fortificaciones de Doriléo, reunió nuevas tropas, y volvió á comenzar la guerra. Venció dos veces á los turcos junto al Meandro; pero estos triunfos de poca monta no pudieron disipar la melancolía que se habia apoderado de su ánimo desde el desastre de Miriocéfalas.

Los dos últimos sucesos importantes de su reinado fueron el casamiento de su hija con el marques del Monferrato, al cual dió título de césar, y el de su hijo Aléxis, que casó con Ines, hija del rey de Francia. Su muerte se acercaba con celeridad; y sin embargo, engañado por unos astrólogos que le pronosticaban larga vida, no queria creer que su fin estuviese tan próximo, hasta que el esceso de su debilidad disipó la ilusion: tomó el hábito de monge en expiacion de sus culpas, y renunció al mundo. Falleció el 24 de setiembre de 1180, á los 55 años de su edad y 37 de reinado. Valiente soldado, mal príncipe y aliado infiel, oprimió sus pueblos, señalando ciudades y provincias para el pago de las legiones. Con él acabó la gloria de los Comnenos.

Aléxis Comneno II, emperador. (1180.) La actividad belicosa de Manuel no dió al imperio mas que un esplendor aparente. Saqueado el territorio por los latinos y los musulmanes, carcomido el interior por la corrupcion de costumbres, los desórdenes de la administracion, las rapiñas de los guerreros, la avaricia de los ministros y la ambicion de los grandes, y amenazada la frontera por los sicilianos, turcos, búlgaros y húngaros, estaba entregado enmedio de tantas tempestades á la debilidad de un niño, cuya esposa tenia once años como él. Era necesario un hombre de genio para sostener el trono vacilante, y se confió su custodia á una muger

flaca y liviana. María, viuda de Manuel, habia tomado el hábito de religiosa pocos dias antes de la muerte de su marido; pero siendo jóven, bella y ambiciosa, no pudo sufrir el claustro, y salió de él para encargarse de la tutela de su hijo.

María amaba perdidamente á Aléxis, sobrino de Manuel, y á la sazon protosebasto: dueño del corazon de la emperatriz, lo fue del imperio. Esta pasion estuvo oculta hasta entonces con gran secreto; y asi los cortesanos jóvenes, enamorados de la belleza de María; los intrigantes, escitados por el deseo de enriquecerse, y los grandes, inflamados de ambicion, rindieron sus homenages á esta princesa, la cual con una galantería tan diestra como criminal favorecia á los unos, animaba á los otros, y daba esperanzas á todos. Mas cuando se entregó sin reserva al amante que preferia, todos se reunieron contra ella: el protosebasto fue el objeto del odio comun, la emperatriz del desprecio, y el niño emperador de la compasion. Aléxis solo se entretenia con juegos y la caza: el protosebasto irritaba el descontento público con su orgullo y sus profusiones; pero la tempestad que habia de derribarle, se formaba fuera de Constantinopla.

Conspiracion de Andrónico. (1181.) Manuel, algun tiempo antes de morir, habia encargado á unos emisarios diestros que robasen y le trajesen á Teodora, reina de Jerusalen, refugiada con Andrónico, como

hemos dicho, en los estados del sultan de Coronea. Sus órdenes fueron ejecutadas, y desde que Andrónico supo que aquella princesa estaba en poder del emperador, no pudiendo vivir sin ella, y deseando tenerla en su compañía, imploró la clemencia de Manuel, el cual á pesar de los atentados de aquel príncipe pérfido, le conservaba siempre algun cariño; y apenas vió á su culpable sobrino, tan astuto como ambicioso, postrado al pie del trono, derramando lágrimas fingidas y mostrándole una cadena muy pesada que traia ceñida al cuerpo, en espiacion, segun decia, de sus culpas, le perdonó y le señaló por residencia á Eneo, ciudad del Ponto. Andrónico le juró inviolable fidelidad, y prometió bajo juramento descubrirle á él y á su hijo todas las conjuraciones tramadas contra ellos, de que tuviese conocimiento. Apenas supo en su retiro la situacion de la capital con el nuevo gobierno, concibió esperanzas de aprovecharse de las turbulencias escitadas por la pasion loca de la emperatriz y el orgullo tiránico de su amante. Socolor de cumplir el juramento que habia hecho de revelar cuanto le pareciese dañoso al imperio, escribió al jóven Aléxis, al patriarca Teodosio y á los principales personages de la corte, que la ambicion del protosebasto y la flaqueza criminal de María, ultrajando la magestad imperial, escitaban las justas murmuraciones de los pueblos y del ejército, animaban la osadia de

los enemigos del estado, y ponian el trono en la pendiente del precipicio. El protosebasto favorecia con su conducta los designios de Andrónico: gobernaba el imperio como dueño absoluto, sacrificaba los grandes á su envidia, el pueblo á su codicia y el tesoro á sus liviandades; y todos estaban dispuestos á conspirar contra él.

La hija de Manúel, llamada tambien María, y cuyo esposo Juan Comneno tenia el título de césar, entró en la conjuracion. Se formó el proyecto de asesinar al favorito en la iglesia; pero al tiempo de ejecutarlo, fue descubierta la traicion y presos la mayor parte de los conjurados: alzáronse los cadalsos é iba á correr la sangre, cuando la princesa María se escapa, corre á santa Sofía, llama al pueblo en su socorro, y le dice: «Libertad la hija de vuestro emperador del yugo de una madrastra y de su indigno amante.» El patriarca se declara su protector: el pueblo toma las armas. La emperatriz le envió á ofrecer su perdon; pero la altiva princesa respondió: «Yo soy la que tiene que perdonar, y vengo en ello, si el protosebasto sale de la corte.» Despues de esta respuesta atrevida se aumentaron sus fuerzas con un cuerpo de tropas estrangeras. La multitud furiosa llega, y el palacio del protosebasto es entregado al saqueo. El favorito llama las tropas que estaban acampadas al otro lado del Bósforo: acuden, y arde la guerra civil en medio de la capital. Peléase en las cercanías

del palacio; el césar Juan que mandaba los rebeldes, es rechazado. El patriarca no consiguió restablecer la paz, sino despues de tres dias de combates: la emperatriz concedió una amnistía; pero la tranquilidad duró pocos momentos. El protosebasto manda al patriarca salir de la ciudad, y al punto vuelve á comenzar el alboroto: todo el pueblo sigue al pontífice y le trae en triunfo. Andrónico, informado de estos sucesos, ve que todas las cosas estan preparadas para la ejecucion de sus designios. Alista tropas, declara que solo toma las armas para librar á su jóven príncipe espuesto á la insolencia de un ministro malvado y de un pueblo sedicioso. Este hombre, que por satisfacer sus criminales amoríos se habia burlado siempre de las leyes divinas y humanas, tomó entonces la máscara de la religion y de la virtud: parecia que solo le animaba la lealtad á su emperador, y que solo aborrecia la ambicion del protosebasto y los vicios de su amartelada; y no salian de su boca sino palabras sacadas de los libros santos. Si no hubiera tenido que pelear mas que con el favorito, nadie habria defendido á este hombre soberbio; pero la emperatriz madre con su hermosura y sus flaquezas habia sabido conservar el afecto de muchos amantes que abrazaron su causa. Juan Ducas cerró las puertas de Nicéa á las tropas de Andrónico: Juan Comneno, gran doméstico de oriente y prefecto de Tracia, tomó las armas contra él:

Andrónico Angel, que mandaba un ejército, vino á pelear con los rebeldes, aunque mostró su incapacidad dejándose vencer, y su inconstancia pasándose á las banderas del vencedor. Andrónico fortificado con esta victoria y defeccion llega á Calcedonia: todo el pueblo de la capital acude á la playa para invitarle á pasar el Bósforo; pero como no tenia bajeles, el almirante Contestéfano le dió los del emperador: la guardia deserta y se le reune: el pueblo y algunos varangas arrestan al protosebasto. Sus amigos huyen de él, sus lisonjeros le insultan, sus víctimas se vengan: arrástranle á los pies de Andrónico que le mandó sacar los ojos. El vencedor pasa el Bósforo: los mas horribles desórdenes preceden y acompañan la entrada de este nuevo Neron, que iba muy pronto á superar las maldades del antiguo. Como el protosebasto habia favorecido á los latinos, el odio del pueblo contra ellos se trocó en furor: prende á los unos, asesina á los otros, saquea las casas de todos: degüella á un cardenal, enviado del papa, y ata su cabeza á la cola de un perro; y lo que apenas puede creerse, una multitud de sacerdotes y monges griegos forzaron las puertas de un hospital y asesinaron á muchos caballeros de san Juan de Jerusalen que los servian. Escapáronse los comerciantes latinos que pudieron refugiarse al puerto y á sus buques. Estos numerosos fugitivos, sedientos de venganza, entraron á fuego y sangre las islas del Archi-

piélago, las costas de la Propóntide y del Helesponto, arruinaron los monasterios, mutilaron y dieron muerte á los sacerdotes griegos, se apoderaron de todos los buques que encontraron, trajeron á sus paises mas riquezas que se les habian quitado, y esparcieron en el occidente las semillas de un odio profundo, que 20 años despues arruinó el imperio de los griegos. Entretanto el pueblo de la capital, instable en sus juicios, olvidaba la vida anterior de Andrónico, sus vicios, conjuraciones y adulterios, y su desercion á los musulmanes: deslumbrado por la pasion del momento, no veia en aquel alevoso mas que un libertador. Pero su hipocresía no engañó al patriarca, y le dijo atrevidamente: «No he abandonado la custodia del jóven emperador hasta ahora que le soy inútil: desde que Andrónico se encarga de protegerle, le considero como muerto.» Andrónico no osó castigarle porque era amado del pueblo; pero desterró de palacio á todos aquellos cuya virtud temia: rodeó al emperador de sus propias guardias, no dejó á nadie acercarse á él, y no le permitió mas ocupacion que la caza. Apenas se presentó un tirano, reinó la delacion: las plazas y sitios públicos, los tribunales y las casas se llenaron en breve de espias y acusadores. Los parientes se denunciaban unos á otros: la amistad temblaba y reprimia sus efusiones: se temia exhalar una palabra ó dirigir una mirada: todo era sospechoso: hasta la familiaridad con el ven-

cedor inspiraba miedo; y el que un dia se creia favorecido, al siguiente era enemigo y víctima. La jóven princesa María se hizo sospechosa por la audacia misma que habia asegurado su triunfo, y la mandó envenenar. Su tiranía gravitaba solamente sobre los grandes y ricos: se mostraba suave y popular con la muchedumbre, devoto y escrupuloso con el clero; y asi temido de los poderosos y amado del populacho, afirmó por algun tiempo su poder. El sultan de Iconio se habia aprovechado de estas disensiones para conquistar ciudades y provincias enteras. Vatacio, que mandaba los griegos en la frontera de Neocesaréa, en lugar de pelear con los turcos, volvió sus armas contra Andrónico y derrotó su ejército; pero murió de allí á poco, y esta victoria no tuvo consecuencias. El astuto Andrónico mientras mas se adelantaba á apoderarse del supremo poder, mas fingia rehusarlo. Dió órden para que se coronase al emperador en santa Sofía, y cubriendo su ambicion con el velo de la lealtad y de la humildad, llevó él mismo sobre sus hombros á la iglesia al augusto niño, y le ciñó la diadema al pie de los altares, como se adorna á una victima para inmolarla.

Creyendo menos necesario ocultar su odio contra la emperatriz madre, á quien el pueblo aborrecia, la hizo poner en prisiones y la entregó á los tribunales. Los jueces huian y se ocultaban por no sentenciar á la viuda de su emperador; pero una comision nom-

brada por Andrónico, la condenó á muerte; y el tirano obligó al jóven príncipe á firmar la sentencia de su madre. Eran tambien necesarios cómplices para la ejecucion del juicio, y Andrónico la encomendó á su hijo mayor y á su cuñado; pero ambos se negaron á aceptar esta parte vergonzosa de la tiranía, y fue preciso encargarla á Tripsico, uno de los comandantes de la guardia estrangera, que rompió la nuca á la emperatriz y arrojó al mar su cadáver. El patriarca Teodosio indignado abandonó su silla. Andrónico estendió su venganza á los retratos que recordaban la belleza de la viuda de Manuel, y solo permitió que se conservase una estátua de ella, despues de haberla hecho afear con las arrugas de la vejez. El senado, impelido por los emisarios secretos del tirano, suplicó al emperador que tomase por colega á Andrónico para defender el estado de los enemigos interiores y esteriores. Aléxis no tenia voluntad: Andrónico recibió el título de augusto, fingió rehusarlo, y se dejó llevar á santa Sofía, donde se le dió la corona. Allí juró sobre los evangelios, que solo recibia el cetro para ayudar á llevarlo á su primo Aléxis. A la noche siguiente tres soldados fuerzan el cuarto del jóven príncipe, le rompen la nuca y traen su cadáver á Andrónico, que hollándolo con sus pies, dijo: «Tu padre fue pérfido, tu madre prostituta, y tú cobarde.» Condujeron el cuerpo de esta inocente víctima en una barca llena de músicos que cantaban y

tocaban, y le dieron sepultura en la mar. Su viuda Ines, hija de un rey de Francia, fue obligada á casar con Andrónico, viejo ya y consumido por la deshonestidad, y homicida de su esposa. Los obispos griegos, reunidos en sínodo, le vendieron sus conciencias y la absolucion. Por estos grados subió al trono de Constantino este mónstruo, mas odioso y despreciable que Calígula.



CAPÍTULO XIX.

Andrónico Comneno. Isaac Angel. Juan Ducas Murzulflo.

Andrónico, emperador. Isaac Angel, emperador. Batalla de Tiberiade, y toma de Jerusalen por Saladino. Tercera cruzada. Conspiracion de un impostor contra Isaac. Rebelion de Aléxis. Aléxis Angel, emperador. Exito de la cuarta cruzada. Quinta cruzada. Aléxis el jóven, reconocido augusto por los cruzados. Isaac, restituido al trono. Juan Ducas Murzulflo, emperador: toma de Constantinopla por los latinos.

ANDRÓNICO, *emperador.* (1183.) Andrónico procuró algun tiempo distraer al pueblo con juegos y espectáculos del horror que inspiraban tantos crímenes. Despues marchó contra Nicéa. Cantacuceno, que la defendia valerosamente, hizo una salida, y desbarató al principio á los sitiadores; pero arrojándose con demasiado ardor contra el tirano, fue derribado, preso y enviado al suplicio. Isaac Angel, que le sucedió, no se atrevió

á prolongar la defensa, y capituló: esta cobardía fue su salud. Andrónico le dejó la vida por desprecio. Teodoro Angel se habia encerrado en Prusa. El emperador tomó por asalto esta ciudad, pasó á cuchillo todos los que encontró en ella, y se hartó de sangre. El valor de Teodoro fue castigado con la pérdida de la vista. En el reinado de Andrónico perdió el imperio la isla de Chipre. Isaac Comneno, huyendo de la tiranía, buscó en ella un asilo, y encontró una corona: fue proclamado rey por los cipriotas, y supo sostener su independencia. El emperador volvió á la capital; y como no podia esperar ni el afecto ni la estimacion pública, se redujo á producir el silencio con el temor, y la obediencia con los suplicios. Pero acrecentando el aborrecimiento, acrecentó sus peligros: el terror que inspiraba volvia sobre él; y llegó el caso de no atreverse á presentarse ni en el circo ni en los campamentos. Solo admitia en lo interior de palacio algunos músicos y farsantes, y de noche confiaba solamente la custodia de su persona á la ferocidad de un perro enorme y monstruoso, acostumbrado á pelear con los leones. Este tirano, oprobio de la naturaleza, trovando horriblemente la célebre espresion de Tito, decia que *habia perdido el dia* cuando se acostaba sin haber condenado á alguno á la muerte ó á la mutilacion. Su reinado era el del espanto: los ciudadanos temblaban en sus hogares, y ninguno estaba seguro del

dia siguiente. Entretanto se preparaba su ruina, todos los príncipes de Europa, principalmente Guillermo II, rey de Sicilia, deseaban castigar á los griegos por su perfidia, y por la matanza de los latinos. Aléxis Comneno, sobrino de Manuel, que se habia escapado del puñal de Andrónico, imploró el socorro, inflamó el resentimiento, y escitó el deseo de la venganza en todas las cortes. Guillermo tomó las armas, desembarcó en Iliria, se apoderó de Durazo y Tesalónica, venció al ejército griego, lo encerró en Anfípolis, y se hizo dueño de esta plaza. Andrónico buscó aliados entre los infieles: habia contraido amistad durante sus viages con Saladino, que ya era sultan de Egipto, Damasco, Alepo y Mesopotamia, é hizo alianza con este príncipe. En virtud del tratado que justificaba el odio de los latinos contra los griegos, Saladino debia conquistar y poseer á Jerusalen y toda la playa hasta Ascalon como vasallo del imperio, y ofrecia dar tropas á Andrónico para ayudarle á hacerse dueño de Iconio y Cilicia hasta Antioquía. Pero los mayores enemigos del emperador eran sus vasallos: multiplicando sus victimas, aumentaba su terror y su ferocidad. Turbada su razon por el miedo, creia ver un ejército amenazador en la multitud de desgraciados de todas clases que poblaban las prisiones, y por un edicto los condenó todos á muerte. Jamas se vió en los anales sangrientos de los pueblos una lista mayor de

proscriciones. Dió órden de firmarla á su hijo Manuel: este presentó la cabeza al móunstruo, y le negó la mano.

Hagiocristoforito, ministro odioso de las crueldades de Andrónico, le instaba á que pusiese á Isaac Angel en la lista fatal. Andrónico, que no le creia temible, no quiso condenarle; pero el indigno valido, escediendo los furores del tirano, se resolvió por sí y ante sí á prender á Isaac, y fue á su casa con tropas. Isaac, al verle llegar, halló en la desesperacion un valor que jamas habia tenido: de un sablazo partió la cabeza al vil favorito, espantó á los satélites, y embriagado por esta victoria no esperada, voló á santa Sofía, gritando al pueblo: «Conmigo, ciudadanos: que he matado al diablo.» Por una casualidad feliz, estas palabras mal entendidas hicieron creer á la muchedumbre que el tirano habia muerto; y asi el pueblo, los grandes y todos los que temblaban incesantemente por su vida, acuden y rodean la iglesia. Andrónico se divertia á la sazon cazando al otro lado del Bósforo. Informado del suceso, vuelve: en vano solicita apaciguar el tumulto, en vano ofrece paz y amnistía: le escucha la indignacion, y le responde la rabia. Los sediciosos se animan, fuerzan las cárceles, arman á los presos, hieren á los tímidos que querian permanecer neutrales. Enmedio de este desórden una voz proclama emperador á Isaac, repitese este grito, y en un momento es general. El

sacristan toma del altar la corona de oro que depositó en santa Sofía el gran Constantino, y la ciñe á la frente de Isaac. En este momento echa á correr asombrado uno de los caballos de Andrónico, cubierto de púrpura y oro: el pueblo se apodera de él, Isaac le monta, y se dirige al palacio.

Andrónico, sin apoyo ni esperanza, propone humildemente abdicar en favor de su hijo Manuel. La plebe le responde con un grito de furor, y rompe las puertas de palacio. Andrónico se disfraza, se embarca con su muger y con una ramera para escaparse á la Tauride; pero se le detiene á la entrada del Ponto Euxino, y se le lleva á los pies de Isaac, que le entrega encadenado á los insultos de la muchedumbre. Pareció entonces que el alma feroz de aquel mónstruo derramaba su saña en los pechos de todos los ciudadanos. Unos le desgarran las mejillas, otros le arrancan las barbas y los dientes: algunas mugeres, á quienes habia ultrajado, ó privado de sus maridos, acuden con las cabelleras sueltas, le mutilan con barbárie, le cortan la mano derecha, y la cuelgan de una horca enfrente de él. El cansancio del pueblo verdugo concedió una horrible tregua á su víctima, y le dejó dos dias sin alimento en un calabozo. Al tercero, despues de haberle sacado un ojo, le visten de esclavo, le pasean por las calles en un camello, le llevan al circo, y le atan por los pies á una horca: una muger pública le arroja en el

cuerpo una caldera de agua hirviendo. Durante este largo y terrible suplicio no se oyeron á Andrónico mas que estas palabras: *Señor, ¿por qué quebrantas una caña ya cascada?* En fin, un soldado, que fue el solo que mostró entonces alguna humanidad, terminó sus tormentos hundiéndole la espada por la garganta hasta las entrañas. El pueblo destrozó sus retratos, rompió sus estátuas, y arrojó su cadáver al subterráneo del circo, que era el sepulcro de las bestias feroces. Todo lo que podia recordar su nombre fue destruido; mas no se borrará de los anales de la historia el odioso recuerdo de su tiranía.

Isaac Angel, emperador. (1185.) Aléxis Comneno fue el que elevó la familia de Angel, hasta entonces oscura. Isaac tenia 30 años cuando subió al trono. Gustaba del fausto, del bello sexo, de la caza, de los espectáculos, y se entregaba á todos los placeres que hacen perder el tiempo y los imperios. Alteró las monedas, aumentó las contribuciones y vendió las magistraturas. Codicioso de dinero, pródigo de sus rentas, y tan fácil de irritar como de desenojar, no se le amó sino porque sucedia á Andrónico. Su tio Teodoro Castamonito gobernó el imperio en su nombre; pero embriagado con la grandeza, llegó al delirio su vanidad: trastornóse su razon con una elevacion tan imprevista, y murió loco. El emperador le dió por sucesor un jóven, apenas salido de la infancia, que los

griegos comparaban al tímido pez, inseparable del tiburon, y que se llama piloto suyo. Isaac escribió al general Alduino, comandante del ejército siciliano, una carta amenazadora. Alduino le injurió en su respuesta, llamándole príncipe holgazan que nunca habia trenzado arnés, y que la fortuna habia elevado al trono como el viento las polvoredas. Isaac confió el mando de sus tropas á Bránas, hábil capitan, que restableció momentáneamente el honor de las armas griegas: dió batalla á los enemigos cerca de Mosinapo, consiguió la victoria y tomó la ciudad. Los sicilianos pidieron la paz, y mientras estaban en negociacion los plenipotenciaros, Bránas cae de improviso sobre el enemigo, lo amedrenta y dispersa, y se apodera de sus reales. Unos perecieron por el hierro, otros se anegaron en el rio y los demas se embarcaron precipitadamente. Alduino fue hecho prisionero cuando procuraba reunir sus tropas. Aléxis Comneno, que habia escitado á la guerra al rey de Sicilia, y que ya concebia esperanzas del trono, buscó su salud en la fuga; pero le alcanzaron y prendieron, y segun la costumbre bárbara de aquel tiempo, le sacaron los ojos. Las reliquias del ejército siciliano volvieron á Italia, habiendo dejado en el campo de batalla 10.000 hombres muertos y 4.000 prisioneros. Cuando Alduino se presentó ante el trono del emperador, cautivo y encadenado, Isaac, irritado de su carta insolente, le dijo mil injurias y le ame-

nazó con la muerte; pero Alduino que conocia la estrema vanidad de este príncipe, le desarmó lisonjeándole. «Augusto emperador, le dijo, confieso mi delito, he merecido la muerte. Pelear contra tí, es pelear contra el cielo. Yo no siento morir sino haber conocido demasiado tarde que Isaac es el monarca mas poderoso, mas sábio y mas invencible del universo.» El emperador, tanto mas satisfecho de este elogio cuanto menos lo merecia, é incapaz de conocer que estas lisonjas eran, por la ironía que encerraban, un nuevo insulto, pasó súbitamente del enojo á la alegría, y del aborrecimiento á la amistad. Mandó quitar las prisiones á Alduino, le colmó de honores, y en el esceso de su vanidad satisfecha juró solemnemente no dar muerte ni mutilar á ningun delincuente, aunque hubiese conspirado contra su poder y su vida.

El mismo orgullo que le inspiró clemencia para con su enemigo Alduino, le hizo envidioso de su general Bránas. Este, creyendo que no habria asilo seguro para él sino el trono, y que los pueblos, atraidos por su gloria, le elevarian sin dificultad, reunió la multitud y le dijo: «Ciudadanos, el emperador me persigue porque os salvé y le gané tres batallas: destronad á un ingrato, cuya incapacidad será nuestra ruina, y dad el cetro á manos que sean dignas de llevarle.» El silencio general aterra al ambicioso, se retira confundido, y el débil Isaac, temeroso de tanta osadía, aplacó con nuevas dignidades

al temerario, cuyos servicios y gloria habia querido antes castigar y abatir. El sultan de Iconio tomó las armas y se le pagó un tributo, porque no se pudo obligarle á la paz con victorias. La odiosa tiranía que Comneno ejercitaba sobre los habitantes de Chipre, hizo creer al emperador que podria recobrar esta isla. Pero los generales Contostéfano y Vatacio dirigieron mal la espedicion, y fueron vencidos y muertos: la armada griega, despues de derrotada por los cipriotas, fue destruida en una tempestad. Isaac, insaciable de dinero, oprimió con pesadas contribuciones á Valaquia y Bulgaria para aumentar la magnificencia de sus bodas con Margarita, hija de Bela, rey de Hungría. Los válacos y búlgaros, indignados de ver sus casas saqueadas y sus rebaños en poder del fisco, se rebelaron. Pedro y Azan, príncipes de aquellas gentes, á quienes en otro tiempo habia insultado el sebastocrator, tio de Isaac, se ponen al frente de los rebeldes y talan á Tracia. Un ejército imperial marcha contra ellos á las órdenes del mismo Cantacuceno, á quien Andrónico habia sacado los ojos. Cantacuceno, despues de un combate ostinado, ni oye consejos ni quiere creer que la batalla es perdida: en vano le avisan que una de sus alas está rodeada y el centro desbaratado: marcha siempre adelante, llega casi solo al peligro que no podia ver, y completa la derrota con su muerte. Bránas reune las reliquias del ejército, repara el yerro cometido, toma la ofen-

siva, ahuyenta á los contrarios, y orgulloso con este nuevo triunfo, subleva las tropas y es proclamado emperador. Muchos latinos acuden á sus estandartes, y llega al pie de las murallas de Constantinopla. Isaac temblaba; pero el pueblo que aborrecia á Bránas por su orgullo y dureza, tomó por sí las armas para defender la capital. Llénanse los muros de ardientes guerreros que arrojan sobre los sitiadores nubes de piedras y saetas. Acometen á la armada de Bránas, y la consumen con el fuego griego. Conrado, marques de Monferrato y cuñado del emperador, recibe el título de césar y el mando de las tropas. No limitándose á una defensa tímida, sale de la ciudad y da batalla al enemigo. Enmedio del combate, Bránas se arroja sobre el marques y le hiere en la espalda: Conrado le derriba de una lanzada: el vencido pide cuartel: «No temas, le dice el inflexible vencedor: esta lid no te costará mas que la cabeza;» y en el momento la separaron de su cuerpo. El ejército rebelde dejó las armas. El emperador se atribuyó ridículamente la victoria, y pasando de improviso de un cobarde terror á una alegría bárbara, mandó en un convite que le trajesen la cabeza de Bránas, y prorumpió en injurias contra ella. Avergonzáronse de verla los valientes guerreros: los cortesanos que no habian peleado, la atravesaron con flechas, y la enviaron así á la viuda de aquel desgraciado general.

Isaac habia publicado una amnistía en fa-

vor de los rebeldes; pero el pueblo de Constantinopla, despreciando sus órdenes, se esparció por el campo y saqueó las posesiones y casas de los que habian seguido el partido de Bránas. El emperador, que se creia invencible, porque otro habia vencido por él, se presentó en fin en los reales y marchó contra los búlgaros; pero estos, peleando á la manera de los partos, huyéndole cuando acometia, y dando sobre él cuando se retiraba, le hicieron perder sin fruto alguno sus soldados y su tesoro.

Batalla de Tiberiade y toma de Jerusalen por Saladino. (1187.) Conrado, no queriendo servir mas á un dueño, siempre severo con los generales vencidos, siempre envidioso de los vencedores, partió á Palestina, y se distinguió por su valor en la batalla de Tiberiade. Despues de esta fatal jornada, que hizo perder á los cristianos la tierra santa, se encerró en la plaza de Tiro, la salvó, y obligó con su resistencia á Saladino á levantar el sitio que le tenia puesto. Aquí acabó su gloria, porque sus fuerzas eran harto pequeñas para detener en su carrera victoriosa á aquel terrible sultan, que en breve se apoderó de Acre, Barut, Sidon y Ascalon, sitió á Jerusalen, y la tomó en diez dias.

Sibila, hija de Amaury, hermana de Balduino IV, y madre de Balduino V, habia trasmitido la corona de Jerusalen á Guido de Lusiñan, que cayó prisionero. Sibila mu-

rió dos años despues de la pérdida de la santa ciudad. Su hermana Isabela tomó el título de reina. Estaba casada con el condestable Hunfredo de Thoron; pero en desprecio de este lazo sagrado Conrado la robó, casó con ella, y tomó el vano nombre de rey de Jerusalen. En lo sucesivo su hija María llevó en dote sus pretensiones á su esposo Juan de Brienne, conde de la Marche. Conrado, libre de los peligros de la guerra, murió al puñal de un asesino que le envió el terrible príncipe del Líbano, al cual llamaban los cruzados el *viejo* de la montaña: personage casi fabuloso, nuevo Polifemo, cuyo poder y celebridad estendian las relaciones de aquella época, dictadas por el terror.

Tercera cruzada. (1189.) La caida de Jerusalen resonó en todo el occidente. El papa Urbano III murió de dolor al saber esta noticia. Gregorio VIII y Clemente III llamaron á las armas todos los príncipes cristianos. Felipe Augusto, rey de Francia, Enrique, rey de Inglaterra, y su hijo Ricardo, juraron vengar el honor y la religion ofendidos; pero la guerra que se hacian entonces los dos monarcas, retardó el efecto de sus promesas. Federico Barbaroja, emperador de Alemania, fue el primero de los gefes de esta tercer cruzada que se puso en marcha para Palestina: pidió á Bela, rey de Hungría, y al emperador Isaac, permiso para pasar por sus estados. Juan Ducas, canciller del imperio, vino á buscarle á Alema-

nia, y le prometió en nombre de Isaac víveres y socorros. Pero la mala fe, inseparable de la debilidad, y las conexiones del emperador de Constantinopla con Saladino, hijas, segun decia él, de la gratitud, y en la realidad del temor, hacian que los griegos estuviesen poco dispuestos á pelear con el sultan. Es verdad que este habia sacado en otro tiempo de la esclavitud á Aléxis, hermano de Isaac; pero no tardaremos en ver que este hermano era el enemigo mas peligroso para el emperador. Barbaroja, manteniendo en su ejército la mas severa disciplina, llegó hasta Belgrado sin que ningun ostáculo detuviese su marcha; pero apenas entró en las tierras del imperio de oriente, se vió rodeado de enemigos. Cantacuceno le dejaba muchas veces sin víveres; y tropas de bandidos apostadas por los griegos asesinaban á todos los alemanes que se separaban de las columnas. Barbaroja dió quejas inútiles, y solo recibió respuestas evasivas y que ofendian su altivez. Isaac, pretendiendo el título de emperador de los romanos, no daba en sus cartas á Federico sino el de rey de Alemania. Esta pretension, la diferencia de cultos y costumbres, la envidia de la gloria y el temor á los cruzados, irritaban incesantemente el antiguo odio de los griegos contra los latinos. La discordia era mayor cuanto mas se acercaba Barbaroja. Isaac recibió con honor á los embajadores de Saladino, y al mismo tiempo amenazaba á los de

Federico, exigiendo de ellos que jurasen cederle la mitad de las conquistas que hiciesen. En breve sucedió á las hostilidades solapadas una guerra descubierta. Federico, siempre costeado por los válacos y otros bárbaros, y socorrido por los búlgaros, llegó apenas á Filipópolis, cuando vió un ejército griego que marchaba contra él al mando de Camiso, gran doméstico de oriente. Este general, habiendo recibido la órden de pelear con los alemanes, les presentó la batalla, y fue completamente derrotado. Federico, vencedor, atravesó por Tracia, despreciando la perfidia de los griegos, que no atreviéndose á pelear con él, y procurando siempre su ruina, envenenaban las fuentes y arroyos del tránsito. Al acercarse el peligro, se trueca en miedo el orgullo de Isaac: comete bajezas para desarmar el enojo de su enemigo, y le envia por rehenes catorce príncipes de su familia. Federico desdeña un adversario tan cobarde, y ni quiere verle ni vengarse de él. Su ejército atraviesa el Helesponto, y en Asia vuelve á encontrar asesinos. Los griegos retiraban de todos los pueblos del tránsito los granos y rebaños: los alemanes enfurecidos quisieron tomar y saquear á Filadelfia; pero Federico contuvo su enojo diciéndoles: «No os armasteis contra cristianos: nuestras espadas, consagradas al Señor, solo deben herir á los infieles.» Laodicea fue la única ciudad del imperio que le recibió como aliado y no como

enemigo. Azedin, sultan de Iconio, habia prometido á Barbaroja unirse con él contra Saladino; pero su hijo le destronó, y este nuevo sultan declaró la guerra á los alemanes. Federico le dió batalla en Filomelio, le venció, y se apoderó de Iconio. Arrostrando el calor del clima, la falta de víveres, la aspereza de los lugares, el artificio de los aliados y el valor de los enemigos, atravesó Barbaroja el Asia menor con la rapidez de Alejandro; pero la muerte terminó su gloriosa carrera cerca de Seleucia. La frescura de las aguas del rio Salef, en el cual se bañó, le fue aun mas funesta que la del Cidno para el héroe macedon: fue acometido como él de una calentura ardiente, y no halló un Filipo que le curase. El duque de Suavia, su hijo, entró en Antioquía, tomó á Barut por asalto, unió sus banderas á las de Guido de Lusiñan, que sitiaba entonces á san Juan de Acre, y murió al pie de los muros de esta plaza. Los alemanes, viéndose sin gefes se embarcaron: la mitad de este numeroso ejército habia perecido: los demas volvieron á Europa cubiertos de heridas: gloriosos y tristes monumentos del valor latino.

El mismo año Ricardo *corazon de leon*, que acababa de suceder á su padre en el trono de Inglaterra, atravesó la Francia, y se embarcó en Marsella para Palestina. Al llegar á las costas de Chipre, fue insultado por el tirano que mandaba en esta isla: Isaac

Comneno hizo que sus bajeles cogiesen y saqueasen algunos buques ingleses. La venganza de Ricardo fue pronta y terrible: venció á los cipriotas, tomó su capital, ató al tirano con cadenas de plata, y dió su reino á Guido de Lusiñan. Esta nueva monarquía latina se sostuvo tres siglos, y contó diez y siete reyes. Cayó despues en poder de los venecianos, á quienes la quitaron los turcos.

Conspiracion de un impostor contra Isaac. (1192.) Mientras que los guerreros de occidente procuraban en vano reconquistar el santo sepulcro, el emperador de oriente, harto débil para tomar parte en aquella guerra sangrienta, veia su trono vacilante amenazado por todas partes. Un impostor, que se decia hijo de Manuel, se atrevió á tomar la diadema. Aléxis, hermano del emperador, enviado contra el rebelde, triunfó sin combatir; porque el limosnero del usurpador le cortó la cabeza y la envió al general griego.

Isaac marchó al frente de su ejército contra los búlgaros y válacos y les dió batalla; pero habiendo perdido su yelmo enmedio del combate, huyó, y con tan vergonzoso ejemplo incitó sus tropas á la retirada.

Rebelion de Aléxis. (1194.) Al año siguiente se atrevió á aparecer de nuevo en los reales. Su hermano Aléxis, favorecido por los principales del ejército, determinó arrancar el cetro de sus débiles manos. El emperador estaba entretenido en la caza, cuando Teodoro Bránas, Jorge Paleologo, Mi-

guel Cantacuceno y otros generales rodean tumultuariamente á Aléxis, triunfan de su fingida resistencia, le llevan á la tienda imperial y lo proclaman emperador. Isaac acude, informado del suceso, y halla sus cortesanos, sus ministros y todo el ejército sublevado contra él: vuelve la brida con prontitud, se escapa de su furor, y llega á Estagira, ciudad de Macedonia. Allí, en desprecio de los derechos mas sagrados, fue preso por su huesped y conducido á Constantinopla. Su desapiadado hermano le mandó sacar los ojos y encerrarle en una estrecha prision. Tenia entonces 40 años de edad, y 10 de reinado. Su hijo, llamado Aléxis, niño de 12 años, pudo escaparse, y halló un asilo en Italia.

Aléxis Angel, emperador. (1195.) Aléxis Angel, ascendiendo al trono por un crímen atroz, no podia esperar ni la estimacion ni el afecto público. Incapaz de merecerlo, se decidió á comprarlo: abrió su tesoro, y lo prodigó sin medida. Ninguna peticion era negada por insensata que fuese; pero en lugar de afirmar su corona, sus profusiones desalumbradas la espusieron mas; porque en breve se quedó sin dinero para pagar las tropas, y Tracia fue entregada sin defensa á las correrías de los bárbaros. El pueblo empezó á murmurar, y acabó por sublevarse. «No mas Comnenos, gritaba: familia degenerada que solo produce tiranos. No mas Angel: familia estéril, que solo produce embriones.» En este tumulto, las facciones proclamaron em-

perador á Contestéfano. Los soldados y el clero estaban indecisos, las autoridades mudas, y el emperador se creia perdido: su muger Eufrosina le salvó por su valor, le presentó atrevidamente al pueblo al frente de la guardia estrangera, y dió órden de prender á Contestéfano y meterlo en un calabozo. Eufrosina, digna de elogios si hubiese sido casta, unia el ingenio á la hermosura y la prudencia á la osadia. Reinó mas que su esposo: sus intrigas dividieron y sedujeron á los grandes, sus liberalidades templaron el disgusto del senado y el descontento del pueblo y del clero. El patriarca coronó á Aléxis.

En el mismo año vinieron al Asia un gran número de cruzados alemanes. Aléxis les dió buques: desembarcaron cerca de Antioquía, y no pudieron ostentar contra el poder de los musulmanes sino un valor inútil.

Exito de la cuarta cruzada. (1197.) Enrique VI, emperador de Alemania, y general de esta cruzada, no pudo concurrir á ella: murió en Mecina despues de haber destronado en Sicilia la dinastía normanda de Tancredo, que habia durado dos siglos. El emperador de oriente, habiendo conseguido en fin reunir un ejército, lo envió contra los búlgaros, que lo destrozaron. A haberse unido estos bárbaros, hubieran derribado á Constantinopla, como los godos y lombardos á Roma; pero su division salvó el imperio. Azan, su príncipe, vencedor de

los griegos, fue asesinado por uno de sus vasallos. Su hermano Pedro le sucedió, y tuvo la misma suerte. Joanice, el tercero de estos hermanos, no pudo hacer la guerra por atender á los alborotos interiores. Los griegos llevaron despues sus armas contra los turcos sin resultado alguno. Los alemanes aborrecian mortalmente á los griegos desde la espedicion de Federico; y el nuevo emperador de Alemania exigia indemnizaciones y desagravios por tantos ultrages. Aléxis respondió al principio con una altivez que cesó á la proximidad del peligro, y desarmó cobardemente el enojo de su enemigo pagándole un tributo. Los príncipes de oriente, corrompidos y afeminados, brillaban en esta época mas bien por el oro que por el hierro. Aléxis, tan vano como débil, recibió con fausto á los embajadores del emperador de Alemania, y creyendo haberlos deslumbrado con su pueril aparato, quiso saber lo que pensaban de su corte. «Nos agrada, le respondieron, como agrada un jardin; pero ¿de qué sirven á los hombres esos adornos y joyas? En nuestro pais los abandonamos á las mugeres, y no hacemos caso sino del hierro; porque este es el que corta el oro y las piedras preciosas, y gana las batallas.» Los griegos se mostraban indignados de la cobardía de su príncipe, que parecia contagiosa; pues las fuerzas de unos piratas bastaron para derrotar su armada. Eufrosina, despreciando muy á las cla-

ras á su tímido esposo, se entregaba sin ninguna consideracion á amoríos criminales. Algunos grandes, envidiosos de su influencia, avisaron al emperador el deshonor de su trono y lecho. Aléxis irritado le quitó la púrpura, la echó de palacio, é hizo cortar la cabeza á Vatacio su amante. Pero al fin de algunos meses conocieron los enemigos de Eufrosina, que la desgracia de esta princesa no les daba mas libertad, y que solo servia para aumentar el poder de un valido, llamado Constantino de Mesopotamia, á quien aborrecian: recurrieron, pues, á nuevos artificios para reconciliar al emperador con su muger; y la caida del ministro sirvió de sello á la reconciliacion.

Aléxis habia consentido vergonzosamente en pagar un tributo para evitar la guerra; y era tan estravagante, que tomó las armas por un motivo frívolo. Saladino le envió dos caballos árabes: el sultan de Iconio los robó en el camino, y por este motivo liviano se emprendió entre Aléxis y el sultan una guerra, en que se vertió inútilmente mucha sangre. Poco tiempo despues, un guerrero llamado Criso, que era poderoso en Macedonia, sublevó esta provincia, y quiso hacerse independiente en ella. Aléxis, tan pronto en sacar la espada como en dejarla, perdió el ánimo despues de algunos débiles esfuerzos para someter á Criso, y no consiguió que se redujese á la obediencia, hasta que le dió por esposa una princesa de

su sangre con dos ciudades por dote. Su hija Ana se empleó mejor casando con Teodoro Láscaris, que despues de la toma de Constantinopla por los latinos salvó las reliquias del imperio de oriente. Eufrosina, pasando del amor á la superstición, se entregó á los errores de la mágia. El pueblo que la despreciaba y la temia, se entretuvo en enseñar á unos pájaros á repetir injurias sangrientas contra ella: los soltó despues, y logró el placer maligno de que volasen impunemente por la ciudad sus epigramas. El descontento general del imperio disponia todos los ánimos á la rebelion: el pueblo se atrevió á proclamar emperador en la iglesia de santa Sofía á Juan Comneno, por sobrenombre el Gordo; pero la guardia estrangera reprimió esta sedicion, y cortó la cabeza al rebelde. Al mismo tiempo Aléxis sufrió una injuria cruel. Estévan, rey de Servia, habia casado con Eudoxia, hija del emperador de oriente, y fastidiado de ella la echó de sus estados, y la envió á Grecia cubierta de andrajos. Aléxis le dió acogimiento; pero no se atrevió á vengarla.

Quinta cruzada. (1202.) Como este príncipe era despreciado, no tardó en caer sobre él la tempestad que por tanto tiempo amenazaba á la Grecia. Los príncipes de occidente se reunieron y armaron contra el indigno sucesor de Constantino, y en 1202 se formó la quinta cruzada, que amenazando á los infieles, no fue funesta en la realidad sino á los grie-

gos. Ya no quedaba á los cristianos de sus conquistas mas que las ciudades de Antioquía, Trípoli, Tiro y san Juan de Acre. Jerusalen cayó en poder de Saladino en 1187. El papa Inocencio III, para contener á los infieles, encargó á Foulques, cura de Neuilli, célebre por su fervor y elocuencia, la predicacion de una nueva cruzada. A la causa de la religion se añadia un motivo muy poderoso en los caballeros franceses, cual era la venganza de las injurias que habian recibido sus armas. Foulques predicó é inflamó de nuevo todos los ánimos: sin embargo, no pudo conseguir enteramente el restablecimiento de la paz entre Francia é Inglaterra, sino solo una tregua de cinco años. El papa habia exhortado tambien al emperador Aléxis para que reuniese sus fuerzas á las de los cruzados. Este monarca, que temia y aborrecia á los latinos mas que á los turcos, respondió que «no habia llegado aun el momento señalado por el cielo para la libertad de Palestina, y que por otra parte no podia mirar á los latinos como aliados, mientras no le restituyesen la isla de Chipre que le tenian usurpada.» Eran entonces preludios de las grandes empresas los torneos, imágenes de la guerra: en ellos todos los caballeros, competidores en la glòria, ostentaban su industria, valor y fuerza, y se estaban mútuamente á los combates. En una de estas fiestas militares, que se celebró en Ecery, sobre el Aisne, los condes de Per-

che, de Coucy, de Champagne, de Blois y de Chartres, Mateo de Montmorency, Ville-Hardouin, Balduino, conde de Flandes y de Henao y sus dos hermanos, el conde de Boulogne, los obispos de Troyes, Soissons y Nevers, y mil caballeros franceses tomaron la cruz. La mitad de Europa se armó, incitada por su ejemplo: 4.500 caballeros de todas naciones, seguidos cada uno, segun la costumbre, de muchos hombres de armas, juraron vengar la religion, derribar el trono de Saladino, y reconquistar la santa ciudad. Solo los españoles dejaron de presentarse entre los cruzados, porque la misma causa ocupaba sus armas: combatian entonces contra los musulmanes para arrojarlos de su misma patria. Teobaldo, conde de Champagne, tenia solo 24 años; però á pesar de su juventud, su brillante valor le grangeó todos los votos, y fue nombrado gefe de la cruzada. El odio contra los griegos, el asesinato de los latinos, y la desconfianza justificada por tantas traiciones, movieron á los cruzados á tomar el camino de Italia, y embarcarse en el puerto de Venecia.

El célebre Enrique Dándolo gobernaba entonces esta república. A la edad de 80 años mostraba todavia en los combates el valor fogoso de un guerrero jóven; mas la prudencia y la justicia dirigian su valor, juntaba el ejemplo á las lecciones, y era admirado por su talento, temido por sus armas y respetado por su equidad. En otro tiempo habia

querido el emperador Manuel sacarle los ojos : testigo y casi víctima de las violencias cometidas por los griegos contra sus conciudadanos, era el enemigo mas irreconciliable del imperio de oriente. Este dogo, sumamente venerado, persuadió á los venecianos que proveyesen abundantemente á los cruzados de navios, tropas y víveres. El gran Saladino acababa de terminar su larga y gloriosa carrera. Safadin le sucedió. Los cruzados perdieron tambien su gefe : el conde de Champagne murió, y fue su sucesor Bonifacio, marques de Monferrato, pariente del rey de Francia, y hermano de Conrado, el que fue yerno del emperador Manuel. El ejército cristiano debia atacar á los musulmanes en el centro de su poder, y una tempestad tan grande iba á descargar sobre Egipto. Las pasiones de los príncipes le dieron otra direccion.

Aléxis el jóven, reconocido augusto por los cruzados. (1203.) Dándolo, en premio de sus socorros, exigia que los cruzados tomasen á Zara, plaza que el rey de Hungría habia quitado á los venecianos, y la restituyesen á la república. Cuando deliberaban sobre su peticion, el jóven Aléxis, hijo de Isaac Angel, privado por su hermano del imperio y la vista, vino á implorar en favor de su padre los socorros de los príncipes de oriente. Su solicitud fue apoyada por Filipo, rey de romanos, cuñado suyo y yerno de Isaac. El dogo, animado por antiguos re-

sentimientos, dió fuerza con sus consejos á las súplicas del príncipe griego, representando á los cruzados que su mayor enemigo era el emperador de oriente, cuyos estados fueron siempre tumba de los latinos, y que constantemente habia vendido á los cristianos por los infieles; que en vano se esperaba reconquistar la tierra santa ó mantenerse en ella, si se dejaba la Grecia y el Asia en poder de una corte pérfida, cuya alianza era mas dañosa y funesta que su declarada enemistad. En vano se opuso el pontífice á un designio que dejaba tranquilos á los infieles y que armaba unos cristianos contra otros. El odio prevaleció, y el rayo que amenazaba al Cairo, cayó sobre Constantinopla. Los cruzados, dóciles á los consejos de Dándolo, reconquistaron á Trieste y Zara. Despues de la toma de esta última ciudad, los venecianos y franceses pelearon por el repartimiento del botin: triste presagio de las disensiones que iban á quitarles el fruto de las mas brillantes victorias. El pontífice no cesó de reprenderlos, y les negó por mucho tiempo la absolucion.

El jóven Aléxis prometió á los cruzados un socorro de 10.000 hombres, y al papa la sumision de oriente, con tal que se echase del trono al usurpador y se restituyese á su padre Isaac. Concluyóse el tratado, y desde entonces Aléxis fue reconocido como augusto. El marques de Monferrato quedó encargado de su custodia. Reunido el ejército,

atacó á Corfú y Durazo que le abrieron sus puertas. La escuadra costeó despues á Cefalonia y Zante, dobló los cabos de Ténaro y Maléa, anció en Negroponto, puerto de la antigua Eubéa, entró de allí á poco en el Helesponto y acometió á Abido, que no hizo resistencia alguna. Tal era la debilidad del imperio griego, que los cruzados desembarcaron sin ostáculo en Calcedonia, separada solo de Constantinopla por un canal de dos leguas. El emperador Aléxis no creyó el peligro hasta que le vió: habia dejado consumirse sus escuadras y ejércitos para multiplicar edificios vanos y costosos: habia arruinado el tesoro para pagar sus disoluciones: riéndose con sus cortesanos de la osadía de los latinos, no salió de su indolencia y flojedad sino cuando las proas de los enemigos tocaban el muelle de Scútari. Sus embajadores vinieron á preguntar al comandante de los cruzados el motivo de aquellas hostilidades. «¿Por qué, escribia el emperador, enmedio de la paz se me trae la guerra? ¿Por qué volveis contra mí las armas destinadas á los mahometanos? ¿Quién os ha mudado tan pronto de aliados en enemigos? Estoy dispuesto á unir mis fuerzas á las vuestras para libertar el santo sepulcro; y esto por celo y no por temor, pues tengo en mis manos los medios de esterminar cuando quiera un ejército veinte veces mas numeroso que el vuestro.» Canon de Bethune, encargado de responder á los embajadores, les dijo: «Vuestro amo nos

censura porque entramos sin razon en sus estados. Se engaña : el imperio no es suyo sino de su hermano Isaac, á quien ha despojado, mutilado y puesto en prision : pertenece á este jóven príncipe que está sentado entre nosotros. En lugar de preguntar los motivos, búsquelos en su conciencia, y le responderá que un traidor no es aliado, ni un fratricida cristiano; que un usurpador es enemigo de todos los príncipes, y un tirano sin piedad de todo el género humano. Aun cuando la hermana del emperador Isaac no estuviese unida por los vínculos de la sangre al marques de Monferrato, nuestro general; aun cuando Irene, hija del mismo Isaac, no fuese esposa de Filipo, rey de romanos, nuestro aliado, la justicia y la humanidad bastarian para armar nuestros brazos. Vuestro amo no tiene mas de un medio para sustraerse al castigo, y es entregarse á merced de su hermano y sobrino y restituirles la corona. Si consiente en ello, salimos por fiadores de su vida y de su libertad, y le asignaremos medios honrosos de subsistir; pero si se obstina en conservar un cetro usurpado, son inútiles los mensages, y la espada decidirá la querella.» Rotas las negociaciones, los cruzados se determinaron á pasar el Bósforo en presencia del emperador, que estaba acampado en la otra orilla con su yerno Láscaris y 70.000 hombres. Cuando los latinos estuvieron á poca distancia de la playa, se arrojan al agua hasta la cintura, derriban á todos los que en-

cuentran y saltan en tierra espada en mano. El emperador huye, habiendo sostenido mal el primer choque: la cobardia del gefe es contagiosa: todos los griegos se dispersan y corren precipitadamente á buscar un asilo detras de los muros de la capital. Los latinos entran en sus reales, se apoderan de la tienda imperial, ocupan el puerto de Gálata, y rodean á Constantinopla. Esta ciudad grande, fuerte y populosa era desde la caida de Roma el centro del lujo, de la civilizacion y de las riquezas del mundo, el refugio de las ciencias, letras y artes, el depósito de los archivos del universo romano: habia heredado ella sola, por decirlo asi, la fortuna del imperio de los césares, y era sombra de la antigua Roma. Cuando todos los pueblos del universo, vengando su larga humillacion, habian inundado el imperio como torrentes devastadores, todos los recursos de Roma y la flor de sus habitantes se concentraron en Bizancio. Los miembros esparcidos de la monarquía estaban mutilados, secos y descarnados; pero su cabeza era fuerte y colosal, y parecia que todo el imperio se reducia entonces á una sola ciudad. Asi que, sitiada muchas veces por numerosos ejércitos, habia inutilizado sus esfuerzos. La posicion entre dos mares parecia inespugnable: las ondas se habian tragado ó el fuego griego habia consumido delante de sus muros los batallones y bajeles de los bárbaros y de los musulmanes. Cuando los cruzados se presen-

taron al pie de las murallas, todos los ánimos fueron á un mismo tiempo agitados por el temor é inflamados por la ira. El príncipe temia por su trono, los ricos por su caudal, los grandes por sus dignidades, los guerreros por su gloria: el pueblo, manchado todavia con el asesinato de los latinos que se verificó al principio del reinado de Andrónico, temia la venganza de los occidentales. En fin, los sacerdotes, por no someterse al papa, despertaban el odio del populacho contra lo que ellos llamaban la idolatría de los católicos. Convocaban á todos los ciudadanos á las armas en nombre del cielo, y mudaban su valor en fanatismo.

En vano los valientes gefes de las cruzadas, con su impetuosidad ordinaria, procuraron tomar en el primer asalto los muros de aquella fuerte ciudad: una nube de dardos, una selva de lanzas y un diluvio de piedras, vigas y fuego rechazaron y destruyeron sus soldados. Sin embargo, á pesar de tantos ostáculos, se apoderaron en el segundo ataque de la torre de Gálata: la mucha pérdida que les costó esta débil ventaja, calmó un poco su ardor, y se mostraron dispuestos á entrar en negociacion. Aléxis consentia en ello; pero el pueblo se opuso: poseido del miedo, estaba ciego, sordo y furioso. Los latinos dieron un asalto general por tierra y mar. En él se vió al anciano Dándolo superar en denuedo á los guerreros mas jóvenes. Cuando los sitiadores rechazados comenzaban á

cejar, aquel capitan octogenario, mostrando en su mano el estandarte de san Marcos, les reprende su cobardía, sostenido por dos soldados valerosos se pone al frente, acerca una escala á la muralla, y sube por ella á pesar de las llamas, las lanzas y los dardos. Todos los venecianos, avergonzados de abandonar á su gefe, le siguen: su blanco cabello es el penacho y el estandarte de la victoria. Al mismo tiempo se acercan los bajeles: un pequeño puente levadizo, atado á cada mastil, se afianzaba en las murallas y ponia á un mismo nivel á sitiadores y sitiados. De entrambas partes eran iguales la intrepidez, la ostinacion y el furor: el aire, ya inflamado con torrentes de fuego, ya oscurecido por las flechas, resonaba con el choque de sus escudos y las espadas, con los gritos de los combatientes y los gemidos de los moribundos. Despues de una lucha larga y sangrienta, que dejó indecisa la victoria durante todo el dia, se vió tremolar sobre una fuerte torre el estandarte victorioso del dogo. A esta señal se redobla la impetuosidad de los latinos, se debilita el vigor de los griegos, y cejan: una parte de la ciudad es ocupada; pero un incendio que devoraba las casas vecinas á las murallas, detiene de improviso la marcha de los vencedores, interponiendo una barrera de fuego entre ellos y los vencidos. Teodoro Láscaris, cuyo gran valor se manifestó en el mayor peligro, y que conservaba enmedio del abatimiento general su indomable denuedo,

aprovechándose del desorden causado por los estragos del fuego, sale con un cuerpo escogido por la puerta Dorada, y ataca con ímpetu á los franceses: el emperador, movido por su ejemplo, le sigue con la guardia. El enemigo, rodeado por todas partes, es desbaratado y se dispersa. El dogo ve el desastre desde lo alto de una torre, y grita á los venecianos: «¿Por qué nos detenemos aqui en esta posicion inútil si perecen los franceses? Volemos en su socorro: Dios y san Marcos nos lo mandan.» Y luego, tan veloz como el rayo, cae sobre el flanco de los griegos, los derriba y los obliga á guarecerse de sus murallas. Este último revés esparce la consternacion en la ciudad: en vano la intrépida Eufrosina aconseja al emperador que se oponga á la tempestad, y no pierda el trono sino con la vida: el cobarde príncipe solo oye la voz del temor: despójase de la púrpura enmedio de las sombras de la noche, abandona su palacio, su guardia, su esposa y su cetro, sale disfrazado, y corre á encerrarse en la ciudad de Zagora. Su vergonzoso reinado duró 8 años y 3 meses. Apenas se estendió por Constantinopla la noticia de su fuga, todo el pueblo esclamó: «Ya no tenemos tirano.» Pero á estos primeros trasportes de alegría suceden la agitacion, el desorden y el miedo: el imperio carecia de gefe, y nadie mandaba: las murallas estaban abiertas, y todos temian que fuese entregada la ciudad á la venganza y al pillage.

En este tumulto, Eufrosina, á la cual ningun riesgo amedrentaba, ofrece la corona á todos sus parientes, á todos sus generales; pero ninguno se atreve á aceptar un don tan peligroso. El eunuco Constantino, gran tesorero, hizo traicion á la emperatriz apenas la vió desamparada, y sedujo á fuerza de dinero á los varangas. Estos prenden á Eufrosina, rompen las cadenas de Isaac: el desgraciado príncipe ignoraba en su prision que toda la Europa se habia armado á favor suyo. En un instante sube desde un oscuro calabozo á su trono, que encuentra sin fuerzas, pero rodeado ya de lisonjeros. Restitúyenle tambien su esposa, sacándola del cláustro. La noticia de esta revolucion llegó con prontitud á los reales de los cruzados: abrazan al jóven Aléxis, y se dan la mútua enhorabuena de un triunfo tan rápido y completo; bien que se temia aun la inconstancia de los griegos. Mateo Montmorency, Ville-Ardouin y dos patricios venecianos entran en la ciudad, y se presentan al emperador Isaac, que confirma el tratado hecho en Venecia con su hijo. Cesa entonces el estruendo de las armas: la tranquilidad de la paz sucede á las tempestades de la guerra. El jóven Aléxis, coronado, entra triunfante en la capital, seguido de los príncipes de occidente; y su padre, que le debia el trono y la libertad, le recibe en sus brazos.

Isaac restituido al trono. En los primeros momentos que siguieron á la conclusion

del tratado, ni en el campo de los cruzados ni en la ciudad se observaba otra cosa que la alegría producida por la paz; pero los vencedores se entregaron en breve al deseo de juntar el dinero necesario para su espedicion, y los vencidos al pesar que resulta siempre de un tratado humillante. Se habia prometido pagar al ejército latino 200.000 libras de oro, suma enorme en todos tiempos, y casi imposible de juntar en un pueblo arruinado por un gobierno tiránico y por una guerra infeliz. La vanidad de los griegos, que afectaban todavía llamarse romanos, no se vió nunca sometida á un yugo mas ignominioso. Habian aborrecido al cruel Andrónico y al fratricida Aléxis; pero despreciaban á Isaac y á su hijo, que hacian tributario el imperio, y no los miraban sino como esclavos de los occidentales. El emperador, receloso de la fermentacion general, invitó los gefes de los cruzados á alejarse y á acampar mas allá del Bósforo, temiendo que su presencia en Constantinopla aumentase el odio que habia entre ambos pueblos, é hiciese renacer las hostilidades. Pedíales tambien que les diese tiempo para pagar los subsidios estipulados. Este término, que se le rehusó por mucho tiempo, se le concedió al fin; pero la necesidad de asegurar la paga prolongó por un año la permanencia de las tropas estrangeras en el territorio de la capital; lo que disgustaba mucho al pueblo, mas no desagradaba á los príncipes, que res-

tablecidos por ellas en el trono, temian perderlo, si se retiraban antes que se consolidase su poder. Los griegos bramaron de furor, cuando en cumplimiento del artículo primero del tratado, declaró el patriarca en la iglesia de santa Sofía, en presencia del cardenal de Cápua, que reconocia al sumo pontífice como gefe de la iglesia, y pasaria á Roma á pedir el palio. Añadido esto al peso del tributo y á la pérdida de la independencia y de la gloria, aquel pueblo fanático, inflamado en ira, se preparó á la rebelion. En vano se procuró desimpresionarlo ocupando en otra parte su odio y sus armas. El usurpador destronado habia reunido algunas tropas y las aumentaba en su fuga. El jóven Aléxis, al frente del ejército imperial, y acompañado de los gefes latinos, que le auxiliaron mas bien como señores que como aliados, persiguió á su tio y le quitó muchas ciudades. Mas no pudo alcanzarle, porque se encerró en la plaza de Mosipópolis; y Juanice, rey de los búlgaros, vino en su socorro con un ejército numeroso y formidable, que obligó á Aléxis á detenerse y retirarse. Los latinos, acostumbrados á grandes espediciones, volvieron silenciosos á su campamento, no muy contentos de una campaña tan breve y de tan poca gloria: el jóven Aléxis por el contrario, envanecido, como los príncipes débiles, de una ventaja insignificante, volvió triunfando á la capital; y esta pompa pueril é inoportuna aumentó

el desprecio y la aversion con que se le miraba. Acrecentólos tambien consumiendo su tiempo en banquetes en los reales de los estrangeros, que parecia preferir á los griegos; y los orientales, acostumbrados á venerar á sus emperadores, no podian sufrir la familiaridad, indecente para ellos, de los capitanes franceses con su jóven césar.

Reprendióle su padre por ello; y aquel príncipe liviano, mudando repentinamente de conducta, trató á los latinos con arrogancia, se rodeó esclusivamente de griegos, y por un capricho inesplicable no dió su confianza sino á los amigos mas ardientes del usurpador. Entre estos se distinguia Juan Ducas, por sobrenombre Murzulflo, guerrero atrevido, pérfido cortesano, dominado por una ambicion sin límites, indiferente en la eleccion de los medios para satisfacerla, ejercitado en el crímen, y sospechoso con razon de haber aconsejado en otro tiempo la mutilacion de Isaac. Este traidor fue el confidente y favorito del príncipe, y poco despues su verdugo. El anciano Isaac lamentaba los yerros de su hijo, y bajo otras consideraciones era tan poco sensato como él, pues se dejaba engañar por unos astrólogos que le prometian la restitucion de la vista, asi como habia conseguido la del imperio. Entretanto pasaban los dias, y el tributo estipulado no se pagaba: el odio crecia mas cada vez, y los dos pueblos se amenazaban mútuamente. Murzulflo, que engañaba á

Aléxis, tenia fundadas sus esperanzas, como todos los facciosos, en las turbulencias. Conspirando en secreto con los sediciosos, recuerda al pueblo y á las tropas las violencias, desórdenes y escesos que cometieron los cruzados en la ciudad al fin del sitio; y seguido de algunos soldados ataca á un cuerpo de franceses, de los cuales unos fueron degollados y otros huyeron. En vano Aléxis desaprobó este acto de hostilidad: los latinos irritados exigieron una pronta satisfaccion. Sus embajadores fueron admitidos al pie del trono de los príncipes. Conon de Bethune, orador de los latinos, declaró que «ya estaban cansados de la mala fe y de los subterfugios: que era preciso volver á pelear si no se cumplia inmediatamente el tratado y no se pagaba toda la suma del tributo.» Este soberbio desafio intimidó á los cortesanos: el recinto de palacio, aunque profanado muchas veces con homicidios, nunca habia oido espresiones tan libres y atrevidas. Aléxis indignado consultó su vanidad mas que sus fuerzas: responde con altanería á los enviados; y perseguidos por los clamores, insultos y amenazas del pueblo enfurecido, se tuvieron por muy felices en escapar con vida. De ambas partes tomaron las armas. Los griegos convierten en brulotes diez bajeles grandes, y á favor de un viento impetuoso, los dirigen contra la armada latina, con la esperanza de quemarla; y lo hubieran conseguido, á no ser por el

valor de los venecianos, que alejaron de ella los brulotes por medio de unos garfios. Mientras que las hostilidades comenzaban, el astuto Murzulflo, que confiaba en sus artificios mas que en sus fuerzas, persuadió al jóven Aléxis que se reconciliase con los latinos; y habiendo recibido sus plenos poderes, va al campamento de los cruzados, les promete la paga del tributo exigido, y les propone para seguridad de la promesa colocar guarnicion latina en el palacio de Blaquernas, que se les entregaria. Se acepta su proposicion: el diestro Murzulflo vuelve á la capital, y hace que corra la voz de este convenio. Entonces se subleva la multitud enfurecida; y cuando el marques de Monferrato se presentó á la entrada de las Blaquernas, se le cierran las puertas, y una carta de Isaac le avisa que los griegos se oponen al cumplimiento del tratado. Entretanto el delirio crece en la ciudad y se apodera de todos los ánimos: el pueblo, el senado y el clero acuden á santa Sofía: en todas partes se oye este grito: «Aléxis es esclavo del estrangero, y le vende la patria: destronemos á este príncipe pérfido: elijamos un dueño que nos vuelva el honor y la libertad.» Nicetas el historiador, magistrado y hombre respetable, les advierte en vano el peligro que les espera, y la ruina próxima que les amenaza: el pueblo le responde: «No queremos ya á una familia de tiranos vendidos á nuestros enemigos.» Proponen el

cetro á muchos senadores: todos lo rehusan, todos resisten á las súplicas de la plebe, y aun á las espadas levantadas sobre sus cuellos; hasta que en fin un jóven patricio, llamado Nicolas Canabé, acepta aquel honor peligroso. En este tumulto el traidor Murzulflo soborna á los varangas, mandándoles tomar las armas por la noche, y entrando en el aposento de Aléxis, le dice: «Los varangas se han alborotado, y vienen á degollarte: yo te salvaré, ó moriré contigo.» Dicho esto, coge al jóven emperador, que temblaba de miedo, lo envuelve en su capa, sale de palacio, y lo mete en un calabozo. El estruendo de la sedicion y los gritos de los facciosos llegaron á los oidos de Isaac, que estaba enfermo á la sazon: el susto se apoderó de él, y terminó sus tristes dias.

Murzulflo, desembarazado ya de los príncipes, reune el pueblo, y le anuncia que lo ha salvado de sus enemigos y de sus tiranos. Proclamanle emperador: manda encerrar en una prision á Canabé, acude despues al calabozo donde estaba Aléxis, y le ahoga con sus propias manos. Este desgraciado príncipe reinó seis meses.

Juan Ducas Murzulflo, emperador: toma de Constantinopla por los latinos. (1204.) El nuevo emperador, animado por el feliz éxito de sus maldades, inventó una que debia coronarlas á todas. Resuelto á desembarazarse de los cruzados con la mas horrible traicion, invita á los gefes á una conferen-

cia, en la cual habian de perecer á manos de asesinos apostados. Aquellos guerreros, demasiado magnánimos para sospechar crimen tan atroz, prometieron concurrir al lugar indicado; pero el dogo, tan prudente como valeroso, previó las asechanzas, y detuvo á sus compañeros en el márgen del abismo en que iban á caer. Ignoraban aun la muerte de los dos emperadores; mas no tardaron en saber por cuan sangrientos escalones habia subido al trono Murzulflo; y llenos de horror y de indignacion, le declaran la guerra. Murzulflo les da batalla, y despues de una resistencia ostinada vuelve vencido á la ciudad. Los griegos intimidados temen un nuevo asalto: los latinos, fatigados y disminuidos, no se resuelven á intentarlo: Murzulflo pide una conferencia al dogo, y le es concedida. Dándolo consiente en la paz, con tal que el emperador diese á los latinos 5.000 libras de oro, tropas auxiliares para la conquista de la tierra santa, y obediencia y sumision á la Iglesia romana. Este último artículo, rechazado por el clero y el pueblo fanático, fue causa de que se rompiese la negociacion. Los cruzados juraron no dejar las armas hasta destruir el imperio griego; y resuelven que en caso de vencer, seis electores venecianos y otros seis franceses eligirian un emperador latino.

Sus tropas se acercan de nuevo á las murallas, y dan un asalto furioso; peró á pesar

de sus vigorosos esfuerzos, los griegos, animados por la desesperacion, los rechazan. Los caballeros, determinados á vencer ó morir, dan otro asalto mas terrible: su impetuosidad triunfa de las espadas, las lanzas y los fuegos. Andres de Urboisi y Pedro Alberti fueron los primeros que subieron á las murallas: los griegos consternados huyen al otro estremo de la ciudad, y quedan los latinos señores de todas las torres. Murzulflo, seguido de Eufrosina, se libró de los vencedores por la prontitud de su fuga. Entretanto Teodoro Láscaris, enmedio de Constantinopla abatida, reanimando la esperanza de los griegos con su valor, se presenta á la multitud asustada y le dice: «Cuanto mas inminente es el peligro, tanto mas glorioso será el triunfo. Nuestras murallas estan destruidas, pero no nuestras armas. Sírvannos de muro los escudos. Aun nos queda hierro y fuego para aniquilar al enemigo; no permitamos que un puñado de bárbaros derribe el imperio y eclipse la gloria de veinte siglos.» El pueblo, electrizado con estas palabras, lo proclama emperador: los soldados le levantan sobre un pavés, trono digno de su valor; pero en breve se oye el sonido de las trompetas, anunciando la llegada de los latinos que descienden de las murallas. A este rumor la muchedumbre tímida se dispersa, los soldados huyen, y hasta los varangas abandonan al intrépido Láscaris, el cual, solo y airado, sale de la capital, me-

ditando venganzas, y esperando restablecer algun dia el imperio de los griegos. Nicétas huyó tambien: el ejército latino se apodera del palacio, y entrega la ciudad al saqueo. Los historiadores de las cruzadas dicen que los príncipes y generales latinos reprimieron la licencia de la soldadesca, hicieron respetar las propiedades, y salvaron la vida de los hombres y el honor de las mugeres. Es cierto que se castigaron los escesos; pero en nuestros dias brillaban aun en el tesoro de Venecia los despojos sangrientos de Bizancio. Cuando se restableció el órden en la ciudad, se juntaron los electores franceses y venecianos, y todos los sufragios se reunian ya en favor de Dándolo; pero un ciudadano de Venecia se opuso valerosamente á su nombramiento, diciendo: «Si nuestro dogo sube al trono perdemos la libertad, y la república no será mas que una provincia del imperio.» El virtuoso Dándolo apoyó este dictámen libre y prudente. Despues de vacilar mucho tiempo entre el marqués de Monferrato, y Balduino, conde de Flandes, quedó elegido este último: elevósele sobre un escudo, y recibió la corona en la iglesia de santa Sofía. Su valor, talento, mansedumbre y religion le hicieron digno del trono. Era casto y severo en sus costumbres, y mandó que un ugier gritase todas las tardes á la puerta de su palacio: «Se prohibe á todo deshonesto habitar en la misma casa que el príncipe.» Apenas la capital de oriente cayó

en poder de los latinos, justificaron, desmembrando el imperio, los recelos de Aléxis Comneno y sus sucesores. Despojóse á los griegos de sus dignidades y bienes: se vilipendiaron su culto y sus costumbres, se mudaron sus leyes: el sistema feudal se sustituyó á las antiguas instituciones romanas; y los vencedores, en lugar de asegurar sus conquistas con la unidad del mando y el amor de los pueblos, debilitaron su poder dividiéndolo, y prepararon su propia ruina. El marqués de Monferrato fue nombrado rey de Tesalónica y de Candia: el conde de Blois obtuvo á Nicea y la Bitinia: se dió á Regnier de Trith, favorito de Balduino, el ducado de Tracia y Filipópolis. Guillermo de Champlite, y despues Ville-Hardouin, logró el principado de Acaya. Cada baron fue señor de una ciudad. Dióse á los venecianos la Morea, la Frigia, las playas del Helesponto y las islas del Archipiélago. El dogo fue condecorado con el título de *déspota*, que era la principal dignidad despues del emperador. Balduino nombró gran senescal á Thierry de Losgrand, protovestiario á Bethune, copero á Saint-Menehould, botiller á Bribanne, y gran escudero á Manasés de Lila. El papa recibió muchos presentes, y la invitacion de venir á Constantinopla: envióse un gran número de reliquias á Felipe Augusto, rey de Francia, y Tomas Morosini, veneciano, fue elegido patriarca. Todo el imperio reconoció la autoridad de

la santa Sede , escepto las ciudades de Asia, que siguieron el partido de Láscaris , y quedaron independientes y separadas de Roma. Asi cayó el imperio de Constantino : terrible ejemplo para los príncipes y pueblos que en sus disensiones invocan el auxilio de las armas estrangeras.



COMPENDIO

DE LA

HISTORIA DE LOS CALIFAS.

Capítulo adicional.

El Conde de Segur, habiendo formado en el tomo II de la historia del imperio de oriente el magnífico cuadro del origen y rápidos progresos del imperio de los califas, le abandona, por decirlo asi, al impulso que le dió su fundador, y á la accion irresistible del tiempo que mina las cosas humanas, y solo toma de aquella historia los hechos necesarios para entender bien la de los emperadores de Constantinopla. Habiendo llegado á la toma de esta soberbia capital por los latinos, nos ha parecido conveniente interrumpir en esta época notable la historia de aquel imperio degradado, y formar una narracion sucinta de la monarquía inmensa, que con tanta prontitud formaron los árabes, y que se desmembró y subdividió tan fácilmente.

El Conde de Segur, en la descripcion

que hace del sistema religioso y político de Mahoma, esplica muy bien la influencia del falso profeta en el fanatismo, conquistas y civilizacion de los árabes; mas se olvida de un principio deletéreo, envuelto en la doctrina musulmana, y que se manifiesta en toda la historia de los pueblos que han abrazado esta religion. Mahoma, ofreciendo por base á la organizacion social de su pueblo los dos agentes mas poderosos de la naturaleza humana, que son la gloria y el placer, consiguió reunir las tribus dispersas, dar un cimiento duradero á su doctrina religiosa, y formar un pueblo de conquistadores: mas no supo dar á la autoridad política que creó, un sólido cimiento. Si la espada y la voluntad de Dios, manifestada por los hechos, eran las únicas garantías del poder, segun las máximas del alcoran, una espada feliz contraria al poder, y la victoria, intérprete siempre para los musulmanes de la voluntad divina, legitimaban la usurpacion. Asi se esplica la facilidad con que se desmembró el imperio de los califas, y la elevacion y caida rápida de las dinastías que se sucedieron en este pueblo, mas numerosas que en otro alguno. La clave de la historia de los árabes está en el precepto de la conquista, y en el dogma del fatalismo. Unos hombres de ardiente fantasía, y agitados del espíritu de su religion, debieron vencer rápidamente á pueblos envejecidos en la molicie; pero no teniendo mas regla de gobier-

no que la espada y la victoria, debieron dividirse y decaer aceleradamente.

Aunque Mahoma fue el fundador de la monarquía de los árabes, la historia no le reconoce con el título de rey, ni de califa (*padre de creyentes*) que tomaron sus sucesores. Los mahometanos solo le dan el nombre de *Al-Nabi* ó el profeta. Ya dijimos en el tomo II de la historia del imperio de oriente, que la época en que los árabes empiezan á contar sus anales, es la *Egira* ó fuga de Mahoma á Medina para salvarse del furor de sus enemigos que le perseguian como innovador en materias religiosas. Esta fuga se verificó el año 622 de la era cristiana. Referimos tambien de qué modo empleando, segun las ocasiones, el valor, la perfidia, la impostura y la elocuencia, sometió á su religion y á su yugo todas las tribus árabes que habitaban desde el desierto de Siria hasta las fronteras de Yemen, formando de todas ellas un cuerpo de nacion. Ocho años despues de la egira entró vencedor en la Meca de donde habia salido fugitivo, triunfó ó por sí ó por sus fanáticos lugartenientes de todos sus enemigos en Arabia, y de las tropas del emperador Heraclio en la batalla de Muta dada al oriente del Jordan, en el pais que ocuparon antiguamente los mohabitas: dos años despues sus lugartenientes estendieron su doctrina, sus armas y su señorío á todo el Yemen: Mahoma murió el año 11 de la egira que corresponde al 632 de Jesucristo, dejando un imperio com-

puesto de naciones valientes, unidas por el vínculo de la una religion conquistadora, y que ya ceñia los estados de los emperadores de Constantinopla y de los reyes de Persia por las fronteras de Egipto, Siria y Caldea.

Abdalá Abubecre. (632.) Mahoma no habia nombrado sucesor, yerro muy considerable en el fundador de una dinastía y que manifiesta que su saber en política era muy inferior á su arte para manejar los hombres. Despues de algunas disputas entre los *moagerios*, que eran los que habian acompañado á Mahoma en su fuga á Medina, y los *ansarios* ó medineses que le habian acogido y abrazado su doctrina, fue elegido califa Abubecre, suegro de Mahoma, uno de sus mas celosos sectarios, general hábil y soldado intrépido. Despues de haber sometido á algunos rebeldes con la espada de Caled, cruel enemigo de Mahoma al principio, y despues el mas firme apoyo del islamismo, juntó en Medina numeroso ejército para hacer guerra al imperio griego y á la Persia. Caled, nombrado general contra los persas, se apoderó del Irak Arabi, que es la antigua provincia de Babilonia; y uniéndose despues al ejército que habia acometido la Siria, y tomando el gobierno de entrambos, se apoderó de Bosra, sitió á Damasco, venció dos veces un ejército numeroso enviado por Heraclio en defensa de esta ciudad importante, destinada á ser algun dia la capital de la inmensa monarquía árabe, y la tomó por traicion el

mismo dia que falleció el califa Abubecre. En los dos años que reinó, se estendieron las fronteras de su imperio hasta el Líbano y el Eufrates. Nombró sucesor en su testamento á Omar.

Omar. (634.) Dueños los árabes de la parte occidental de Palestina, emprendieron la conquista de la marítima, y Amrú se apoderó de Gaza, mientras Saad derrotaba el ejército de Ildisgerdes, último rey de los persas, en la célebre batalla de Cadesia, ciudad cercana al desierto de Irak; y Abu Obeidá, sucesor de Caled en el mando del ejército de Siria, se apoderaba de Emesa, Baalbek y Hamat, derrotaba en Yermuk el ejército griego que Heraclio envió para cubrir á Antioquía, tomaba á Jerusalen, la segunda ciudad santa de los musulmanes, y completaba la conquista de Siria y Palestina. Despues de tan importantes adquisiciones, Amrú señoreó el Egipto, y su lugarteniente Oucba sometiendo la Marmárica y Cirenaica, preparó á los árabes el dominio de toda Africa. Por la parte de oriente, Saad, despues de la victoria de Cadesia, entró en Modin, capital entonces de la monarquía persiana, y se hizo dueño del curso del Tigris; Aiyad sometió la Mesopotamia, y Almogezrá la Media y parte de la Armenia y Capadocia. El Cusistan, el Irac Agemi y el Farsistan no tardaron en sufrir el yugo de los vencedores. Omar murió asesinado por un esclavo persa, á quien no quiso libertar del tributo diario

que su amo le hacia pagar por el permiso de profesar su religion. Este esclavo, llamado Firuz, dió muerte al califa con un puñal al salir de la mezquita. Los circunstantes se arrojaron sobre él: defendióse con el valor que da la desesperacion, é hirió á 13 musulmanes, de los cuales murieron siete. En fin, uno le echó su vestido por la cabeza, y logró sujetarle por el cuerpo. Viéndose preso, se dió de puñaladas. En los 9 años que reinó Omar, se hicieron fronteras del imperio la Sirte, los arenales de Libia, las cataratas del Nilo, el Mediterráneo, el monte Tauro y el desierto de Persia.

Otman. (643.) Omar, aunque mortalmente herido por el asesino, vivió todavia algun tiempo, y lo empleó en nombrar seis comisarios que eligiesen su sucesor. No quiso que lo fuese su hijo, diciendo que bastaba que uno de su familia tuviese que dar cuenta á Dios de una carga tan pesada como era el imperio. Los comisarios eligieron á Otman. En su reinado se estendieron los límites del imperio; pues Moavia, gobernador de Siria, sometió las islas de Chipre, Arado y Rodas, y ganó la primer victoria naval que consiguieron los musulmanes contra la armada de Constante II, hijo de Constantino III, y nieto de Heraclio: Abdalá, gobernador de Egipto, penetró en la Nubia, y Abdalá, hijo de Amer, concluyó la conquista de Persia y llegó con sus armas victoriosas hasta las playas orientales del mar Caspio. Pero tam-

bien en este reinado empezó á manifestarse el principio de division que estaba encerrado en las instituciones de un pueblo fanático y conquistador. El respeto de los musulmanes al sucesor de su profeta no impidió que se indignasen de ver que daba todos los empleos considerables á los de su familia. Esta irritacion llegó á lo sumo, cuando cayó en manos de algunos malcontentos una carta del califa en que daba órden de emplearlos. Conjuráronse, pues, contra él, sitiáronle en Medina donde residia, y acometido furiosamente por ellos, y mal defendido por los suyos, fue asesinado el año 35 de la egira.

Alí. (655.) Alí, yerno de Mahoma, con cuya hija Fátima habia casado, y gefe de la célebre familia de los *fatimitas*, subió al trono á pesar suyo por el unánime consentimiento de todos los gefes y tropas que se habian reunido en Medina contra Otman. Nombrado califa, resolvió quitar los gobiernos á los parientes de su antecesor y poner otros gobernadores á devocion suya; pero la familia de Otman, llamada de los Omeyas ú Omniades, tenia entonces por gefe á Moavia, gobernador de Siria, célebre ya por sus victorias, y hombre de grande ánimo, artificioso y sin probidad. Este se declaró contra Alí, afectando vengar la muerte de su antecesor, á la cual decia haber contribuido el yerno del profeta. La familia de los Omeyas y Ayeshá, viuda de Mahoma, siguieron su partido, y estalló entre los musulmanes la primera guer-

ra civil. Moavia era dueño de Siria; su partidario Amrú, el conquistador de Egipto, arrojó de esta provincia al gobernador puesto por Alí. Diéronse batallas sangrientas, en que se peleó con toda la animosidad que es propia de las guerras civiles y religiosas, principalmente la de Seffcin, en los confines de Siria y Caldéa, á la cual llaman los árabes *la noche valiente* por haberse dado la accion despues de ocultado el sol. Durante una corta tregua, producida por el cansancio mas bien que por la falta de furor, tres mahometanos se conjuraron á dar fin á discordias tan funestas, asesinando á Alí, Moavia y Amrú, principales gefes de las parcialidades; pero de estas tres maldades solo se logró una que fue el asesinato de Alí, el cual recibió en la cabeza una herida mortal al salir de la mezquita de Cufa, ciudad de Irak Arabi, adonde habia trasladado su residencia, porque en Meca y Medina era muy poderosa la faccion de los Omeyas. Durante esta guerra civil hubo tranquilidad en Persia, por el gobierno moderado y justo de Ziyad, hermano de Moavia y lugarteniente de Alí.

Hasan. (660.) Hasan, hijo de Alí, fue elegido unánimemente por el pueblo y los gefes del ejército, despues de la muerte de su padre; pero su condicion suave y pacífica le hacia mirar con horror la guerra civil, y resignó su autoridad, despues de un año de califado, en manos de Moavia, bajo condiciones que no cumplió despues este príncipe. Ya mira-

ban los árabes la perfidia como el fundamento mas sólido de la política, lo que anunciaba gran depravacion de costumbres, debida á la victoria.

Moavia I: principio de la dinastia de los Omeyas. (661.) Moavia era hijo de Abu Sofian, uno de los gefes mas valientes de la tribu de los Coreixitas, y enemigo jurado de Mahoma, contra el cual peleó con varia fortuna, hasta que rendida la Meca se sometió al profeta con toda la Arabia. El reinado de este fundador de dinastía fue glorioso para las armas de los musulmanes. Se estendieron las fronteras del imperio por el oriente hasta mas allá del Indo, por el occidente hasta la Mauritania, y por el norte hasta Samarcanda y el pais de los Usbeck al oriente del mar de Aray. Ya referimos en la historia de oriente el célebre sitio de cinco años que puso Yezid, hijo de Moavia, á Constantinopla, al frente de un numeroso ejército mahometano, la valerosa resistencia del emperador Constantino Pogonato, y la invencion del fuego greciano que tanto contribuyó á la ruina de las falanges árabes y á la salvacion de la capital y del imperio de oriente.

No se defendió con tanta felicidad el Africa. El año 46 de la egira entró en este pais con 10.000 caballos el famoso Ocba, y recobró á Cirene, que habia vuelto á poder de los cristianos; pero Moavia depuso á este caudillo por los siniestros informes de Mugeir Dinar, gobernador de Egipto. Pasó Oc-

ba á Damasco, á donde Moavia transfirió la corte de los califas, logró sincerarse de las acusaciones del envidioso Dinar, y se le restituyó el mando de la conquista de África.

Moávia I falleció el año 60 de la egira, despues de un reinado pacífico y feliz. Hizo una innovacion muy notable en el gobierno político de la monarquía, y fue establecer la herencia del califado, en lugar de la eleccion que habia prevalecido en los principios del islamismo. A pesar de algunas oposiciones, á que dió lugar el carácter poco estimado de su hijo, fue admitida la sucesion al califado como ley fundamental, aterrados los ánimos todavía con la memoria de las recientes guerras civiles, originadas del principio de eleccion. Moavia fue liberal, clemente y moderado, como Augusto desde que estuvo asegurado en el trono.

Yezid I. (679.) Yezid sucedió á su padre Moavia, y su corto reinado de cuatro años y algunos meses fue ensangrentado por una cruelísima guerra civil. Hosein, hijo del califa Alí y hermano de Hasan, favorecido por los habitantes de Cufa, adictos á su familia, y por muchas tribus árabes, fue declarado en aquella ciudad emperador de los musulmanes, y juntó ejército considerable; pero fue derrotado y muerto por Obeidalá, lugarteniente de Yezid, en la batalla de Kerbelá, que es la Vologesia de los antiguos, situada en los confines del Irak Arabi y del desierto de Siria. Los mahometanos de la secta de Alí

veneran á Hosein como mártir. Su muerte no terminó la guerra. Abdalá, uno de sus partidarios, se proclamó califa en Medina, y la Meca le reconoció. Una y otra ciudad fueron cruelmente castigadas: Medina tomada por asalto y entregada al saqueo: la Meca sitiada, y viendo destruido el famoso templo de la Caaba. Meslem, lugarteniente del califa, que dirigia esta guerra, murió despues de la toma de Medina. Su sucesor Hosein, hijo de Tamir, estaba ya para apoderarse de la Meca, cuando la muerte de Yezid le obligó á volver á Siria y levantar el sitio.

Mas no por esta guerra civil dejaron los árabes de adelantar las fronteras de su inmenso imperio. Salem, gobernador de Sigistan y del Korasan, recobró á Samarcanda, que habia sacudido el yugo de los árabes, conquistó á Bocara y las provincias de Karasm, llamada antiguamente Sogdiana, y el Mawaralnar, que es la Transoxiana de los antiguos, y la gran Bucaria de los geógrafos modernos. En África edificó Ocba la ciudad de Kairvan, cerca de Túnez, la cual fue muchos años centro del poderío musulman en aquella parte del mundo, y penetró hasta la última Mauritania y costas del Océano atlántico; mas fue vencido y muerto con casi todos los suyos en una batalla contra Aben-Cahina, llamado Kucilé por los historiadores griegos, gefe de las tribus mauritanas ó berberíes, que se habia reunido con los cris-

tianos para libertar el Africa del yugo musulman. Aben-Cahina, siguiendo el curso de sus victorias, vino con sus huestes hácia Kairvan, y aunque vencido en una primera accion por Zoheir, caudillo de los árabes despues de la muerte de Ocba, logró derrotarlo completamente en otra batalla, y hacerse dueño de la plaza.

Yezid fue el primer califa que bebió vino públicamente. Se le aborrecia por impío y avaro; sin embargo, trató con suma benignidad á la familia de Hosein, hijo de Alí, á pesar de sus cortesanos que le aconsejaban el completo esterminio de sus enemigos. Yezid murió el año 64 de la egira.

Moavia II. (684.) Abdalá era reconocido por califa en Arabia, Egipto y muchas provincias de Persia. Moavia II, hijo de Yezid, proclamado califa en Damasco, sintiéndose demasiado débil para sostener el peso de la corona, y teniendo demasiada bondad para arrostrar una guerra civil, abdicó el mando á las seis semanas de haberlo tomado.

Mervan I. Los grandes y nobles de Damasco, habiéndose negado Moavia á nombrar un sucesor, eligieron á Mervan, de la misma familia de los Omeyas. Era hombre ya entrado en edad y poco ambicioso: inclinábase á terminar las discordias civiles reconociendo á Abdalá, califa de Arabia, cuando la política sanguinaria de éste, la defensa de su propia vida y la conservacion de su familia le obligaron á sostener con las ar-

mas la eleccion que de él se habia hecho. En efecto, Abdalá declaró que no dejaria vivo á ninguno de la familia de los Omeyas, en venganza de la muerte de Hosein. Mervan, habiendo derrotado en Siria á los partidarios que tenia Abdalá en esta provincia, penetró en Egipto, y lo sojuzgó, mientras sus lugartenientes derrotaban á Suleiman, gefe de los shiitas ó sectarios de Alí, que se habian levantado en Cufa contra ambos partidos. Durante esta guerra civil, el Corasan, que es la parte oriental de Persia, nombró protector á su gobernador Salem, y se mantuvo en tranquilidad. Cuando Mervan se preparaba á entrar en Arabia, murió despues de un año de reinado.

Abdelmelic. (685.) Sucedióle su hijo Abdelmelic. La primera operacion de su reinado fue establecer la peregrinacion de los mahometanos de Siria á la mezquita de Jerusalen, para impedir que peregrinando á la Meca, tuviesen comunicaciones con los que seguian las banderas de su competidor Abdalá. Los sectarios de Alí, despues de la muerte de Suleiman, tomaron por gefe á Moktar, y se hicieron fuertes en Cufa, centro y capital de aquel partido. Abdalá para disminuir el número de sus enemigos, solicitó alianza con Moktar, que habia vencido y muerto á Obeidalá, lugarteniente del califa de Damasco. Pero el gobierno tiránico de Moktar irritó de tal modo á los habitantes de Cufa, que imploraron el socorro de

Muza, hermano del califa de la Meca, gobernador de Basora. Este se pone con sus tropas en campaña, vence y da muerte á Moktar, y allana todo el Irak Arabi á la obediencia de Abdalá.

Al año siguiente se levantó en las provincias occidentales de Persia una secta musulmana, llamada de los *azarakitas*, que detestaban todo gobierno temporal, principalmente el de la familia de los Omeyas. Infestaron el Irak Arabi, la Mesopotamia y el Korasan; pero vencidos primero en esta provincia y despues cerca del Tigris, huyeron al Kerman, y se disiparon en el desierto de Persia. Llamabanse azarakitas de Nafe, fundador de esta secta é hijo de Azarak. Reconocian la autoridad espiritual de los califas; mas no su reinado temporal.

Abdelmelic, apenas se puso en marcha contra Muza y Abdalá, tuvo que volver á Damasco, porque Amrú, á quien habia dejado por gobernador de esta capital, se rebeló y se hizo dueño de ella. Fácilmente se redujo á la obediencia; pero el califa, no olvidando su traicion, á pesar del tratado hecho con él, le dió muerte con su propio acero. En este tiempo Leoncio, lugarteniente de Justiniano II, penetró en Siria y Armenia, y Abdelmelic, por no pelear á la vez contra tantos enemigos, asentó paces con el imperio, y marchó contra Muza, á quien venció y dió muerte en la célebre batalla de Maken, ciudad colocada sobre el Eufrates,

no lejos de las ruinas de Palmira, y se hizo dueño del Irak Arabi y del Pérsico. Es verdad que estas provincias fueron infestadas segunda vez por los azarakitas; pero los lugartenientes de Abdelmelic los vencieron y ahuyentaron. Alajas, capitan célebre de aquel siglo por su valor y su crueldad, recibió órden del califa para someter la Arabia: marchó á la Meca con poderoso ejército, la sitió y tomó, y envió á Abdelmelic la cabeza de su competidor Abdalá, que habia disputado nueve años la corona á la familia de los Omeyas. Entretanto el califa derrotó á Abdalá, hijo de Hacim, que se habia hecho fuerte en el Corasan, y logró reunir de esta manera todo el imperio mahometano y libertarlo de la desmembracion que le amenazaba. Algunas rebeliones, restos del anterior incendio, fueron sofocadas con facilidad; y Abdelmelic pudo emprender la guerra contra los cristianos, llamada guerra santa entre los musulmanes. Pocos progresos pudieron hacer los mahometanos en las fronteras del imperio del oriente por el valor de Heraclio, hermano y general de Tiberio III, que penetró en Siria y asoló esta provincia; pero en Africa hicieron grandes conquistas, y afirmaron su dominacion. El mismo Abdelmelic, en el año que reinó su padre, habia ya recobrado á Cairvan, siendo gobernador de Egipto; pero cuando volvió á Siria á ceñirse la corona, su lugarteniente Zohair fue vencido y muerto por los berberis-

cos. Sabida esta desgracia, dió Abdelmelic el mando de Egipto y Africa á Hazan, el cual sitió y tomó á Cartago, y quebrantó las fuerzas de los mauritanos en una gran batalla: Sus servicios fueron mal premiados. Abdelazis, hermano del califa, pidió y obtuvo el gobierno de aquella conquista, despojó á Hasan de su autoridad y de todos los bienes que habia adquirido, y dió el cargo de concluir la subyugacion de Africa al célebre caudillo Muza, hijo de Noseir.

Este hombre, tan hábil político como valiente general, tuvo arte para persuadir á los berberiscos que tenian su antiquísimo orígen en Arabia, y que así, siendo hermanos de los árabes, debian vivir bajo la misma ley y gobierno. De este modo los unió definitivamente al imperio de los califas, y los hizo alistarse en los ejércitos musulmanes. Con este aumento de fuerzas y nuevas tropas que llegaron de Siria y Egipto, sometió todas las tribus de Dara, Zaara y Tafilete, y envió á su hijo Abdelazis á someter el pais de Sus, que es lo mas occidental de Mauritania, donde despues se fundó la ciudad de Marruecos: empresa que aquel jóven guerrero, digno de su padre, concluyó con toda felicidad el mismo año que falleció el califa Abdelmelic, que fue el 86 de la egira.

Valid I. (705.) Durante los 10 años del reinado de Valid I, hijo y sucesor de Abdelmelic, se estendió prodigiosamente el impe-

rió de los califas. En las fronteras del imperio griego, afligido entonces con frecuentes revoluciones y mudanzas de príncipes, no pudieron sin embargo los mahometanos hacer otra guerra que la de saqueo; pero dejaron taladas y casi desiertas las provincias de Capadocia, Cilicia y Galacia. Catiba, gobernador de la Persia oriental, venció á los tártaros y turcos que habian penetrado en las provincias del Mawalnar, durante las guerras civiles de Abdalá y Abdelmelic, y recobró dichas provincias y afirmó en ellas el imperio de los árabes. Mahomet, otro lugarteniente de Valid, conquistó el Segestan, el Mecran y una parte de la India. Pero la mas importante adquisicion que en este tiempo hicieron los musulmanes, fue la de España, donde arruinaron la monarquía de los visigodos, la primera que fundaron los pueblos del septentrion en el occidente europeo.

Reinaba á la sazon en la península Rodrigo, lanzada del trono la familia de su antecesor Witiza, á quien los godos quitaron el cetro por sus vicios y su crueldad. Todos los historiadores, asi españoles como árabes, aseguran que Muza, gobernador de Africa, despues de haberse apoderado de la Mauritania Tingitana, que pertenecia á los reyes de España, recibió propuestas de muchos señores godos para que pasase á este pais, mostrándole la facilidad de la empresa y ofreciéndole sus auxilios. Estos proponedores fueron probablemente los hijos de Witiza y sus par-

tidarios, ó con la esperanza de vengarse, ó con la de recobrar su autoridad por el auxilio de los árabes. Asi debe desterrarse á la coleccion de las fábulas musulmanas, los amores de Rodrigo con Florinda, hija del conde Julian, y la alevosa venganza de este magnate: bien que atendida la corrupcion de costumbres que introdujo en España el reinado de Witiza, no tenga nada de improbable aquella novela.

Muza dió parte al califa Valid de la propuesta que le hacian, y habiendo recibido su permiso para intentar aquella empresa, y hacer un primer ensayo con poca gente, por si las ofertas eran insidiosas, envió al caudillo Taric, célebre ya por la conquista de Tanger, con 500 ginetes árabes á la Andalucía. Esta primera entrada, que se verificó en 710 con toda felicidad, les dió idea de la fertilidad del pais; pues corrieron gran parte de las marinas del mediodia, y se retiraron con grande botin, sin haber hallado oposicion. Volvió Taric á España con un ejército mas poderoso al año siguiente, desembarcó en la punta de Europa, cuya poblacion tomó de él el nombre de Gebal Taric *(Gibraltar)*, ó monte de Taric, venció á Teodomiro, general godo, que le salió al encuentro (llamado Tadmir por los árabes), y desembocó en las llanuras de Sidonia. Rodrigo acudió con todo su ejército á oponerse á esta repentina invasion, y en las orillas del Guadalete se dió una sangrienta batalla, que duró tres dias

y decidió para ocho siglos la suerte de la península. En ella pereció el antiguo reino de los godos. Los historiadores árabes dicen que Rodrigo murió en el combate, y que Taric envió su cabeza al gobernador de Africa: lo cierto es que no se volvió á saber de aquel desgraciado príncipe.

Muza, envidioso del vencedor, y deseando gozar de los frutos de la victoria, mandó á Taric que no penetrase mas adelante en la península, y pasó á ella con 10.000 caballos y 8.000 peones. Entretanto Taric, que con anuencia de los gefes de su ejército desobedeció los órdenes de Muza, dividió sus tropas en tres cuerpos, de los cuales se dirigió el uno por las playas del Mediterráneo, el otro por las orillas del Betis, y el tercero, á las órdenes del mismo Taric, marchó contra Toledo. Ninguna ciudad hizo resistencia considerable sino las de Ecija y Córdoba: las demas capitularon. Muza, indignado de la desobediencia de Taric, determinó conquistar las provincias, donde aquel general no habia estado: tomó por composicion á Sevilla, Carmona, Niebla y Huelva, penetró en Lusitania, ocupó á Beja, y solo halló resistencia en Mérida, ciudad que era á la sazon una de las principales de España. Durante el sitio de esta plaza le llegó un refuerzo de 7.000 caballos africanos y muchos flecheros berberiscos mandados por su hijo Abdelazis: los de la plaza decayeron de ánimo, viéndose sin esperanza de socorro, y capitularon con hon-

rosas condiciones. Muza envió á su hijo á castigar la plebe de Sevilla, que se habia tumultuado, y pasó despues á tierra de Toledo. Taric salió á recibirle á Talavera: el gobernador de Africa le destituyó y dió á Muqueiz el mando del cuerpo que guerreaba bajo sus órdenes.

Entretanto Abdelazis, sosegadas las cosas de Sevilla, pasó al territorio de Jaen, venció á Teodomiro, que se habia hecho fuerte en las asperezas de la sierra de Segura, y asentó paces con él, dejándole el señorío de los paises que componen gran parte del actual reino de Murcia, á condicion de pagar un tributo. Revolviendo despues sobre su derecha, completó la conquista de Andalucía con la toma de las ciudades de Baza, Guadix, Jaen, Elvira (la antigua Iliberis), Granada (entonces pequeña fortaleza), Antequera y Málaga. El califa Valid desaprobó el encono de Muza contra Taric, y le envió órdenes para que le restituyese el mando de su ejército. Muza obedeció: repartieron las tropas, y Taric marchó al oriente contra Zaragoza, y Muza al occidente. En esta doble espedicion cayeron bajo el dominio de los musulmanes todas las ciudades de España, colocadas en las orillas del Duero, Ebro, Guadalaviar y Júcar: Muza estendió sus conquistas por la parte occidental hasta Astorga, y despues pasó á auxiliar á Taric en el sitio de Zaragoza, que no tardó en rendirse. Conquistaron despues el Aragon y la Cata-

luña hasta los Pirineos, y aun hay historiador árabe que dice que Muza penetró en la Galia gótica, y se apoderó de Narbona. Fue venturoso para la banda septentrional de España, que se estiende desde Galicia hasta los montes de Sobrarbe, que los mahometanos dirigiesen sus miras á subyugar á Francia, pais mas rico que las montañas de Asturias, Cantabria y Navarra; pues asi pudieron acogerse á aquellas ásperas regiones, que por otra parte estuvieron muy poco tiempo sometidas á los romanos y godos, y algunas nunca, los tristes restos del valor y de la monarquía goda, y tuvieron tiempo y oportunidad para fortalecerse de tal manera, que nunca los árabes pudieron desalojarlos de sus riscos inespugnables. En aquella montaraz cuna crecieron entre el ruido contínuo de las armas las pequeñas monarquías de Leon, Navarra y Aragon; y cuando las guerras civiles y la afeminacion de los mahometanos debilitaron sus fuerzas, se lanzaron los héroes españoles desde sus peñascos y castillos, se hicieron fuertes en las llanuras del Duero, luego en las de Tajo, y últimamente en las de Guadalquivir, hasta que lograron arrojar sus eternos enemigos á los arenales del Africa.

Muza y Taric, amistados solo en la apariencia, no cesaban de escribir al califa cartas en que se denigraban reciprocamente. Valid llegó á conocer que la seguridad de las tierras nuevamente conquistadas exigia

apartar de ellas á caudillos tan discordes, y mandó venir á ambos á Damasco. Muza dejó á Abdelazis por gobernador de España. Taric fue mejor recibido que su émulo por el califa Valid; mas este murió poco tiempo despues, habiendo estendido, sin moverse de su capital, las fronteras del imperio árabe mas que ninguno de sus predecesores.

Soliman. (714.) Sucedióle su hermano Soliman. El suceso mas notable de su reinado fue el segundo cerco puesto á Constantinopla por los árabes. Acometióla su hermano Moslema con poderoso ejército, despues de haber atravesado el Asia menor, y tomado en ella un grande número de plazas; pero el fuego griego, el valor de Leon el Isáurico, emperador de oriente, y de los búlgaros, aliados á la sazon con los griegos, y que acudieron en gran número á la defensa de la capital, obligó á los sarracenos á levantar el sitio con mucha pérdida. Entretanto los lugartenientes del califa conquistaron la Georgia y el Tabaristan, y se hicieron dueños de la costa occidental del mar Caspio.

Muza, principal motor de la conquista de España, murió en Damasco de la pesadumbre y enojo que le causó la confiscacion de sus bienes, y la deposicion de sus hijos y parientes de los gobiernos que obtenian en Africa. Taric, su émulo, le acusó y convenció de rapiñas hechas á los pueblos conquistados y al erario público en sus espediciones militares; y esta fue la causa de la des-

gracia de aquel caudillo y de toda su familia. Abdelazis, mas temible por mas lejano, y por tener á sus órdenes un ejército mas poderoso, fue asesinado por órden del califa, que llevaron á la peninsula sus comisarios. En el breve tiempo de su gobierno, dicen los autores árabes, que adelantó la conquista hasta los estremos de Lusitania y playas del mar Océano, y que sus caudillos corrieron todas las tierras del norte hasta Pamplona, saqueando y allegando mucho botin: mas nada hablan del levantamiento de Pelayo en Asturias, y de Garci Jimenez en las montañas de Jaca, ni de las victorias que consiguieron contra los árabes, dando principio á las dos nobilísimas monarquías de Navarra y Leon. A Abdelazis sucedió interinamente en el gobierno de España, por nombramiento de los gefes del ejército, Ayub, sobrino de Muza, que edificó la ciudad y fortaleza de Calatayub, hoy Calatayud, junto á las ruinas de la antigua Bélbilis.

Omar II. (718.) Este era hijo de Abdelazis, y nieto del califa Mervan, y fue nombrado por el testamento de Soliman, su primo hermano, su sucesor en el trono. A Ayub, porque era de la familia de Muza, se le quitó el gobierno de España, y se dió á Alhaur, el cual pasó los Pirineos, tomó á Narbona, y llegó con sus armas victoriosas hasta las orillas del Garumna. Omar, príncipe virtuoso, humano y tolerante, reinó poco mas de un año.

Yezid II. (719.) A Omar sucedió su primo hermano Yezid, hermano de los califas Soliman y Valid, é hijo del califa Abdelmelic. Su reinado fue quieto, á escepcion de una rebelion en Basora, que fue prontamente sosegada, y de una invasion de los turcos en el Aderbijan, de donde los arrojó Moslema, hermano del califa. En España fue depuesto del gobierno, á causa de su crueldad y avaricia, Alhaur, y le sucedió Alsama, que entró con poderoso ejército en la Galia Narbonense, corrió la comarca de Carcasona, y puso sitio á Tolosa; mas fue vencido y muerto en una gran batalla, dada junto á esta ciudad por Eudes, duque de Aquitania, á quien los historiadores árabes llaman Señor de Afranc. Los sarracenos se retiraron á Narbona, y por sucesor del gefe Alsama eligieron á Abderraman, nombramiento que fue aprobado por el gobernador de Africa, al cual desde el principio de la conquista estuvo subordinado el gobierno de España. Yezid, despues de cuatro años de reinado, falleció de pesar y melancolía, causada por la muerte de Hebaba, su esclava, á quien queria mas que á sí mismo. A pesar de la derrota de Tolosa, conservó Abderraman las conquistas que los árabes habian hecho en la Galia Narbonense.

Hixem. (723.) A Yezid II sucedió su hermano Hixem, hijo tambien de Abdelmelic. En este reinado belicoso y turbulento empezó á desplomarse el inmenso imperio de

los árabes, que comprendia entonces desde las orillas del Ródano, en Francia, dando la vuelta por España, África y Egipto, hasta el Asia menor, el Cáucaso, el mar Caspio, la gran Bucaria y el Indo; ademas de las innumerables colonias musulmanas que reconocian la autoridad del califa en los desiertos de Africa, en las playas orientales de esta parte del mundo, y en las islas y continente del Indostan. El señor de Damano peleaba á un mismo tiempo con los turcos en los desfiladeros de Derbent, con los griegos en las llanuras del Asia menor, con los españoles, reliquias de la sangre goda, en las montañas de Asturias, Navarra y Aragon, y con los franceses en las orillas del Garona y del Loira; y solo habia costado un siglo de combates la fundacion de tan vasto imperio. Pero apoyado sobre el fanatismo, único lazo social de los árabes, debió desbaratarse y deshacerse con la misma prontitud que se habia formado, apenas cesase el influjo de aquella pasion nacional, y recobrasen su imperio los estímulos de la ambicion individual.

El primer golpe que recibió la monarquía árabe fue la célebre batalla de Poitiers, ganada en 732 por Cárlos Martel contra el ejército de 400.000 hombres con que penetró en Francia Abderraman, gobernador de España, y uno de los sucésores del otro Abderraman, que gobernó los árabes de la península despues de la muerte de Alsama en la batalla de Tolosa. La derrota de los sarra-

cenos fue tan terrible como lo prueban sus efectos; pues desde entonces defendieron mal, y últimamente perdieron todo lo que poseian al otro lado de los Pirineos; y asi no parece exagerado el número de 300.000 árabes, que algunos autores aseguran haber perecido en aquel terrible combate. Débiles resarcimientos por tan gran pérdida fueron la conquista de Derbent, ciudad situada en la costa occidental del mar Caspio, y la de Sicilia, lograda por el gobernador de Africa. En el Asia menor peleaban los árabes contra Leon el Isaurio con vario suceso; pero mas contrario á los musulmanes que favorable; pues perdieron una gran batalla en Sinnada, ciudad de Frigia, y cuando vencian, no lograban mas ventaja que el botin allegado de la tala de los campos y los saqueos de las ciudades.

El desastre de Poitiers desenvolvió los funestos efectos del vicio radical del gobierno; vicio solapado antes por la victoria. Vióse obligado el califa Hixem á separar la España del gobierno de Africa, porque los gobernadores de este pais, poseidos de la avaricia, vendian por dinero los empleos de la península, y enviaban á ella hombres mas dispuestos á esprimir de los pueblos el oro que les habia costado su dignidad, que á sostener la gloria de la monarquía. Pero la providencia de la separacion dió origen á nuevos inconvenientes. Como España distaba tanto de la corte de los califas, sus goberna-

dores obraban como si fuesen reyes del pais: los caudillos inferiores, ó con la esperanza de sucederles ó por vengar injurias particulares, los acusaban al califa: era imposible á tanta distancia, y enmedio de pasiones tan fieras y encontradas, descubrir la verdad: las decisiones del príncipe eran generalmente hablando, dictadas por los intereses particulares, injustas y mal obedecidas. En fin, las provincias lejanas del imperio iban caminando ó á la anarquía ó á la independencia.

Los historiadores árabes hablan confusamente de la guerrra que en el reinado de Hixem hicieron los sarracenos contra los cristianos del norte, y aun suponen que los vencieron y encerraron en sus montañas; mas nada dicen de las victorias que Alonso I el católico logró contra los árabes, ni de la estension que dió á la pequeña monarquía de Asturias, conquistando muchas ciudades de Galicia y la provincia de Leon.

En este califado empezaron á ser mas frecuentes las rebeliones en el imperio sarraceno. La que dió mas cuidado, por mas inmediata al corazon de la monarquía, fue la de Zeid, bisnieto del califa Alí, en el Irak Arabi; pero al acercarse las tropas de Hixem, le vendieron los de Cufa, como habian vendido á su abuelo Husein, y fue muerto en un combate. Mas terrible y sangrienta fue la rebelion de los berberiscos en Africa, que capitaneados primero por Kaled el Zenete, y

despues por Baleg, sostuvieron la guerra contra los gobernadores del califa con vario suceso, hasta que vencidos en Africa, pasaron á España, donde reunidos con los descontentos del gobernador Abdelmelic Alcotan, que eran muchos, instauraron la guerva, ganaron dos batallas, sitiaron á Córdoba que era entonces centro del poder musulman en España, y obligaron al pueblo sitiado á que les entregase al gobernador Abdelmelic. Este infeliz fue degollado por los rebeldes. Abderraman, otro caudillo de su ejército, le vengó derrotando completamente á los rebeldes en los campos de Calatrava. Baleg murió en el combate, y los pocos que escaparon de él se reunieron con Taalaba y Habid, gefes tambien de los rebeldes, los cuales resucitaron su partido y pusieron sitio á Mérida. La batalla de Calatrava se dió el año 125 de la egira, el mismo en que falleció el califa Hixem despues de haber visto y llorado la muerte de su hermano Moslema, que en aquellos tiempos fue el héroe del islamismo. Hixem era amigo de allegar tesoros, y le imitaron en este vicio los gobernadores de las provincias. La rebelion de los berberiscos no tuvo otro orígen sino las vejaciones que sufrian por la avaricia de Amer el Muradi, gobernador de Tánger.

Valid II. (742.) A Hixem sucedió su sobrino Valid, hijo del califa Yezid II. El reinado de este príncipe pródigo, deshonesto, entregado á la crápula y la embriaguez y me-

nospreciador de toda religion, no duró mas de un año. Los sirios se rebelaron, colocaron en el trono á Yezid, su primo hermano é hijo de Valid I, y le dieron muerte en Basora donde se hallaba á la sazon. El único suceso notable de su gobierno fue la muerte de Yahie, hijo de Zeid y bisnieto de Husein; el cual habiendo perecido su padre en Cufa, se retiró al Korasan con algunos de sus partidarios, y fue derrotado y muerto por un destacamento del ejército del califa.

Yezid III. (743.) Reinó solo 6 meses y murió de peste. La Siria fue teatro de una guerra civil entre el califa y Soliman, hijo de Hixem, determinado á vengar la muerte de Valid II y á sucederle.

Ibrahim. Ibrahim, hermano de Yezid III, fue proclamado califa. Soliman se reunió con él contra Mervan, hijo de Mahomet y nieto de Mervan I, que socolor de vengar la muerte de Valid II, y de colocar en el trono á uno de sus hijos presos en poder del califa, reunió las huestes de Persia y Mesopotamia, derrotó á Soliman y depuso á Ibrahim. Habian ya perecido en la prision, por órden del califa; Otman y Hacem, hijos de Valid II, y Mervan se ciñó la corona. Entretanto Hantala, gobernador de Africa, derrotó en dos grandes combates á los berberiscos insurgentes y los sometió. Los musulmanes de España le pidieron un caudillo, capaz de ajustar las desavenencias de los gefes, y les envió á Abulcatar, el cual sosegó por algun tiempo

las disensiones, sometiendo á Taalaba y Habid, y haciendo repartimientos convenientes entre los sarracenos, árabes y sirios; de modo que cada tribu ocupase terrenos semejantes á aquellos de donde habian procedido en oriente. Las tierras de Tadmir ó Murcia fueron dadas en repartimiento á los árabes; y asi cesó el pequeño reino feudatario que fundó en aquel pais el godo Teodomiro, y que solo se transmitió á su hijo Atanaildo.

Mervan II, último califa de los Omeyas. (744.) Los principios del reinado de este califa fueron turbulentos por las sediciones y guerras que movieron las principales ciudades de Siria, y que fueron anuncio de mayores calamidades. Sin embargo, el califa, hombre valeroso, prudente y moderado, consiguió sosegarlas. Tomó bajo su proteccion á Ibrahim, á quien habia destronado, y que le sirvió despues con fidelidad: confirmó los gobernadores que los musulmanes de Africa y España habian elegido para terminar las pasadas discordias, y gobernó con prudencia y bondad.

Durante las revueltas que hubo en el imperio de los califas desde la muerte de Hixem, se habia engrandecido notablemente en el norte de Persia la familia de los Abasides, alaveses ó alavecinos, enemiga jurada de los Omeyas, como que descendia de Abas, tio de Mahoma y contrario por consiguiente de aquel linage que se declaró contra el profeta en los principios del islamismo. Era ge-

fe de esta familia Abdalá Asefah, que levantó en el Korasan el estándarte de la rebelion. Su visir Abu-Moslema le hizo dueño de esta provincia: marchó despues hácia el centro del imperio, Mervan le salió al encuentro, y se dió la batalla de poder á poder en Tural, cerca de Mosul. Alli quedó decidida la suerte de la dinastía. Mervan fue vencido, pereciendo en la batalla por defender su autoridad el mismo califa Ibrahim, á quien habia arrojado del trono. El vencedor le persiguió de ciudad en ciudad, desde las orillas del Tigris hasta las del Nilo, le alcanzó cerca de Said en la Tebaida, y despues de corta resistencia le venció y dió la muerte. Toda la familia de los Omeyas fue esterminada, escepto algunos que pudieron huir y se salvaron en los desiertos arenales de Africa.

Entretanto Jusuf, gobernador de España, sosegaba con prudencia y valor los ánimos turbulentos de los caudillos árabes. Hizo una division en cinco provincias ó valias, de la cual pueden inferirse cuales eran entonces las fronteras de los cristianos y musulmanes: en Galicia poseian estos á Iria y Lugo: en lo que despues fue reino de Leon, á Astorga y Zamora: lo que prueba que ó Pelayo ó su yerno Alonso se habian apoderado ya de la ciudad de Leon: los lindes por la parte de Castilla no llegaban al Ebro, sino á las vertientes de los montes de Oca: hácia Navarra, á Calahorra y Tudela: en Aragon, á Huesca, Jaca y Barbastro, y al otro lado de

los Pirineos el Rosellon y la parte que sigue del Languadoc hasta Nimes. Reinaba entonces Alonso el católico en Asturias, y Garci-Jimenez en Navarra.

Abdalá Asefah. (749.) Este califa, aunque de carácter benigno, mereció el título de Asefah ó *sanguinario* por la mucha sangre de los Omeyas y de sus partidarios que se vió obligado á derramar para mantenerse en el trono usurpado. Tuvo que sofocar varias rebeliones de los amigos de la anterior dinastía. Con motivo de estas revueltas, los generales de Constantino Coprónimo, emperador de oriente, recobraron á Capadocia y penetraron en Mesopotamia. Abdalá Asefah murió el año 136 de la egira. En España se rebeló contra Jucef, Amer-ben-Amrú, caudillo de los ansarios ó alabdaries, ocupó á Zaragoza y renovó la guerra civil.

Abu Jaafar Almanzor. (753.) Abu Jaafar, hermano de Abdalá, le sucedió en el califado. Los principios de su gobierno fueron turbulentos y sanguinarios. En el primer año de su reinado tuvo que pelear contra los restos del partido de los Omeyas, que destruyó enteramente. En el segundo se levantó contra él un tio suyo, llamado Abdalá, y se proclamó califa en Damasco, auxiliado de las huestes de Arabia, Siria y Mesopotamia. Abu Jaafar envió contra él á Abu Moslem, que era entonces el mejor guerrero del mahometismo, con todas las fuerzas de Persia y del Irak. Abdalá, completamente der-

rotado, se retiró á Basora, donde algunos años despues fue muerto de órden del califa. Este príncipe pagó con horrenda ingratitud los servicios de Abu Moslem. Irritado contra este héroe por algunos desaires que le habia hecho en el reinado anterior y por la independencia que afectaba en su gobierno de Korasan, le convidó á venir á su corte con demostraciones pérfidas de amistad, é hizo que le diesen muerte. Poco despues de este asesinato se rebeló el Korasan por los artificios de Sinan, mago fanático, que pretendia restaurar el culto del fuego en la patria de Zoroastres. Giambur, lugarteniente de Abu Jaafar, le derrotó y sometió la provincia; pero indignado de ver que el avaro califa envió un comisario para apoderarse de todo el botin, se rebeló él mismo, y ocupó á Ispaham y los paises inmediatos. El califa envió contra él un ejército, que le alcanzó en el Aderbijan, y le derrotó completamente.

A estas rebeliones esteriores se añadian los males causados por la crueldad que este príncipe manifestó siempre que creia necesaria la sangre para afirmarse en el trono. No solo esterminó cuantos Omeyas pudo haber á las manos, no solo mandó matar á su tio Abdalá y á cuantos le favorecieron en su conspiracion, sino tambien á los descendientes del califa Hasan, hijo de Alí, y á los de Husein, hermano de Hasan. Dos de ellos, que se rebelaron en Cufa, ciudad adicta siempre á la infeliz familia de

los Alides, fueron vencidos y degollados.

El califa, triunfante de los enemigos interiores, y aborreciendo á Damasco y á Cufa, donde se conservaban vestigios de las dos dinastías anteriores, quiso edificar una capital para la suya, y eligió por sitio una fértil llanura cercana al Tigris, no lejos de las ruinas de Ctesifonte. Vió en su reinado concluida esta grande obra, y puso á la nueva capital el nombre de Salem ó ciudad de paz; mas prevaleció el nombre de Bagdad, que le dieron árabes y persas, y con el cual fue célebre hasta la estincion del califado.

Abu Jaafar justificó el sobrenombre de *Almanzor* ó victorioso, no solo por la felicidad con que triunfó de todos sus rebeldes, sino tambien por las victorias de sus lugartenientes contra Constantino Coprónimo. Recobraron la Capadocia, y quitaron la Cilicia al imperio griego. Pero estas conquistas fueron un resarcimiento muy débil, comparado con la pérdida y desmembracion de España, que se verificó en el reinado de Almanzor.

Abderraman, hijo de Moavia y nieto del califa Hixem, tenia solo 20 años cuando la ruina de su familia. Su estrema juventud, sus gracias y bondad le esceptuaron de la proscripcion general de los suyos; pero impelido el califa Asefah de las sugestiones de sus visires, que le aconsejaban no dejar vivo á ninguno de sus enemigos, mandó, contra su voluntad, darle muerte. Abderraman

lo supo á tiempo, atravesó la Siria disfrazado, huyó á Egipto y despues á Barca, donde estuvo oculto algun tiempo en un aduar de beduinos. Dióse tanto á querer y estimar de estos árabes vagamundos, que cuando llegó á Barca la órden del califa para prenderle con las señas de su rostro y cuerpo, los beduinos le ocultaron sin saber quién era, y le dieron por escolta seis de sus jóvenes mas esforzados para que le guiasen por el desierto. Habiendo llegado en el Africa occidental á los paises que ocupaban los zenetes, se descubrió á esta tribu casi independiente, y encontró en ella favorable acogida y hospitalidad.

Entretanto ardia la España mahometana en guerra civil. Amer ben Amrú era dueño de Zaragoza, Barcelona y Valencia, y el gobernador Iucef, de Andalucía. Los caudillos de las familias sirias y egipcias establecidas en la peninsula se reunieron con gran secreto en Córdoba, y trataron de los medios de terminar las calamidades que sufrian, é impedir las que amenazaban. Uno de ellos llamado Hayut les manifestó la usurpacion de los Abasides, las turbulencias del imperio musulman, el desórden de las provincias lejanas, y la dificultad de que les llegase buena justicia desde un centro remoto, y en fin la necesidad de tener un rey que los gobernase y mantuviese en paz desde un trono fundado en la misma patria. Todos convinieron en hacerse independientes de

Asia y Africa; mas como dudasen del príncipe que habian de elegir, Vahib, otro de los caudillos, les propuso á Abderraman, príncipe de la familia legítima, y entonces muy cercano á España. Adoptóse unánimemente esta determinacion, enviaron con el mismo secreto una embajada al príncipe Omeya, que aceptó el imperio que le prometian, y desembarcó en Almuñecar con solo mil caballos zenetes, precisamente cuando Iucef, habiendo vencido y preso á Amer ben Amrú, acababa de pacificar á España. Sometiósele fácilmente toda la Andalucía, donde eran poderosos los caudillos sirios y egipcios que le habian dado la corona: marchó contra el hijo de Iucef que se habia hecho fuerte en Córdoba, le venció y puso sitio á la ciudad. Acudiendo en su defensa Iucef con numerosas huestes sacadas de la España oriental, del gobierno de Toledo y de Lusitania, fue vencido junto á Musara en una gran batalla, que afirmó la corona en la cabeza de Abderraman. Esta memorable victoria se consiguió el año 755. Siguióse á ella la rendicion de Córdoba. Otra derrota que sufrió Iucef junto á Almuñecar, le obligó á entablar negociaciones de paz, obligándose por ellas á entregar al vencedor dentro de cierto término todas las fortalezas que poseia. Así vinieron á poder de Abderraman Granada, Elvira, Mérida, la Lusitania y la España oriental. Iucef se sublevó, fue vencido en Almodovar y en Lorca; y en esta

el mayor. Pero Harun, determinado á no contribuir á una injusticia, ni obedeció en esta parte á su padre mientras este vivió, ni permitió que ninguno de sus numerosos amigos y allegados dejase de reconocer á Muza, despues de la trágica muerte de Mahadí: ejemplo notable, y muy raro entre los árabes, de amor á la rectitud y á las leyes. Pero el peso de este beneficio oprimia el ingrato corazon de Muza, y asi se propuso dar la muerte á su hermano. La misma noche que debia ejecutarse este fratricidio, se encontró á Muza muerto en su cama ahogado de una tos que le habia acometido despues de beber un vaso de agua. Su muerte fue un crímen mayor que el que él meditaba, si es cierto, como dicen los escritores árabes, que la tos procedió de un veneno dado por Kizaran su madre, que siempre habia mostrado mas afecto á su hijo menor Harun, y que estaba entonces irritada contra el califa, por haberle negado con aspereza una gracia que le pidió.

Harun Alraschid. (786.) El reinado de Harun es una de las épocas mas ilustres del imperio árabe, no solo por las continuas victorias de este célebre califa contra Nicéforo, emperador de Constantinopla, á quien obligó muchas veces á pedir la paz y pagar tributo, sino tambien por el grado de civilizacion literaria á que llevó su pueblo, emulando los progresos que hicieron en las ciencias y la literatura los sarracenos de España bajo la dinastía de los Omeyas. Bagdad fue

en tiempo de Harun uno de los centros mas considerables del saber, de la industria y del comercio. La embajada magnífica que envió á Carlo-magno, emperador de occidente, hizo conocer su nombre, y estendió su fama entre los pueblos feroces, que pugnó en vano por civilizar el hijo de Pipino.

Harun administraba justicia con suma rectitud, y manejaba los negocios públicos con política firme al mismo tiempo que hábil y moderada. La única mancha que nota en él la historia, fue la cruel proscripcion de los Barmécides: proscripcion, cuyo motivo han procurado averiguar los historiadores árabes, sin dar ninguna esplicacion que satisfaga. Giafar, amigo de Harun antes de que ascendiese al trono, y su visir desde que fue califa, descendia de una familia ilustre del Korasan, llamada Barmécide. Este hombre ilustrado, prudente y leal era no solo el consejero del príncipe y el alma de todas sus empresas, asi militares como de administracion interior, sino tambien el confidente de sus penas y placeres, y su amigo íntimo. Una mañana apareció cortada su cabeza de órden del califa, y entregada toda su familia, rica y numerosa, al cuchillo de la proscripcion. Acaso un príncipe, que mereció el renombre de Alraschid, ó *justo*, podria haber disculpado esta crueldad, si hubiese espuesto al público y á la posteridad las causas de una resolucion tan atroz; pero tuvo por conveniente envolver en un silencio misterioso los motivos que

le hicieron obrar, é incurrió en la censura inflexible de la historia. Harun murió, despues de un reinado glorioso de 22 años, cuando se preparaba á ir al Korasan contra Rafe Ben Leith, que se habia rebelado en aquella provincia.

Amin. (808.) Harun habia nombrado sucesor suyo á su hijo Amin, y despues de él á Almamon, su hermano, á quien habia dado el gobierno perpétuo del Korasan. Amin, entregado á la crápula, á los deleites y á la indolencia, trató sin embargo de anular esta disposicion de su padre, tan auténtica, que el califa Harun la habia hecho fijar en el templo de la Meca. El objeto de Amin era transmitir el califado á su hijo Muza, que á la sazon era niño.

Almamon, informado de las disposiciones de su hermano, hace la paz con el rebelde Rafe Ben Leith, lo agrega á su partido, junta tropas, y da el mando de ellas á Taher, uno de los guerreros mas célebres de su tiempo. Este marchó contra Ali, lugarteniente del califa, que habia ya penetrado con 60.000 hombres en el Korasan, le sorprende cerca de Kay, disipa su ejército, y le da muerte. Cuando llegó esta noticia al califa Amin, estaba entretenido en pescar, y dijo al mensagero: «No me distraigas: Cútar ha cogido ya dos peces grandes, y yo no he pescado nada todavía.» No es estraño, pues, que todo el imperio le abandonase, apenas Taher, vencedor de los diferentes cuerpos

de tropas que habia en las provincias de Persia, se acercó con todas sus fuerzas á Bagdad. Egipto, Siria y Arabia reconocieron por califa á Almamon. Sitiada Bagdad, y próxima á entregarse, Amin huyó de su capital en un barco por el Tigris, dieron sobre él los soldados enemigos, y le cortaron la cabeza.

Almamon. (813.) Almamon fue reconocido y proclamado califa, inmediatamente despues de la muerte de su hermano Amin. Sujetó y castigó á varios rebeldes que se levantaron en diversas provincias, é hizo guerra contra los emperadores Miguel el Tartamudo y Teófilo, sin mas ventaja que la del botin. Un miserable castillejo del Asia menor era entonces trofeo suficiente para hacer gloriosa una campaña.

Almamon premió los servicios de su general Taher, á quien debia el califado, dándole el gobierno perpétuo de Korasan para él y sus descendientes: lo que prueba que habia penetrado ya entre los árabes la moda de los gobiernos hereditarios, orígen del sistema feudal que empezaba entonces á florecer en el occidente europeo. Pero esta costumbre de heredar los hijos las magistraturas de sus padres, produjo en el imperio árabe efectos mas prontos y decisivos que en las naciones de Europa: la gran distancia á que yacian las provincias de la capital, convirtió muy pronto á los gobernadores en monarcas independientes.

Asi es, que en el reinado de Almamon

se verificó la segunda desmembracion importante del imperio de los califas; y comprendió nada menos que toda el Africa desde la gran Sirte hasta el Océano atlántico.

Abu Ibrahim, llamado el Aglab, sobrenombre de su familia, fue nombrado gobernador de Africa por el califa Almamon; y como este se quejase de la especie de independencia que afectaba en su gobierno, le respondió con unos versos, segun la costumbre de los príncipes árabes en aquella época, en los cuales se comparaba al fuego quieto en el pedernal, al leon y al mar en calma, que se irritan cuando se les hiere ó acomete. Esta osadía, que quedó impune, y aun elogiada, mostraba harto la decadencia del poder moral de los califas, y presagiaba la ruina de su soberanía. Los hijos de Abu-Ibrahim gobernaron como soberanos y con el título de reyes todo el dilatado pais que se estiende desde el desierto de Barca hasta la Mauritania: esta dinastía que reinó en Cairvan poco mas de un siglo, se llamó la de los *Aglavitas*.

Casi al mismo tiempo la Mauritania, llamada Almagreb por los árabes, fue poseida por una nueva dinastía. Edris, príncipe descendiente del califa Alí, huyendo la persecucion movida contra su desgraciada familia por el califa Abu Jaafar, vencido su padre por el califa Mahadi, contra el cual se habia rebelado, huyó á Egipto, corrió casi las mismas aventuras que Abderraman el Omeya

tuvo que arrostrar para venir á reinar á España, y se detuvo en el Almagreb, cuya capital era entonces Tánger. Conocido y bien acogido por los gobernadores de la provincia y las tribus berberiscas, pasó desde proscripto y fugitivo á rey y soberano de aquellos vastos paises. El célebre califa Harun Al Raschid no halló medio oportuno para castigar su usurpacion, sino enviarle un emisario que se introdujo en su casa con el velo de fingida amistad, y le envenenó. Pero los almagrebitas, determinados á negar la obediencia al califa, juraron rey á su hijo póstumo, llamado tambien Edris, que sometió á su dominio toda el Africa occidental, fue gefe de la dinastía de los Edrises, de los cuales reinaron algunos en Málaga á la caida del imperio de los Omeyas, fundó la ciudad de Fez, y fijó en ella la corte de su imperio en 828.

Estas pérdidas lejanas no disminuian el lujo, la magnificencia y los placeres de la corte de Bagdad, señora entonces de Egipto, Siria, Arabia, Persia, Armenia y parte del Asia menor; es decir, de los paises mas ricos del oriente. No es de estrañar que los califas, ocupados casi siempre en las guerras civiles que fomentaba la ambicion de los príncipes y gobernadores, ó atentos á la lid perpétua contra los emperadores de oriente, hicieron tan poco caso de la pérdida de España y Africa, que no consta de la historia que hiciesen ni aun el corto esfuerzo de las

reclamaciones para recobrarlas. La conquista de Creta fue la indemnizacion que logró Almamon por el Africa y Mauritania. Falleció este príncipe de un hartazo de dátiles el año 218 de la egira.

Almotacem. (833.) Sucedióle Almotacem, su hermano. Hizo una guerra de religion contra los que sostenian que el alcoran fuese increado, y tuvo que pelear, someter y castigar á muchos rebeldes. El emperador Teófilo hizo una invasion en los estados del califa, y arruinó y saqueó muchas ciudades, entre ellas á Sozopetra, donde habia nacido Almotacem, el cual le rogó, aunque en vano, que no la destruyese. Irritado el califa del desaire, juntó el ejército mas numeroso que hasta entonces hubiesen empleado los musulmanes contra los griegos, mandó á sus soldados escribir en sus escudos el nombre de Amorio, patria de Teófilo, penetró en el Asia menor, la asoló, venció el ejército que le opuso Teófilo, y vengó á Sozopetra destruyendo la ciudad donde habia nacido su enemigo.

Este califa hizo morir de sed á su sobrino Abas, hijo de Almamon, su hermano, porque supo que algunos gefes trataban de asegurarle la sucesion al califado. Castigó tambien con el último suplicio á Afkin, su confidente y guerrero valeroso, á quien debió sus victorias, por haber descubierto su inteligencia secreta con algunos rebeldes que se habian levantado en el Tabaristan. Poco

despues murió Almotacem el año 227 de la egira.

Vatheg. (841.) Vatheg, hijo de Almotacem, subió al califado. Hizo guerra cruel á los defensores de la eternidad del alcoran, contra los cuales profesaba odio tan mortal, que en un cange de prisioneros con los generales griegos prohibió rescatar á los mahometanos que negasen la creacion de aquel libro. En esta ocasion se cangearon 4.460 hombres musulmanes, 860 entre mugeres y niños, y 100 cautivos de los aliados del califa. Vatheg murió á los 5 años de reinado.

Motavakel. (847.) Motavakel, su hermano, le sucedió. Fue muy afecto á las letras y ciencias, y en su tiempo fueron conocidos entre los árabes los libros de filosofía y matemáticas de los griegos y latinos; pero al mismo tiempo era fanático. Persiguió aun mas allá de la muerte á los de la familia de Alí; pues no contento con prohibir la peregrinacion de los musulmanes á los sepulcros de aquel califa, y de su hijo Husein, mandó derribarlos y destruirlos, de modo que no quedase rastro de ellos, lo que le acarreó mucho odio por el respeto que los shiitas, muy numerosos en el imperio, profesaban á aquellos gefes del islamismo. Ni fue menos sañudo contra los cristianos y judíos; pues mandó que en sus personas y casas trajesen y pusiesen insignias de deshonor para ser conocidos, y los maltrató y vejó de todas las maneras posibles.

Dió muerte en horrendos suplicios á Mahomet, que habia sido visir de su hermano, solo porque durante su visiriato le habia deservido. En fin, parece incompatible la atrocidad de su conducta con los sentimientos humanos que inspiran las ciencias y las bellas artes: su reinado probó que la civilizacion literaria no basta sola sin la moral para enseñar sentimientos virtuosos; y la moral práctica de los mahometanos, fundada esclusivamente en el derecho de la espada, está en perpétua lucha con los afectos dulces y generosos del corazon.

Motavakel peleó felizmente contre los griegos durante el reinado vergonzoso del emperador Miguel III; pero Petronas, general griego, sostuvo la gloria de su nacion, ahuyentando á los sarracenos del Asia menor, y penetrando en Siria, donde los venció de nuevo, é hizo un inmenso botin. Ya en esta época peleaban los turcos como auxiliares de los califas, y habia guardia de esta nacion en el palacio de Bagdad.

Motavakel fue asesinado por su hijo mayor. La causa fue esta: hallándose el califa enfermo de asma, le persuadió Fatah, uno de sus confidentes, que enviase á la mezquita, para hacer las oraciones acostumbradas, á Motaz, su hijo segundo. Motavakel siguió en parte su consejo; y sintiéndose muy incomodado, se quedó en palacio; pero envió al templo á su hijo mayor Montaser. Fatah, que le aborrecia, persuadió al califa que

impidiese los malos designios de rebelion que atribuyó al príncipe. Motavakel le llama, y le reprende tan agriamente, que Montaser juró la venganza: ganó á algunos turcos de la guardia, y espiando una ocasion oportuna, los introdujo en el cuarto de su padre, y le asesinaron. Fatah pereció defendiendo en vano la vida de su rey. Así la imprudente oficiosidad de un buen vasallo fue la ruina del príncipe y de él mismo. Motavakel murió el año 247 de la egira.

Montaser. (861.) Montaser, teñidas las manos en la sangre de su padre, subió al solio, que no le sirvió de asilo contra los remordimientos. Espectros espantosos se le aparecian en el sueño, y abreviaron su vida. Entre los tapices de su palacio habia uno donde estaba figurado un príncipe persiano con este letrero: *Yo soy Siroes, que di muerte á mi padre Cosdroas, y solo reiné seis meses*. Montaser tomó por presagio estas palabras; y en efecto, se apoderó de él una profunda tristeza, que terminó sus miserables dias á los seis meses de reinado. Hostigado por los comandantes turcos de la guardia, cuya influencia era ya tan grande como la de los pretorianos en Roma, declaró incapaces de suceder en el trono á sus hermanos, de quienes temian los turcos que vengasen en ellos el asesinato de Motavakel.

El suceso siguiente, que aconteció en el reinado de Montaser, da idea de los procedimientos judiciales entre los árabes. Un

hombre vivia en una colina cercana á la Meca, y prestaba su casa á la juventud voluptuosa, que se entregaba en ella á la crápula, la embriaguez y la disolucion. El juez de la Meca le mandó prender, le formó proceso, no dudando de la verdad del hecho, que era notorio en Meca. Pero como ninguno de sus cómplices se presentó á declarar contra el reo, se halló en la imposibilidad de imponer la sentencia. Al fin imaginó un ardid que le pareció infalible para convencer al acusado, y fue enviar á las cercanías de la colina los asnos que sirven de cabalgaduras ordinarias en la Meca, para ver si de su propio movimiento buscaban la casa del árabe, que estaba en un sitio muy retirado. Los asnos fueron á ella inmediatamente: esto pareció al cadí una prueba evidente del crímen, pues probaba la costumbre de concurrir mucha gente á su casa; y mandó preparar el verdugo y las varas para azotarle. El árabe, que no era necio, le dijo: «Aunque me mandes desollar, estará bien empleado en mí que soy un delincuente; pero vas á cubrir á toda la nacion de los árabes de un oprobio eterno; porque se podrá decir de ellos, que cuando les falta el testimonio de los hombres, recurren al de los borricos.» El auditorio se rió y el juez tambien, y se le perdonó el castigo que merecia.

Mostain. (862.) Mostain, hijo de Montaser, le sucedió. Con el favor de los gefes turcos sofocó una rebelion levantada en fa-

vor de su tio Motaz, hermano de Montaser. Venció y castigó tres sediciones que se movieron en tres diferentes provincias por los descendientes de la desgraciada familia de Alí, cuyos conatos, siempre inútiles, para ascender al trono, fueron tan funestos al imperio de los árabes y á ella misma. Bajo Mostain fueron poderosísimos los gefes de la milicia turca; pero despues de una batalla perdida contra los griegos, hubo desavenencias entre ellos. Mostain favoreció á un partido, los demas se reunieron contra él á favor de su hermano Motaz, y le pusieron en el trono. Mostain abdicó despues de un reinado de cuatro años, y fue muerto por órden del califa, segun dicen algunos historiadores.

Motaz. (866.) Este califa reinó solo dos años, en los cuales alternativamente acarició y amenazó á la milicia turca, segun dominaban en él el odio ó el temor. Dió muerte á uno de sus hermanos, y desterró á los demas por sospechas. Al fin los turcos, cansados de su innoble gobierno, le depusieron, y terminaron sus dias con la hambre ó con la sed, que en esto varian los autores.

Motadi. (869.) Los turcos colocaron en el trono á Motadí, hijo del califa Vatheg; pero Muza, otro gefe de la misma milicia que hacia la guerra contra algunos rebeldes en las cercanías del mar Caspio, volvió con su ejército á Bagdad, venció á los partidarios del califa, y dió muerte á este príncipe,

cuyo reinado no duró un año; pero aunque fue tan corto, no faltaron rebeliones y desmembraciones. Jacob, hijo de Leith, se apoderó del Herman y Farsistan; y Alí, que se fingia ser de la familia del califa del mismo nombre, y que habia pasado á Arabia con un ejército de africanos de la costa de Zanguebar, avanzó hasta Cufa, y favorecido por los shiitas, se hizo dueño de Basora y Ramala, y de gran parte de la Arabia y del Irak. El pueblo que guió á la victoria, tiene el nombre de *zinguios* en los escritores orientales.

Motamed. Aun quedaban dos hijos del califa Motavakel, Motamed y Muafec. Muza colocó en el trono á Motamed, cuyo reinado de 22 años fue notable por las rebeliones y guerras que pusieron el imperio árabe en el margen del precipicio. Ademas de la guerra con los griegos, manejada entonces con la firmeza que era propia del emperador Basilio, tuvo el califa que pelear casi á un mismo tiempo contra los rebeldes del Korasan y del Farsistan, contra los zinguios y contra los egipcios. Los ejércitos rebelados llegaban muchas veces hasta las mismas puertas de la capital, y no pocas se dieron batalla unos á otros para quitarse los paises y ciudades de que se habian apoderado. Al mismo tiempo era necesario reprimir la osadía de la milicia turca, aliados soberbios y casi dueños de Bagdad. La misma confusion que reinaba entonces en la monarquía ára-

be, se observa en la historia de este reinado. El imperio se salvó por la union. Motamed, sin ser un grande hombre, tuvo el discernimiento necesario para conocer la superioridad de su hermano Muafec en las artes de la paz y la guerra, y le cedió tan enteramente las riendas del gobierno, que el califa fue el primer lugarteniente de su visir. Motaded, hijo de Muafec, adquirió bajo las órdenes de su padre todas las prendas que forman un héroe, y estos dos hombres conservaron el estado. Despues de la muerte de Muza, gefe de los turcos, aquella milicia turbulenta y ambiciosa se sometió á las leyes de la disciplina que le impuso la firme severidad de Muafec: los zinguios, que durante 14 años devastaron la Mesopotamia y el territorio de Bagdad, fueron esterminados en tres campañas, tomada su capital y preso y descabezado su gefe Alí. Jacob, hijo de Leith, que á sus anteriores conquistas habia añadido gran parte del Irak persiano, y penetró con un ejército formidable hasta Bagdad, fue vencido completamente en la batalla de Catul por Muafec, y perseguido hasta el Korasan, donde se libró del suplicio ocultándose de modo que no pudo encontrársele. Amed, hijo de Tolum, se rebeló contra el califa en Egipto, se hizo soberano de esta provincia, entró con poderoso ejército en Siria, la devastó, y transmitió la usurpada corona á su hijo Camarabillah. A pesar de tantos enemigos, Muafec y su hijo

recobraron la Siria, aunque fueron vencidos dos veces por Camarabillah, y volvieron á reunir todas las provincias al imperio, á escepcion del Egipto. Motamed murió el año 279 de la egira, y nombró por su heredero á su sobrino Motaded, hijo de Muafec, que ya habia fallecido.

Motaded. (892.) Motaded reconquistó algunas plazas que aun estaban en poder de los rebeldes, mantuvo paz con Camarabillah, señor de Egipto y de una parte de Siria que habia vuelto á ocupar, casando con una hija suya, y restableció la tranquilidad en toda la monarquía; pero no fue afortunado en la guerra contra los kármatas. Esta era una secta de fanáticos que se creian inspirados por el espíritu divino. Fue su gefe un hombre de baja estraccion natural del Chussistan, que con la austeridad de su vida y su elocuencia bárbara sedujo un gran número de árabes del desierto y del Irak. Estos, tomando por su gefe á Abusaid, hicieron terrible guerra á Motaded: ocuparon muchas ciudades de Irak, de la provincia de Barcin en la costa del golfo Pérsico, y de Yemama en el interior de Arabia: vencieron un ejército que envió el califa contra ellos, y fundaron una pequeña monarquía, que vino á perecer como todas las que fundaron los árabes. Motaded falleció el año 289 de la egira. Los historiadores describen su carácter con rasgos contradictorios, porque unos le pintan cruel y otros compasivo y generoso. Rei-

nó en tiempos felices, y conservó la monarquía; y esto basta para conocer que no era un hombre vulgar.

Moctafi. (901.) Sucedióle su hijo Moctafi, que peleó felizmente contra los kármatas, recobró á Siria y Egipto y perdió el Korasan, tercera desmembracion importante y definitiva de la monarquía de los califas. Desde el primer año de su reinado, los kármatas, mandados por Yahia, hicieron una irrupcion en Siria, derrotaron á Harun, hijo de Camarabillah, y sitiaron á Damasco. Aunque vencidos despues por otro ejército de Harun, con pérdida de su general Yahia que murió en la batalla, bajo el mando de su hermano Hosein tomaron á Emesa, volvieron contra Damasco cuyos habitantes se rescataron del saqueo con una gran suma de dinero, se apoderaron de Hamah, Kinnisrin, Baalbek y Salmadiyah, é hicieron horribles estragos en la Siria. Al año siguiente vencieron á Alaz, lugarteniente del califa y sitiaron á Alepo; pero en 903 fueron completamente derrotados junto á Tamna por Mahomet, nuevo general de Moctafi, y degollados todos los prisioneros con su gefe Hosein. Los pocos que escaparon de la matanza se refugiaron á Arabia.

El califa, observando que las fuerzas de Harun habian quedado muy quebrantadas por las derrotas que les habian dado los kármatas en la invasion de Siria, proyectó la reconquista de Egipto, que llevó á cabo con toda felicidad su lugarteniente Mahomet.

Facilitó la empresa la muerte de Harun, que fue asesinado por un tio suyo codicioso del reino. Tuvo en efecto el nombre de rey algunos dias; pero los egipcios le depusieron y mataron, y se sometieron al califa. Los kármatas hicieron todavia dos espediciones: una á Basora y otra al camino de la Meca para robar la carabana. En una y otra fueron vencidos con gran matanza por los generales del califa. El Korasan habia sido desde el reinado del califa Almamon, hijo de Harun Al Raschid, una provincia casi independiente del imperio, gobernada por gefes hereditarios. Dióla aquel califa á Taher en premio de los grandes servicios que le hizo en la guerra contra su hermano Amin. Poseyóla despues la familia de los Safarios; pero siempre reconocia vasallage al califa de Bagdad. En 904 Ismael, hijo de Amed, el Samanide, gobernador de esta provincia, se hizo independiente en ella, tomó el título de califa de la Transoxana y Korasan, y fundó la dinastía de los Samanides. Este reino, colocado en el centro del Asia, comprendia las provincias riquísimas de Karams, Bucaria, Malvaranar y Korasan, y se estendia desde la playa oriental del mar Caspio hasta las montañas del Tibet. El califa Moctafi reinó solamente seis años.

Moktader. (907.) Sucedióle su hermano Moktader, cuyo califado fue largo, turbulento é infeliz. Apenas subió al trono, una faccion le derribó y exaltó á Mortadi, hijo del califa Motaz; pero Mortadi solo reinó 24

horas: muchos de sus soldados le abandonaron, las fuerzas del califa fueron superiores, el usurpador huyó al desierto, fue cogido y presentado á Moktader, que mandó darle muerte.

En 908 hubo una gran revolucion en Africa, que cambió la faz del mundo mahometano, y aceleró la ruina del imperio de los califas. Estaba aquel vasto pais repartido entre los edrises, que reinaban en Fez, y los aglavitas, cuya corte era Kairvan. Estos poseian el Africa media, y aquellos la occidental. Zeyatadalá, el último de los aglavitas, ascendió al trono dando muerte á su padre Abdalá, en 902. Obeidalá, descendiente del califa Alí, le arrojó del trono, tomó el título de Mahedi ó *conductor de los fieles*, fundó la ciudad de Mahadia en la costa del mar de la Sirte en frente de la isla de Malta, la hizo capital de su reino, y fue gefe de la dinastía de los fatimitas, llamado asi porque Obeidalá se jactaba de descender de Alí, marido de Fátima, hija de Mahoma. Obeidalá y Abulcasen, su hijo, estendieron notablemente los límites de su imperio. Atacaron á los edrises: estos pidieron socorro á los omeyas de España, y entre sus aliados y enemigos vino á dividirse el imperio del Africa occidental, quedando los omeyas dueños de la antigua Mauritania Tingitana, y los fatimitas de lo restante. Estos conquistaron tambien á Sicilia y Calabria, y llevaron sus armas hasta el centro de Italia. Pero su guerra mas encarnizada fue

contra los califas de Bagdad. Obeidalá, tomando el título de califa, y declarando la intencion de vengar la familia de Alí, proscrita por los Abasides, produjo un cisma terrible entre los musulmanes, y convirtió la guerra de política en religiosa. Abulcasen se apoderó de Barca, ciudad entonces muy populosa y rica que dependia del gobierno de Egipto; pero cuantas veces atacó esta última provincia, fue rechazado por el valor y la fortuna de Munes, eunuco y el mejor general de Moktader.

Al mismo tiempo peleaba este califa contra los kármatas, que continuaban su guerra de latrocinio y robaron á Cufa y á Basora, y contra los griegos, que fueron vencidos en una batalla naval junto á Lemnos; pero que bajo las órdenes del célebre general Curcuas derrotaron el ejército árabe en el Asia menor, tomaron á Melitene y restablecieron la antigua frontera del imperio griego en Capadocia, Armenia y Mesopotamia. Entretanto el Aderbijan, el Irak Agemi y otras provincias al sur del mar Caspio se desmembraban del imperio; Mardawii, gefe árabe, las conquistó sin que el califa pudiese enviar contra él sino pequeñas fuerzas que fueron derrotadas fácilmente. Mardawii fue el fundador de la dinastía de los deylamitas, llamados asi por una ciudad de que se intitularon reyes. Esta fue la cuarta desmembracion importante del imperio árabe.

Moktader, sumergido en los placeres y

abandonando el cuidado de los negocios á las mugeres del serrallo, dejó á los kármatas que robasen la Meca, mudó de visir cada dos años, se hizo odioso á las tropas, y por tanto sospechó de ellas y de sus generales, principalmente de Munes. Los soldados obligaron á este á conspirar á deponer á Moktader y á dar la corona á su hermano Caher. Sin embargo, Munes que no entró en la conjuracion sino á su pesar, se aprovechó del primer descontento de las tropas por falta de pagas, y restableció á Moktader al cabo de tres dias de depuesto. Sucedió esta doble revolucion en 929. Tres años despues el general Munes, que siempre temia las sospechas del califa, las convirtió en realidades. Huyó á Mosul, juntó tropas y volvió con ellas sobre Bagdad: Moktader le salió al encuentro, y pereció en el combate.

Caher. (932.) Munes propuso que se colocase en el trono al hijo de Moktader; pero Nubakti, otro gefe de los conjurados, se opuso á ello, y proclamó á Caher, hijo del califa Motaded. Munes temia el carácter cruel y avaro de este príncipe, y Nubakti el influjo funesto que habian ejercido las mugeres en el reinado de Moktader, y que se continuaria en la menor edad de su hijo. Despues de varias contestaciones, Munes cedió, y Caher subió al trono.

Este mónstruo justificó las predicciones de aquel hábil general. Dió tormento á los hijos y sirvientes de Moktader para que le

descubriesen donde estaban los tesoros que este califa habia allegado: lo mismo hizo con Saf, madre de Moktader y suegra suya, añadiendo al suplicio los ultrages mas crueles. Hizo morir á un hijo de Moctafi, á quien una faccion queria poner en el trono, clavándole con cuatro clavos á una pared; y queriendo satisfacer su avaricia con la crueldad, mandó llamar á un hombre rico, y le dijo que tenia necesidad de 200.000 dineros: respondióle Abu-Yahia (asi se llamaba el prestador) que no tenia aquella suma. «Abu-Amed, hijo de Moctafi, que está en el aposento inmediato, le dijo el califa, me ha asegurado que puedes darme ese dinero, y es de dictámen que me lo des.» Abu-Yahia entró en el cuarto para hablar con Abu-Amed: al verle en aquel horrible estado, se le erizaron los cabellos, y dió á Caher todo el dinero que le pidió.

Munes que nunca le habia amado, conspiró contra él con otros grandes del imperio; mas esta conjuracion fue descubierta y degollados sus promovedores. Asi pereció aquel ilustre general, que renovó en la monarquía árabe los ejemplos gloriosos y luego funestos dados por Nárses en el imperio griego. Otra conspiracion, formada poco tiempo despues, no fue descubierta, porque el mensagero que traia la noticia, no pudo llegar adonde estaba el califa, que dormia profundamente despues de haber pasado la noche en la crápula y la disolucion: los conju-

rados le depusieron, saquearon la ciudad y colocaron en el trono á Radi, hijo de Moctader. Caher, despojado de su dignidad y de sus riquezas, logró su libertad despues de algun tiempo de prision, y pidió limosna á la puerta de la mezquita para mantenerse. Murió 5 años despues. Ben-Moklah, uno de los visires de Caher, fue inventor de los caractéres árabes que se usan en la numeracion.

Radi. (933.) *Disolucion de la monarquía árabe.* El reinado de este débil califa fue el periodo de la completa desmembracion de la monarquía árabe. Los gobernadores de las provincias se hicieron independientes, aunque al principio manifestaban mucha deferencia y respeto al emperador de los creyentes, que privado del territorio de su imperio, y reducido á Bagdad y sus cercanías, conservaba sin embargo la jurisdiccion espiritual en todos los paises que no estaban bajo la obediencia de los califas fatimitas de Africa. Casi en la misma época se verificó una revolucion semejante en el imperio francés de los Carlovingios. Mas los franceses volvieron á reunirse y formar una monarquía compacta en el transcurso de los siglos: el reino de los califas cayó para siempre, y su historia en lo sucesivo no será mas que la de las guerras y catástrofes continuas que produjo la ambicion en los pequeños estados, compuestos de las ruinas de la gran monarquía. El estudio de estas revoluciones ni ofrece interés ni utilidad: la fuerza ciega de las

armas, que habia fundado el imperio de Mahoma, fue la que lo desmembró y acabó; y esta fuerza era el único derecho de los vencedores. Entre estos hubo muy pocos dignos por sus grandes cualidades de la atencion de la posteridad.

Los principales gobernadores que se alzaron con las provincias en tiempo del califa Radi, fueron los siguientes: en el Korasan reinaba Al Naser, de la dinastía de los samanides. En la parte meridional de Persia Alí, hijo de Buiya, fundador de la dinastía de los buides, y en el centro Hasan, hermano de Alí é hijo de Buiya; este tenia su corte en Ispahan. En el occidente de Persia Wasmakin, de la dinastía de los deylamitas. En Mesopotamia los principales de la familia de Hamdan. En Siria y Egipto Mohammed-Al-Aschid: de estas provincias arrojaron á sus sucesores los fatimitas de Africa, y en Arabia Abu-Taher, príncipe de los kármatas.

A esta desmembracion material de territorio se juntó la política. Radi, reduciéndose á las funciones espirituales del califado, creó con el título de Emir-al-Omra, que quiere decir *comandante de los comandantes*, un gefe político del estado, dándole en herencia el Irak Arabi. Este emir fue verdadero rey, y su destino se disputó muchas veces con las armas. El primero que obtuvo el emirato fue Abubecre: Yacam, uno de los grandes del imperio, se apoderó de Bagdad, y obligó al califa á que depusiese á Abube-

cre, y le diese á él su dignidad. Despues de un reinado de seis años en que cayeron sobre los árabes todas las calamidades posibles, murió Radi consumido por los escesos de su disolucion é intemperancia.

Motaki. (940.) Sucediòle Motaki, hijo del califa Moktader: arrojado de Bagdad por Al-Baradi, gefe árabe que se habia hecho fuerte en Cufa y otros pueblos del Irak, se refugió á Mosul, capital entonces de los hamdanidas, señores del Diarbekir ó Mesopotamia. Abulhasam, príncipe de esta familia, le recibió con gran respeto y cordialidad, juntó numeroso ejército y le restituyó á su capital, echando de ella á Al-Baradi: en premio de este señalado servicio fue elevado á la dignidad de Emir-al-Omra. Pero apenas el deilamita se volvió á Mosul, un gefe de la milicia turca, llamado Tuzum, obligó al califa á transferir á él aquel alto destino, y poco despues le depuso del califado.

Mostacfi. (944.) Sucedióle Mostacfi, hijo del Califa Moctafi. Moezodaula, hermano de Alí y de Hasan, reyes del mediodia y del interior de la Persia, vino á Bagdad con un ejército, depuso del emirato á Shirad, otro turco que lo obtenia por muerte de Tuzum, y le sucedió. Alam, sultana favorita del califa, urdió una conspiracion contra el nuevo emir. Moezodaula depuso á Mostacfi y le sacó los ojos, y mandó cortar la lengua á Alam.

Moti. (945.) Moezodaula puso en el trono de los califas á Moti, hijo de Moktader.

Su califado duró 28 años, y sucedieron en él grandes acontecimientos; mas en ninguno tuvo parte. El Emir al Omra sostuvo guerra contínua, interrumpida por breves treguas, contra los sultanes de Mosul. Peleó tambien contra los kármatas y otros rebeldes del Irak. Hubo ademas guerras entre los buides, que dominaban la Persia, y los samanides, señores del Korasan. Pero estos frecuentes combates no producian resultados políticos. A la paz se devolvian las plazas tomadas en la guerra. Mas decisiva fue la campaña de Moez, califa del Africa, contra el Egipto; pues se apoderó de esta provincia, de la de Siria hasta Damasco y de Arabia hasta la ciudad de Medina.

Estas guerras, que podian llamarse civiles, debilitaban notablemente á los árabes; y el imperio griego, que poseia entonces generales y emperadores valientes, como Romano Lecapeno, Nicéforo Fócas y Juan Cimisces, peleó con felicidad contra los sultanes de Mosul, que eran sus fronterizos: los griegos arrojaron sus ejércitos del Asia menor, penetraron en Armenia y en el Diarbekir, y cuando el califa Moez entró en Siria, se apoderaron de Antioquía y de toda la costa del mar hasta Trípolis.

El poder del califa de Bagdad era entonces tan corto, que Azodaula, hijo y sucesor de Moezodaula en la dignidad de emir, teniendo necesidad de dinero para una espedicion, obligó á Moti á que vendiese los mue-

blés de su palacio para completar la suma. Entonces corrió en Bagdad este proverbio: *Bactiyar ha multado al califa*. Bactiyar era el primer nombre del emir. El rigor con que trataba la milicia turca, produjo una rebelion. Sabectekin, gefe de aquella tropa, le hizo guerra, le venció, se apoderó de Bagdad y depuso al califa, que murió dos meses despues.

Tay. (973.) Sabactekin elevó al califado á Tay, hijo de Moti, y fue proclamado Emir al Omra; pero murió de allí á poco tiempo, y le sucedió Aftekin, otro de los caudillos turcos: este continuó la guerra contra Azodaula, que se habia hecho fuerte en Vaset, y puso sitio á esta plaza. Azodaula imploró el socorro de su familia, y su primo Adadodoula, hijo de Alí, sultan de Persia, vino en su socorro, venció á Aftekin, y habria suplantado á Azodaula, si su padre Alí no le hubiese reprendido su ambicion criminal y obligado á restituir el emirato á quien le pertenecia, y á retirarse á Persia.

Adadodoula obedeció; pero apenas murió su padre y le sucedió en las provincias del Farsistan y Kerman, que componian su reino, volvió á presentarse con numeroso ejército delante de Bagdad, arrojó á Azodaula de aquella capital, le persiguió y dió muerte, se apoderó del emirato, y por la agregacion del Irak á sus dominios fue el príncipe mas poderoso que habia entonces en el Asia. Entre todos los gefes que destro-

zaban á la sazon con perpétua guerra el imperio mahometano, este sultan fue el que tuvo prendas mas eminentes y vicios mas horrendos. Su proyecto era volver á reunir los miembros esparcidos de la monarquia, y todos los medios, hasta la perfidia y la crueldad, le parecian buenos para conseguirlo. Hizo guerra á todos los príncipes de su familia que dominaban en Persia: quitó á los hamdanides el señorío de la Mesopotamia; de modo que Bagdad volvió á ser capital de todos los paises comprendidos entre el Eufrates y el Indo, el mar Caspio y el Eritreo. Al mismo tiempo favoreció á Esclero en su rebelion contra el emperador Basilio II; pero este gran poder que creó enmedio de la monarquía de los musulmanes, acabó con su fallecimiento. Murió de epilepsia en 982, dejando por sucesor suyo á su hijo Samsamodoula. Los hermanos de este pelearon contra él: Sarfadoula, uno de ellos, le quitó el emirato, y los demas se repartieron entre sí las provincias de su imperio. A Sarfadoula sucedió en la dignidad de emir su hermano Bahaodaula, que se vió obligado á pelear contra la milicia turca dentro de Bagdad, y á hacer despues las paces con ella. Al mismo tiempo los ocailitas, tribu árabe, se apoderaron de la Mesopotamia.

Bahaodoula depuso al califa Tay por hacerse dueño de sus riquezas. Durante su califado comenzó á florecer en el Korasan la dinastía de los gaznavides, llamados así

por la ciudad de Gazna, de que fue gobernador su gefe. Poco despues los gaznavides destronaron á los samanides, se hicieron dueños de aquella monarquía, y la poseyeron hasta que se la quitaron los selgiucides.

Kader. (991.) Bahaodoula elevó al califado á Kader, hijo de Isak, y nieto del califa Moktader. Kader gozó del trono sacerdotal de los musulmanes 40 años, en cuyo largo periodo hubo notables alteraciones en todas las provincias árabes, sin que la corte de Bagdad tomase parte en ellas. Tuvo por emires sucesivamente á Bahaodoula, y á sus hijos Sultanodoula, Mosrefodaula y Jalodaula. Estos hermanos se disputaron con las armas, no solo el Irak-Arabi, que era el señorío afecto al emirato, sino tambien el Farsistan y el Kerman, herencia de los sultanes buides.

En este reinado decayó prontamente el poder de los Omeyas de España, que habia llegado á su mas alto punto por las victorias de Almanzor, lugarteniente de Hixem, califa de Córdoba. Este caudillo arrojó á los cristianos de la línea del Duero, tomó y destruyó á Leon, saqueó á Galicia, ganó muchas grandes batallas, y amenazó á las débiles monarquías de los cristianos de España su postrer ruina. Pero vencido con gran mortandad de la morisma en la batalla de Calatanasor, y habiendo fallecido poco despues, la flaqueza del califa, la division de los caudillos sarracenos, y la ambicion de los gobernadores de provincias, despues de asolar el

imperio árabe de España, lo desmembraron en pequeñas monarquías, precisamente cuando Fernando I, reuniendo los señoríos de Castilla y de Leon, juntaba fuerzas suficientes para desalojar del Duero á los mahometanos, y llevar las fronteras de su estado hasta las montañas que separan las dos Castillas.

Los califas fatimitas de Africa, Egipto y Siria comenzaban tambien á descaecer. Los gobernadores de las provincias, y aun de las ciudades y fortalezas, llevados de la ambicion de fundar dinastías, se rebelaban, ya con feliz, ya con mal suceso; pero lo mas que podian hacer, aun cuando la suerte les era mas próspera, se reducia á componer un pequeño reino, sin fuerzas ni fronteras, que á su muerte destrozaban todavía entre sus hijos. Parece que el delirio de la division era la moda dominante, tanto en los paises musulmanes como en los cristianos.

Sin embargo, fue una escepcion gloriosa de este principio desatinado el reino que fundó Mamud el gaznavide. Despues de hacerse dueño del Korasan, venció á los tártaros de Bucaria, á los caudillos turcos, hijos de Selgiuk, penetró muchas veces en el Indostan, agregó á sus estados gran parte de aquel inmenso pais, é introdujo en él el mahometismo: quitó el Irak persiano á los descendientes de Hasan, hijo de Buiya, y formó una vasta monarquía, que se prolongaba desde el Tígris hasta el Ganges, compuesta de las partes septentrionales de Persia é In-

dostan, del Korasan y la Bucaria. Los turcos, arrojados del Korasan, penetraron á las órdenes de Arslan, hijo de Selgiuk, en el Aderbijan y Diarbekir, y dieron principio á la monarquía turca, sucesora del poder de los árabes en el Asia occidental.

Cayem. (1030.) Cayem sucedió en el califado á su padre Kader. Despues de la muerte de Talolodaula le sucedió en su dignidad de emir su sobrino Abu Calijar, hijo de Sultanodoula, y á Abu Calijar su hijo Cosru Firuz, que disputó sus estados y su empleo contra los hermanos. Basasiri, un capitan de la milicia turca, se rebeló contra el califa y su emir, y auxiliado por Mostanser, califa de Egipto, se apoderó del Irak Arabi, tomó á Bagdad, y se hizo dueño del gobierno; pero sin quitar al califa su dignidad sacerdotal, y dando al emir al Omra el título vano de rey de Bagdad.

Era entonces célebre Togrol bek, nieto de Selgiuk, y fundador de la dinastía de los selgiucides, el cual causó una nueva revolucion en Asia, y fundó un vasto imperio. Hallábase con las principales fuerzas de los turcos en el norte de Persia despues de las conquistas de su tio Arslan en Mesopotamia. Acometió á Masud, hijo y sucesor de Mamud el gaznavide, y le quitó las provincias del Aderbijan, Irac Agemi, Korasan y Malvananar, dejando solo á sus descendientes la Bucaria y el Indostan. Togrol bek era ya dueño de la Persia septentrional, cuando el ca-

lifa Cayem imploró su auxilio contra el tirano Basasiri. El héroe turco marchó á Bagdad, libertó al califa, conquistó la Persia meridional, el Irak y el Diarbekir, reunió toda la Persia bajo su poderío, y fue nombrado emir al Omra, ó sultan de Bagdad. Entonces concluyó la dinastía de los buides, que tantos años habia obtenido el dominio del Asia. Sucedióle en el imperio su sobrino Alp Arslan, que hizo la guerra contra Romano Diógenes, emperador de Constantinopla, con vario suceso, hasta que al fin le derrotó é hizo prisionero en la batalla de Zara, ciudad de Armenia, y le obligó á hacer la paz. Dueño de todo el pais occidental del mar Caspio, determinó conquistar la playa oriental, llamada Turkestan por haber sido la cuna de la nacion turca. Murió en esta espedicion á manos de un capitan suyo, á quien ultrajó por haber capitulado en una fortaleza despues de haberla defendido con mucho valor. Alp Arslan tuvo por sucesor á Malec, su hijo.

Mientras los selgiucides formaban un grande imperio en el centro del Asia, empezaba en Africa su brillante y efímera existencia la dinastía de los almoravides, que saliendo de los desiertos de Barca á las órdenes de su gefe Abubekir, se hicieron dueños en pocos años de todas las ciudades mahometanas que habia desde Zaragoza hasta Trípoli. Cayen obtuvo el califado 44 años.

Moktadi. (1074.) Moktadi, su nieto, hijo

de Mohammed, le sucedió. Este califa salió del largo sueño que habian dormido sus predecesores, y gobernó por sí mismo las provincias de Arabia, Irak y Siria: lo que no pudo atribuirse á otra cosa, sino al respeto que los selgiucides, recien convertidos al islamismo, conservaban todavía al sucesor del profeta árabe. Ademas el sultan Malec, llamado con guerras contínuas á las fronteras del Korasan y de la India, no podia atender al gobierno de los paises situados al occidente del Tigris, y por eso no pudo pelear contra los fatimitas, á quien arrojó de Siria, y persiguió en Egipto, sino por medio de sus lugartenientes.

En tiempo de este sultan llegó la monarquía de los selgiucides al grado mas alto de poder; pues se estendia desde el mar de Siria hasta cerca del Ganges; pero llevaba en su mismo seno los gérmenes de su destruccion. Malec daba á sus lugartenientes la investidura de las plazas y territorios conquistados, mediante un tributo, y aun á sus hermanos les cedió provincias en toda soberanía; y asi apenas murió Malec, no solo se disputaron sus hijos la corona, sino todos los atabekes ó *lugartenientes* tomaron el título de soberanos, y se hicieron guerra civil entre sí. Habia un sultan selgiucide en Nicéa, hasta donde habian penetrado las armas de los turcos: otro en Iconio, otro en cada ciudad notable de Siria y Mesopotamia: Jerusalen obedecia unas veces á los fatimitas,

otras á los selgiucides : todo era confusion, anarquía y combates. En esta situacion hallaron los cristianos el oriente cuando emprendieron la primera cruzada.

Muerto Malec, le sucedió su hijo mayor Barkiarok, por fallecimiento de su hermano Mamud, que se le habia anticipado en Bagdad y le disputaba la corona. De allí á poco murió el califa despues de un reinado de 20 años. En él conquistaron los almoravides el Africa, primero mandados por Abu-Bekir que en 1070 echó los cimientos de la ciudad de Marruecos, capital por muchos siglos del Africa, y despues por su primo Yucef que acabó de someter la Mauritania.

En 1085 ganó á Toledo Alfonso VI de Castilla, afirmó el poder español en la línea del Tajo, y aseguró la monarquía, cuya existencia estuvo amenazada hasta entonces por el poder superior de la morisma; y si bien es verdad que Yucef, llamado por los musulmanes de España, le venció en la batalla de Zalaca, cerca de Badajoz, y apoderándose de toda la España musulmana, opuso una resistencia, invencible por entonces, á los progresos de los cristianos, la fuerte posicion de Toledo y la poblacion que bajo su amparo crecia en ambas Castillas, hicieron inútiles todos los esfuerzos de los almoravides contra la España central, hasta que dividido el nuevo reino mahometano, destino comun de todos los que fundaron los árabes, proporcionó un triunfo definitivo cerca de

dos siglos despues á la constancia castellana.

Mostader. (1094.) A Moktadi sucedió en el califado su hijo Mostader. En este tiempo los califas daban á sus emires, no el título de Emir-al-Omra, sino de Emir-al-Mumenim, ó *comandante de los fieles*, que habia sido el de los primeros sucesores de Mahoma; sin duda para honrar con él á los selgiucides, mucho mas poderosos que los príncipes buides, que habian obtenido antes de ellos el emirato.

Ya referimos en el tomo III de la historia del imperio de oriente los preparativos y el triunfo de la primer cruzada: la toma de Nicéa y de Antioquía y el establecimiento del reino de Jerusalen. Mientras se verificaba esta grande revolucion en el occidente de Asia, todos los príncipes mahometanos estaban en guerra unos contra otros, y todos contra los cruzados. Mohamed, hermano de Barkiarok, se rebeló contra su autoridad, y despues de sangrientos combates le obligó á repartir con él las provincias del imperio: muerto Barkiarok, desposeyó á Malec II, hijo de este, se apoderó de todo el reino, logró una victoria contra los latinos, inútil porque tuvo que acudir á pelear con los rebeldes de Persia, y murió en 1117. Antes de espirar mandó á su hijo Abulcasen que subiese al trono; y como este se escusase, diciendo que aquel dia era de mal agüero y siniestro, le respondió Mohamed: «Es siniestro para tu padre que muere; mas no para ti que adquieres la

corona.» Al año siguiente murió el califa Mostader.

Mostarsed. (1118.) Su hijo Mostarsed le sucedió. Este restableció la antigua fama militar de los abasides. Habiéndose rebelado contra él su hermano Hasan, le venció y le perdonó. Sostuvo una guerra contra Sangiar, tio del emir Abulcasen y hermano de su padre Mohamed, que mandaba en la parte oriental de Persia, y derrotó á sus lugartenientes. Resuelto á gobernar por sí mismo, quitó el emirato á Masud, hermano y sucesor de Abulcasen, y se dieron una batalla, en la cual habiéndose pasado á Masud un ala entera del ejército de Mostarsed, el califa fue envuelto, hecho prisionero, y asesinado, segun unos, de órden de Masud, segun otros, por los emisarios del viejo de la montaña, ó príncipe de los batanéos y señor del Kuhistan, que era entonces el terror de todos los príncipes. Los atabekes cercanos al reino de Jerusalen tomaron muchas plazas de los latinos en este intervalo: los cruzados se redujeron á la defensiva, y aquel pequeño reino empezó á descaecer.

En 1116 empezó á predicar en Africa contra los almoravides el Mahadi, hombre fanático y elocuente, cuya voz arruinó aquella dinastía. Su discípulo Abdelmumen, fundador de la dinastia de los almohades, consiguió grandes victorias contra ellos, y los obligó á aflojar en la guerra con los cristianos de España: lo que favoreció mucho á los

reyes de Aragon, Castilla y Portugal para adelantar sus fronteras hasta el Guadiana, la Sierra morena y el Ebro. Las conquistas de Tudela, Zaragoza y Tortosa, hechas en estos tiempos, favorecieron las espediciones á Andalucía, cuyos fértiles campos saquearon por la primera vez en este periodo los castellanos y aragoneses.

Rased. (1134.) Rased, hijo y sucesor de Mostarsed, quiso deponer al sultan Masud, confiado en el socorro de Dawd, otro selgiucide que mandaba en el Aderbijan y tenia guerra con Masud; pero este ahuyentó al auxiliador, tomó á Bagdad y depuso al califa.

Moctafi II. (1135.) Masud colocó en el trono á Moctafi, hijo del califa Mostader: el cual, por agradecimiento á su bienhechor, conservó á los selgiucides el mando en el Irak durante la vida de aquel sultan; pero apenas falleció, gobernó por sí mismo las únicas provincias que le quedaban, que eran las cercanías de Bagdad y de las ruinas de Babilonia y la Arabia. El grande imperio de los selgiucides estaba ya en disolucion, y cada una de sus provincias, y aun sus ciudades, tenia entónces un sultan particular. Ninguno de ellos es digno de mencion, sino Nurodin, llamado Norandino por los cristianos, sultan de Alepo, que hizo constantemente la guerra con vario suceso, y muchas veces con felicidad, contra los príncipes de Antioquía, los condes de Edesa y los reyes de Jerusalen. Todo el orbe musulman estaba en anarquía:

la dinastía de los gaurides sucedió á las de los gaznévides en el nordeste de Persia: Abdelmumen, príncipe de los almohades tomó á Marruecos y á Fez, arrojó de Mahedia á los normandos, que despues de conquistar la Sicilia á los sarracenos de Africa, se habian apoderado de aquella plaza, persiguió á los almoravides en España, dió fin á su imperios y agregó á sus estados la Andalucía, el Algarbe y el reino de Valencia, únicos restos ya de la antigua dominacion de los árabes en la península.

En este califado pasó al Asia la segunda cruzada, mandada por Conrado III, emperador de Alemania, y por Luis el jóven, rey de Francia. Ya vimos en el citado tercer tomo de la historia de oriente el poco efecto que produjo por la perfidia de los griegos y el valor de los turcos. Los latinos, alentados con el refuerzo recibido, pusieron sitio á Damasco: mas tuvieron que retirarse de esta plaza, al saber que Nurodin marchaba á socorrerla al frente de 20.000 turcomanos.

El califa Moctafi, deseoso de tomar parte en los sucesos militares de su tiempo, hizo alianza con los sultanes del Mazanderan y del Aderbijan contra Soliman, otro selgiucide que aspiraba al trono de Persia, y pelearon con él; pero fueron vencidos junto al rio Araxes, y el califa se retiró á Bagdad, donde murió el año siguiente.

Mostanjed. (1160.) Sucedióle su hijo Mostanjed. En los diez y ocho años que rei-

nó conservando en sus estados la paz y la justicia, hubo en el Korasan y la Persia las guerras ordinarias y crueles entre los príncipes selgiucides, quitándose unos á otros plazas y territorios, y levantándose nuevos régulos con la caida de los anteriores. Esta perpétua lucha y revolucion de dinastías, en las cuales se ve siempre la ambicion que destruye y divide, y nunca el genio que crea y consolida, no ofreció hechos ni resultados útiles.

Muy de otra manera se presenta en la historia la elevacion de Nurodin, príncipe de Siria. Dueño de Alepo por el derecho de nacimiento, de Mosul, que heredó de su hermano, y de otras muchas plazas importantes de Siria, Diarbekir y Palestina por las conquistas que hizo peleando, ya contra los latinos, ya contra otros pequeños príncipes musulmanes, logró una oportunidad favorable para estender hasta Egipto el poder de sus armas. Era á la sazon califa de este pais y sucesor de los fatimitas Aded Lenidillah, ya descaecido el grande imperio que fundaron sus antecesores, por la pérdida de toda el Africa, que habia sido presa, como hemos referido, primero de los almoravides y despues de los almohades. Aded tenia por visir á Zaric; pero Shawer tenia á su favor un partido poderoso, hizo guerra á Zaric, y obligó al califa Aded á conferirle el visiriato. Dargam, otro magnate de Egipto, se levantó contra él, y le hizo huir á la Siria.

Shawer propuso á Nurodin que le auxiliase para recobrar su empleo, ofreciéndole, si lo conseguia, la tercera parte de las rentas de Egipto. Este fue el primer motivo del príncipe de Alepo para emprender la espedicion de Egipto: el segundo fue que los latinos, valiéndose de las divisiones de este reino, penetraron en él, y ya amenazaban á Belbeis, la antigua Pelusio.

Noradin envió, pues, á Egipto á su lugarteniente Zairacub, que derrotó fácilmente á Dargam, y restituyó su empleo á Shawer; pero este, logrado lo que queria, se negó á cumplir sus promesas. Zairacub irritado se apoderó de las plazas de Skarkiah y Belbeis; y aunque los cruzados, cuyo socorro imploró Shawer, sitiaron al general sirio en esta plaza, como al mismo tiempo otro ejército de ellos fue vencido en Siria por Nurodin, que de resultas de su victoria tomó la plaza de Haran, se vieron obligados á hacer un convenio con los sirios, y estos evacuaron por entonces el Egipto; pero volvieron á él dos años despues, con el pretesto de que Shawer habia hecho alianza con los cristianos: Zairacub mandó tambien esta segunda espedicion, y llevó á ella en su compañía al célebre Saladino, sobrino suyo, é hijo de Ayub su hermano, que dió en esta guerra pruebas de su firmeza, valor y capacidad.

Las conquistas de Zairacub fueron rápidas, tanto mas cuanto el califa Aded estaba cansado de la tiranía de su visir, y mucho mas

de su alianza con los francos. Estos se apoderaron de Belbeis, y marchaban ya hácia el Cairo, cuando tuvieron que evacuar el Egipto por la llegada de los sirios, y por la precision en que se vió Shawer de darles dinero para que se retirasen; pues de lo contrario tendria á un tiempo contra sí solo las fuerzas de Zairacub, el enojo del califa y el fanatismo de todos los musulmanes. Ocupó, en fin, sin ostáculos el ejército sirio todo el Egipto; y Zairacub, Saladino y sus tropas fueron recibidas del califa como libertadores. Shawer conservaba aun la dignidad de visir, y temiendo las reclamaciones de Nurodin, por las promesas que no le habia cumplido, formó el designio de apoderarse de todos los gefes sirios en un banquete á que los convidó. Sabida la alevosía, fue preso y muerto de órden del califa. Este visir fue uno de aquellos intrigantes sin moral ni talento, que aparecen en los estados solo para arruinarlos.

El califa Aded nombró por visir á Zairacub, y muerto este á Saladino, el cual al mismo tiempo que ejercia el visiriato, era generalísimo de las tropas de Nurodin en Egipto. Reuniendo, pues, todos los poderes civiles y militares, reinó de hecho en aquel estado, salvas siempre las fórmulas de la reverencia al califa, y la sumision que debia y prestaba á Nurodin, su soberano natural.

Mostadi. (1170.) A Mostanjed sucedió su hijo Mostadi en el califado de Bagdad. Saladino, dueño de Egipto, estendió sus con-

quistas por un lado en el Africa hasta Trípoli, y por otro en Arabia hasta el Yemen. Deseando arrojar de Asia á los cristianos, y creyendo muy conducente para lograr este fin terminar el cisma que dividia á los mahometanos entre abasides y fatimitas, ó somnitas y shiitas, suprimió el califado de Egipto, se declaró gobernador de aquella provincia en nombre de Nurodin, é hizo proclamar en todas las mezquitas por sucesor del profeta á Mostadí, califa de Bagdad. La familia de Aded, último califa fatimita, acabó obscurecida en las prisiones del serrallo.

Nurodin, ó envidioso ó desconfiado de su lugarteniente, trató en diversas ocasiones de hacerle la guerra: más siempre le desarmaban las protestaciones de fidelidad de Saladino y las cuantiosas sumas que le envió de los tesoros del califa depuesto, los cuales repartió entre su soberano y las tropas, sin reservar nada para sí. Contribuyó mucho á conservar la paz entre los dos príncipes Ayub, padre de Saladino, y su ministro y visir, ejemplo sin igual en los anales de la historia. Nurodin falleció en 1172, dejando por heredero de los vastos estados que conquistara con su espada, á Almalec, su hijo, de edad de 12 años, y por consiguiente bajo la tutoría de sus visires. Estos no se avinieron, y algunos de ellos imploraron el auxilio de Saladino. Pasó el sultan de Egipto á Siria con poderoso ejército, y despojó de sus estados al hijo de su soberano y bienhechor, sin dejarle mas

que la ciudad de Alepo, en la cual habia comenzado Nurodin su fortuna. Dueño Saladino del Egipto, Siria y Mesopotamia, comenzó la guerra contra los latinos; pero esta primera tentativa no fue dichosa: los cruzados le derrotaron completamente en la batalla de Ascalon, y le obligaron á huir á Egipto. Es verdad que los vencedores, débiles en número, á pesar de su indomable valor, no pudieron sacar ventajas de su victoria, ni tomar la plaza de Hamah que sitiaron despues de la batalla. A los dos años de esta derrota murió el califa Mostadí, y le sucedió su hijo Naser.

Naser. (1179.) Este califado fue el mas largo de todos, pues duró desde 1179 hasta 1225. Naser fue testigo de grandes acontecimientos: la ruina de la monarquía cristiana de Jerusalen, la conquista del imperio griego por los latinos, la elevacion y decadencia de la dinastía de Saladino, ó de los *ayubitas*, nombre que tomó de Ayub, padre de aquel conquistador, la caida de los selgiucides, y las conquistas de Gengis Kan, que mudaron la faz del Asia y de una parte de Europa. Ni el reinado de Naser careció de gloria: nombró Emir-al-Omra á Saladino, que ocupado en perpétuas guerras en Siria y Mesopotamia, no podia formar empresas contra la autoridad del gefe de los musulmanes: disputó las reliquias del imperio de los selgiucides en Persia á Mohammed, sultan del Kovarasm, muy poderoso en aquel tiempo, y reunió al corto territorio que le habia que-

dado á los califas, la parte meridional de Persia, desmembrada desde la usurpacion de los príncipes buides.

Saladino, determinado á hacer vigorosamente la guerra contra los cruzados, conoció la necesidad que tenia de dejar aseguradas sus espaldas contra la ambicion de los príncipes de Alepo y Mosul, que temerosos de la suya, solicitaban la alianza de los cristianos. Apoderóse de Alepo por capitulacion, dando en cambio al sultan de esta ciudad algunas plazas insignificantes de Mesopotamia. Tomó á Amida y casi todas las plazas del Diarbekir, escepto á Mosul, de que no pudo hacerse dueño: estendió sus conquistas hasta la Armenia, y concluyó una paz gloriosa con el sultan de Mosul, que le reconoció por soberano.

Asegurado ya en su vasto imperio, que comprendia á Libia, Egipto, Arabia, Siria, Mesopotamia y Armenia, comenzó su grande empresa contra los cristianos, que aunque en corto número, eran los mas temibles de sus contrarios por su valor y osadía. Reinaldos de Chatillon, príncipe de Carac, plaza situada en la antigua Idumea, al frente de un puñado de valerosos habia hecho incursiones en Egipto y Arabia, robado las caravanas de la Meca, tomado el puerto de Atila, en la playa del mar Rojo, é infestado con una escuadra que allí formó, ambas costas del golfo desde el istmo de Suez hasta el estrecho de Babelmandel. Saladino,

aun antes de concluir la guerra de Mesopotamia, sitió á Carac en 1184 con todas las fuerzas de Siria y Egipto; mas hubo de levantar el cerco, llamado á otros puntos, y no esperando tomar la plaza sino con gran pérdida de tiempo y gente, atendida la fortaleza de su situacion y el valor de sus defensores.

Pero en 1187, desembarazado de la guerra con los musulmanes, entró en Palestina con formidable ejército, en el cual habia un cuerpo auxiliar de Mosul, y procuró atraer á los cruzados á una batalla, cosa que siempre habia deseado y que los latinos evitaban, por la inferioridad constante de su número. Saladino, engañado en su esperanza, puso sitio á Tiberiade, plaza colocada en la orilla sudoeste del lago de Genezaret, tomó la ciudad, trató con la mayor inhumanidad á los habitantes, quemó la poblacion, y se preparó á asaltar el castillo. Los latinos, indignados de la matanza y esclavitud de sus hermanos, y convencidos de la importancia de la fortaleza, se decidieron á presentar el combate, y se dió la funesta batalla de Tiberiade, que arruinó para siempre la potencia de los cristianos en Palestina. En aquella infeliz jornada quedaron prisioneros en poder de Saladino, Guido Lusiñan, rey de Jerusalen, los grandes maestres del Temple y de san Juan, con casi todos los caballeros de estas dos órdenes, otros muchos príncipes, y en fin Reinaldos de Chatillon, á quien Sa-

ladino, con una ferocidad contraria al carácter que le atribuyen los historiadores, dió la muerte con su propia espada en venganza de los males que habia causado al islamismo. Trofeo de la victoria fue toda Palestina: Berito, Sidon, Ptolemaida, llamada por los cristianos san Juan de Acre, Naplusa, Cesarea, Jafa, Ascalon y Jerusalen cayeron en poder del sultan ó de sus generales. Despues de tomada la capital puso sitio á Tiro; pero su armada fue vencida por la de los cruzados, y hubo de retirarse.

La noticia de la pérdida de Jerusalen produjo en Europa la tercera cruzada, cuyos gefes fueron Federico Barbaroja, emperador de Alemania, Felipe Augusto, rey de Francia, y Ricardo I, rey de Inglaterra. Federico, despues de haber conseguido grandes victorias contra los turcos selgiucides, que dominaban en la parte oriental del Asia menor, falleció de una calentura originada de haberse bañado en el rio Salef, y solo 15.000 hombres de su espedicion llegaron á Palestina. Los reyes de Francia é Inglaterra desembarcaron en 1191 en el famoso campo de Ptolemaida. Esta plaza, una de las primeras conquistas de Saladino despues de la batalla de Tiberiade, estaba entonces sitiada por los cristianos, que retirándose de todos los puntos de Palestina, se habian reunido para tomar aquella ciudad. Saladino los observaba con su ejército; y sin haber batallas campales de poder á poder, todos los

dias era la playa de san Juan de Acre teatro de las mas portentosas hazañas entre los mas esforzados guerreros del mundo. Saladino, no pudiendo pelear en campo abierto contra fuerzas tan considerables, se apostó de manera que podia favorecer las salidas de la guarnicion sin esponer su campamento; pero los cruzados estrecharon la plaza de tal manera, que se vió precisada á capitular y rendirse.

La enemistad antigua entre Felipe y Ricardo que se habian hecho guerra en Europa, se exasperó con la superioridad que afectaba el rey de Inglaterra en todas las espediciones militares. Felipe, mas político que guerrero, se volvió á Francia. Ricardo hizo sentir á Saladino el ascendiente de su genio belicoso: le venció en la batalla de Arzof, tomó á Jafa, y obligó al sultan á desmantelar las plazas de Ascalon, Lidda y Ramla, para que no cayesen fortificadas en poder del enemigo. Los cristianos reedificaron las fortificaciones de Ascalon, tomaron á Darún y otros castillos, y vencieron segunda vez á Saladino, que sitiaba á Jafa. Cansados unos y otros de una guerra que no producia ni podia producir resultados decisivos, convinieron en una tregua de tres años y ocho meses, durante la cual se estipuló que los cristianos podrian hacer sin ostáculo alguno la peregrinacion de Jerusalen. Ricardo volvió á Europa, y Saladino falleció al año siguiente en 1193. Ambicioso, guer-

rero, infatigable, buen administrador y juez recto, no tuvo mas vicios que los que son inseparables de la ambicion, á saber, la ingratitud y la crueldad á sangre fria, cuando sus proyectos de engrandecimiento lo demandaban. Creó un grande imperio que dividió entre sus hijos, y que se desmoronó en breve. Su hermano Malec Adel pudo reunirlo despojando á sus sobrinos. Este príncipe, informado de que en Europa se preparaba una cuarta cruzada, y que las tropas de ella habian llegado ya á Constantinopla, mandadas por los dos Enriques, duques de Sajonia y Brabante, se apresuró á tomar á Jafa antes que se reuniesen los nuevos cruzados á los que habia en la tierra santa. Reunidos los latinos le vencieron en una gran batalla junto á Sidon, y sitiaron á Jerusalen. Continuamente incomodados por las tropas sarracenas, faltos de las máquinas de guerra necesarias para su empresa, y luchando con los rigores de la estacion y con una guarnicion resuelta á morir antes que rendirse, tuvieron que levantar el sitio y retirarse. Los gefes de la cruzada volvieron á Europa, y Malec Adel recobró á Jafa en 1195.

Ya hemos referido en el último capítulo de la historia del imperio de oriente en este tomo el resultado de la quinta cruzada. Sus gefes antes de pasar al Asia á combatir con los mahometanos, se apoderaron de Constantinopla, arrojaron de ella á los príncipes griegos, que retirados á Trebisonda y Ni-

cea, conservaron en estas ciudades un simulacro del imperio, y esperaron la ocasion que se les presentó mas tarde de recobrar la capital.

Entretanto empezaba á formarse en el centro del Asia bárbara un imperio, que escedió en estension al romano y al árabe, aunque fue de menos duracion que entrambos. Los mogoles, tribu tártara que habitaba en las vertientes orientales y occidentales del monte Altay, estaban destinados por la Providencia á conquistar, destruir y dominar toda el Asia y gran parte del nordeste de Europa. Temujin, guerrero de esta nacion, habiendo caido de la gracia de su príncipe por una calumnia, é informado de que los cortesanos habian decretado su muerte, reune á todos los que se le aficionaron por su valor, hace guerra á su rey, le quita la corona y la vida, somete ó por grado ó por fuerza todas las tribus nómades que habitaban desde el Volga hasta las fronteras de la China, toma el nombre de Gengis Kan, que los suyos creyeron haberle sido impuesto por Dios mismo, y forma de todas las naciones tártaras un solo pueblo guerrero y feroz, al cual inspiró el amor de la guerra, de la matanza, del saqueo y la dominacion. En el primer año del siglo XIII mandaba ya en toda la parte septentrional de la Tartaria independiente, conocida entonces con el nombre de Mogolistan; y cuando murió el califa Naser en 1225 habia conquistado por oriente la Tar-

taria china y gran parte de este vastísimo imperio: por el occidente el Kipzak, hoy gobierno de Astracan, y gran parte de la Rusia europea, y por el mediodia la Bukaria, la India septentrional, el Korasan y las provincias orientales y meridionales de Persia, de modo que sus inmensos estados confinaban por el Tarsistan con el mezquino territorio de los califas.

Grandes alteraciones hubo en Africa y España en el califado de Naser. Los almohades, dueños de Africa y Andalucía, amenazaron á los cristianos de España con el mayor peligro que tuvieron despues de conquistada Toledo. Jacob Almanzor, su rey, venció á Alonso VIII de Castilla en la funesta batalla de Alarcos, dada en 1195, y en la cual pereció la flor de la nobleza española; pero obligado el musulman á volver á Marruecos, su capital, donde murió de allí á poco, tomaron ánimo los cristianos, y en 1212 consiguió el mismo Alonso la señalada victoria de las Navas de Tolosa (llamada por los sarracenos batalla de Alhacab), que decidió la suerte de España y de los almohades. Levantóse en Africa la tribu de los benamerines, que acabó con los almohades, y repartió entre sus gefes las provincias de Bercería. Fernando el Santo, nieto de Alfonso VIII, conquistó la Andalucía, y Jaime, su primo, el reino de Valencia, quedando solamente en Granada un rey moro, feudatario de los de Castilla, cuya ruina era fá-

cil de pronosticar en el momento que los príncipes cristianos de España dejásen de hacer guerra unos á otros.

Daher. (1225.) A Naser sucedió su hijo Daher, de edad de 50 años, por la cual dijo al instalarse: *mala hora de abrir la tienda es el sol puesto*. Reinó solo un año, en el cual el emperador de los mogoles estaba ocupado en concluir la conquista de la China. Los sultanes selgiucides del Irak y del Aderbijan, olvidados del formidable Gengis Kan, se destruian unos á otros, haciéndose guerra por la adquisicion de algunos pequeños territorios, con aquella ceguedad que precede siempre á las grandes catástrofes.

Mostanser. (1226.) Sucedióle su hijo Mostanser. En 1227 fallecióGengis Kan cuando se disponia á continuar la conquista de la China. Dejó seis hijos, de los cuales solo cuatro Tushí, Jagatay, Octay y Toley son célebres en la historia de los mogoles. Octay sucedió á su padre en el mando. Mientras Octay continuaba la conquista de la China, y fundaba en ella la dinastía de los mogoles, llamados *Iven* por lós chinos, sus lugartenientes estendian el imperio, invadiendo la Armenia, obligando al sultan selgiucide de Iconio á reconocer vasallage á Octay; y penetrando en Persia, donde vencieron un ejército del califa, se presentaron en seguida delante de Bagdad, y Mostanser aterrado hizo paces con los mogoles.

En Siria Malec Adel tomó á Trípoli; pe-

ro despues de su muerte descaeció la potencia de los ayubitas por la division del territorio en un gran número de príncipes. Los cristianos tomaron á Damieta, que era entonces llave del Egipto; y aunque la perdieron despues, el emperador Federico II, gefe de la sesta cruzada, obligó á Malec Camal, sultan de Egipto, á entregarle á Jerusalen y otras plazas de Palestina por el tiempo de una tregua que estipularon; concluida la cual, volvieron aquellas ciudades á poder de los mahometanos. Mostanser murió despues de 16 años de reinado.

Mostasem, último califa. (1242.) Mostasem, su hijo, le sucedió. Un año antes de la muerte de Mostanser falleció Octay Kan, emperador de los mogoles, y le sucedió Kayuk Kan, su hijo, bajo la regencia de la emperatriz viuda Toleykana. En este reinado los mogoles del Kipzak, mandados por Batu, uno de los nietos de Gengis Kan, pasaron el Don y el Borístenes, penetraron hasta el Austria y la Bohemia, y asolaron toda la parte oriental de Europa, aunque no pudieron sostenerse en ella por el valor de los alemanes y esclavones. Mangu Kan sucedió á Kayuk en 1248.

Este año fue célebre por la cruzada de San Luis, rey de Francia, contra Palestina y Egipto, y por la conquista de Sevilla, que hizo Fernando III, rey de Castilla y de Leon, quebrantando para siempre el poder de los mahometanos en España. San Luis salió de

Aguas-muertas el 25 de agosto, invernó en Limiso, puerto de la isla de Chipre, y á la primavera siguiente llegó delante de Damieta, derrotó la escuadra de los sarracenos, y se apoderó de la plaza; pero obligado á pelear con desventaja en la batalla de Mansurah, por imprudencia de su hermano Roberto, conde de Artois, hecho prisionero en su retirada á Damieta, testigo de la revolucion que derribó del trono de Egipto la dinastía de los ayubitas, y lo entregó á los mamluk, ó *mamelucos*, hizo la paz con Moez Azodin, el primero de estos sultanes, y se volvió á Europa.

La palabra *mamluk* significa hombre esclavo. Los últimos sultanes ayubitas de Egipto tomaron la funesta costumbre de reclutar sus ejércitos con esclavos comprados en Circasia y el pais del Turquestan. Estos llegaron en breve á poseer todos los puestos importantes de la milicia, y á dictar leyes á sus señores. Fuertes por la union que tenian entre sí, á causa de la comunidad y vileza de su primer orígen, dieron muerte á Mohammed, el último sultan, porque sin acuerdo de los emires quiso tratar de paces con san Luis, y establecieron un gobierno singular que puede llamarse *la aristocracia de la esclavitud*. Los emires, nombrados todos de entre los esclavos que mas se distinguian en la guerra, elegian el sultan, cuya autoridad estaba limitada por la de los emires, en los cuales residia esencialmente el

poder soberano. Este último gobierno se estableció despues en las regencias berberiscas de Trípoli, Tunez y Argel, sirviendo de escepcion al principio político de todos los gobiernos mahometanos, que es el despotismo.

En fin, llegó el dia señalado por la Providencia para terminar el imperio de los árabes. Hulacu, hermano de Mangu Kan, emperador de los mogoles, habiendo reunido en Tartaria un numeroso ejército, invadió las provincias de Persia, con el pretesto de acabar con los asesinos de Kuhistan. El califa Mostasem queria prepararse contra el riesgo que le amenazaba; pero su visir Movoyadodin, fatimita celoso, y que habia resuelto esterminar la casta de los abasides en venganza de la persecucion que Mostasem habia permitido contra los de su secta, le alucinó, atribuyendo á Hulacu otras intenciones y proyectos; de modo, que cuando el general mogol se presentó con todas sus fuerzas delante de Bagdad, ninguna resistencia halló preparada. Un cuerpo de 10.000 árabes que salió á pelear contra él, fue esterminado, y la ciudad tomada por asalto. El bárbaro mandó meter al califa en un saco de cuero, que se cerró por medio de una costura, y arrastrarle por las calles de Bagdad: asi murió el último sucesor de Mahoma, el último descendiente de los abasides. Verificóse esta revolucion en 1258, 650 de la egira.

La monarquía de los árabes acabó con él,

aunque no la religion inventada por el impostor de la Meca. El poder se destruyó; pero le sobrevivieron las instituciones morales y religiosas, últimas que mueren en las naciones, como que son hijas de la conviccion y no de la fuerza. Mahoma fundó la monarquía, reuniendo las tribus árabes, é inspirándoles un fanatismo invencible. Las querellas entre los fatimitas y los omeyas, que ensangrentaron la Siria, la Arabia y el Egipto á los cuarenta años de fundado el imperio, en vez de debilitarlo, aumentaron sus fuerzas por la energía que comunican siempre á los pueblos no corrompidos las guerras civiles; y asi es que cuando se sosegaron, ascendieron los árabes al mayor grado de poder en el califado de Yecid II, de la familia de los omeyas, á los 100 años de la egira. La batalla de Poitiers, que quebrantó la potencia de los sarracenos en el continente europeo, y mas aun la guerra civil entre omeyas y abásides, que elevó á estos al califado; pero desmembró de la monarquía la provincia de España, y enseñó á las demas á hacer lo mismo, comenzó la decadencia de la monarquía.

Entre los califas abásides solo hubo uno digno de reinar, que fue Harun Al Raschid: los demas crueles, avaros ó disolutos, ó todo á un mismo tiempo, ni supieron guerrear ni gobernar; y tuvo anchísimo campo la ambicion de los gobernadores de provincias para instalarse en ellas como soberanos

independientes. La historia árabe es sumamente confusa por el gran número de dinastías efímeras que se presentan y desaparecen como los fuegos fátuos en la oscuridad de la noche; pero el lector debe consolarse con que muy pocas merecen atencion particular, ya por los reyes que produjeron, ya por las circunstancias de su elevacion y ruina.

Desmoralizados los árabes, sin mas deseo que la ambicion y la independencia, apenas un caudillo creia tener fuerzas para sublevarse y hacerse independiente en la provincia que mandaba, se hacia soberano de ella, y por lo general la victoria justificaba la usurpacion. En Roma y Constantinopla los rebeldes contra el emperador aspiraban á derribarle y sucederle; y asi, cada sublevacion feliz era una revolucion. Entre los árabes ningun caudillo aspiraba al imperio, sino á la independencia de su gobierno; y asi sucedió, que casi sin guerras civiles se halló el califa Radi reducido á la ciudad de Bagdad el año 320 de la egira; y aun no hubieran podido sostenerse en ella los califas, á no haber tomado por protectores, con el título de Emir-al-Omra, primero á los buides, soberanos de Persia, despues á los selgiucides, que dominaron por un momento toda el Asia, y últimamente á los ayubitas, señores de Siria y Egipto.

Las principales dinastías de los mahometanos fueron: primera, los omeyas ú omniades, que poseyeron el califado, y des-

pues la soberanía de España : segunda, los abásides ó califas de Bagdad: tercera, los edrises del Almagreb ó Africa occidental : cuarta, los fatimitas ó califas de Cairvan y de Egipto : quinta, los almoravides, que dominaron en Africa y España; su capital fue Marruecos: sesta, los almohades, que les sucedieron: séptima, los benimerines, que acabaron con el imperio de los almohades, y dividieron entre sí las provincias de Berbería : octava, los buides, señores de Persia y emires de Bagdad : novena, los gaznavides, señores de la Persia oriental y de la India : décima, los gaurides que les sucedieron : undécima, los selgiucides, dinastía turca, que dominó el Asia, y no tardó en desmembrarse : duodécima, los ayubitas, ó dinastía de Saladino, que dominó en Siria y Egipto.

Despues de la ruina del califado no quedó ninguna dinastía árabe que reinase en los dominios mahometanos: los reyes de Granada, feudatarios de los de Castilla, eran una subdivision de los almohades: el Africa estaba en poder de los benimerines, tribu africana: el Egipto obedecia á los mamelucos, de orígen turco, y el Asia estaba dividida entre los selgiucides y los mogoles. Las tribus de Arabia que habian sido el terror del mundo y conquistado gran parte de él, volvieron á entregarse, en los arenales abrasados de su pais, á las ocupaciones del pastoreo ó del latrocinio, que fueron siempre su profesion desde los tiempos de Ismael.

Meca fue constantemente la ciudad santa de los mahometanos, gobernada por un jerife, y las ciudades opulentas del Yemen tuvieron sus reyes propios.

No hay duda que Mahoma comunicó un terrible movimiento al mundo político, poniendo en accion masas desconocidas ó inertes hasta su época, difundiendo una nueva religion y creando un vastísimo imperio; pero tambien es cierto que su creacion fue contraria á los progresos de la civilizacion, esto es, al bien de la humanidad. Sus ideas en política no pasaron mas allá de la monarquía despótica, conocida en Asia desde la mas remota antigüedad, y que sustituyendo al imperio de las leyes (1) los caprichos de un sultan ó de su visir, obedecidos como ley del cielo, rara vez contribuye á la felicidad de las naciones. Lo que hay de bueno en la mitad del alcoran, fue tomado de los libros y costumbres de los cristianos; y todo lo que Mahoma añadió de suyo, y la organizacion social que introdujo, es contra la humanidad.

---

(1) *La monarquía* despótica *se diferencia de la* absoluta *en que el* hombre *manda en la primera, y el* rey *en la segunda. En la primera se obedece á la voluntad personal del monarca ó de su visir: en la segunda á la ley que dimana del trono. La monarquía absoluta es necesaria en los grandes imperios: la despótica solamente en tiempos de revolucion que requieren una dictadura.*

Restableció la esclavitud doméstica, que el cristianismo habia desterrado: condenó al bello sexo á ser un mero y pasivo instrumento del grosero deleite de los hombres: reprodujo la costumbre de mutilar á los custodios de las mugeres, que siendo esclavas, no podian amar, y de cuyo corazon, para nada consultado, nada podia fiarse: rompió el vínculo de la paz doméstica, permitiendo y aun incitando á la poligamia: dividió la sociedad en conquistadores y conquistados, condenando al hilotismo político y civil á todos los que no abrazasen su religion; en fin, ahogó el germen de los progresos intelectuales del hombre, estableciendo la espada por único árbitro de la creencia. Todas estas instituciones fueron muy á propósito para conquistar gran parte del muudo; pero no para hacerla feliz. Asi es que todos los pueblos semetidos al mahometismo, fueron infelices, ignorantes y retrogrados en el órden de la civilizacion. El Africa, tan poblada, tan instruida, tan moral en tiempo de san Agustin, llegó á ser, despues de la conquista de los árabes, lo que es en el dia, el centro de la barbarie en las costumbres, y de la ignorancia en el entendimiento.

Una escepcion honrosa para los árabes de esta regla general, fue la cultura de las ciencias y letras en Bagdad, en Córdoba y en Samarcanda; pero esta escepcion prueba, como todas, la regla; pues no empezaron á aplicarse al estudio de la sabiduría sino

cuando la primitiva rigidez del islamismo comenzó á debilitarse. La usurpacion de los abasides, y el establecimiento de los omeyas en España habia enflaquecido ya las acerbas instituciones de Mahoma, y la decadencia del imperio fue el principio de la cultura. Sin embargo, el genio de la invencion no distinguió nunca á los sabios mahometanos; y nada les debe el mundo literario, sino las cifras que facilitan el sistema decimal de la numeracion, las tangentes trigonométricas muy á propósito para medir el ángulo que forma la direccion del rayo solar con el horizonte, y el romance español de ocho sílabas. El álgebra, descubrimiento prodigioso y casi equivalente al de la escritura, tiene un nombre árabe y se atribuye á este pueblo su invencion; pero es muy probable que no hicieron mas que conservar los signos introducidos por Hipatia, célebre matemático de Alejandría, que floreció en el siglo IV; pues no se hace en los escritores árabes mencion del algorítmo inventado en el siglo XVI por Francisco Vieta, y sin el cual la introduccion de los símbolos generales no hubiera alcanzado á estender tan maravillosamente el dominio de las ciencias exactas.

Los árabes cultivaron la filosofía y la medicina; pero sin adelantar sus límites mas allá de donde los dejaron griegos y latinos. Entre las artes poseyeron admirablemente la agricultura, la poesía y la arquitectura. En esta crearon un género llamado arabes-

co, que no carecia de cierta gracia y facilidad, aunque muy diferente de los modelos griegos. Su poesía nacional, hija de una lengua abundante, sonora y significativa, y de la ardiente imaginacion de aquel pueblo, tiene un carácter particular de elevacion, aun en los afectos mas dulces, y de fogosidad en la espresion. Los géneros que cultivaron con preferencia, fueron el lírico, el elegiaco y el didáctico. Estándoles prohibida por el islamismo toda representacion de objetos, la dramática, la escultura y la pintura fueron entre ellos artes ó desconocidas ó no cultivadas. Nuestro romance de ocho sílabas procede de los versos árabes de diez y seis, sustituyendo al consonante el asonante, mas halagüeño y menos cansado al oido español; y tiene toda la gallardía y soltura que es propia de la lírica árabe. Aun se conservan en mucha parte del mediodia de España vestigios de su inteligencia en la agricultura, principalmente en los jardines y regadíos.

La sabiduría y literatura de los árabes no ha tenido influencia en ninguna nacion, sino en la castellana. Desde Pelayo hasta san Fernando no hicieron los belicosos habitantes de las montañas de Asturias y de las riberas del Duero y Tajo otra cosa mas que pelear, y si algunas letras habian sobrevivido á la ruina de la monarquía goda, estaban encerradas en los asilos de los monasterios, adonde no llegaba el estruendo de las armas. San Fernando fue el primero de los reyes

castellanos que atendió á la enseñanza de las ciencias y á las mejoras en la administracion, y su hijo Alonso X cogió los frutos de los desvelos de aquel incomparable Rey, á quien es preciso citar siempre que se quiera proponer el modelo perfecto de las virtudes que constituyen un escelente monarca, un hombre santo y un verdadero ciudadano. Hizo reunir en el alcazar de Toledo gran copia de libros: llamó á su corte los hombres sábios de los estados mahometanos, únicos que cultivaban las ciencias en España; y en los estudios de estos y de los que se fomentaban en la reciennacida universidad de Salamanca, adquirió Alonso aquella copia de conocimientos que tan célebre le hizo en su siglo. Los progresos del idioma castellano, las tablas astronómicas, que de su nombre se llamaron *Alfonsinas*, y el código de las Partidas, admirable para su tiempo, fueron el fruto de los adelantos que entonces se hicieron en las ciencias, á los cuales no debe negarse que contribuyeron en gran manera los árabes de España, cultivadores de la filosofía, de las matemáticas y de la literatura desde el siglo VIII.

A esto se reducen los progresos que debe la civilizacion científica á los árabes: progresos sumamente mezquinos si se comparan con los que se hicieron en los siglos de Leon X y de Luis XIV: progresos que en el cálculo de los bienes y males de la humanidad no pueden entrar nunca en comparacion con la

esclavitud doméstica, con la mutilacion, con la privacion de los derechos civiles á los disidentes en materia de religion, con el sometimiento de los pueblos á la voluntad de un sultan, ó lo que es peor, de un visir; y últimamente, con la guerra civil perpétua que producia el dogma del fatalismo, y el respeto tributado á la fuerza, entre los califas y los gobernadores, entre las diversas familias y dinastías, y en fin, entre los mahometanos y todos los demas pueblos del universo. El alcoran causó males infinitos á los hombres; y el corto número de bienes que ha dejado el pueblo que lo proclamó, son indiferentes, ó por mejor decir contrarios al espíritu de su doctrina religiosa. El mahometismo está destinado á enflaquecerse y consumirse en razon de los progresos que haga la civilizacion del mundo, de la cual ha sido, es y será el mas capital enemigo.

Estado del Asia despues de la caida del imperio árabe. Los mogoles, dueños del Asia oriental y central despues de la toma de Bagdad, y en cierto modo de gran parte del Asia menor por haber reconocido su soberanía los sultanes selgiucides de Iconio, hallaron el término de sus conquistas en el Eufrates; pues habiendo pasado este rio é invadido la Siria, fueron derrotados completamente por Kuluz, sultan mameluco de Egipto, que añadió á sus estados aquella fértil provincia. Su sucesor Bibars quitó á los latinos las plazas de Cesarea, Arzuf, Safed y Jafa:

Kelun, sucesor de Bibars, se apoderó de Margrat, Tortosa, Laodicéa y Tripoli; y en fin, Chail, su hijo, tomó á san Juan de Acre en 1270 y borró el último vestigio de la dominacion de los cruzados en Palestina. Estos intrépidos guerreros, mal defendidos por la Europa, vendieron cada pulgada de terreno que perdian, á costa de mucha sangre mahometana.

Al año siguiente de la toma de Bagdad por los mogoles, es decir en 1259, murió el emperador Mangu Kan, despues de haber añadido á sus vastos estados la conquista del Tibet. Sucedióle su hermano Kublay que acabó de apoderarse de la China, y fue el primer emperador de la dinastía de los Iben. La conquista de aquel pais, empezada por Gengis Kan, no se concluyó hasta 1279 con el esterminio de la dinastía de los Song. Kublay reinó hasta el año 1294.

Casi al mismo tiempo que la dinastía de los Song perecia en el Asia oriental, se levantaba en la occidental la de los otomanos, monarquía célebre que heredó la gloria y el fanatismo de la de los árabes. Otman, gefe de la tribu Oguzia, descendiente de Oguz, antiguo rey de Turquestan, servia, como su padre y abuelo, en los ejércitos de los sultanes selgiucides de Iconio. Las victorias de Otman contra los griegos y mogoles y los grandes servicios que hizo á Aladin, último sultan selgiucide, movieron á este á nombrarle su lugarteniente general en todos sus es-

tados, y despues de la muerte de Aladin, dividido su imperio entre siete capitanes turcos, Otman fue el principal de ellos y logró al fin ser su emperador. Estendió sus estados, á costa de los griegos, á casi toda el Asia menor, y fundó la monarquía de los otomanos, que amenazó en breve al Asia y á la Europa. La muerte de Aladin y el principio del reinado de Otman sucedieron en 1300.

Tres eran en aquella época las naciones que dominaban el Asia: los mamelucos del Egipto que se habian apoderado de Siria, los turcos otomanos que poseian el Asia menor y los mogoles, cuyo imperio cogia lo restante del Asia, pero dividido en cuatro monarquías desde el reinado de Kublay Kan. La primera comprendia el Tibet, la China y la parte oriental de la Tartaria independiente. La segunda el resto de Tartaria é India hasta el mar de Aray y el rio Oxo, la tercera el Kipzak, que se estendia desde el mar Caspio hasta el Borístenes, y la cuarta la Persia y Mesopotamia. En todas reinaban descendientes de Gengis Kan.

El imperio de China fue poseido por los descendientes de Kublay Kan hasta el año 1355, en que Chu, fundador de la dinastía de los Ming, los arrojó del trono, y no les dejó mas dominios que los que Gengis Kan habia poseido en sus principios en la cordillera del Altay. La parte oriental de esta cayó en el siglo XVI en poder de los tártaros mantcheus, cuando conquistaron la China: la par-

te occidental, que es el pais de los elutes, conserva todavia sus reyes particulares; pero estos pueblos, estrechados en sus límites primitivos, han vuelto á ser lo que fueron desde la mas remota antigüedad, tribus nómades sin civilizacion ni poder.

En la Tartaria central, llamada hoy Bukaria, reinó la descendencia de Jagatay, hijo de Gengis Kan; pero á mediados del siglo XIV por la debilidad de los sultanes se apoderaron los emires de todo el poder, dejando un vano nombre al monarca; se desmembró una parte del imperio con el nombre de pequeña Bucaria, y formó un reino particular: los emires se hacian la guerra entre sí, como los señores feudales en Europa, y devastaron los fértiles paises que riega el Oxo, hasta que subió al trono el célebre Timur Bec, llamado por los europeos Tamerlan en 1369.

En el Kipzak reinaron los descendientes de Jugi, hijo tambien de Gengis Kan. Estuvieron en perpétua guerra con los rusos, que en el siglo XV les acabaron de quitar todas sus posesiones, escepto la pequeña Tartaria y la Crimea. Conserváronlas entonces por la proteccion que les dispensaron los otomanos que acababan de conquistar á Constantinopla; y se sostuvieron tres siglos mas como vasallos de la Puerta, hasta que á fines del siglo XVIII Catalina II, emperatriz de Rusia, destruyó con la conquista de Crimea el imperio de los mogoles del Kipzak.

Hulacu, hermano de Mangu Kan, cuarto emperador de los mogoles, reinó en Persia despues de tomada Bagdad, y transmitió la corona á sus descendientes: el último de ellos Abusaid Kan murió en 1331, habiendo sido su reinado muy turbulento por guerras civiles y estrangeras. Los mogoles de Persia no reconocieron, muerto Abusaid, á ningun príncipe de la familia de Gengis Kan: hubo una larga anarquia y guerra civil hasta el advenimiento de Timur bek al trono de Bucaria.

Timur bek era hijo del emir Tragai, uno de los emires que en la decadencia del imperio de la gran Bucaria se habian hecho independientes en sus gobiernos. El de Tragai era la ciudad de Kesh, plaza importante del Korasan. Muerto este emir en 1359, su hijo Timur, de edad á la sazon de 25 años, le sucedió en aquel pequeño principado. A su advenimiento, la Bucaria y la Persia eran desoladas por guerras civiles. Huseyn, emir de Herat, afectaba superioridad sobre los demas príncipes del Korasan: Togluk, rey de la pequeña Bucaria, acometia á la grande con poderoso ejército; y en fin, Haji Berlas, tio de Timur bek y hermano de su padre, le disputaba la soberanía de Kesh. Las fuerzas del jóven Timur consistian solo en 10.000 hombres; pero su valor indomable, su artificiosa política y la confianza que supo inspirar á sus guerreros, le hicieron en breve muy superior á todos los que se disputaban

en Bucaria el supremo poder. Variando, segun sus intereses, de banderas y alianza, muchas veces vencedor, algunas vencido; pero hallando siempre despues de la derrota recursos para presentarse mas fuerte y temible, militó primero á las órdenes de Togluk, auxilió á Husein contra los otros emires y contra el mismo Togluk, á quien derrotó dos veces: declarado despues contra Husein, le hace guerra cruel, interrumpida solo por una paz mal segura de ambas partes, le sitia en Balk, le hace prisionero y le manda matar, y es elevado á la dignidad de kan de Bucaria en 1369 por los votos unánimes de todos los emires.

Dueño de un imperio tan vasto, estendió sus ambiciosas miras al dominio de toda el Asia, y la victoria coronó sus empresas. La pequeña Bucaria, el Karasm, la Persia, el Kipzak y la India sufrieron otra vez el yugo y las devastaciones de los mogoles. En la guerra del Kipzak llegó hasta el Borístenes, venció á los rusos y los hizo tributarios, igualmente que á Toktamish, sultan entonces del Kipzak: en la del Indostan llegó victorioso hasta las orillas del Ganges. En 1387 se apoderó de Armenia y Georgia, en 1394 de Mesopotamia. Volvió á Samarcanda, capital de su imperio, despues de conquistada la India en 1400, de donde partió determinado á hacer guerra á Bayaceto, sultan de los otomanos, y al sultan mameluco de Egipto. Concluyó la conquista de Siria, arruinó

á Damasco y Bagdad, magníficas capitales en otro tiempo del imperio árabe, penetró en el Asia menor en 1402, y en los campos de Ancira se dió la batalla de poder á poder entre mogoles y otomanos, en la cual vencido y hecho prisionero Bayaceto, estuvo á pique de perecer el naciente imperio de los turcos. Nicomedia y Esmirna fueron destruidas: toda el Asia menor asolada: el emperador griego de Constantinopla, y Farrudge, sultan de Egipto, pagaron tributo á Timur; y este héroe de la barbarie, despues de un largo reinado de 36 años, empleado contínuamente en conquistar y devastar el Asia y en comprimir y castigar rebeliones de los pueblos vencidos, murió en Otrar, ciudad de la Bucaria, el 1 de abril de 1405, cuando se preparaba á marchar para la conquista de la China.

El imperio fundado por Timur bek se desbarató en menos tiempo que se habia fundado: sus nietos, que eran en gran número, se disputaron primero la corona y despues las provincias. El Kipzak volvió á ser una monarquía independiente bajo los sucesores de Toktamish: cada provincia y aun cada ciudad del imperio mogol tuvo su soberano en perpétua guerra unos con otros; y mientras los turcos, estendiéndose en Europa, y apoderándose de Constantinopla, formaban su poderosa monarquía, amenazando á un mismo tiempo á los cristianos, á los mogoles y á los egipcios, los descendientes de

Timur perdieron todos sus estados á escepcion del Mogol.

Ismael Sofí, descendiente del califa Alí, reunió á todos los shiitas que habia en los paises dominados por los mogoles, les quitó á estos las provincias de Persia, y formó de ellas un nuevo reino persiano, sometido á su dinastía. Este imperio empezó en el año de 1500, en que Ismael emprendió la guerra contra los descendientes de Timur, y dura hasta nuestros dias á pesar de las desmembraciones que han causado en él las guerras de los persas con los rusos y los otomanos, y la discordia civil que devastó la Persia durante el siglo XVIII, y que no se terminó sino á principios del XIX.

En 1505 los tártaros usbekes, que habitaban en la parte oriental del mar Caspio, invadieron la Bucaria, y quitaron á los débiles descendientes de Timur bek la cuna misma de su imperio. Este pueblo domina actualmente aquellos vastos paises, aunque dividido en pequeños principados, segun la suerte comun de todas las monarquías fundadas por los árabes y los tártaros.

Babor, uno de los descendientes de Timur bek, reinaba en Samarcanda cuando los usbekes acometieron la Bucaria. Vencido por ellos, se refugió en el Indostan con los que quisieron seguir su suerte, se apoderó del pais comprendido entre el Indo y el Ganges, y fundó en él el vasto imperio conocido de los europeos con el nombre del gran Mogol.

Murió en 1526. Sus sucesores estendieron su dominio con las conquistas de los reinos indios de Bengala, Visapour, Guzarate y otros territorios de la provincia occidental del Ganges. Esta monarquía ha sido la mas duradera de cuantas han formado los mogoles; pero debilitada en el siglo XVIII por la invasion y saqueo del Indostan, que hizo Tamas Kulikan, usurpador de Persia, y desmembrada por los reyes del Candahar y por las conquistas de los ingleses en Bengala, pereció de inanicion á los principios del siglo XIX.

Nada queda de los mogoles en toda el Asia que sometieron un tiempo á sus armas. Dos hombres estraordinarios y dotados del genio de la guerra, que fueron Gengis Kan y Timur bek, conquistaron desde el centro de Polonia hasta el mar que separa la China del Japon, y desde el mar helado hasta el océano de Indias; pero ni la estension ni la rapidez de sus conquistas pudieron dar duracion á imperios formados sobre ruinas. Los mogoles fueron, como otros pueblos dominantes, grandes destructores de la humanidad; mas nada le dieron en compensacion. Los árabes al fin tuvieron ciencias y artes: aunque nómades en su principio y pastores, se fijaron en los paises conquistados; enseñaron una religion falsa, pero que á lo menos reconocia el dogma de la unidad de Dios, y condenaba las crueles supersticiones de la idolatría, á los pueblos bárbaros del Africa y de la Tartaria: en fin, llegaron á todo

aquel grado de civilizacion que permitian los errores de su creencia. Pero los mogoles nada mas hicieron que recorrer el mundo y devastarlo: invencibles en el combate y feroces en la victoria, ni sabian gobernar los pueblos ni sujetar su propia ambicion. Así es que despues de la ruina de sus efímeras monarquías, nada de ellos conserva la historia sino el recuerdo de los males que causaron.

Los árabes crearon una organizacion social, fundada en su religion, y que sobrevivió á su imperio: los mogoles tuvieron siempre el modo de existir de los pueblos nómades y guerreros. En las regiones que conquistaron, y en los gobiernos que establecieron, nada llevaron que fuese suyo. Así es que en la China se sometieron ellos mismos á las leyes, costumbres y creencia de los pueblos vencidos: en Persia y Bucaria fueron mahometanos, y en el Mogol conservaron la antiquísima religion de los bramas y la division de castas, que es el carácter distintivo de la civilizacion índica. Gengis Kan y sus guerreros profesaban el deismo puro, mezclado con algunas supersticiones: así fue tan fácil atraerlos al mahometismo, que fue la religion dominante de la mayor parte de los mogoles. Los árabes llevaron á todos los paises sus instituciones buenas y malas, y estendieron su dominio, parte por las armas, parte por la conviccion: los mogoles no conocieron ni emplearon otro principio de conquista que la fuerza y las ruinas.

TABLA

DE LA

SUCESION DE LOS CALIFAS.

El primer número representa el año de la era cristiana: el segundo de la egira.

Mahoma es perseguido por los koreisitas, y huye á Medina.	622	1
Vence á los koreisitas en la batalla de Bedre.	623	2
Es vencido por Abu Sofian, gefe de los koreisitas, en la batalla de Ohod.	624	3
Mahoma, despues de someter casi todas las tribus árabes del desierto, vuelve triunfante á la Meca.	629	8
Sumision del Hejaz y de toda la Arabia septentrional.	630	9
Sumision del Yemen y muerte de Mahoma. Abubecre, primer califa.	631	11
Conquista del Irak Arabi y de		

Damasco. Muerte de Abubecre. Sucédele Omar.	634	13
Victorias de Cadesia, Yermouk y Nowahenh contra griegos y persas. Conquista de Palestina, Siria, Mesopotamia, Persia, Transojana, Egipto, Cirenaica y Libia. Omar muere asesinado.	644	23
Otman le sucede. Conquista de Chipre, Nubia y Africa propia. Otman muere asesinado.	655	35
Alí, cuarto califa. Guerra civil entre los alides y los omeyas. Batalla de Sefein, la primera en que los musulmanes pelearon entre sí. Alí es asesinado.	660	40
Su hijo Hasan le sucede. Renuncia el califado en Moavia.	661	41
Moavia I, gefe de la dinastía de los omeyas ó califas de Damasco. Califado hereditario. Primer sitio de Constantinopla por los árabes. Conquista de Bucaria. Moavia muere en	680	60
Yezid I, su hijo. Guerra civil contra Hosein, hijo de Alí: batalla de Kerbela en que Hosein fue vencido y muerto. Conquistas de Kowarasm. Abdalá, califa nombrado en la Meca. Yezid muere en	684	64
Moavia II, su hijo. Continuacion de la guerra civil. Renuncia al califado		

Mervan I, pariente de Omeya. Continuacion de la guerra civil. Muere en 685 65

Abdelmelic, su hijo. Vence á Abdalá, y termina la guerra civil. Muere en 705 86

Valid I, su hijo. Conquista de España. Muere Valid en 715 96

Soliman, su hermano. Segundo sitio de Constantinopla por los árabes. Formacion de las pequeñas monarquías de Asturias y Sobrarbe en España. Soliman muere en 718 99

Omar II, su primo hermano. Muere envenenado en 719 101

Yezid II, hermano de Soliman. Conquista de la Francia meridional. Epoca del mayor poder de los árabes. Yezid muere en 723 105

Hixem, su hermano. Batalla de Poitiers, ganada por Cárlos Martel contra los sarracenos. Principio de la decadencia del imperio árabe. Hixem muere en 742 125

Valid II, su hijo. Muere en 743 126

Yezid III, hijo de Valid, muere á los seis meses de reinado.

Ibrahim, su hermano. Es depuesto en 744 127

Mervan II, nieto de Mervan I, último califa de la casa de los

omeyas. Sublevacion de los abasides. Guerra civil. Derrotas y muerte de Mervan en 749 132

Abulabas Safah, gefe de la dinastía de los abasides ó califas de Bagdad. Muere en 753 136

Abu Jaafar Almanzor, su hermano. Separacion de España, y establecimiento del califado de Córdoba, donde se continuó la dinastía de los omeyas. Fundacion de Bagdad. Almanzor muere en 774 158

Mahadí, su hijo. Muere en 785 169

Muza, su hijo. Muere envenenado en 786 170

Harun Al Raschid, su hermano. Vence en muchos combates á los griegos. Separacion del Almagreb ó Mauritania, y establecimiento de los edrises en aquel pais. Harun muere en 808 193

Amin, su hijo. Almamon, su hermano, se rebela contra él, y le quita el imperio. Amin muere asesinado en 813 198

Almamon, hermano de Amin, muere en 833 218

Motacem, su hermano. Separacion del Africa, y establecimiento de la dinastía de los aglabitas en Kairvan. Mostacem muere en 841 227

Vatek, su hijo. Muere en	846	232
Motawakel, su hermano. Principios de la milicia turca en la corte de Bagdad. Motawakel muere asesinado por su hijo Montaser en	861	247
Montaser, parricida. Muere á pocos dias de reinado.		
Mostain, su primo. Motaz, hermano de Montaser, se rebela contra él. Mostain renuncia al califado en	865	251
Motaz: la milicia turca le depone, y le hace morir de hambre en	868	255
Motadí, hijo del califa Vatek: es depuesto y muerto por los turcos en	869	256
Motamed, hijo de Motawakel. Fin de los aglabitas del Cairvan, y principio de los califas fatimitas de Africa. Motamed muere en	892	279
Motaded, sobrino de Motamed, é hijo de Muafec, su hermano: muere en	901	289
Moctafi I, su hijo: recobra el Egipto y la Siria, que se habian sublevado: muere en	907	295
Moctader, su hermano. Separacion del Aderbijan, y principio de la dinastía de los deilamitas. Moctader es asesinado en	932	320
Caher, su hermano: depuesto en	933	322

Radi, hijo del califa Moctader: creacion del Emir-al-Omra. Los buides se hacen dueños de Persia : los samanides del Korasan: los hamdanides de Mesopotamia: Egipto y Siria se sublevan de nuevo : los kármatas se apoderan del Irak Arabi ; y el dominio del califa queda reducido á Bagdad y su territorio. Radi muere en 940 329

Motaki , su hermano , depuesto por su emir Tuzun en 944 333

Mostacfi , hijo de Moctafi I : los buides dueños del emirato : Mostacfi és depuesto.

Moti, hijo del califa Moctader: Moez, califa fatimita de Cairvan, conquista el Egipto y la Siria meridional. Moti abdica el califado en 973 363

Tay , su hijo : es depuesto por su emir. 991 381

Kader, nieto del califa Moctader: ruina de la dinastía de los samanides en el Korasan y principio de los gaznavides. Kader muere en 1030 422

Kayen , su hijo. Caida de los omeyas en España. Desmembracion del imperio musulman en este pais. Caida de los buides. Los selgiucides dueños del Asia. Su gefe Togrul bek es emir de

Bagdad. Los almoravides conquistan el Africa, y fundan á Marruecos. Kayem muere en 1074 467

Moctadi, su nieto: conquista de Toledo por los castellanos. Los almoravides conquistan la España musulmana. Vencen á los cristianos en la batalla de Zalaca. Los aragoneses toman á Huesca. Desmembracion del imperio de los selgiucides. Moctadi muere en 1094 487

Mostader, su hijo. Primera cruzada, y establecimiento de los latinos en Palestina y Siria. Los almoravides vencen á los cristianos en Velez. Victorias de los aragoneses, y toma de Tudela, Zaragoza y Calatayud. Mostader muere en 1118 512

Mostarsed, su hijo. Principio de la dinastía de los almohades en Africa. Mostarsed es asesinado en 1134 529

Rased, su hijo, depuesto en 1135 530

Moctafi II, hijo de Mostader. Segunda cruzada. Norandino, sultan de Alepo. Caida de los gaznavides, y principio de los gaurides en el Korasan. Los almohades se hacen dueños del Africa y de Andalucía. Fin del imperio de los almoravides. Moctafi muere en 1160 555

Mostanjed, su hijo. Principios de Saladino. Mostanjed muere en 1170 566

Mostadi, su hijo. Fin de los califas fatimitas de Egipto, y principio de la dinastía de los ayubitas. Saladino dueño de Egipto, Siria y Mesopotamia. El califa de Bagdad, independiente de los sultanes selgiucides: estiende su territorio al Irak Arabi y á la Persia meridional. Mostadi muere en 1179 575

Naser, su hijo. Batalla de Tiberiade. Toma de Jerusalen y conquista de Palestina por Saladino. Tercera cruzada. Toma de san Juan de Acre por los latinos. Victorias de Ricardo, rey de Inglaterra. Principios de Gengis Kan. Cuarta cruzada. Quinta cruzada: imperio latino en Constantinopla. Los mogoles conquistan el Korasan. Alfonso VIII de Castilla derrotado por los almohades en la batalla de Alarcos. Batalla decisiva de las Navas, en que Alfonso VIII venció á los almohades. Naser muere en 1225 622

Daher, su hijo. Acaba la dinastía de los almohades en Africa, y comienza la de los benimerines. 1226 623

Mostanser, su hijo. Sesta cruzada. Jerusalen cedida á los latinos durante una tregua. Mostanser muere en 1242 640

Mostasem, su hijo, último cali-

fa. Conquista de Córdoba, Murcia, Jaen y Sevilla por Fernando III, rey de Castilla; y de Valencia y las Baleares por Jaime, rey de Aragon. Espedicion de san Luis, rey de Francia, á Palestina y Egipto. Prision y libertad de este monarca. Caida de los ayubitas de Egipto y principio de los mamelucos. Conquista de la Persia y de Bagdad por Hulacu, hermano del emperador de los mogoles, y ruina del califado Mostasem fue muerto por órden del vencedor en 1258 656

Sultanes selgiucides de Persia, emires de los califas de Bagdad.

Togrol bek. Conquista de la Persia, el Korasan, la Mesopotamia, la Armenia y parte del Asia menor: es nombrado Emir-al-Omra por el califa Kayem. Muere en 1062 455

Alp Arslan, su nieto. Vence al emperador Romano Diógenes. Conquista la Georgia. Muere á manos de uno de sus generales en 1073 465

Malec, su hijo. Conquista la Siria. Reparte las provincins entre los de su familia. Muere asesinado 1090 483

Barkiarok, su hijo. Guerra civil entre los selgiucides. Primera

cruzada. Barkiarok muere en 1104 498

Moammed, su hermano. Muere en 1117 511

Sanjar, su hermano, muere en 1157 552

Mamud, hijo del sultan Mohamed, muere en 1130 525

Togrol II, su hermano, muere en 1134 529

Masud, su hermano. Norandino se apodera de Siria. Masud muere en 1152 547

Malec II, hijo de Mamud. Pierde el emirato de Bagdad. Es depuesto á los pocos dias.

Mohammed II, su hermano, muere en 1159 554

Soliman, su tio. Es depuesto en 1160 555

Arslan, hijo de Togrol II, muere en 1175 571

Togrol III, su hijo. Guerra civil. La Persia dividida entre los gobernadores, y fin de la dinastía de los selgiucides. Trogol fue muerto en 1193 590

Sultanes selgiucides del Asia menor, ó de Al Rum.

Soliman, sobrino de Malec, sultan de Persia, recibió de su tio en soberanía independiente las tierras conquistadas por los selgiucides en el Asia menor, y cu-

ya capital era entonces Erzerun. Estendió sus conquistas, tomó á Antioquía, y murió en una batalla contra el sultan de Damasco en 1085 478

Kili Arslan I, su hijo. Guerra civil entre los gobernadores de Alrum. Kili Arslan los somete y recobra á Nicéa. Primera cruzada. Toma de Nicéa por los latinos, y de Esmirna, Efeso y otras plazas por los griegos. El sultan establece en Iconio su capital, y muere peleando contra los turcos del Diarbekir, en 1106 500

Saisan, príncipe selgiucide, siempre en guerra con el emperador Alexis Comneno: muere asesinado en 1116 510

Masud, su hermano y asesino. Pierde muchas plazas. Es sitiado en Iconio por el emperador Conrado en la segunda cruzada. Muere en 1152 547

Kili Arslan II, su hijo. Tercera cruzada. Iconio tomada por Federico Barbaroja y recobrada por Kili Arslan despues de la muerte de este emperador. Kili Arslan muere en 1192 588

Gayatodin, su hijo. Guerra con sus hermanos por la division que Kili Arslan habia hecho del imperio entre ellos. Conquista de

Constantinopla por los latinos. Establecimiento de dos imperios griegos, uno en Nicéa y otro en Trebisonda. Gayatodin muere en una batalla contra Láscaris, emperador de Nicéa, en 1212 609

Kaikaus, su hijo: muere en 1219 616

Alaodin, su hermano. Sus conquistas en Siria: resiste á los mogoles. Muere en 1236 634

Gayatodin II, su hijo. Los mogoles le vencen y hacen tributario. Muere en 1244 642

Azodin, su hijo. Los griegos recobran á Constantinopla. Azodin disputa el imperio de Al Rum con su hermano Rocnodin, hasta que fue arrojado del trono en 1265 664

Rocnodin murió poco despues.

Gayatodin III, su hijo, niño, bajo la regencia de su madre Abaka. Reina sometido á Hulacu, sultan mogol de Persia. Muere en 1284 683

Gayatodin IV, hijo de Azodin. Muere en 1288 687

Kaycobad Aladin, último sultan selgiucide de Al Rum. Elevacion de Otman, y principio del imperio de los otomanos. Kaycobad muere peleando con los mogoles en 1300 700

Sultanes mogoles de Persia de la dinastía de Gengis Kan.

Hulacu Kan, hermano de Mangu, emperador de los mogoles, conquista la Persia, toma á Bagdad, arruina los restos de la monarquía árabe, impone tributo á los selgiucides del Asia menor, se apodera de Mesopotamia y disputa la Siria con los mamelucos de Egipto. Muere en	1264	663
Abaka, su hijo. Ahuyenta á los mamelucos de Armenia y del Asia menor. Muere en	1282	681
Amed, su hermano. Abraza el islamismo. Es depuesto y muerto en	1284	683
Argun, hijo del sultan Abaka. Muere en	1291	690
Ganjatk, su hermano. Muere asesinado por los grandes del imperio.	1294	693
Baydu, nieto de Hulacu. Rebelase contra él Gazan, hijo de Argun, y le quita el trono y la vida á los ocho meses de reinado. Gazan: invade la Siria y es vencido por los mamelucos. Muere en	1303	703
Algiaptu, su hermano: muere en	1316	716

Abusaid, su hijo. Muere en 1334 732

A su muerte se dividió la Persia en muchos estados pequeños que subsistieron, haciéndose continua guerra unos á otros, hasta la conquista de Persia por Timurbek en 1384 786

Timurbek somete el Kipzak, vence á los otomanos en Ancira, se apodera de Siria, conquista la India, y muere en 1405 807

Sultanes de Persia de la dinastía de Timurbek.

Kalil, nieto de Timur. Este conquistador habia nombrado sucesor suyo á otro de sus nietos llamado Mehemed Tehanquir. Kalil juntó fuerzas, añadió á ellas el artificio, y se apoderó del trono. Ruch, hijo de Timur, se rebela contra Kalil y le destrona en 1410 812

Ruch tuvo que pelear siempre contra gobernadores rebeldes. Muere en 1446 850

A su muerte se dividió el imperio de Timurbek

Mohammed, hijo de Ruch, reinó en Persia, hace guerra á su hermano Babor, sultan del Mazanderan, cae en su poder y es muerto en 1452 856

Yadigiar, su hijo, es reconocido por sultan despues de la muerte de Babor, y conquista el Korasan. Husein, bisnieto de Omar, segundo hijo de Timur, le quita el trono y la vida en 1470 875

Husein muere en 1505 911

Conquista de la Persia por Ismael Sofí, y fin del imperio de los mogoles en los paises que estan al occidente del Indo.

Califas omeyas de España, ó reyes de Córdoba.

Abderraman, nieto de Hixem, califa omeya de Damasco, despues de la ruina de su familia y del triunfo de los abasides, vaga por los desiertos de Africa, llega al Almagreb y es bien recibido de los zenetes. En España habia guerra civil entre Jusuf, gobernador por el califa Abasida, y otros gefes que le disputaban con las armas el gobierno. Los jeques bien intencionados y no ambiciosos llamaron de Africa á Abderraman para hacerle su rey. Abderraman acepta, y pasa á España en 755. Pelea contra Jusuf y contra Samail, émulo antes del gobernador y ya su alia-

do contra el enemigo comun. Abderraman se apodera de Andalucía y Lusitania, Jusuf se somete primero, despues se rebela y es vencido y muerto, como tambien Samail y los partidarios de la familia de Jusuf, y toda la España musulmana reconoce á Abderraman por su califa. Este construyó la mezquita mayor de Córdoba, y murió en 788 171

Híxem I, su hijo: vence á sus hermanos rebeldes: muere en 795 179

Alakem, su hijo: invasion de los franceses en Cataluña y de los sarracenos en Languedoc: guerra continua con los cristianos de Asturias, Galicia y Leon. Alakem muere en 821 206

Abderraman II, su hijo: recobra á Barcelona, tomada por los franceses, y los echa al otro lado del Pirineo; pero despues los franceses se hicieron fuertes en Cataluña. Invasion y rapiñas de los normandos en las costas mahometanas de la península. Abderraman muere en 852 238

Muhamad, su hijo: guerra con los cristianos de Asturias: estos toman á Alverda y á Zamora, ocupan á Salamanca y sitian á Coria. Los moros sitian á Pampluna y se

ven obligados á levantar el sitio. Batalla de Aybar, en que el príncipe Almondir venció á los cristianos. Muhamad muere en | 886 | 273

Almondir, su hijo: muere en una batalla contra Hafsum, caudillo rebelde, | 888 | 275

Abdalá, su hermano: guerra civil con los príncipes sus hermanos y con Hafsum. Batalla de Elvira y sumision de Andalucía. Los rebeldes de Lusitania y Toledo son vencidos por los cristianos en la batalla de Zamora. Abdalá muere en | 911 | 299

Abderraman III, su nieto. Vence á los rebeldes de España, y toma á Toledo que estaba por ellos. Auxilia á los edrises de Fez, acometidos por los sultanes de Cairvan, y añade á sus estados las ciudades de Ceuta, Tanger y otras plazas del Almagreb. Sitio de Zamora: batalla de Zamora, que los árabes llaman de Alhandic ó *del foso*, indecisa. Toma de la plaza por los moros. Los cristianos recobran á Zamora, son vencidos por los moros en la batalla de san Estévan de Gormaz, y vuelven á perder aquella ciudad. El califa de España es declarado protector de los estados

de los edrises, y reconocido en Fez, Tremecen y otras plazas de Africa. Abderraman muere en 961 350

Alakem II, su hijo. Epoca de la mayor civilizacion científica é industrial de los moros de España. Alakem muere en 976 366

Hixem II, su hijo. Victorias de su visir Almanzor contra los cristianos. Destruye á Leon y á Santiago; pero al fin es vencido en la batalla de Calatanosor, y muere poco despues. Muhamad, primo de Hixem, se rebela contra él, le prende y oculta, esparce la falsa noticia de su muerte, y usurpa el cetro. Los jeques berberiscos se levantan contra él, le vencen, y le obligan á refugiarse á Toledo, y ponen en el trono á Soliman, uno de ellos. Muhamad y Soliman disputaban la corona, cuando el pueblo, sabedor de que Hixem vivia, hizo que subiese otra vez al trono. Guerra civil entre los gobernadores de las provincias. Soliman oculta á Hixem, de quien no se volvió á saber mas, y es declarado rey en 1016 407

Soliman, bisnieto de Abderraman III. Alí, gobernador de Ceuta, forma conspiracion contra él, y le quita el trono y la vida en 1017 408

Alí sostiene una guerra furiosa contra muchos gobernadores que deseaban que reinase la familia de los omeyas, y proclamaron rey en Jaen á Abderraman, príncipe de esta familia. Alí los venció, y cuando se preparaba á acometer á Jaen, fue ahogado por sus esclavos en el baño.

Alcasim, su hermano. Tuvo guerra civil con Abderraman y con los partidarios de Yahie, hijo de Alí. Abderraman murió en una batalla, y Alcasim fue echado de Córdoba por el pueblo, afecto siempre á los omeyas, en 1022 413

Abderraman IV, bisnieto de Abderraman III, y hermano de Muhamed el que destronó á Hixem II, fue proclamado califa; pero fue asesinado á los cuarenta y siete dias de reinado por su misma guardia, cuya indisciplina queria refrenar.

Muhamad II, su primo y gefe de la conjuracion de la guardia. Fue echado de Córdoba, se refugió al castillo de Velez, donde murió poco despues envenenado en 1024 415

Yahie, hijo de Alí, que se habia hecho fuerte en Algecira, Málaga, Ceuta y Tanger, fue pro-

clamado rey en Córdoba. El gobernador de Sevilla Aben Abed se hizo independiente, le declaró guerra, y le mató en una batalla en 1026 417

Hixem III, bisnieto de Abderraman III, fue proclamado en Córdoba. Todos los gobernadores de las provincias se hacen independientes. Hixem abdica, y en él acaba la dinastía de los omeyas en 1031 422

Sultanes almoravides y almohades de Marruecos y España.

Abu Bekir, gefe de la tribu de Lamta en el desierto de Libia, emprende la conquista del Africa en 1058: empieza á fundar á Marruecos en 1070: vuelve á la Libia para sosegar algunas desavenencias de su tribu con la de Gudala, y deja el mando del Africa occidental á su primo Iucef.

Iucef continua la fundacion de Marruecos: toma á Fez, á Mequinez y á Sigilmesa: es llamado á España contra los cristianos, muy poderosos entonces, y que ya amenazaban á Toledo, por Muhamad, rey de Sevilla. Se apodera de Tanger, Ceuta, Treme-

cen y toda la costa de Berbería. Entretanto Alfonso VI toma á Toledo y amenaza al rey de Sevilla. Iucef pasa á España, reúnense con él los sarracenos de la península, y vence á los cristianos en la batalla de Badajoz, llamada de Zalaca por los árabes. Los almoravides se aprovechan de sus victorias para hacerse dueños de los estados mahometanos de España, que los habian llamado en su socorro. Conquista de Valencia por el Cid. Iucef muere despues de formado un imperio vastísimo, que comprendia desde el mar atlántico hasta el golfo de la Sirte, y desde el Ebro hasta el desierto de Zahara, en 1107 500

Alí, su hijo. Vence á los cristianos en la batalla de Ucles, en que murió el príncipe don Sancho, hijo de Alonso VI. Pone sitio á Toledo, pero no la puede tomar. Toma de Zaragoza por Alonso, rey de Aragon. Almohadi empieza en Africa su predicacion contra los almoravides. Hácese fuerte en Tinmal. Guerra entre almohades y almoravides. Espedicion de los aragoneses á Andalucía. Muere Almohadi, y le sucede Abdelmumem. Guerra civil

entre los mahometanos de España. Toma de Almería por los castellanos. Alí muere en	1144	539
Taxfin, su hijo. Muere despeñado de un barranco yendo de noche á socorrer á Oran, sitiada por los almohades, en	1145	540
Ibrahim, su hijo. Los almohades toman á Oran, Mazalquivir, Tremecen, Fez y Mequinez. Abdelmumen pone sitio á Marruecos, la toma, hace prisionero á Ibrahim, y acaba con él y toda su familia en	1146	541
Abdelmumen, gefe de la dinastía de los almohades, acaba de someter el Africa hasta Mahedia, de que se habian apoderado los normandos de Sicilia, mientras sus generales se apoderaban de lo que poseian los almoravides en España. Muere en	1164	558
Iucef, su hijo. Muere peleando con los cristianos de Portugal en	1184	580
Jacub Almanzor, su hijo. Vence á los cristianos en la batalla de Alarcos. Muere en	1196	595
Muhamad, su hijo. Es vencido por Alfonso VIII de Castilla en la jornada de las Navas. Muere en	1213	610
Almostansir, su hijo, en menor edad. Muere en	1223	620

Abdelwaid, hijo de Jacub. Es depuesto y asesinado por los jeques en 1224 621

Amemun, su hermano, último califa de los almohades. Muere en 1232 629

Guerras civiles en España y Africa. Cada gobernador se hace independiente en su provincia, y proporcionan á los cristianos la conquista de Andalucía y Valencia, y á los benimerines la de Africa.

Califas fatimitas del Cairvan y de Egipto.

Obeidalá Almodi, ó *el director*, se apodera de Cairvan, destruyendo la dinastía de los aglabitas, que poseian el Africa desde el tiempo del califa Moctafi I: toma el título de califa de Africa, y funda la dinastía de los fatimitas: llamada así, porque Obeidalá se jactaba de descender del califa Alí y de su esposa Fátima, hija de Mahoma. Muere en 933 322

Alcayen, su hijo: es vencido y sitiado en un castillo por un rebelde. Muere de pesar en 945 334

Ismael Almanzor, su hijo: vence á los rebeldes, recobra el A-

frica y conquista la Sicilia. Muere en	952	341
Moez, su hijo: conquista la Cerdeña y el Egipto, y traslada á este pais la silla de su imperio. Muere en	975	365
Aziz, su hijo. Se apodera de la Palestina; pero no puede hacerse dueño de Damasco ni de Alepo: muere en	996	386
Alakem, su hijo. Se vuelve loco, y se cree Dios. Una secta de musulmanes, llamados los dararios, sostienen la divinidad de Alakem. Este califa muere asesinado en	1020	411
Taher, su hijo. Muere en	1035	427
Mostanser, su hijo. Los selgiucides dueños del Asia. Muere en	1094	487
Mostadi, su hijo. Primera cruzada, y establecimiento de los latinos en Palestina y Siria. Mostadi muere en	1101	495
Amer, su hijo. Su visir Abdal reinó en su nombre 30 años. Amer muere asesinado en	1129	524
Hafed, su primo hermano. Los almoravides dueños del Africa. Hafed muere en	1149	544
Dafer, su hijo. Muere asesinado por su visir Abas en	1154	549
Alfayez, su hijo, en menor edad. Abas oprime al califa y al Egip-		

to; pero los latinos de Jerusalen le vencen y le entregan á la venganza de la muger de Dafer. Alfayez muere en 1160 555

Aladez, nieto de Hafed: su visir Shawer, vencido por Dargan, implora el auxilio de Norandino, sultan de Alepo y Damasco. Zairacub, general de Norandino, restablece en su dignidad á Shawer; mas no cumpliendo este las promesas de dar parte al sultan de Siria en las rentas de Egipto, y solicitando la alianza de los cruzados, Norandino envia á Egipto á Zairacub, y á Saladino, hijo de Ayub, que vencen y prenden á Shawer, y le cortan la cabeza. Saladino es proclamado visir de Aladed. Norandino manda proclamar al califa de Bagdad en las mezquitas de Egipto, Aladed muere, y con él se estingue la dinastía de los califas fatimitas en 1170 566

Sultanes ayubitas de Egipto y Siria.

Saladino, dueño en el hecho de Egipto, mostró mucha deferencia y sumision á Norandino, mientras este vivió; pero muerto su bienhechor, despojó á su hijo

de todas las plazas que poseia en Siria y Mesopotamia, ganó á los latinos la batalla de Tiberiade, y conquistó á Jerusalen y casi todas las plazas de Palestina. Tercera cruzada, que detiene los progresos de Saladino. Los latinos toman á san Juan de Acre y otras plazas, y le obligan á hacer una tregua. Saladino, fundador de la dinastía de los ayubitas, muere en 1193 589

Malec Afdal, su hijo: guerra civil con sus hermanos y con su tio Malec Adel, príncipe de Carac.

Malec Adel, hermano de Saladino, se hace dueño de Egipto y de la mayor parte de Siria en 1198; conquista á Jafa, la pierde por los refuerzos que recibieron los latinos en la cuarta cruzada, y la recobra despues de una tregua que concluyó con los cristianos. Toma de Constantinopla por los latinos. Malec Adel muere en 1218 615

Alcamel, su hijo. Recobra á Damieta, que los latinos habian conquistado. Hace una tregua con el emperador Federico II, gefe de la sesta cruzada, por la cual le cede á Jerusalen desmantelada y algunas otras plazas de Palestina: muere en 1237 635

Aladel, su hijo menor, le sucede en Egipto, y Nojmodin, el mayor, en Siria. Los mogoles dueños del Asia central. Nojmodin destrona á su hermano menor en 1239 637

Nojmodin, dueño de Egipto, pierde la Siria, y la reconquista. Cruzada de san Luis. Toma de Damieta por los franceses. Nojmodin muere viniendo de Siria, donde se hallaba, á socorrer á Egipto, en 1249 647

Salé Turan, su hijo. Batalla de Mansurah. Cautiverio de san Luis. Turan trata con el rey de Francia de su rescate y de la paz, sin comunicarlo con los emires mamelucos, que desde el reinado de Nojmodin tenian gran parte en el gobierno. Los emires irritados le matan en 1250 648

En Turan acabó la dinastía de los ayubitas. Despues de él fueron dueños de Egipto y Siria los sultanes mamelucos, que quitaron á los cristianos de Palestina las plazas que les quedaban, disputaron la Siria contra los mogoles de Hulacu y Timur bek, y fueron últimamente subyugados en el siglo XVI por Selim II, emperador de los otomanos.

Hemos procurado reunir en este capítulo todos los hechos de la historia de los árabes que nos han parecido dignos de memoria, señaladamente los que se refieren al nacimiento, decadencia y ruina de las dinastías. No hemos referido la historia de las menos importantes, porque esta narracion, ademas de confundir la de los hechos principales, es exactamente la misma que la de los grandes imperios mahometanos. Siempre se observa un guerrero que los forma, y sucesores que lo dejan desmembrarse y perecer entre guerras civiles hasta su completa estincion. Hemos hecho memoria particular de las dinastías de España, Egipto y Asia menor, porque se han hallado mas en contacto que las demas con las naciones europeas; y se volverá á tratar de ellas en las historias de España, Italia é imperio otomano. Nos hemos aplicado mas á hacer conocer el espíritu y carácter de esta nacion estraordinaria, la sucesion de sus monarcas y las épocas de su engrandecimiento y decadencia, que á referir menudamente sus guerras y usurpaciones continuas. Las tablas, en que hemos presentado las dinastías mas importantes, nos han parecido necesarias para notar los sincronismos de la historia árabe con la de las naciones europeas.

INDICE

DE LOS

CAPÍTULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

HISTORIA DE ORIENTE.

CAPITULO XIII.

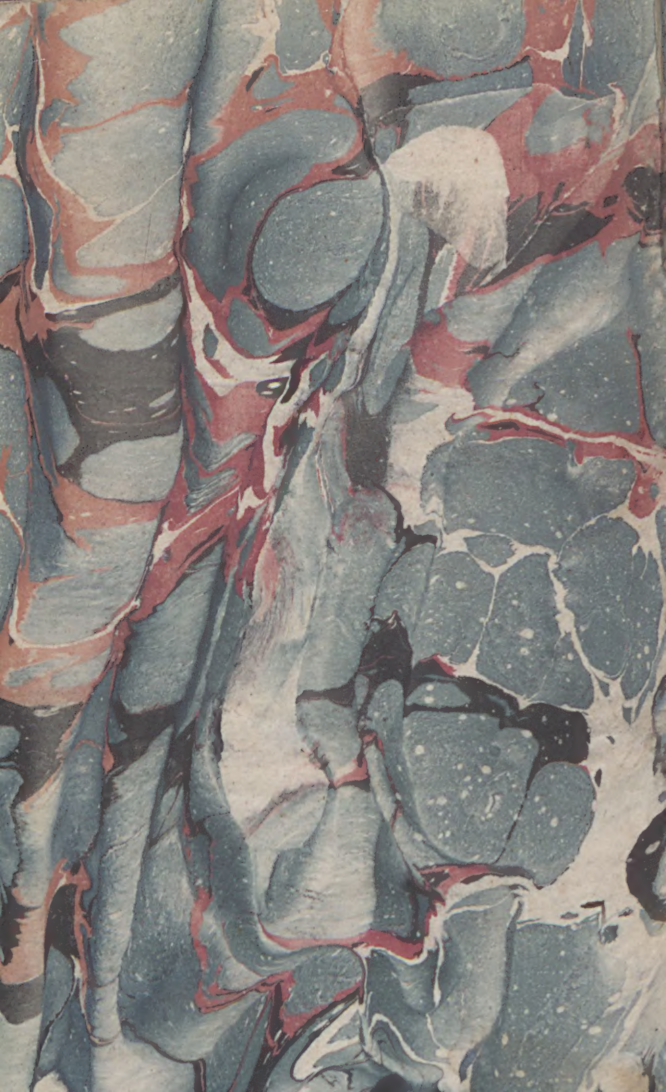
CAPITULO XIV.

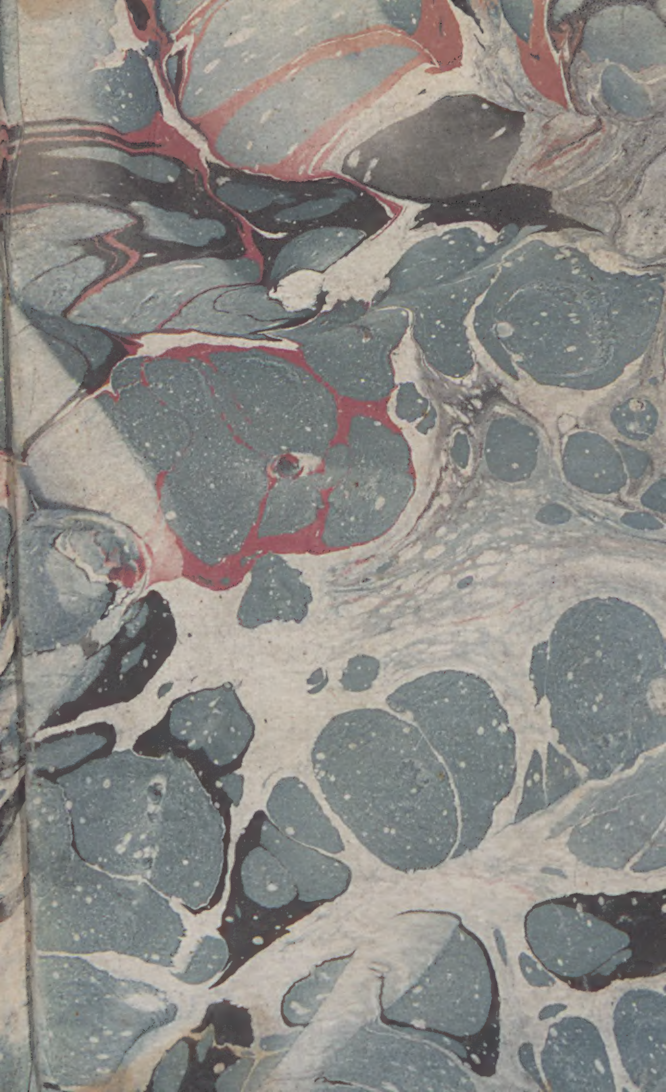
CAPITULO XV.

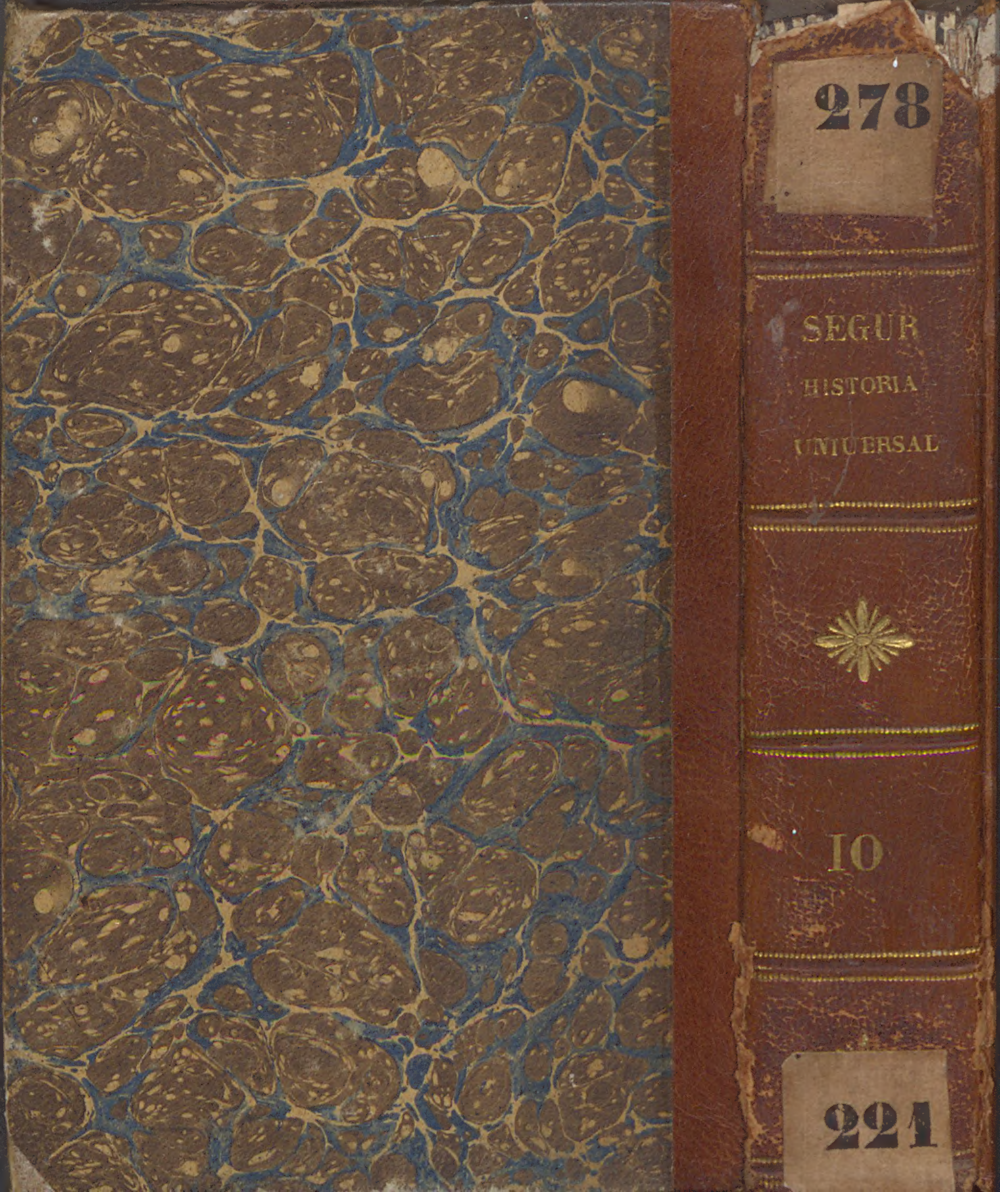
CAPITULO XVI.

CAPITULO ADICIONAL.

Fin del tomo III de la historia de oriente, II de la historia moderna, X de la obra.






278
SEGUR
HISTORIA
UNIUERSAL
10
221


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm